

Huellas
Dactilares

Tres odres

Diego Javier Quiroga León



Tres odres

La Colección **Huellas Dactilares** recoge las mejores tesis y trabajos de grado de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte.

Esta novela es una tesis de la Maestría en Creación Literaria.

Tres odres

Diego Javier Quiroga León



**Comité Editorial de la Facultad
de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte**

Nina Alejandra Cabra
César Báez Quintero
Manuel Roberto Escobar
Héctor Sanabria Rivera
Ruth Nélide Pinilla

*Esta es una publicación del Departamento
de Creación Literaria de la Facultad de
Ciencias Sociales, Humanidades y Arte*

Nina Alejandra Cabra
Decana

Aleyda Gutiérrez Mavesoy
*Directora del Departamento
de Creación Literaria*

Nancy Malaver Cruz
*Coordinadora académica de posgrados
de Creación Literaria*

Rector

Rafael Santos Calderón

Vicerrector académico

Óscar Leonardo Herrera Sandoval

Vicerrectora administrativa y financiera (e)

Paula Andra López López

ISBN (PDF): 978-958-26-0471-4
Primera edición: 2020

© Diego Javier Quiroga León
© Ediciones Universidad Central
Calle 21 n.º 5-84 (4.º piso).
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: 323 98 68, ext. 1556
editorial@ucentral.edu.co

Catalogación de la Publicación Universidad Central

Quiroga León, Diego Javier, autor.

Tres odres / Diego Javier Quiroga León -- Primera edición -- Bogotá : Ediciones Universidad Central, 2020.

1 recurso en línea (261 páginas)

Colección huellas dactilares

Nota: Tesis de la Maestría en Creación Literaria

ISBN: 978-958-26-0471-4 (PDF)

1. Novela colombiana - Siglo XXI 2. Literatura colombiana - Siglo XXI 3. Autores colombianos - Siglo XXI 1. Universidad Central (Bogotá, Colombia). Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte. Departamento de Creación Literaria.

860 - dc23

PTBUC/17-11-2020

Coordinación editorial

Coordinador: Héctor Sanabria Rivera
Asistente editorial: Nicolás Rojas Sierra
Diseño y diagramación: Patricia Salinas Garzón
Corrección de estilo: Fernando Gaspar Dueñas

Publicado en Colombia • *Published in Colombia*

Prohibida la reproducción o transformación total o parcial de este material por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

*A la profesora Aleyda Gutiérrez, por el acompañamiento,
los consejos, el profesionalismo, la paciencia.*

A Luz, por hacerle justicia a su nombre.

Y dijo Sancho:

—No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*
(Primera parte, capítulo xxxv)

Y nadie echa vino nuevo en cueros viejos, porque entonces los cueros se revientan, el vino se derrama y los cueros se pierden, sino que se echa vino nuevo en cueros nuevos, y ambos se conservan.

MATEO 9:17

I. Lucidez

*Lo siento por las personas que no beben, se
levantan por la mañana y eso es lo mejor que se van a
sentir todo el día.*

DEAN MARTIN

1

Sábado. Finales de octubre. Llego a casa a las ocho de la noche tras una larga peregrinación del extremo norte al cabo sur de la ciudad. Penetro como puedo; primero, en un cacharro verde, a lo bestia, a los trancazos (como en un pogo de punketos podridos en un bar clandestino de La Candelaria), que me transporta a un portal bullicioso en el que debo transbordar y enclaustrarme en un largo tiesto rojo: un medio de transporte anacrónico, infrahumano.

Estrujado, magreado por miserables de mi misma condición de estudiante vaciado y por empleados ganapanes de poca monta que arañan unos ripios de sueldo, logro, luego de una hora, ser regurgitado en una plomiza estación cercana a mi casa. ¡Puaj! Camino hasta allí, abro la puerta, saludo a mi madre. Evita preguntarme pormenores sobre los acontecimientos de ese día referentes a mi formación profesional porque quizá advierte en mi expresión un hastío relacionado con todo lo universitario. Mis clases, los compañeros, los profesores, las lecturas, las exposiciones, los trabajos me saben a mierda. En su más elemental y genuina condición coprológica.

Sin eufemismos:

¡¡¡A mierda!!!

2

Nada más tedioso que estudiar los sábados. ¡Qué castigo! Fuego eterno del averno. Esos horarios extravagantes de posgrado que pretenden, en ocho o nueve horas, reemplazar el trabajo de toda una semana. ¡Vaya terapia! Más que enseñar, agotan. Lo lanzan a uno de los salones de clase con la cabeza embotada, el cuerpo aturdido, la garganta seca. Dan ganas de defenestrarse allí mismo, en las aulas de la *alma mater*, de dejar esparcida en el asfalto la materia gris atolondrada, desgastada, atronada. (¿No hubo una escritora colombiana que le rindió homenaje a su hijo lanzado voluntariamente por una ventana? ¿Por qué no ha de escribirse un libro sobre los impulsos suicidas que nos producen las clases sabatinas mal planeadas, distribuidas?).

¿Y si uno tiene guayabo porque la noche anterior se desmadró hasta beberse la última gota del bar? Peor... ¡Una tortura, un infierno, un pescozón bien puesto de la decanatura de la resaca!

Para los que tenemos la conducta condenable, no compadeciente, de sucumbir ante el alcohol, dar por terminada una jornada como esta es motivo suficiente para ansiar tomarnos unos tragos, encontrarnos con nuestros pares beodos, hablar de los temas de siempre, mojar la gargantica mientras pasamos la bocanada de un mal día, conversando, escuchando, ignorando.

Las discusiones poco académicas (muy diferentes a las de mis almibarados e intelectuales condiscípulos de estudio) sobre música, infidelidades, fútbol, fluyen a medida que la ingesta de líquido aumenta. La extroversión de hasta los más reservados lo corrobora. La labia irrefrenable, gagueada, repetida, escupida, monotemática y enredada es nuestro deporte nacional: formidable, sublime, encumbrado, al alcance de *amateurs* y profesionales.

¡El placer de hablar mierda no tiene parangón y sí que es un arte!

3

De mis condiscípulos del posgrado sabatino no rescato a ninguno. Tal vez a dos féminas. Costeña, una; santandereana, la segunda. El problema es que alzaron vuelo. Extendieron sus miras a otras fronteras. Se retiraron a mitad de camino. Conservo su recuerdo. Esplendorosas en sus prietas carnes (Wilde dijo que la mujer era una prueba irrefutable de la superioridad de lo material sobre lo intelectual). Una,

de Santa Marta; la otra, de Piedecuesta. Camila e Irene. Irradiaban aristocracia. Se les notaba que se inscribieron en la universidad por simple antojo pasajero (¿el arte por el arte?). Ese mismo capricho las impulsó a abandonar las cátedras.

El resto es una caterva de petimetres que creen que, porque leen y escriben, el mundo debe postrarse a sus pies (narcisitos letrados). A toda hora andan citando autores; como si, en los momentos cruciales, verbigracia, un atraco o un accidente automovilístico, un pie de página o el saberse la cronología bibliográfica de un nobel sirvieran de salvavidas, de amuleto en incidencias críticas. Si un rufián los asaltara con un afilado mataganado, ¿les valdría de algo recitar los versos del gallardo Campeador, el que en buena hora la espada ciñó? ¿El pillastre huiría despavorido al escucharlos declamar: “Mío Cid, el bienhadado, los ojos en él clavaba, por fin embraza el escudo, baja el astil de la lanza y espolea a su Babieca, el caballo que bien anda: ya va a atacar a los moros con el corazón y el alma”?

¡Bah!

En una entrevista a Saramago, unos dos años antes de que la quiñara, el lusitano afirmó que la literatura servía para convertirnos en mejores seres humanos. Mis compañeros se toman este mensaje a la inversa, se creen superhombres, *supermanes*, tal como los preconizados por el bigotudo Friedrich. Auscultan por encima del hombro cuando, en el espectro de la cotidianidad, dan con eventuales interlocutores que no mantienen sumergida la narizota en los pergaminos de los estantes de una biblioteca.

¡Idiotas!, como el príncipe de Dostoievski.

4

Como he ido enterrando, uno tras otro, varios de mis sueños, lo único que me queda son las letras. Sin embargo, son muchas las situaciones en las que no me han servido de nada. Poco a poco he descubierto en la literatura un mundo farandulero en el que hay mucha pose, falsedad, petulancia, superficialidad, egolatría. Lanzamientos de libros, conferencias vanidosas, cocteles de atorrantes, discursos zalameros, adaptaciones a películas horripilantes. Dinero, contratos ambiciosos y anuales en detrimento de la pureza del que no se vende y prostituye.

Me he desencantado de sus aparentes bondades, he ido cambiando algunos de mis hábitos con respecto a ella. Ya no copio frases, máximas; no me conmuevo al leer, no recomiendo libros; escribo únicamente cuando mis cargantes profesores me lo exigen.

¡Un acto laboral, de proletariado, de fábrica posmoderna, no he donista!

5

Antes solía ir a la Luis Ángel, mínimo, una vez a la semana. Me abastecía de varios tomos para devorarlos como un antropófago ávido de mundos y voces paralelas. Les rotaba el material a mis dos amigos (no solo de letras y música, también de francachela), Cedeño y Torralba, para que en charlas informales lo comentáramos e intercambiáramos impresiones. Cuando se vencía el préstamo, corría a adquirir nuevos insumos que cultivarían los vergeles de nuevas tertulias.

De eso hace tiempo, antes de que mis dos antiguos compinches sobrepasaran las fronteras de esta patria; cuando, por lo demás, aún se conservaba una llama interna que me empujaba a ser un mejor ejemplar de esta raza, que hoy detesto y a la que Mark Twain le endilgaba el ser lo peor sobre esta tierra.

6

14 | Me reconozco como un mundano con pocas aspiraciones, guiado siempre por intereses mediocres y que cursa estudios superiores porque ha fracasado, como futbolista primero, luego como músico.

¿Qué me queda?

La última opción, la única salida de los malogrados: tirármelas de estudiante de Letras; el incomprendido literato, el poeta de las voces anónimas; el tocado por la varita de la genialidad no reconocida; el acumulador de un lenguaje mefítico que no tiene nada que ver con saber escribir (según los cervatillos con los que me cupo en infortunio estudiar los sábados); que pretende disimular los vacíos como creador de ficciones.

¡Los muy superdotados siempre están dando alaridos sobre los rebuznos ajenos!

7

Ceno. Cruzo una que otra apreciación diplomática con mi padre sobre la transmisión del partido que se aproxima y sobre la misa de los tres años de fallecida de la abuela. Mañana, él junto con mamá van a viajar, lejos de la ciudad, para cumplir con este deber religioso.

Casi siempre, cuando me dirijo a él, mi uso de los monosílabos raya en el colmo. Mientras llevo las viandas a mi boca, después de aclarar que es casi imposible que los acompañe porque debo preparar una ponencia, para el próximo sábado, en una materia que peligra por algunas diferencias teóricas con una maestra, miro una revista del *jet set* local que encontré por accidente en el comedor (¿cómo se dejaron embaucar mis progenitores para acceder a una suscripción anual de material de lectura tan paupérrimo!).

En la portada sale una famosa (de la que se filtró un video íntimo casero hará unos dos años) en ropa interior que observa con lujuria impostada a quien tome en sus manos esta menesterosa publicación. Abro el *magazine* en la historia central, que está acompañada de más y más fotografías de la hembra de la carátula.

Leo:

—“Noria Ladino está feliz siguiendo sus sueños y trabajando duro para lograrlos. A la protagonista de nuestra portada nada ni nadie la detiene. De estos anhelos y de sus luchas habló para nuestra revista”.

¡Bah!

—¡Qué palurdo este artículo!, susurro.

Mi padre me observa con extrañeza.

Sigo leyendo:

—“Hoy estoy volando mucho más alto y tengo una tranquilidad en mi corazón muy grande. Cuando das con el corazón, tu conciencia está tranquila y el alma está plena”.

—¡Pamplinadas! ¡Qué asco! Son gallinas que ponen un huevo y cacarean.

Mi padre me mira. Le pareceré un trastornado.

8

Cierro las páginas de la abominación de la farándula. La dejo en la parte del comedor donde la encontré (debería lanzarla *ipso facto* a la

hoguera o a la pila del reciclaje). Con un lacónico “permiso”, abandono la sala después de terminar la cena.

Subo a la cueva que casi toda mi desastrosa vida ha fungido como mi dormitorio. La cama está tendida, el portátil hiberna sobre mi escritorio. Es escaso el uso al que lo someto. A comienzos de este año, por ejemplo, cancelé mis cuentas en redes sociales. Estaba hasta el hartazgo de ver a la gente con sus ínfulas de personalidad mediática, posando para cuanto esperpento fotográfico se les ocurre. Ese malsano afán (análogo al de la golfilla de la portada publicitaria) de querer demostrarle a todo el mundo que llevan una vida perfecta, rodeados de armonía, paz, triunfos, abrazos, viajes, sonrisas, festejos, medallas, diplomas, para mí, no deja de ser sino una simple comparsa de la pobreza interna que los aqueja. Un santuario de la hipócrita megalomanía. Un pretexto para ocultar carencias. Son solo buenos entes cuando una cámara los obliga a utilizar la careta de la repulsiva felonía.

9

Aflojo mis prendas negras. Me libero primero de mis zapatos y extiendo mi nada atrayente cuerpo sobre mi cama mientras enciendo la televisión para sintonizar el citado encuentro deportivo futbolero del rentado nacional.

Por lo soso del partido (tanto jugador profesional que no me explico cómo llegó con tan bajo nivel a un equipo de tradición cuando mi hermano y yo, que los superamos en destreza, podríamos ser los que en este momento estuviéramos pisando una cancha, mientras del otro lado de la pantalla algún fracasado desocupado nos mira), más la madrugada de ese día para irme a estudiar, empiezo a dar mis primeros cabezazos (zas, zas). Suena mi celular. ¡Maldito y despreciable bicho! (Siempre lo he llamado así). ¡En cuántos problemas no me he metido por su culpa! ¡Cuánto remordimiento no me ha provocado su alianza malsana con el alcohol!

Cuando tomo, me da por atender las llamadas o, peor aún, por marcarle a cuanto mamarracho se me ocurre. Indefectible es que termino en líos, con un pesado sentimiento de culpa debido a la ligereza de mis palabras no meditadas, al otro día olvidadas. Por eso, al igual que los oasis tramposos de internet, muy poco recurro a este bicho apestoso, mugroso.

Sigue sonando.

Es un número no registrado. En la pantalla del maldito y despreciable bicho titilan las luces, mientras una canción de Depeche Mode me anuncia que alguien en este yerto mundo me necesita. Apenas presiono la tecla verde, una polifonía de voces, gritos, estridencias me ataca el oído.

Boom, boom, boom.

Una voz conocida se impone sobre la bulla.

Boom, boom, boom.

Es mi amigo Orellana. El Gancho. Sus gritos me preguntan que si ya estoy en casa, que si ya regresé de mis clasecitas de aspirante a escritor. Contrarresto su zafio humor respondiéndole que si de nuevo está estrenando teléfono, que si otra vez lo dejó botado en un taxi o se lo chalequearon mientras galanteaba con una de las putas con las que ha resultado “chupando piña”. Se ríe (el muy cara dura). Me dice que prefiere eso a andar desperdiciando la vida, el dinero, en estudios que no sirven para nada. Creo que en algo tiene la razón (descarnado, cínico).

Le cuento que ya estoy en mi casa, viendo el bodrio de partido que están transmitiendo.

—¡No joda, hermano, si el fútbol de acá es malo!

—Apenas para que un tronco como usted, Gancho, hubiera llegado a la profesional. Garrote.

Sin importar lo que le digo, sin atender mis apreciaciones, dando por zanjado nuestro juego de insultos, dueño de una madurez estoica, me lanza la pregunta de si voy a pasar a Los Faraones.

Es la sugestiva pregunta que mi guargüero ansiaba escuchar desde que abandoné la última clase del día. Una rotunda afirmación, un “sí” tan irrefutable como la falsedad humana, como mi voluntad de furcia, como la estupidez mediática, es la única respuesta admisible a la preconcebida propuesta de un borrachín hacia otro de su misma especie.

Orellana se la pasa perdiendo objetos cada vez que toma. Un día llegó hasta el punto de que le bajarán una de las cejas en un jueguito

13

Me calzo de nuevo mis zapatos. Reajusto mi cinturón, cuadro la bragueta; abotono los puños de mi camisa. Cuento el dinero que alberga mi billetera, me preparo para abandonar la casa. Apago el televisor. Al observar cómo la pantalla se funde en un negro consonante con mi impoluto atuendo, al estilo Johnny Cash, pienso en ese mensaje telepático que anuncia oscuridad. Cada vez que decido irme de juerga, este acto rutinario de ver la pantalla fundirse en negro se convierte en un preámbulo, en una transición entre el calor, la seguridad de casa y la incertidumbre, además de la frialdad de la noche.

Bajo las escaleras. Aunque soy muy precavido para evitar que mis padres descubran mi furtiva salida, me los encuentro en la sala.

A bocajarro.

Ven televisión, un programa de cuentachistes, de parodias depresivas. Se percatan de mi escape: conociéndome como solo ellos pueden, constato por sus miradas que el plan predecible de irme de copas ya forma parte de sus intuiciones.

—Ya vengo —les digo, recurriendo a esa vieja fórmula de despedida poco creíble (más falsa que las fotos, los *like*, la información y los comentarios de Facebook), sin mirarlos directamente a los ojos, sin descubrir la reprobación en sus gestos, sin dar explicaciones embarazosas.

Enfilo expedito al portón de nuestro domicilio.

El garaje, en su espacio de parqueo, está vacío. Lo miro con tristeza. Otra de mis cagadas. Otra de tantas. Por mi condenada culpa perdimos el carro. *Un episodio muy funesto de mi vida*. Así les digo a mis conocidos, tal cual, utilizando esa expresión que ellos toman como una burla: *un episodio muy funesto de mi vida*. Ojalá para mí eso fuera un simple chiste, una anécdota jocosa que con el tiempo no duele nada, como la historia de la ceja que perdió alguna vez Orellana, que al poco tiempo se convirtió en materia de risotadas.

14

Las jaulas de los canarios, empotradas en el costado derecho del garaje, llevan más de tres horas tapadas. Aunque esos animales están encarcelados, preferiría ser uno de ellos, tener su suerte, dejar de ser humano, evitarme quebraderos de cabeza por bagatelas.

Llego al portón. Antes de abrirlo, leo el mensaje de una vieja cerámica que mi mamá ubicó justo al lado de allí, en un empotrado cercano a la gran puerta.

Es un salmo. Dice: “Dios guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre”. No puedo evitar conmoverme nuevamente, a pesar de que la gran mayoría del tiempo me siento indigno, ruin. Todas las veces leo estas líneas antes de largarme a la calle. Son piadosas, revelan la intercesión de una madre que ora por sus hijos ante las supuestas cortes celestiales. Ese encomendarlos, bendecirlos, para lo que sobrepasa los umbrales de sus dominios, me resulta sobrecogedor hasta el dolor, me atiza el alma.

15

¿Y ahora me da por pensar en Dios? ¿Así, con mayúscula? ¿Acaso se me olvida que estoy agarrado con ese *mancito*?! ¡Mayúscula su manía de dar y quitar! ¡Con una mano bendice, con la otra clava la daga!

16

Abro el portón mientras hago un inventario con la mano que tengo libre: billetera, el monedero que era de mi abuelo, celular, llaves. Otra vez: billetera, monedero herencia del abuelo, celular, llaves. Todo en orden. No falta nada. Echo una postrera mirada por la pequeña rendija que permite la puerta.

Adentro se ve el resplandor de la sala, la total negrura de la cocina que queda al lado. Sin más rodeos, cierro definitivamente, sin rudeza, quedamente, porque así nos ha enseñado mi padre.

Cuando éramos unos mocosos, a mis hermanos y a mí nos decía: “hay que cerrar suave, sin brusquedad, sin exagerar, porque hay que cuidar las cosas de la casa y porque recién le apliqué el 3 en 1”.

Me aseguro de que ha quedado bien cerrado.

Empiezo a caminar.

17

El trayecto desde mi domicilio hasta Los Faraones es corto. Me quedo quieto en la puerta, estático. Me pierdo en cavilaciones inútiles.

Al frente está la casa vacía en venta de la señora Isaura (esa mujer que le entregó sus cenizas al vacío siendo nonagenaria). Alguna vez que me quedé por fuera, sin llaves, después de llegar del colegio, me invitó a comer mientras arribaba mi mamá de trabajar. Tenía una perrita de orejas largotas que limpiaban la suciedad del piso. Se llamaba Petaca. También tenía un yerno argentino que aparentaba ser colombiano. (El día del 5-0, mis hermanos mayores lo vieron batiendo el tricolor nacional en la ventana, gritando en contra de sus compatriotas: “¡Les dimos por el orto, Maradona —así no jugaras—! Batistuta, ¡te morfaron, a vos, a tus viejos, a tu tía! ¡La concha de tu hermana, Goycochea! Cabezón Ruggeri, ¡el Pibe te garchó de lo lindo, mamá mía! Cacho Borelli, ¡el Tino te cargó, te hinchó las pelotas durante todo el partido, te sembró una flor de poronga que nunca olvidarás! Selección de forros, ¡andá a la puta que te reparió!”).

Cuando me decido a poner pies en polvorosa, calculo el tiempo estimado para llegar adonde Orellana y el Vejete Medrano. Sé que con un paso moderado en las pisadas me demoraré a lo sumo tres minutos.

Reflexiono sobre el panorama.

Mis zancadas no dan la largada.

Aquí le quieren vender a uno de todo.

Nada más cruzar la puerta, un mercado persa lo espera a uno con su feo colorido, con vocinglería diabólica, con las demandas mercantiles de una sociedad que crea necesidades valiéndose de las argucias publicitarias.

Establecimientos de comidas rápidas, panaderías, ferreterías, charcuterías, carnicerías, misceláneas, chicherías (que me sumergen en una región transparente como la de Carlos Fuentes) decoran la geografía de este tramo, que, pese a no ser tan amplio, es para mí todo un Triángulo de las Bermudas cuando el zafarrancho étlico concluye y debo volver a casa.

En este limitado espacio se han borrado muchas de mis memorias. Esta región ejerce un efecto de amnesia sobre mi cerebro. Son nulos los recuerdos que poseo de mis pasos cuando piso este terreno. Sin embargo, ahora voy a emprender mi recorrido de ida (¡ya lidiaré con el de vuelta!).

Mi caminar no estará poseído por esa angustiosa sensación de incertidumbre posterior a mis borracheras.

18

¡Incertidumbre!, ¡desventurada compañera de mis días!, ¡causante de insomnes tránsitos del crepúsculo al alba!, ¡pérfida, amargalada, dama que constriñes en tus alargadas garras el espíritu de los hombres heridos, agonizantes, consumidos, vencidos!

¡Incertidumbre!, ¡ramera que te me ofreces sin pudores!

19

Me decido. Echo a andar.

Apenas largo los primeros trancos, un viento azota mis desmadejadas greñas, las multiformes ñatas, la descachalandrada boca, el ajado ceño. La noche se abre como unas fauces depravadas, lanza sus bocanadas a los tristes muñecos que salimos a poblarla. Llego hasta la esquina de la cuadra, viro hacia el sur con la prontitud de un animal amaestrado.

Toda la fauna humana que encuentro al paso no repara en mi presencia. A medida que me acerco a la meta, de golpe las luces de cada uno de los sitios públicos adyacentes me iluminan, y le brindan una centésima de resplandor al rostro que es caricatura.

Observo todo de soslayo, sin concentrarme en puntos fijos, para evitar así el detenimiento en alguna de las singularidades con las que me tropiezo. Soy como un conductor que solo ve el panorámico sin prestarle atención a los retrovisores. Imito el andar de las bestias que no reparan en nada, solo clavan la cabeza en su marcha frontal.

Los escaparates, las tiendas, los vendedores, las mujeres bonitas con sus parejas bobaliconas... Todo, todo, me es indiferente. La calle lo vuelve a uno así, un ente anónimo incrustado en una marea ignota. Desconocida, oculta, secreta, difusa. Cada quien espera arribar a su destino, al refugio, a buen resguardo, para despojarse de ese traje de invisibilidad e identificarse con algo o alguien.

20

En mi caso, aguardo ganar esta corta distancia con celeridad (hinchidas las velas), anclar donde mis colegas, que a estas alturas ya habrán humedecido el gaznate con la fruición terrenal de las ambrosías.

Me imagino sus caras, iguales de feas a la mía. Medrano. Orellana. Sucesores de los ausentes amigos de infancia, Cedeño y Torralba (¿quién no es reemplazable en la dinámica de las relaciones humanas?). Recreo sus discursos, similares en lo monotemáticos a los que de mi boca salen.

Somos unos entes del mismo molde, con una leve llama interna que nos mantiene en pie por inercia. Nosotros, figuritas endebles, amorfas, acéfalas, amotrices, de espíritu mutilado, nos conformamos con los cunchos de la vida.

Glup, glup, glup...

¡Allí estaré con vosotros, cofrades de ignominia!

Glup, glup, glup...

21

Sigo caminando. El Edén entra en mi barrido visual. Una lucecita azul señala que las puertas están de par en par. Me acerco. Un estruendo de voces y música me alcanza. Levanto la mirada. Contemplo, más allá de una de las viejas torres que se encuentra en el separador de la única avenida de este barrio mediocre, el cielo estrellado.

Paso, luego, cerca del vendedor paisa de arepas con el que jugué fútbol cuando era un niño; le esbozo un arqueado de cejas, medio levanto mi brazo a manera de escueto saludo. Gano los últimos pasos antes de dar por terminada mi travesía. Me detengo en toda la entrada de Los Faraones.

“La vida está llena de puertas. Acabo de dejar una cerrada en mi casa, ahora me hallo ante una abierta”, pienso.

“¡Filósofo barato!”, me contesto de inmediato.

22

Adentro, varios advierten mi llegada. Alzan con júbilo sus brazos. Liban las cervezas. Hacen bocina con las manos, gritan un apodo. Son pocos los que me conocen por mi nombre.

Boom, boom, boom.

¡Larga vida a la chela!

Boom, boom, boom.

El sonido atronador no me impide que vuelva a escuchar que me gritan con alborozo.

No entiendo por qué les agrada mi llegada. Yo soy un don nadie, un bueno para nada, un lector en decadencia, un estudiante masacrado por las críticas de omnisapientes compañeros.

Repiten y repiten mi apodo. Me invitan a que entre. Sonrío.

¡Larga vida a los hermanos de ignominia!

II. Regocijo

*El alcohol es la anestesia por la cual podemos
soportar el funcionamiento de la vida.*

GEORGE BERNARD SHAW

1

*Boom, boom, boom...
La conocí en la disco,
se me pega como groupie...*

Nada tan enervante como llegar a un sitio y ser recibido con la música (si es que se le puede llamar así) que uno detesta.

*... Ella bien fashion
con sus amigas que son puppies...*

| 27 |

Esa musiquita de hoy, que obnubila a los jóvenes, es de lo más despreciable. Una blasfemia, una abominación, diría Lovecraft si fuera asaltado por esos engendros mefistofélicos de la melodía.

*... ella me dijo que si le meto bartucci
y le contesté que no prendo na como el pussy...*

Siempre lo he dicho (lo sostendré hasta el día que la quiñe): el reguetón y la bachata son exclusivos de los burdeles, de los lupanares. Lo sé porque he tenido la ocasión de visitar esos inframundos, como

un Dante del siglo XXI, acompañado no propiamente de Virgilio. Sobrepasé esos umbrales, me adentré en ese grotesco mundo cavernoso donde las damas se convierten en espectros de la lujuria.

*... se puso histérica
empezamos a tener muti...*

Vi a esos demonios bailar al son de estas tonadillas infernales, casi convulsionando al escuchar las vocecitas de castrados de los bachateros, mientras sus carnes se reflejaban en los múltiples espejos cuadrangulares que los rodeaban por todos los flancos. Arriba, a derecha e izquierda, la pista proyectaba una danza esperpéntica.

*... se pasa jodiendo
pa que, pa que, pa que le dé falo...*

Además de esto, de este círculo del averno, surgía una niebla a nivel del piso que envolvía a las danzarinas demoniacas que se contrastaba con los rayos ponzoñosos que nacían del techo.

*... le echo el polvo mágico
que la dejo en pánico...*

2

La primera vez que entré a una casa de lenocinio fue cuando tenía diecinueve años. De esto ya casi una década. Estábamos en vacaciones de diciembre. Me encontré con dos amigos de universidad. A Garrido se le ocurrió la fastuosa idea de convocarnos para ese encuentro (Maquiavelo). Él, con su par de orejotas en función de paréntesis borgiano, dientes de castor, tomó la iniciativa. Nos contó que hacía poco había ido donde *las niñas, las muérganas*, con un tío, que ya era hora de que nosotros aprendiéramos de las cosas buenas que hay en la vida, probar finura, aprovechar, porque no se ven en el otro mundo después de palmarla.

El Loco Leiva (ahora editor de novelas ilustradas) y yo le seguimos la corriente. Fue un lunes, día en apariencia apacible, poco proclive para el comercio de la carne.

Primero, nos zampamos unas buenas cervezas en un bar de rock; relajados porque no teníamos que estar supeditados a las clases ni a las compañeras ñoñas que se la pasaban hablando en inglés a toda hora para sentirse superiores (*Can you imagine?*).

Entonados, dimos el siguiente paso. Al entrar a esa casa de concupiscencia, luego de certificar que éramos mayores de edad en la puerta, un gordo con cara de turpial nos acomodó en unas sillas, nos preguntó si nos placía compañía. “Quién dijo miedo”, apuntó Garrido. Al instante, estábamos rodeados de tres bataclanas. A mí lado se sentó la más veterana.

3

Lo que pasó después me lo reservo. No hay que ser un sabio para intuir que el plan de Garrido, que incluyó por supuesto zango-loteo, dio en el blanco de una felicidad efímera (la veterana en algún momento de la velada me expresó que había vivido en Japón, que yo le recordaba a uno de sus hijos mientras jugaba a despeinarme, además de a apretarme, juguetona, la nariz). Tampoco hay que ser ilustrado para corroborar algo en lo que me sostengo: el reguetón y la bachata solo deben sonar en esos lugares de perdición (no es una arbitrariedad antediluviana de mi parte).

Si yo tuviera el don de encerrar estos dos males endémicos, como un dios medieval que, con el simple chasquear de dedos, destierra a los condenados, o como un conde vikingo que ordena un sangriento castigo, enclaustraría estos ritmos denigrantes exclusivamente en las paredes de las mancebías, de donde nunca deberían salir. Sería un gesto divino, una ley incorruptible que los padres de familia me agradecerían porque impediría la propagación de la pornografía musical, los embarazos precoces, el alelamiento de los sentidos. Le evitaría a la gente decente escuchar pasar los carros con el volumen a tope mientras vomitan anatemas que hablan de la fornicación explícita, aparte de una pobreza verbal innegable (hasta para ser lujurioso hay que tener estilo, que lo certifique Sade con su *Filosofía en el tocador*).

En las fiestas familiares y despedidas de año volveríamos a escuchar el sabroso chucu.

¡Ah!, ¡qué maravilloso!

Volver a oír a Rodolfo Aicardi ladrar como un perro furioso, en vez de la voz afeminada de Romeíta Santos, sería un bálsamo para todas las generaciones. Una bendición papal que purificaría las almas lascivas de los adolescentes.

4

El Vejete Medrano y el Gancho Orellana me reciben con un abrazo. Les digo que es hora de cambiar esa porquería de canciones. Execraciones.

—No joda, marica —me grita Orellana—, ya va a empezar con sus vainas de viejo chocho.

—Marica de cara —le respondo—, usted que es marica de culo.

¡Juaz!

Medrano larga una carcajada de los mil demontres (vencido en el propio territorio de la vulgaridad y la mala palabra, Gancho).

Se queda callado.

Me dirijo a la rocola, extraigo cinco piezas de doscientos pesos de mi monedero Trianón de abuelo. Programo *Por un puñado de oro*, *Contre-ras*; *Senderito de amor*, Jaramillo; *Las cuarenta*, la Serie; *Diez lágrimas*, los Lebrón; y *En el juego de la vida*, Santos (el Jefe, no la loca de la bachata).

Regreso a mi silla. Les digo a mis dos cofrades que ahora sí va a sonar una tanda para hombres, que inviten la primera, es justa, merecida: he superado una cruenta jornada sabatina de clases y zarpazos de intelectuales.

5

Llevo cinco años asistiendo a Los Faraones. Descubrí ese adelanto del paraíso etílico después de jugar un partido de fútbol. El piso era rústico, había no más de cinco mesas, la música sonaba en una grabadora pequeña. Le pregunté a don Arce, apellido que vine a saber después, que si vendía cerveza. La pregunta, en apariencia estúpida, tenía su justificación. Para empezar, la tienda no tenía un letrero. No había tampoco congeladores, solo una nevera de hogar de color verde claro. Más que un bebedero, la imagen que proyectaba el lugar era la de un garaje de casa con unas pocas mesas (con el tiempo, el tendero le incluiría mejoras progresivas al local, lo bautizaría, adquiriría la rocola, lo enchaparía).

Don Arce me contestó: “por supuesto, vecinito”, con esa sonrisa tan particular, cuadrándose los anteojos en el entrecejo; gesto que hoy día es familiar para todos los que solemos embrutecernos en este sitio y que complementa con los dientes inferiores salidos, como los de un perro pequinés zalamero.

6

Esa primera cerveza fue el ladrillo inaugural en ese inmenso muro alcohólico que he construido en la tienda Los Faraones. No sé si llegue a graduarme en el posgrado que estudio los sábados. Hay días en que realmente lo dudo. Me levanto con una pesadez que me resta cualquier atisbo de iniciativa académica, de ánimo por el conocimiento. De solo pensar en la larga jornada que me espera rodeado, por si fuera poco, de sabelotodos que se ven a sí mismos como los próceres de las letras, una náusea, como la de Sartre, me asalta.

Lo que sí sé, con la más plena certeza, es que el tiempo más el dinero que he invertido en esta tienda, mínimo, me dan para un posdoctorado.

Sin exageraciones.

Vislumbro ese diploma honorífico, grabado en caracteres torcidos propios de la escritura de ebrio, firmado por el decano, don Arce, que certifica que yo, el beodo por antonomasia, aprobé la frenética carrera posdoctoral de borrachín con honores: saliendo en zigzag miles de veces en las madrugadas, entrando en vaivén al baño con olor a aguas menores, meándome fuera del tiesto, hablando en letra cursiva, con la mirada inyectada en un rojo infernal, gagueando, farfullando, despidiendo grandes proyectiles de saliva a mis interlocutores, regando la cerveza, rompiendo botellas, mal disimulando las miradas a las viejas bastantonas, cantando a pulmón herido *En tu pelo*, de Solís, abrazándome con mis camaradas de copas, diciéndoles a los habituales de esa universidad alcohólica que me siento como un perro miserable, igual que ellos, quedándome dormido sobre las mesas; en contraposición a mi rendimiento y desempeño de estudiante de literatura.

7

Medrano es el primero en ofrecerme una cerveza. Se la recibo con la consciencia de que es el empujón iniciático que necesito para irme rodadito como carro en descenso. Sobo el pico de la botella, sopro su contenido, acaricio el fondo. Me echo el primer trago. Digo con un deleite lujurioso que la cerveza es más rica cuando alguien la invita.

Gota a gota, los gotereros se alborotan.

8

Él tiene cincuenta años. Es gordo, con un avance significativo en el proceso de canar, con unos dientes perfectos. Le gusta afeitarse todos los días. La sombra azul en las mejillas lo justifica. Tiene los ojos negros, grandes. Lo conocí en Los Faraones un sábado que fui a desenguayabar. Estaba en la misma mesa con Orellana y con su hijo. Veían un partido de La Premier League. “Eso sí es fútbol —dijo—, allá no chillan como los de acá”.

Yo me concentré en la pantalla. Vi a un jugador del Liverpool al que le sangraba la cara. Al parecer le habían pegado un codazo. Medrano decía eso porque el herido seguía jugando, corriendo, como si nada, como un gladiador digno, sin reparar en el corte que tenía en el pómulo. “Si fuera la nenita de Pérez —continuó—, ya estaría en el piso revolcándose como la media mujer enferma que es”.

Solté una carcajada (de esas que pueden llegar a ofender), celebré su apunte con mi dedo pulgar. Orellana y el hijo del vejete Medrano también me devolvieron la cortesía del saludo.

A la distancia.

9

A Orellana lo había visto antes en el barrio. Su mamá tenía una miscelánea. Sin saberlo en ese entonces, yo había estudiado con su hermana mayor en primaria. Después, en los picaditos que jugábamos en el parque, nos cruzábamos una que otra vez. Sin embargo, nunca habíamos llegado a conocernos personalmente.

Se peina formando una cresta con uso excesivo de gomina; su cara limpia, lampiña, le resta años. Es de estatura media, delgado, raquítrico, como un gancho (de ahí el remoquete). Luego, con el paso del tiempo y de jugar en el mismo equipo, dirigidos por el Vejete, terminé conociendo su casa, a su mamá (con la que me besé una noche de borrachera mientras todos dormían la rasca en una fiesta de diciembre), a su padrastro, a su hermano policía, a sus tres hermanas (incluida con la que estudié, que me ayudaba en las tareas de matemáticas).

Una bella familia.

10

La música maldita se acaba. “La hora gay”, como suelo llamar a esas eternas tandas de reguetón y bachata, llega a su final. Fenece este mal momento, cesa la horrible melodía. Las rijosas voces de los castrados son tragadas por el silencio sabio.

11

*Laaaaa...
Lala, lalaira, laira laira, laaa...*

“Eso sí es música”, reitero al saber que las cinco canciones que programé empezaron.

*Después de haber rodado tanto,
vagando sin rumbo por negros caminos...*

La voz de Contreras me emociona, me hace beber con mayor convicción, casi con dolor gozoso. Sale en la pantalla de la rocola con un sombrero y chaleco café.

*... y tú, no más por un puñado de oro cambiaste tu
sino y el mío...*

Recuerdo mis desventuras amorosas, las lozanas traiciones, las más vetustas. Hogaño, antaño. Le digo a Medrano que la perfidia es el lastre de la humanidad, el músculo que pedalea en el fondo de las grutas de la desdicha.

... y ni así podrás pagarme lo que tú me hiciste a mí...

—¡Quééé! —me dice arrugando la frente.

Orellana mete la cucharada apuntando que “Perfidia” es un bolero que les dedicaban a las abuelitas los serenateros, música del siglo de las momias.

*... te amé, quizá como a ninguna jamás en la vida
había querido...*

Al lado, los peliquetos (oriundos del municipio de Condoto), también habituales de Los Faraones, dicen que Contreras es de los suyos, de su raza, la mejor de todas, según ellos. Conozco su discurso de cabo a rabo. La mayoría de ellos estudian derecho para salvar a su tan azotado departamento.

—La corrupción, primo. Eso es lo que nos tiene jodidos, primo.

También lo hacen para reivindicar los derechos perdidos, pisoteados, ultrajados de su gente. Uno de ellos tiene la pretensión de graduarse en leyes para retornar a Condoto y postularse como alcalde. Siempre viste de paño, lleva gabanes.

Miro de nuevo el video de Contreras y alterno mi mirada con la gran cabeza con forma de bombillo del de gabán.

“Contreras no era tan negro”, me digo.

... es muy justo que tú sepas el dolor que yo sufrí...

12

A la mayoría los conozco por el apodo, como ellos a mí. Los nombres no interesan. Los mote, remoquetes, sobrenombres son tan comunes en mi barrio que es más irrespetuoso no decirlos, no utilizarlos, mirarlos con desdén. Asprilla, Goyo, Ministro, Napo, Nene, Wako, Chará, Rodallega, Tutunendo, Guapacha, Cuadrado... Oriundos del Pacífico, lo proclaman con orgullo ancestral. Defienden el color de su piel hasta el punto de ser más racistas que un nazi. Si de ellos despendiera, la Selección Colombia solo convocaría a jugadores de Buenaventura y Chocó. Los demás son basura, no idónea para portar la prestigiosa camiseta. Los blancos no tienen el gen de la competitividad: “son unos babosos, primo, unos muchachitos sin sangre, primo, unos langarutos, primo, unos buenos para nada, primo, unos pocosirve, primo...”.

Les gusta vestir elegante para demostrar que el origen de su casta no tiene nada que envidiarle a la encopetada, siempre proclamada, aria superior. Son casi tan antiguos en Los Faraones como yo. La gente que pasa y lanza una mirada hacia dentro conoce de memoria el cuadro que se expone en este aposento de la perdición beoda. Un grupo numeroso de niches que hablan fuerte, casi a gritos, con su marcado acento, de cualquier tema: desde política y litigios, pues, lo dicho, estudian, la mayoría, abogacía en las universidades del centro, hasta la edad adecuada de iniciación sexual de las mujeres.

—Si la sientas en una silla cualquiera y ella ya toca con los pies el piso, ya le cabe, primo, ya le cabe...

Al lado de la herradura negra, estamos los de la periferia, los que en cierta medida representamos la marginalidad gráfica de ser rezagados en la vistosidad. Lejos, ausentes. Nos reímos cuando alguna ocurrencia de los negros merece la aprobación colectiva de las mitocondrias de esta célula de núcleo oscuro.

13

Orellana y Medrano reciben con beneplácito las chacotas de los morenos del Pacífico. Los observo. De cuando en cuando esbozo alguna sonrisa, muy lacónica, por cierto. ¡Hace tanto tiempo que no me desfogo con una sana sobredosis de carcajadas! Creo que la amargura está minando mi rostro. Ni hablar del alma. Está peor cada día.

Me recuerda una historia de colegio que me refirió un amigo del pueblo de mis abuelos maternos. Cuando estaba en bachillerato, lo visitaron unos médicos de esas brigadas de salud que envían las administraciones municipales para justificar que los recursos públicos estén siendo destinados con fines nobles. Entre esta camarilla de galenos iba un grupo de sacamuelas. Cuando le revisaron el hocico a mi amigo, que contaría para aquel entonces con no más de catorce años, el odontólogo encargado le dijo, con cierto asco y menosprecio, que tenía caries hasta en el alma.

Así está mi alma ahora: cariada, con chancro, con blenorragia; atrapada por unos herpes similares a garrapatas que le succionan la escasa tranquilidad, que la infestan de metástasis agobiante.

El licor que bebo obtura parcialmente estas dolencias. La compañía de mis dos compinches, la algarabía, los vozarrones de los peliquietos, más la música del traganíquel son sucedáneos efímeros.

*Un amor que se me fue, otro amor que me olvidó.
Por el mundo yo voy pensando...*

La canción encaja. Es una de las tantas mías. Comprendo por qué Vallejo la incluyó en uno de los libros de su compilado de *El río del tiempo*. Comprendo también por qué lloró el día que se atrevió a leer un fragmento de su escritura en un documental que le realizó un director valluno.

*Caminar y caminar, ya comienza a oscurecer
y la tarde se va ocultando...*

Ese calorcito interno que se enciende cuando bebemos se está empezando a transformar en un frío que congela el entusiasmo con sus destellos. No voy a llorar, no delante de tanta gente. Reservaré mis lágrimas a la privacidad de mi habitación; a la oscuridad de mi casa (en la que mis padres deben estar sumidos en un sueño plagado de ronquidos).

*Amor, senderito del alma, que vives en mi corazón.
Sin ti, he perdido la calma, senderito del alma, senderito
de amor...*

Orellana y Medrano reparan en mi ensimismamiento. Me interrogan con sus acostumbradas genuflexiones de alegría incorruptible, a veces de vanidad absurda. Nada ni nadie va a entorpecer su entusiasmo por la vida (como el de Noria Ladino, la actriz de la carátula de la revista que hojeé mientras cenaba), por las damas, la música, el momento; por la inmediatez de estar sentados allí en un ambiente festivo que a mí a veces se me antoja una cripta de condenados.

¡Nada ni nadie!

Yo, haciendo el payaso, les vuelvo a sonreír, como cuando entrara hace poco.

La voz de Jaramillo se extingue, pierde su nido.

“En este mundo hay dos tipos de hombres —le escuché decir a un esporádico personaje de *Breaking bad*—: los que beben y los que sirven”.

El Gancho, el Vejete, los peliquietos, don Arce. Confabuladores que han de tragarse el cuento de pertenecer a uno de los bandos para seguir adelante.

III. Euforia

*Solo bebo en dos ocasiones:
cuando tengo sed y cuando no.*

BRENDAN BEHAN

1

La mesa está repleta de botellas huérfanas. Vacías, como la sucesión de los días de los desalmados. Huecas, cual futuro de los desesperanzados. Cóncavas, al igual que las memorias irrecuperables de los silenciados. Vacuas, comparables con la mentalidad de los desahuciados.

Medrano le pide a don Arce que despeje la mesa. Quien vea tal cantidad tan espeluznante de cadáveres de cristal pensará que somos unos mercenarios del alcohol. Diligente (todo trocado en sonrisa de perro pequinés), el tendero acerca una caja plástica con treinta bóvedas, se acomoda por enésima las gafas y celebra las exequias en cada una de las tumbas. Las botellas restantes son ubicadas encima de las que ya fueron sepultadas, cual si se tratara de una fosa común en Vietnam (como lo viera a los diez años en la casa de Castillo, en esa película que me perturbó por su crueldad: los cuerpos sin vida de los amarillos de ojos rasgados siendo lanzados a un gran agujero que los succionaba para luego descomponerse en su anónima muerte) o en cualquiera de las regiones nuestras azotadas por la impunidad, el abandono.

Cuando sonó la de Los Lebrón, los peliquietos saltaron al pequeño espacio por el que se puede transitar en vista de la proximidad de las sillas. Improvisaron un baile, cantaron con voces desgarradas:

*... porque en la vida cuando hay una alegría,
por cada risa hay diez lágrimas.*

Me gustan las líricas. Sencillas. Certeras. Cacheteadoras. Fulminantes. Dentro de su pesimismo logro identificarme a plenitud; alcanzo una comunión como si yo mismo hubiera tomado un papel, un lápiz, abandonándome, garabateando con fidelidad lo que me ocurre cuando me despierto. Sí que es cierto, como lo canta con desgarro el hoy muerto Pablito Lebrón, que “al despertar todos los días siento un dolor en mi corazón”. No es la consabida postura de hombre hipersensible, feliz en el dolor, apegado a la melancolía, romántico, agazapado, apoyado en los muros de la desdicha por querer parecer especial. No, ¡ni de fundas! Es dolor genuino el que se siente, todos los malhadados días, profundo, violento.

¿Que en el mundo hay personas que la están pasando peor? ¡Cierto! ¿Que hay tragedias que superan a las personales? ¡No hay duda! ¿Que en los hospitales, las cárceles, los cementerios se ven las peores pérdidas? ¡Cómo negarlo! Pero, como dijo Borges (y aquí parafraseo al viejo porque se me van las palabras exactas), el dolor y las penas de cada quien se deben respetar por ser propias, así al resto de la humanidad se le antojen simples, lloronas nimiedades (¡muy bien, che, cegatón, veías mejor que cualquier prodigio de esos que salen en la tele a dar consejos de bienestar y armonía familiar! ¡Groso!, ¡chabón!).

Orellana se une al baile, se pega sin invitaciones. Parece un bonsái en un bosque de Ents. Estos morenos son tan altos como los decibeles de su voz en momentos de júbilo. En cierta ocasión fui invitado a uno de sus festejos, hará unos cinco años. Al igual que Orellana, me sentí como un pigmeo en medio de su danza frenética. También certifiqué el poderío de sus atronadores gritos.

Fui sólo por beber (honestidad, carta de la caballerosidad). Era un viernes. Wako se había graduado de leguleyo ese día. No bien entré a la casa del ágape, todo un ejército de mujeres y hombres de raza negra (felices porque uno más de ellos se convertía en picapleitos) me flanquearon el paso con una cordialidad no fingida. Me ubiqué en un rincón después de saludarlos. Allá me alcanzó el graduado con un

vaso enorme de whisky. Nada más dar el primer sorbo, un calor agradable recorrió mi garganta (cual pinchazo que anuncia lo que viene).

Sin exagerar, creo que había más de treinta personas en aquella sala de dimensiones modestas. Los mujerones llevaban unas trenzas que les tensaban la frente (muy fieles a la estética de sus ancestros africanos). Además, como es natural en ellas, lucían un *derrière* abultado que me hizo recordar a Yayita, la novia de Condorito. Wako a cada rato pasaba por mi puesto, me refrendaba la dosis de whisky. No demoré en embriagarme, en entrar en ese estado contemplativo en el que suelo sumirme cuando tomo. Los veía sonrientes, dentaduras perfectas, blanquísimas. Sus carcajadas eran la ratificación adecuada de quien celebra el triunfo de uno de los suyos; el alcanzar un pináculo por el que se ha luchado, guerreado.

El grupo bailaba chirimía. Hacía temblar el piso, las paredes, como un King Kong enfurecido en la isla de su reino. Nunca olvidaré a uno de ellos (un verdadero gigantón que apodaban Papo) en éxtasis, dando brincos azarosos que respaldaban la percusión de la música. Tres de las féminas lo rodeaban, cual si fuese un jerarca al que quisieran complacer; le hacían pasos, fintas, carantoñas propias de la danza. Él, satisfecho, grácil, les devolvía el gesto con zarandeos que alternaba con brincos de dinosaurio excitado.

Así se me fue la noche, siempre en el mismo rincón, observando, siendo un figgón de un mundo que no era el mío, pero al que se me había invitado para hacer lo poco que me unía a su idiosincrasia: beber sin reparos ni tranqueras.

Cuando desperté (el *scotch* me aletarga más que la cerveza, que, he de reconocerlo, modestia aparte, resisto como si se tratara de agua de Seltz), eran un poco más de las seis de la mañana. Ahora escuchaban vallenatos. La concurrencia era menor. Todas las mujeres (gemelas de ébano de Yayita) o se habían marchado o habían buscado uno de los dormitorios para reposar, posar, aposentar sus abultados cuerpos en uno de los camastros improvisados. El whisky se había esfumado, como todo lo de calidad. Se bebía cerveza en lata (lo mío, padrecitos), extraída de una gran torre de pacas que había cerca del equipo de sonido.

Me les aguanté el ritmo hasta mediodía del domingo. Me despedí. “No te vayas, primo, aquí todavía te queremos”. Fui a la cocina y le agradecí a la mamá de Wako (una matrona de unas caderas desproporcionadas que empezaba a prepararles un plato del Pacífico a los enguayabados). La boca me sabía a madera.

Al abandonar la casa, supe que este era otro de los mundos al que no pertenecía, a pesar de haberme dejado tentar, como era característico de mi voluntad de cortesana, por una velada de alcohol ámbar.

3

Los abstemios se preguntan por qué la gente bebe. Sin duda, una cuestión de una hondura psicológica que no debe tomarse a la ligera. Mientras sigo bebiendo con mis compinches y los observo entregados a una felicidad temporal, cantando, hablando fuerte, riendo con apuntes circunstanciales jocosos, mentalmente les contrapregunto a los intocables medidos de la garganta: ¿por qué no le echan algo fuertecito al cuerpito de reina que tienen?

Esta vida sin el alcohol sería muy absurda, más pesada de lo que ya es. Sísifo debe llevar su buena dosis de galena entre pecho y espalda para soportar su condena. ¿O qué más lo hace soportar esa carga que lleva a cuestas? De ser él, sin derecho a paliar el peso de la tortura con la destilación etílica, hace mucho hubiese tomado la decisión de dejar que la piedra me aplastase. Relajaría mis brazos y, en un acto de inmólación, le daría licencia a la roca para que se despeñara, llevándome de paso en una carrera veloz de reversa.

No son tarados, tarugos, los que toman. No son unos estólidos, como suelen afirmarlos los que señalan a los imputados. No son unos belitres. Encontraron una llave que abre pasadizos en los que el pasar de las jornadas se hace más soportable al lado de zoquetes criticones. Por eso mi preocupación estriba en que ¡aún no he aprendido a ser un bebedor responsable!

4

Mientras reflexiono sobre el asunto de beber o no beber, a Los Faraones ingresa un grupo de hombres que trabajan en un frigorífico cercano. Hieden a carne cruda. Orellana los aniquila con una mirada de repugnancia. Lo reconvengo diciéndole en voz baja que sea un poco más prudente. Esta gente es experta en el manejo de las armas blancas. Si ya han pasado a mejor vida a miles de fuertes bovinos, cómo no les va a quedar fácil degollar a un trío de miserables como

nosotros. Le traigo a colación *Crónica de una muerte anunciada*. Sin ánimos de aleccionarlo ni de hablarle de literatura, ni mucho menos de parecerme a mis condiscípulos de estudio que transpiran literatura en cada uno de los actos de sus perfectas y letradas vidas, le relato la escena en la que al protagonista le sacan las vísceras dos hermanos matarifes frente al gran portalón de su casona. Al pendejo de Orellana la historia parece no engancharlo. Los libros le parecen tan de otro mundo como el padre de sangre que lo abandonó cuando utilizaba pañales. Una realidad tan abstracta, lejana, que no tiene lugar en una filosofía práctica, sin ensueños metafóricos, sin mari-caditas de ficción.

Los sujetos le preguntan a don Arce si vio la corrida del fin de semana pasado, en la que El Fandi volvió a demostrar su maestría con las verónicas. Medrano, indignado, nos susurra que otra vez estos asesinos van a empezar a desplegar sus conocimientos sobre la carnicería disfrazada de arte.

—Tan bien que estábamos —dice—. Tenían que llegar a hablar de masacres estos bárbaros, estos grasientos que ni se limpian la jeta. No sé qué le ven de virtud, mis chinos, a eso de acuchillar a un animal indefenso hasta atravesarle el corazón. Esa mierda es de siglos pasados, mandada a recoger; estos enfermos, de mentes retorcidas, se excitan con esa salvajada. ¡Putañeros! Ojalá un día les hagan lo mismo, les castiguen sus gusticos metiéndoles un cacho por el culo, por donde seguro los parieron las vacas de sus madres.

Les digo que tranquilos, que no se alteren, que a mi papá también le gustan los toros, que todos en el fondo tenemos nuestras aberraciones, que por eso no hay que entrar en disputas que nos pueden dejar con el hocico lleno de moscas, como les pasa a los cachudos de casta después de dejar la sangre en la arena.

Medrano y Orellana. Orellana y Medrano. Toro viejo, toro joven. Toro oveja, toro zorro. Ambos igual de emocionales. El uno podría ser mi padre; el otro, mi hermanito imprudente. Soy el que custodia a este par de borrachines, hermanos míos de ignominia. Los miro con una simpatía propia de los caídos, de los amigos de desgracia. Como ya estamos experimentando esa fase en la que el licor nos vuelve monotemáticos, los miro uno a uno, deteniéndome por algunos segundos en cada una de sus carotas. De nuevo repaso las historias mentalmente, como en un destello que se insinúa en el cielo de la derrota. Les esbozo una sonrisa lastimera.

Orellana tiene 27 años. Trabaja en una empresa cercana a la Zona Franca, en uno de los puntos de éxodo de Bogotá por la Calle 13. Nació en Mitú. Su mamá se trasladó de allí cuando él tenía 10 años y sus dos hermanos mayores, 15 y 13. Nunca conoció a su papá (“como dijo mi padre, los abandono” es uno de sus apuntes recurrentes cuando se despide).

Creció con la idea de que su progenitor era el segundo esposo de su mamá (desde *menino* se le introdujo en el mundo de la mentira adulta). Un día triste para él, alguno de los hermanos mayores lo sacó del engaño. Le dijo que el padre biológico se había borrado, abierto del parche, que si acaso no se había dado cuenta de la diferencia de apellidos entre el machuque que ahora se comía a su mamá y el de ellos. El nuevo hombre en la vida de su progenitora no era más que un buen sustituto (sobre todo para la herida esposa) de alguien que puso pies en polvorosa. Su mamá le dio dos hermanas menores con el nuevo hombrecito (romántico renacer de una pareja renovada). Con el tiempo, a Orellana la historia de su verdadero origen le valió *merde*.

Es un casanova empedernido. Piensa que tiene un buen sentido del humor (“*really?*”, exclamarían las ñoñas con las que estudié) que hace estragos en las resistencias femeninas. Desde que llegaron de Mitú, siempre ha vivido en el barrio donde nos conocimos.

Primero conoció a Medrano (nuevo hallazgo), puesto que la mamá tuvo relaciones comerciales con este. Al salir del colegio, esta le encomendó que le consiguiera un trabajo a su diligente hijo. Cediendo a estas peticiones, se lo llevó a trabajar en una fábrica de medicamentos. Allí, el viejo Medrano le enseñó a manejar montacargas, a clasificar los productos, a moverse con soltura por las bodegas, a clasificar las medicinas, a sobrellevar las cargas laborales hablando de Millonarios, de las bondades de la cerveza, de no desaprovechar las oportunidades que le brinda la vida a alguien que es joven.

El Gancho empezó a ver en el vejete a una figura paternal más auténtica que la que había tenido antes. Al igual que este, no se formó en estudios superiores, puesto que se dedicó de lleno a trabajar. También (otro rasgo en común entre estos dos granujitas) ha ido de un trabajo a otro, dando tumbos, adquiriendo pericia en el manejo de medicamentos para uso humano y veterinario (en más de una ocasión, durante misérrimos estados de ánimo que experimento, he tenido ga-

nas de decirle que me consiga unos buenos sedantes de equino para ponerle fin a mi absurdo galopar en este hipódromo existencial).

Gusta de robarse los condones de las bodegas para ganar tranquilidad en pilatunas sexuales y cada vez que puede, ya sea que coincidan en los trabajos o no, se encuentra con Medrano para tomarse sus buenas copas. Jura que pudo ser el mejor delantero de Bogotá, pero que su falta de disciplina lo llevó por caminos diferentes de la gloria deportiva. Es, sin asomo de duda, uno de los tantos jugadores fracasados con los que me he topado, que echan el mismo cuentico para justificarse.

A la hora de hablar siempre es deslenguado. Va diciendo cuanto se le ocurre sin ser prudente porque considera que las máscaras no comulgan con él. Es tanta su espontaneidad al hablar que, estando presente su mamá, le dijo una noche que su mayor sueño era montar un prostíbulo al que llamaría Las Mituanas. Obviamente, la madre tomó este apunte como uno de los tantos chistes del hijo payaso. Cuando está ebrio le da por hablar en portugués (“cafusiño, para él”), lengua que medio balbucea por haber vivido su niñez en la frontera con Brasil. Cada vez que pasa algo malo, sigue con su actitud temeraria, despreocupada, como si nada le importara, como si fuera una de las tantas bromas que nos juega la vida, de las que no hay que dejarse vencer.

—*Vai-te foder* —dice agarrándose las “pelotiñas”.

6

Lo vuelvo a mirar. Somos muy diferentes.

¿Es que quiero caricaturas, fotocopias, autorretratos de mi forma de ser?

“*Vai-te foder*”, me digo ahora yo tomándome los “sobaquiños”.

7

Medrano es el más viejo del trío jartón, con 50 años encima. Oriundo de Bogotá, con estadías temporales en otros lugares durante su vida. Trabajó un buen tiempo en los Llanos como comerciante y vendedor. Está casado, tiene dos hijas y un hijo, ya mayores. Varias veces se ha separado de la esposa por su disoluta vida; empero, como

en un buen círculo vicioso, la mujercita termina aceptando el retorno al hogar (hasta que la muerte los separe).

Cuando lo echan de la casa, siempre se va a vivir bajo las enaguas de su mamá, una señora ya anciana que vive en Cajicá y que lo recibe con alegría (como la abuelita de Matzerath, de *El tambor de hojalata*). Es gordo. En una época tuvo una crisis personal porque en unos chequeos médicos se le insinuó la posibilidad de un cáncer estomacal. Sin embargo, esto no pasó de ser una falsa alarma. Descartada la amenaza a su estado de salud, se aferró más a la vida nocturna, a la diversión mundana, a los planes juveniles. Comparte nuestro gusto por el fútbol. Es este el vínculo que más nos ha puesto a debatir en charlas repetidas e inoficiosas.

—Mijitos —dice—, ustedes no vieron tapar al Loco Vivalda ni cabecear a Iguarán ni anotar al Búfalo de San Luis.

Trabaja en el centro administrando una papelería cercana a una universidad. Como buen jugador fracasado (¡otro!), dice que en sus años mozos era un excelente marcador de punta izquierdo, rápido, ágil, con una pegada de los mil demonios, fuerte en el juego aéreo e impasable en los cierres al piso. Como se jacta de esto, se creyó con la autoridad, el bagaje, para dirigir el equipo del barrio que armamos hace unos años, en el que, además de mandarnos (“corran, mis niños, métnle de las que sabemos...”), le da instrucciones a su hijo, que es el arquero suplente (a este tocaría untarle de brea los brazos y el pecho para que no suelte la pelota y no dé tantos rebotes que los delanteros rivales aprovechan). Muy pocos lo llaman por su nombre de pila, en cambio, lo reconocen con varios remoquetes cariñosos, entre ellos: “el Vejete”, “el Viejales”, “El Míster” o, este el más llamativo, “El profe Pókerman”.

Aprovecha sus salidas nocturnas para jugar rana, hablar del equipo de sus amores, Millonarios (al que llama el rey mientras se besa el escudo de la camiseta), ir a prostíbulos con varios de los jugadores, coquetearle a cuanta mujer le aparezca, bailar. En una época reciente, trabajó junto con Orellana en una empresa alemana de medicamentos. Solían llegar allí con la resaca viva y, aprovechando lo subterráneo de la bodega en la que tenían que trabajar, armaban cambuches para dormir la borrachera y reponerse para una nueva juerga.

A pesar de sus hábitos, nunca despilfarra el dinero que tiene destinado para la educación de los hijos, los gastos del hogar. Puede que sea un redomado borracho, pero la plata para su hogar es sagrada (“mis chinitas y mi chino podrán quejarse de mí, menos de que su papá les negó estudio, no, no”). Su formación académica llegó al

bachillerato en un colegio distrital y alcanzó a cursar un semestre de Contaduría en una universidad privada, pero tuvo que abandonar este intento de formarse porque prefirió dedicarse de lleno a trabajar.

En ese instante, cuando tenía poco más de veinte años, decidió probar suerte de fenicio como comerciante. Pisó tierras tales como San José del Guaviare, Puerto Carreño, Acacias, Arauca, Yopal. Vendía atavíos, ropajes, telas, que transportaba en grandes maletas de un peso torrutante que, muy al contrario de los esfuerzos demandados, no le ayudaron a establecer una rigurosa figura atlética. Allí duró casi cinco años y, al extrañar el terruño, como un Ulises que suspira por Ítaca, decidió regresar a la capital. Siguió ejerciendo los oficios de comerciante de telas y ropa en Bogotá. Aquí conoció a su mujer, comerciante también.

Tras un breve noviazgo, contrajeron nupcias (Penélope y Odisseo) y, de manera muy seguida, engendraron a sus tres retoños. Fueron de un barrio a otro. Empezaron viviendo en barrios más humildes, modestos, hasta que con sus ahorros se permitieron adquirir el domicilio ubicado en un buen sector del sur de estrato tres. Allí, Medrano nos conoció, en gran parte, gracias al fútbol aficionado; también, a los giros que dieron a estribor y babor las velas de su vida mientras cambiaba de trabajo. Su forma de pensar es sencilla, procura vivir de manera llana sin quebrarse la cabeza con las dificultades que la vida siempre nos ofrece a los mortales. “Para qué matarse el coco, papi”.

8

Antítesis.

Insisto: ¿quiero parangones con mi patética forma de concebir la vida?

Enhorabuena conocí a este par de mequetrefes (dignos sucesores de los no presentes Cedeño y Torralba en el oficio de doblar el codo).

La amistad, al igual que el amor, no es infalibilidad. En el coloquio entre el Principito y el Zorro quedó claro que no hay nada que sea perfecto.

¿O no recuerdo acaso mi numeroso, antiguo, perfecto círculo de amigos de pregrado, más análogo y semejante a mí, en gustos, en palmarés académico, profesional? ¿No recuerdo, de paso, con mucha frustración, amargura, que, uno a uno, me dejaron solo, se avergonzaron de mí, hasta me traicionaron, y que quienes verdaderamente

me querían y conocían desde crío, Torralba y Cedeño, se tuvieron que largar del país por su propio bienestar, allí donde los lazos de la incondicional amistad se deshilachan en frágiles ripios que la distancia desgasta más y más?

De plácemes por conocer a este par de badulaques, repito, iguales a mí en lo descachalandrados, desmirriados, cuando nos da por beber como porcinos que se lanzan a arrasar con la lavaza en la inmundicia de los vertederos.

9

Entro al baño. Me detengo un buen rato frente al espejo. La mirada inyectada corrobora que la travesía etílica va viento en popa.

“¿Quién eres tú, so maldito zoquete?”, me pregunto. Mi mente en ráfagas me bombardea de alentadoras y optimistas respuestas.

10

Los calendarios suman casi la treintena. De los tres, ¿será mi personalidad la más compleja? ¿Un fracasado redomado? Sí. Desde muy niño he desarrollado la tendencia de ver el lado lóbrego de cada situación (¿qué privilegio!). Soy depresivo (¡la lista de las virtudes en una matriz *DOFA* mejora!). Combato estos estados de ánimo bebiendo. Obtengo así una tranquilidad pasajera, engañosa, que a la final me deja sumido en pozos más profundos (“si sabe que eso le hace daño, entonces ¿por qué toma?”, me han dicho varios).

Mis papás son profesionales. Gracias a esto me han ayudado con el pago de mis estudios universitarios (tal vez en compensación por el remordimiento de traerme a este sainete de mal gusto). Saqué adelante (¿cómo?, no sabría decirlo) una carrera relacionada con la docencia en Idiomas (elección de la que me arrepiento). Ahora, como lo he repetido cual buen borracho, o como un desempleado servil en una entrevista de trabajo, curso un posgrado relacionado con literatura (¿salvación?, cómo no, moñito), después de una estadía de tres años fuera de casa (tuve que regresar con el rabo entre las piernas, sin honor, señalado, por la puerta de atrás, que es por la que siempre salgo). He vivido una gran parte de mi vida en el barrio donde mi existencia se entrecruzó con la de mis dos actuales compadres de tomata. Cuan-

do llegué aquí, a este barrio de anónimos incrustados en la medianía de una existencia mediocre, tenía cinco años.

Soy el menor de tres hermanos, uno ya muerto. Sin riesgo a equivocaciones, afirmo ser el más rolo de ellos. Quiero, pero a la vez sufro esta ciudad de baja estofa, un lugar que esconde peligros, gente corrosiva. Hice mi primaria y mi bachillerato en este barrio en colegios de garaje.

Uno de mis primeros sueños fue ser camionero, para vivir siempre pegado a un volante, conociendo lugares nuevos, gente diferente, echando panza, experimentando la aventura que me traería ser un andarín. ¡Monadas! Descubrí que eso de lidiar con el alza de peajes, la tabla de fletes, los coteropapaces no es tan glorioso como lo pensaba. En *La carretera* solo estaría en las páginas de McCarthy.

Después quise ser futbolista. Mi aplicación en el estudio, más mi falta de confianza, me llevaron por caminos diferentes. Luego me picó el bichito de la música. Mi precoz acercamiento a Metallica me hizo contemplar la posibilidad de volverme músico. Sin embargo, al igual que en el fútbol, no pasé de ser un empírico aficionado que alternaba mis estudios con estas pasiones de forma solo recreativa. Por último, la atracción por los libros, que sentí desde niño, se centuplicó en mi mundo juvenil con las letras (me enfurece cuando alguien me llama literato).

Esperaba mucho, alcancé poco.

Con varios conocidos del barrio conformé un equipo de fútbol. Aficionado (de ahí no pasaríamos). Por mi estampa me gané un apodo de un jugador suramericano de cejas de búho. Conocí a Orellana y Medrano gracias a esta actividad deportiva. De a poquiticos descubrí que también nos unía el sucumbir ante la bebida (el tercer tiempo).

A pesar de la disparidad en la forma de pensar, les tengo cariño a este par de zopencos, no obstante su llaneza ante la vida, rasgo que a mí gustaría poseer para no estar sufriendo por banalidades y filosofías baratas. Cuando los conocí, este dueto ya tenía una amistad constituida, antigua, que se abrió para darme cabida, la ficha que faltaba. Tripleta de miserables.

Siempre que me llaman para sus planes, asisto, porque para mí la amistad es sacrosanta. La lealtad hacia los amigos es innegociable, hierática, no obstante las diferencias, las visiones de mundo, color rosa o macabro, que cada uno pueda tener.

He resultado en los lugares más inverosímiles, imprevistos para mis principios didácticos, como fiestas de karaoke, conciertos de mú-

sica de plancha, discotecas llenas de luces, sonidos atronadores. Todo por acompañar a estos badulaques. Debido a fuertes decepciones amorosas, a cagadas étlicas, al distanciamiento de mis amigos de antaño, a la pérdida de familiares cercanos, a situaciones extremas, me he refugiado más y más en esta dupla de borrachos, obviando los gustos desiguales, la diferencia en nuestra formación académica, la simpleza profesada por ellos ante lo que se presenta.

Ahora no espero nada. He de alcanzar igualmente poco. Con agarrar de vez en cuando a la vida a trompada limpia me conformo.

¡Putañera!

11

Linda arriba con su hija. Es de estas mamás que aún se creen jóvenes. La pareja ideal para el Viejales. No recuerdo el nombre del retoño. Su mamá quiere eclipsarla; suele pasar que hay madres que impactan más que las lozanas camadas. Me ve. Saluda a la distancia emitiendo un “Papi” que no sé si relacionarlo con un sarcasmo por mi paternidad vedada. Con casi treinta años, el tema de la procreación me es tan ajeno que, al observar a la mayoría de mis contemporáneos y sus alegres familias, no sé si considerarme afortunado o maldito (a veces, el saber que no he plantado una semilla que posea un mínimo porcentaje de mi pesimismo me reconforta, me suministra alivio). Al parecer, mi destino está en no dejar vestigios, en no plantar existencias en este yermo terreno. De haber tenido vástagos, considero que hubiese sido un padre peripatético.

¿Cómo saberlo? Ucronías, ucronías...

No se acerca a la mesa para evitar a Medrano. Hace poco, en una charla en una madrugada, me confesó que no es de su agrado, que le causa repudio porque ha podido detectar un machismo aberrante en su forma de hablar, de expresarse con respecto a las mujeres. “Para él todas somos unas putas”, me dijo. Yo solté una carcajada, le apunté que exageraba, que el Viejo no era de esa calaña, que él tenía esposa, dos hijas. A Linda mis argumentos de defensa no parecieron convencerla. Se reafirmó en su opinión acotando que no se lo pasaba “ni a medias”.

Las dos buscan una mesa lejana, en un rincón, se acomodan, piden, como es natural, algo de beber (¿a qué más se viene acá?: ¿a ver los estrenos del cine?, ¿a separar un plan turístico?, ¿a averiguar

las novedades editoriales?). Medrano las mira por lo bajo, susurra que “con esa mamá, para qué juguetes”. Los peliquietos las saludan efusivos, como viejos conocidos, cofrades de una antigua comunidad de al-gazara rítmica. Les abren espacio en su reducto para adoptarlas en su colonia. Ellas, solícitas, acceden a la invitación, moviendo los sutiles cuerpos, todas caderas, pecho, nalgas, piernas, dientes. Se acomodan, comparten risotadas.

—¡So putas fariseas! —dice Medrano indignado, con la voz agria, herida por los celos.

12

¡Estancado!

No hay otro vocablo, palabra, término, locución.

¡Estancado!

No por dinero, ya que, como decía mi amigo Cedeño, “de algún culo saldrá sangre”. Aún conservo algo de mis ahorros, de los réditos que obtuve cuando trabajé por fuera de casa (tiempo maldito aquel, lleno de soledad, desasosiego).

Plata siempre tendremos para beber; ya sea que el Vejete o el Gancho malgasten algo de su sueldo; que, en el caso del segundo monigote, le usurpe y haga zarandear el cajón de la miscelánea de su madre; o que, en el mío, vaya al cajero a ponerlo a regurgitar, desangrar ilusiones con cara de próceres y escritores (¡qué fue lo que hicieron de magnífico en la vida!). Ser un escritor para terminar estampado en un billete. ¡Qué vulgar! Terminar manoseado por catervas de iguazos codiciosos, pasando de mano en mano como una ramera de la Edad Media. Todavía los políticos, que son prostitutos, hasta asesinos, que se venden según la conveniencia. ¡Pero un escritor..., un escritor...! (Aunque al pobre de Quiroga le pueden endilgar lo de homicida porque le cupo en mala suerte quitarle la vida a un amigo por un juego balístico infantil... Fue un accidente, una broma que le juega el rabo-netas de Dios a las almas más sensibles).

¡Estancado!, ¡estancado!

Atornillado con herrumbre en los malos recuerdos. Dos hermanos ausentes. Uno, muerto; el otro, distanciado por desavenencias. Cierto eso de que hay personas que, pudiendo acercarse, no lo quieren y otros que, queriendo estar cerca, ya no pueden.

13

¡Orellana y su manía de empezar a llamar cuando está ebrio! Lo entiendo; tengo retazos de esa conducta (aunque ya no hay con quién hacerlo). Sale de la tienda para que la música no interfiera con la charla. No le importa que varias veces le hayan robado el celular. Hace un mes, un par de tipos, de esos moteros, como ellos mismos se autodenominan cuando salen chillando en los noticieros por la discriminación de la que son víctimas, pasaron y le raparon el teléfono. Lo dejaron viendo un chispero, con las llantas pa arriba, como dirían en el argot popular. Contrariado, solo atinó a resignarse, diciendo que ese modelo ya no le gustaba, que no tenía buena señal cuando viajaba a Ipiales con su padrastro. Lo pensaba cambiar dentro de poco.

Veo que gesticula, manotea, luego sonrío y saluda a alguien que pasa en ese momento por la calle. Termina la llamada, guarda su dispositivo en un lateral del pantalón. Aprovecha para sacar un cigarrillo de uno de los bolsillos de la chaqueta. Con un encendedor que hay en una cuerda amarrada a la puerta de ingreso, prende su chicote para quemar tiempo. Mira hacia adentro, los ojos posesos, inyectados, como los míos. Nos hace un gesto para que salgamos, lo acompañemos mientras acaba su magarro. Medrano no acepta, prefiere seguir mirando de soslayo, fúrico, a Linda. Masoquista. Yo también lo soy. Tengo una fijación por las personas, los recuerdos que me causan daño. Soy especialista en solazarme en las malas experiencias, en la recreación de escenas infaustas.

14

Salgo. Veo la figura del fumador tragado por la inminente medianoche. Le da una calada al cigarro, luego lanza las volutas de humo espectral en la negrura de una noche que fenece para darle apertura a otro estúpido día.

Hace poco escribí un cuento, para un ejercicio de la universidad, sobre un celador, o vigía, o guarda, como se le quiera llamar (guachimán también), de colegio que fuma en las noches para distraer las eternas horas de un trabajo que odia. Como todo lo que he escrito, el tema, el fondo, la forma, carecen de aspiraciones, de intenciones artísticas. Nada de ambiciones por tratar sobre las grandes preocupaciones que agobian y azotan a la humanidad.

Mis condiscípulos, después de leerles en público (práctica que detesto por ególatra), se fueron lanza en ristre contra mi modesto escrito. Me fustigaron, azotaron, por no hablar de ciudades europeas, de personajes complejos, analíticos, que aportan a cada circunstancia pasional.

Ni hablar de la calidad. Les pareció de lo más pobrísimo. Eso de relatar la noche de un pinche cancerbero mientras se acaba un cancriillo (como decían los de *La naranja mecánica* en su jerga eslovena para referirse al tabaco) no tenía ningún sentido; no le aportaba nada a la construcción de una buena historia; no tenía nada de descollante en comparación con las narraciones acaecidas en Ámsterdam, Londres, Estambul, ciudades atomizadoras y pioneras de cauces pasionales protagonizados por ejemplares de alta alcurnia. “¡Hay que hablar de las grandes pasiones! —me aterrizaban—, como el dilema ocasionado por los celos acuciantes que obsesionaron al pintor Castell del libro de Sábato”. “¿Un celador que fuma en las noches? No, no. Muy mal, amigo, muy mal”.

Como de costumbre, acepté sus comentarios, asintiendo servil, con una mueca de hombre sin luz (¡claro!, yo que ni he llegado a la “A” en el S/Z, de Barthes, que no sé nada del héroe degradado en un mundo degradado de *El alma y las formas*, de Lukács), sin rezongar, dándole la razón a las ilustradas apreciaciones, a su superioridad vivencial, escritural, al desprecio por las historias cuyo foco son los malnacidos, los reverendos malparidos.

15

Termina el cigarro. Lo que queda de él es lanzado con un magistral golpe del dedo medio al asfalto. Zas. La colilla sale girando como una hélice en sus últimos alientos. Aterriza, fenece en un charco inhumano cercano. Orellana expulsa por la nariz un hálito de humo, me dice que sus hermanas están por llegar. Hablaba con una de ellas. Le aseguró que en pocos minutos arribarían.

Ante la noticia, un ramalazo de indiferencia me atraviesa. Que vengan las tres hermanas suyas, más el payasete de su otro hermano, no se me ofrece como la salvación a la crónica soledad que padezco. En otros tiempos, tal vez, brincaría en una pata de la dicha. Me emocionaría por la llegada de tres mujerones que se abrirían, cual senderos que conducen a la bonanza anímica, espiritual.

Hoy no.

Medrano nos mira desde de su trono de cólera, enfurecido por la indiferencia y abandono de Linda. Nos apura con un gesto brusco de su brazo para que entremos, lo acompañemos. Es el más viejo, pero no son pocas las veces que se comporta como el más ridículo chiquillo (¡a más no poder!). Quizá (no es improbable) en un futuro yo me convierta en eso: un monigote que recorre el proceso inverso de maduración, involuciona, y, en vez de ganar seguridad con el paso de las décadas, transforma la existencia en un cobarde despertar día tras día, tras día, tras día...

Le obedecemos.

Es riesgoso dejar a los niños solos al borde de una piscina... de pirañas que nadan en mierda.

IV. Excitación

Si algo malo pasa, bebes para intentar olvidar; si algo bueno, bebes para celebrar; y si nada pasa, bebes para hacer que algo pase.

CHARLES BUKOWSKI

1

“¡Llegó! ¿Quién, qué llegó? ¡Lo que siempre estamos esperando! ¿A quién esperas tú? A una mujer que me ilumine, porque siempre he vivido de espaldas al sol”, escribió Miller; “Al día que nunca vendrá”, canta Hetfield; “a ese día que tal vez”, suaviza Smith; “a ese ángel que lleva en sus manos hoy la llave para liberar mi amor”, modula Giménez (sí, con “G”), que “purifique mi soledad”.

Siempre, ineludiblemente, estamos esperando a que algo, alguien, llegue, postrados en vanas esperanzas, anestesiados por las quimeras de una tranquilidad que termina convirtiéndose en esa frágil pompa de jabón que Vallejo comparó con lo voluble de la felicidad de los mortales; una instantánea bruma que se desvanece, que no es tan perdurable como la lealtad de los perros, que, con el movimiento de su cola, despejan el velo de las traiciones que entre humanos nos ofrendamos día a día, que los posiciona a ellos como los únicos dignos de ser llamados fieles (a pesar de andar a cuatro patas con pelaje hirsuto, lengua babosa, ansiosa).

Esperamos a que el olvido sea un manto élfico que cubra y borre las memorias que tornan sombríos los ojos, aletargados en una duermevela que concentra sus alientos cansados en las cicatrices que solo sanarán con la muerte, que palpitan en el dolor para contagiarnos

en la marcha entre callejones que se estrechan más y más, sin salvación, cual guillotinas que afilan las cuchillas y dejan caer sus hojas para cercenar los pasajeros alivios de una antigua sonrisa que, por disiparse en el tiempo, hoy nos hiera más.

Esperamos y esperamos, como el papá de Gonzalo Arango esperó su exigua pensión, en vano, sin respuestas; semejantes al coronel de Gabo, yendo, viniendo, mesándose los cabellos mientras le llegaba la carta salvadora; cual gozque famélico de mirada desgarradora que a la entrada de un restaurante aguarda las migajas, salivando como los de su especie, propiedad de Pavlov, enfermos, desesperados, fustigados por las carcajadas de crueldad de quien invisiblemente observa las desdichas o se atiza los mostachos de placer en un trono elevado y se relame, a la vez, morboso, sádico, pornográfico, lúbrico, lascivo, merced a las condenas de los demás.

Esperamos, esperamos; caminamos, exasperamos, punzadas en la médula. Horizontes vedados, paraísos usurpados, ambrosías evaporadas, cielos venidos a menos. Ocasos, ocasos... ocasos...

¡¿A quién le hablo?!

¡Orellana bosteza! ¡Medrano se despereza!

2

¡Llegó!

¿Quién llegó?

¡El grupo triunfal, áureo!

¡Celestial, magno, apoteósico!

¡Amazonas, valquirias, huríes, deidades, varonas!

¡Las tres mujeronas de la misma sangre del doctísimo, preclaro, reputado, Orellana!

3

¿Qué pasó con Rosso? Saray dice que está en camino, se quedó tapando a Lolo, el pajarraco, avechuchu, de la casa. Es un loro desplumado que me recuerda mi fealdad, mi estado actual. Al igual que los canarios de mi casa, se la pasa encerrado en una jaula, balbuceando palabrotas, lanzando juramentos al vacío; malcomiendo, maldurmiendo.

¡Pobre Lolo! Con escasas plumas desteñidas se pasea por el palo rugoso que atraviesa su prisión en un acto que, más que sosiego, pienso yo, debe incrementar ese desespero de las horas muertas. A veces, agacha su alopécica testa y, en cabeceos intermitentes (así como el parpadeo de sus ojos bicolor), se echa unos sueñitos que no tienen nada de reparador. Se despierta, sacude el abultado cuello (como si regresara de una cacería de la que se salvó). Gracias a Lolo, recuerdo una canción de un grupo argentino que dice que “al hombre no le basta con su raza y destruye a las demás”.

¡Pobre plumífero!

4

Rosso es el hermano de Orellana. Lo apodamos así (con el consentimiento del mismo bautizado) en honor al tan mencionado general Serrano de la década de los noventa. Trabaja en la policía, es patrullero, un simple peón de la gendarmería, que se cree el arcángel Miguel al mando de las legiones que salvaguardarán a la inerme humanidad bogotana de los peligros y acechanzas del maligno, reencarnado en pillastres, sicarios, apartamenteros, fleteros, homicidas. Se ha comido tan íntegro el cuento de la milicia, el “todo por la patria” o “servir y proteger”, “Dios y Patria”, que sus charlas solo giran en torno a las hazañas en las que, obvio, él ha atrapado y aniquilado a corrosivos ejemplares de las alcantarillas pestilentes del hampa. Es un mitómano. Cargante (detesto a estos especímenes que alardean, que se jactan, que se ufanan de una gloriosa vida).

En una de las fiestas de karaoke a la que me invitaron en su casa, lo descubrí hablando mal de mí. Le parecía increíble que a mi edad siguiera viviendo con mis padres, que no trabajara, que fuera un bueno para nada, que no tuviera mujer ni hijos. “Hombre sin familia no es digno de ser llamado hombre, no es un ser realizado”, dijo para sustentar su desprecio por mi soltería mórbida. Yo (que para disimular en varios escenarios soy un maestro) me hice el que no era conmigo, seguí apurando un largo trago de ron que su mamá Lucila hacía poco me había servido. El interlocutor, Orellana, le arguyó que yo estudiaba, que eso ya era una obligación. “No sé, no sé —le señaló el polochito hermano—, no me convence del todo su amiguito”.

Nunca le recriminé nada al Gancho por los comentarios del pazguato de su hermano; no le di a entender que había espiado involuntariamente los señalamientos y prejuicios de que era víctima. Enterré la escena esa noche, sepultada, como debería dejar tantos y tantos soplos mefíticos que me agobian, mandarlos como fardos al fondo de un océano gelatinoso que los succione, tragándose los sin el riesgo de que un ciclo digestivo los lance de nuevo a la superficie.

5

Cuando entran a Los Faraones enfilan directo a nuestra mesa. Los mirones, ya no como los perros de Pavlov, sino como miles de lobeznos en busca de tres Caperucitas ataviadas con jeans y blusas color pastel, babean con ojos desorbitados, siguiendo el contoneo de unas caderas juveniles que bajan como peñascos mortales.

Medrano medio despega la mirada de Linda, que a estas alturas baila entrechocando su pelvis con las rodillas de uno de los negros, sonriente, abandonada. Se sientan a nuestra mesa. En ese instante, su hermano les pregunta por el paradero del héroe policial de la patria. Al escuchar la respuesta y conocer el asunto de Lolo, les dice que saluden, que no sean groseras. El Viejales se lanza como galante europeo a darles doble beso. Yo les ofrezco la mano, a manera de reverencia respetuosa, fórmula de cortesía, de caballerosidad (este gesto de saludarlas como si fueran hombres, que se puede malinterpretar como un acto de fría arrogancia, me ha acompañado desde infante: le extendiendo la mano a la dama que se me ponga en frente para respetar sus dominios faciales, la pureza de su epidermis). Las tres contienen una risita socarrona, cual si un ancianito se les plantara con una galantería pasada de moda.

—Ya saben ustedes cómo es —les dice su hermano—, parece un viejito. ¡Y eso que no han visto el monedero que carga! Chuchumeco. Le hace falta el paraguas, el pañuelo, el periódico enrollado debajo del sobaco.

Les esbozo una risa a las hermanitas para celebrar el ingenio descomunal del Gancho, la rapidez en los apuntes, la capacidad de improvisación histriónica que hasta mis sapientes compañeros de posgrado aplaudirían con batientes palmas alienadas por la admiración.

No me explico cómo coños, cómo diantres, demontres, no se está ganando la vida como gurú del *stand up comedy* en las capitales

del mundo que solo reciben en sus cafetines, ramblas, bulevares, a hombres dotados del humor más refinado; merecedor de ser escuchado y atendido exclusivamente con frac y corbatín, mientras, de fondo, suena una música acompañada con violines, chelos, violonchelos, con notas bien marcadas, frotadas, que susurran melodías majestuosas en el aire que se introducen en los poros de los asistentes, espectadores; bálsamos de miel que bañan en remembranzas los espíritus académicos, eruditos, nutridos con las lecturas infaltables de los griegos, el portento de los barrocos, la infabilidad de los clásicos, la precisión de los románticos, la lírica del Siglo de Oro, la impronta decimonónica y la maestría de la juglaría, que le fue legada a Orellana para arrancarnos risitas cultas disimuladas, asordinadas con la mano: “jo, jo, jo”, “ji, ji, ji”, “ja, ja, ja”, “je, je, je”, “ju, ju, ju”.

Qué bueno que es este mancebo en hacer descoyuntarse de alegría a su prójimo con el don, con la chispa, que le insufló Dios en las venas para decir lo justo en el momento justo, *le mot juste, the right word, la parola giusta*. Vaya chaval, clamarían los chapetones; bravo, bambino, los macarronis. Si nos alegra con sus ocurrencias, chascarrillos. Vaya picardía, olé, olé. Siempre nos deja bailando flamencos con las magnificencias que de su boca emanan, cual dardos que, o nos dejan bobos de encanto, o nos dejan muertos de algarabía.

¡Chiflamicas!

6

Ida, Saray, Lindsay, en orden de edad. Nombres no tan comunes. Doña Lucila se inspiró. A la primera siempre la referencio como mi mentora de matemáticas cuando cursamos quinto de primaria. Me sacaba de apuros con la potenciación, los quebrados. Me explicaba con paciencia de normalista los embrollos del universo de los números (tan abstruso para el mozalbete de diez años que era yo). Me salvaba de las reprimendas de mi profesor Gonzaga (Nariz de chulo, lo apodaba yo), cuando, como un Torquemada, nos conminaba a pasar al potro del tablero verde a resolver con la tiza polvorosa operaciones aritméticas que intimidaban los sentidos. Él, mirada glauca, nariz de bruja, señalaba al próximo hereje, lo retaba con una sucesión de cifras escritas en la pizarra para que, en caso de ser resuelto el enigma que encerraban, ganara el indulto de liberación.

Gracias a Ida pude burlar en varias ocasiones al verdugo nari-zón en sus sacrificios; virtud de ella y de Luque también (un boyaco —boyacense, prefieren ellos que los llamen—), que, según me enteré, murió víctima de una bala perdida en una navidad en este barrio. Tanto el uno como la otra me aclaraban con vocación pedagógica lo que no lograba entenderle en las cátedras al profesor Gonzaga, por más que entrecerrara los ojos y me concentrara para seguir el curso de sus exégesis y de sus subidas de voz cuando parecía que llegaba a un orgasmo algorítmico.

7

Terminamos la primaria. No volví a saber de ella (ni de esos ojitos claros ni de los hoyuelos que se le formaban en las mejillas cuando sonreía por mis chistes ridículos en el colegio). Se desvaneció con su piel blanca que contrastaba con el pelo negro. Luego, tras años y años sumados en el almanaque de mi cuerpo, el reencuentro se dio merced a mi amistad con su hermano borrachín.

¡Ida volvía! (¿?) (¿Discordante?, ¿oxímoron?).

Orellana, un sábado, me invitó a que la siguiéramos en su casa, a las tres de la mañana, con unas botellitas de cachaza que le habían enviado unos primos de Mitú.

Yo nunca había ingresado a su domicilio. Mi amistad con él era relativamente nueva. Ante la propuesta de atravesar, ya vueltos picha, como decía Andrés Caicedo, los portalones sacros de la miscelánea que atendía su mamá, una reticencia inicial me contuvo. Sin embargo, mi voluntad de guerra se dobló ante las insistentes invitaciones de mi recién aliado compinche, más los argumentos de que todos, salvo una hermana “buena papa”, se habían ido de viaje ese “fincho”. Llegamos. Atacamos con voracidad esa bebida azucarada (señuelo) en la sala de la casa. Hablábamos de nuestras fracasadas carreras de futbolistas, de cómo el balompié capitalino se había perdido de dos exponentes eximios que, por giros malhadados del destino, nunca podrían brillar en los estadios del país y, por qué no, del mundo entero. “¡Suerte perra!”, coreábamos los dos, con la voz cascada primero por la cerveza, luego por la cachaza.

Cuando me dieron ganas de miccionar, tuve que dirigirme al baño que se ubicaba al respaldo del local. Con los sentidos embotados, la cabeza presa de giros que me zumbaban en los oídos, pude contem-

plar en la penumbra los estantes llenos de cartulinas, cuadernos, lápices, marcadores y un sinfín de artículos que desprendían un olor agradable (recordé el aroma beatífico que segregaban los libros de texto cada inicio de año). Me metí en un baño minúsculo, desbebí las cebadas que hacía poco había consumido en Los Faraones (necesitaban de una pronta evacuación para abrirle mayor espacio al licor brasileiro). Solté el chorro con fruición. ¡Ahhh!, qué alivio. De pronto, mientras seguía la descarga de la urea, una canción, en la sala, empezó a sonar:

... eres tú quien me ilumina,
mi pequeño talismán...
¡Vuelve! Quiero estar contigo...

El Gancho, peado, en la mala, cantaba como Ana Gabriel, imitando sus falsetes, su desgarrada voz.

No me aguanté. Presa de una disentería burlona, solté una risotada cuando regresé del baño y lo sorprendí aferrado a la botella, con los ojos cerrados, cantando a voz en grito la canción de la mexicana. De verdad lo hacía con pasión, más allá de que estuviera cogido de las pelotas por el alcohol. Todos tenemos nuestros secretos, pensé, en materia musical, nuestras vergüenzas inconfesables, hay que hacer un *mea culpa* (¿o se me iba a olvidar la vez que bailé *El meneito* con un par de primas que me gustaban en una fiesta en la que a última hora resulté de pato?). No, no, yo no era quién para juzgar a Orellana por su inclinación a imitar a la Diva de América.

Al igual que en la fiesta de grado de Wako (así como muchas otras que ya olvidé, pero que recuerdo que ya no recuerdo), de un momento a otro perdí la consciencia. De los retazos que me quedaban de la madrugada, se conservaba la imagen del Gancho llorando e invocando el nombre de Mónica.

—Moniquita, Moniquita, yo te quiero. ¿Por qué me cambiaste por ese hijueputica, cacorro, pocsirve, joto, hijo de su gran puta?... *Never in the cochina life* te lo voy a perdonar, *never*...

Mientras tanto, yo le daba sin reparos a la cachaza, no como un muerto de sed, sino como uno que desea entregarse a una inexorable cirrosis moviendo con pulsión el brazo, con un efecto mecánico, para envenenarse más (y acabar de una vez por todas con la comedia). Miré el reloj de pared, cerca de una jaula (en la sala, ¡extravagancia!) tapada con una gruesa y pesada cobija de lana. Bordeaban las seis de la mañana. Al ver a mi compañero de juerga sumido en un sueño ebrio,

despatarrado en un sofá en una posición incómoda que le provocaría torticolis crónica, dando fuertes ronquidos, también me dejé ir.

Navío sin timonel.

8

Al abrir los ojos en cámara lenta, mientras largaba un impúdico bostezo (semejante a la risa macabra del antagónico payaso Pennywise, de una de las novelas de Stephen King), noté que el sofá donde Orellana había clavado cacho estaba vacío. Eché un vistazo al reloj al lado de la jaula. Ahora estaba destapada. Mostraba tras sus barrotes a un pajarraco igual de extrañado a mí. Me miró, sacudió la cabeza, emitió una suerte de gruñido que interpreté como un “¿quién eres tú, forastero?”. Concentré de nuevo mis ojos en la hora. Eran poco menos de las diez de la mañana. Con este gesto de indiferencia, quise contestarle al plumífero “me importa más saber lo que me dice un reloj que responder tus imprudentes preguntas, loro vetusto, horrendo”.

Me froté los ojos, casi con perversión para activar mi regreso a la aburridora vida terrenal (¿karma?). Esto es de lo más triste cuando uno retorna de una borrachera: darse a bocajarro con una realidad abúlica que nos sobrepasa en irrefutable monotonía. Me palpé los bolsillos. Comprobé que todo estuviera en orden: billetera, monedero de abuelo, celular, llaves. El ritual de certificación de mis preciadas pertenencias era positivo. Si pierdo el celular, se puede reponer; si extravió la billetera, lo engorroso es la expedición de los documentos (sobre todo de la libreta militar), pero no es el fin del mundo; si boto las llaves, así como entre humanos nos reemplazamos, ¿por qué no se le han de dar crédito a los duplicados de las cerrajerías?; pero si el monedero desaparece, esa sí que es una trágica nueva para mí, una pérdida irreparable porque era de mi abuelo y luego de mi padre (por mal que me caiga ese lado de mi genealogía).

“Que nunca me falte, que nunca me falte”, dice un tango que escuchaba en el centro con Torralba y Cedeño, en ese sitio cercano a la 7.^a con 23 adonde solo iban pensionados a escuchar a Laborde, Gardel, Chanel, Vargas, del Carril, Moreno, Falgás, Podestá, Goyeneche y que era atendido por verdaderas coperas que se sentaban con ellos a platicar mientras tomaban aguardiente al son de los bandoneones y las voces afligidas, sentidas, de los cantantes: “que nunca me falte, que nunca me falte...”.

Giré el cuello para activar los músculos. Empecé a chasquear la lengua como un sediento bíblico. Por fortuna, en el suelo permanecían los dos vasos en los que habíamos bebido hacía unas horas. Conservaban aún algo de líquido en su interior. Los tomé. Me zampé el contenido sin aspavientos asépticos. De nuevo experimenté ansias de visitar el orinal. Me dirigí al trasfondo de la miscelánea (ya sabía el camino).

¡Vaya sorpresa, sensación indecible, al toparme de frente con mi antigua profesora de matemáticas!

9

Del niño de mirada cándida que se peinaba de medio lado no quedaba nada. Ni una mínima huella. Ahora tenía frente a sí a un *Australopithecus* con la mirada cárdena por los excesos de la madrugada, trajeado con una leñadora roja ajada, *jeans* rotos, tenis Converse, sucios, viejos. Sonrió. Me saludó por mi apodo, algo que me pareció extraño, habida cuenta de que en el año de colegio que compartimos solía llamarme por mi segundo nombre o por mi apellido, lo que indicaba una vez más que las designaciones con las que el sacerdote me había bautizado estaban en peligro de extinción. Me contó que se había llevado a su hermano a las siete a dormir a su cuarto, que le tocaba atender el local de doña Lucila porque todos se habían ido de viaje a Ipiales ese fin de semana.

—¿Hermano? —le pregunté con un gesto de no entender, como el que exteriorizaba antaño en las clases de Nariz de chulo.

—Sí, su amigote es mi hermano —me contestó mientras retomaba el barrido que ejecutaba cuando nos topamos frente a frente en mi recorrido hacia el baño.

Su belleza infantil se había mutado en una lozanía que, sin embargo, dejaba filtrar por un resquicio que algo en el cuerpo no marchaba del todo bien. (Mi intuición, esa vez, tampoco fallaría. En charlas posteriores, vine a saber que padecía de lupus: al igual que a uno de mis hermanos, el organismo, el destino, Dios, o quién carajos sea, le había tendido una zancadilla).

Después de abandonar el servicio sanitario, en el que excreté casi dos litros de aguas menores y me apliqué una buena dosis de líquido cristalino en la carota, nuca, manos, le agradecí diciéndole que era muy bueno volver a verla, después de tantos años; mejor era saber que era hermana de un buen amigo (pasaporte que, sin duda, nos

brindaría la oportunidad de seguir en contacto). Me disculpé por las molestias causadas en el paroxismo producido por la cachaza, le pedí que saludara a Orellana de mi parte cuando regresara del otro mundo al que había sido enviado por los néctares sedantes del alcohol. Le estreché la mano, sin mirarla a los ojos, pues el remordimiento posborrachera empezaba a posesionarse de mis elucubraciones. Caminé hacia la puerta y, sin mirar atrás, salí de escena hacia una mañana calurosa que encandiló el reciente recuerdo de un encuentro inesperado.

Adiós, antigua catedrática de problemas numéricos. Ahora hay nuevos quebrados por resolver.

10

El Vejete Medrano se lanza frenético a hacer unos pasos inéditos en la reducida e improvisada pista de baile. Lindsay, la menor de las hermanitas, lo secunda en esta demostración de talento dancístico. Aprovechan el respiro que los negros le han dado a Linda para demostrar que ellos también tienen lo suyo. Lindsay, más por solidaridad que por entusiasmo genuino —además porque su hermano la persuadió para hacerlo—, intenta seguir el galimatías rítmico del viejo. Acostumbrado como está, a batirse en variados escenarios discotequeros de nuestra geodesia, ejecuta íntegra una fusión de coreografías locales (torbellino, mapalé, bunde, currulao, sanjuanero, bambuco, garabato) mientras que de los parlantes proviene una salsa alocada.

*... El mes pasado, en un baile, algo extraño sucedió:
tiré mi sombrero al aire, pero alguien se lo llevó.
¿Quién ha visto por ahí mi sombrero de yarey?
¿Quién ha visto por ahí mi sombrero de yarey?...*

El licor consumido, como es de esperar, cumple con su rol de desinhibidor nocturno. Ahora, empieza a lanzar coces como un equino desbocado; luego, contonea la cadera imitando la centrifugación de una atracción mecánica y, para hacer más gráfico el aluvión en que su cuerpo se ha transformado, palmea su abultada barriga con uniformes y aceleradas cargas de artillería dedística. *Taca, taca, taca, taca, taca, taca, taca...*

Lindsay mira a los de la mesa con un gesto de no comprender cómo actuar frente al estado epiléptico del Viejales. Su hermano le

hace un gesto con la mano para que se despreocupe, se deje llevar. Medrano, para éxtasis de los mirones, pasa a intentar emular al rey del *pop* haciendo *moonwalk*. La hermanita menor le sigue sus fintas limitándose a mover discretamente las caderas, brazos, refulgiendo una sonrisa que pretende ser cómplice con la viveza del danzante.

Mi actitud hasta el momento es de silencio, si bien libero una batalla interna para no hacerme ahí mismo en las bragas de la risa. Este Medra (apócope que utilizo al sentirme en confianza), cuando quiere arrancarme una bullosa carcajada, lo hace con sus rimbombantes movimientos, que, adrede o inconscientemente, aflojan por un momento los goznes de mi amargura. Por fin intervengo: lo conmino con un grito a que ejecute “el paso de la pretina” (así lo denominé la primera vez que lo vi en escena, en aquella inolvidable borrachera que nos agenciamos después de una victoria de nuestro equipo de fútbol aficionado en el infaltable tercer tiempo —en el que, sin duda, todos los jugadores somos titulares—).

Él, solícito, obediente, complaciente, se introduce los dedos pulgares en las dos presillas del pantalón más cercanas a la bragueta. Empieza a halar su cuerpo en movimientos frontales como si fuera un *stripper* disfrazado de vaquero. El colofón de este paso, el cenit de esta rutina de la danza contemporánea, lo alcanza cuando se lleva el dedo índice a la presilla ubicada justo encima de la raya que separa sus nalgas. Como si fuera una ganzúa o un gancho de una polea, principia a tirar del pantalón hacia atrás (tal cual lo hacen los dueños de las mascotas con los collares de ahogo cuando se alebrestan los exacerbados chandosos por alguna eventualidad en sus paseos recreativos); sus glúteos, cuerpo virtuoso, se van en pequeños y cómicos saltos de canguro en reversa.

Lindsay se agarra el vientre de la risa, Orellana chifla, Saray e Ida aplauden, yo grito “¡gracias por existir, larga vida al paso de la pretina!”, y hasta Linda, la indiferente que solo le hace cambio de luces a los peliquietos, sucumbe ante las guasas coreográficas del Viejo con una buena dosis de sonoras palmadas en la mesa que hacen temblar las botellas.

Taca, taca, taca, taca...

Saray tiene unos labios carnosos que hasta al más recatado y célibe le arrancan pensamientos volcánicos. Desde un simple e inocente

mordisco a un durazno en una mañana de desayuno familiar, hasta los actos más inconfesables en un crepúsculo pasional, desfilan por la imaginación de quien detalla profusamente su boca. Hay algo de aborigen en sus rasgos, algo de india *cherokee*. El pelo liso, azabache, como dice la canción de Jaramillo a dúo con Cárdenas, acentúa este parangón con la ancestral belleza de las mujeres de la tribu norteamericana. Al igual que a Ida y Lindsay, cuando sonrío, se le forman dos hoyitos en las mejillas que incitan a querer extraviarse en sus profundidades.

Orellana me molesta con ella, me dice que sería muy feliz siendo mi cuñado. No me ofrece a sus otras dos hermanas, como padre guajiro, por tener esposo la primera, por ser ya muy niña para mí la tercera. Mientras que ella, la que está en medio, en el rango de edad de las mujeres de la familia, se ajusta a mi palmarés cronológico. Empero, hay un pequeño problema. Un incómodo problema, diría yo: tiene novio. Lo he visto un par de veces, tiene uno de esos nombres con los que los padres acomplejados, lisonjeros, quieren pasar de ser sudacas a europeos en un chasquear de dedos: Jean Paul, Francesco, Giuseppe, Paolo, Marcelo, Stephan, Philip, Laurent, Thiago, Antoine..., algún tonto, zalamero, motete de esos. Se tratan de espositos cuando hablan ante los demás: “mi esposito por aquí, mi esposa por allá, mi esposito sí sé cuándo, mi esposa sí sé más, mi esposito sí sé cuánto, mi esposa acullá...”.

Esta melosa galantería le ha granjeado el desprecio de Orellana, que no ve a un cuñado, sino a un bolonio con la cara pululante de acné y que, ¡válgame!, como filosofía de vida preconiza que no necesita de la bebida para pasarla bien. “Hombre que no bebe es sospechoso”, le he apuntado al Gancho para sembrarle cizaña, aumentar la animadversión que experimenta por el pelafustán con ínfulas europeas. “Algún secreto debe tener guardado; alguna conducta o personalidad oculta que le teme al exorcismo del alcohol; mínimo las veces que se ha emborrachado le da por patear con ambas, juega en las dos bandas, le da por cambiar de equipo, se le aflojan las chupas, se le moja la canoa, se le saltan los tacos...; más con ese nombre de florecita, de mariquita...”. Desafortunadamente, para Orellana, el beneplácito de su hermana en consentir ese estilo ejemplar de conducta en su amado hace más que imposible que entre los dos se cree un parentesco familiar que vaya más allá de embrutecernos como condenados, copa tras copa.

“Bebedinis” han debido bautizarnos, a pesar de ser sudacas.

12

El ritual de inhumar los cadáveres de cristal en la bóveda plástica es celebrado periódicamente por don Arce. Medra, después de poner fin a su número de acrobacias bailarinas, regresa a nuestra mesa con Lindsay. Levanta los brazos para autocoronarse como un emperador que ha triunfado en otra hazaña colonial. Celebramos su soltura, damos el espaldarazo al proclamarlo como el gran y único César del imperio de la danza. Exuda de forma copiosa en la frente. Se frota la cara con la garra izquierda. Se la pasa después por la barbilla para sentir un cosquilleo por la naciente perilla (como dirían los rusos en una de las tantas páginas de su portentosa y gigantesca producción literaria para referirse a la barba).

Los negros lo vitorean desde su mesa, aclaman la ejecución perfecta de las fintas, la coordinación entre miembros superiores e inferiores, la espontaneidad en el meneo de caderas, la combinación de tendencias musicales, la mixtura de ritmos autóctonos con foráneos, la furia animal devenida en arte corporal, el tumulto de emociones suscitado en los testigos alælados por la majestuosidad desplegada en la pista. “¡Te fajaste, Míster! ¡Cómo lo bates, Pókerman!”. Modesto, Medrano expresa con énfasis didáctico a la concurrencia, incluidos los personajes aficionados a la tauromaquia del frigorífico y la otrora indiferente Linda, que nada de ese brillo habría sido posible sin la fastuosa colaboración de su compañera de bailoteo. Lindsay, que apenas frisa la veintena, secunda el elogio con una risita nívea que pendula entre la timidez y el gozo.

De las tres hembras del clan Orellana, es quien más se parece al padre. El segundo hombre de doña Lucila transmitió toda su carga genética en esta damisela de cuerpo menudo pero agradable, muy bien distribuido, pieza por pieza. Una piel canela contrasta con unos dientes parejos que conforman un conjunto facial coronado por una cascada de cabellera negra que cae hasta la mitad de la espalda. Estudia en el SENA algo concerniente con logística, no tengo claridad al respecto.

En ese centro de enseñanza, lo sé porque algún día de ocio matutino indagué en su plataforma virtual, imparten un curso sobre enología en el que debí haberme matriculado desde los albores de mi vida. Me habría evitado hacerle malgastar, dilapidar, dinero a mis padres en la carrera de la docencia que, más que alegrías, me ha acarreado desdicha, frustración. No más empezar a ejercer ese hoy en día no bien

reputado oficio, recién desempacado de la universidad, descubrí que el camino de la tranquilidad, del bienestar, era cual paraíso perdido de Milton y que, en vez de lidiar con ángeles, debía empeñar mi alma cuidando mozalbetes, leviatanes insolentes, engreídos (algo de bueno tiene mi actual desempleo). De carambola, me habría evitado llegar hasta el punto de cursar un posgrado en el que mis discípulos y maestros son jueces implacables de mis raquíuticos escritos.

Mi escasa producción literaria (si es que el término se ajusta a los engendros que produzco cuando le doy a la pluma) ha sido el blanco de unos ataques desafortunados solo comparables con los bombardeos de Hiroshima. En dichos embates nucleares han participado, como naciones aliadas, casi la totalidad de mis compañeros, que han emitido dictámenes desfavorables sobre mi farragosa prosa, mi vocabulario arcaico, mi falta de roce con el mundo lírico de las metáforas.

¡¡¡Ay!!!, si, como Lindsay, hubiera ingresado al SENA a estudiar, no logística, sino enología, en el presente estaría rodeado de cavas en bodegones subterráneos; moviéndome como topo curioso, feliz, pletórico de orgullo vocacional, profesional; teniendo que vérmelas con viñedos, alcoholes, fragantes del resto del mundo; conociendo los sabores de los continentes sin necesidad de realizar viajes estúpidos, onerosos, fanfarrones; encerrado en mi propio oasis de dicha, caminando de tonel en tonel, no como el Fortunato emparedado de Poe, sino como un Baco que se imbuje en las entrañas de las uvas y paladea la soberbia fruición de sus pulpas, cual personaje de una novela de John Fante; solo interesado en establecer vínculos etílicos, no humanos; evitando estar en la misma aula ejerciendo la diplomacia con cargantes aspirantes a escritores que se creyeron la fábula de que han sido paridos para escribir la obra maestra de todos los tiempos, o con poetisas que tienen clavadas imágenes en su cerebro y escupen números en sus versos (“trescientas uvas que son pisadas por nodrizas”). ¡Ay!, si hubiera tomado ese camino, hoy sería otro. No le estaría dando la razón al fallecido padre de mi ausente amigo Cedeño cuando decía que “el indio siempre acata a los ocho días”.

Rosso sigue privándonos de su grata, preciada, compañía. Sus proezas policíacas no acarician nuestros sentidos ávidos de estímulos imaginativos. El heroísmo del que hace gala en los relatos está lejos,

arrojando a Lolo en su estado de mierda viviente. Al parecer, en esta velada de sábado que toca el fin, no nos honrará con su excelsa compañía.

El clan femenino de las Orellana empieza a exteriorizar un deseo de querer partir a otro lado. Quizá el reducido espacio de Los Faraones no es idóneo para una danza colectiva. La estrecha zona rectangular minada por mesas, sillas desperdigadas, a lo largo de esta topografía de continentes borrachos, no es suficiente para desplegar un baile más ligero, frenético. Necesitan de otro ambiente. Una discoteca con luces alocadas, parlantes regurgitadores de excesivos decibeles, arrebatadas canciones que invoquen al desparpajo, a la entrega del cuerpo. Esta es una simple tienda de barrio. Minúscula, humilde, en la que milagrosamente Lindsay y el Vejete, Linda y los peliquetos, han podido mostrarnos un mínimo porcentaje del talento con el que fueron premiados. *Ra, ra, ra, ra, ra...*

El grupo de nuestra mesa delibera sobre la siguiente estación en la ruta delirante. “¡Una discoteca!”, proponen al unísono las tres hermanitas de mi camarada de parranda. Yo me mantengo callado. Si de mí dependiera, me quedaría en Los Faraones, no solo esta noche, sino para siempre. *Forever and ever, and ever, and ever*. No me place ir a ningún otro sitio. Con lo poco que conozco de este mundo, me basta para saber que en él únicamente encontraremos mierda, en su más puro estado, disfrazada de maravilla natural o arquitectónica: lagos, cascadas, paisajes, puentes, castillos, obeliscos, palacios... Bosta mimetizada, boñiga transmutada en supuesto portento, estiércol metamorfoseado en felonías que cubren sangre derramada, humillación, muerte; caca untada en el dedo, deyección que se pasea a su antojo, heces volátiles, deposiciones escritas en páginas, guano en la palabrería, humor para justificar lo que no tiene razón, zurullo que balbucea...

Medrano y Orellana se dejan hipnotizar por la promesa de extender los tentáculos de la rumba a otras regiones. Sucumben como los navegantes ante “El canto de las sirenas” (así intitulé otro de mis ejercicios de escritura; por supuesto, el contenido y el estilo de mi cuento fueron aniquilados, apabullados, en los comentarios de poslectura colectiva). Se doblegan como los roedores en “El flautista de Hamelín” a las intenciones de las hermanitas.

—Las mujeres mandan —acota el Viejales, complaciente—. Si lo que quieren es bailar, yo les tengo el sitio, acá mismito en el barrio, no nos demoramos ni cinco minutos en llegar, mijitas lindas, negritas hermosas, angelitos preciosos...

Esta melosería burda, predecible, del Viejales forma parte de su oratoria cuando ya está achispado. A mí me ha dicho “papi”, “príncipe”, “niño”, “papá”. El alcohol estimula en su lenguaje una inclinación al uso de vocablos que recuerdan los lazos familiares entre desconocidos que, obvio, no llevan la misma sangre.

Saldamos la cuenta entre los tres. Las mujeres Orellana (suelo identificarlas de esta guisa, así no todas tengan el mismo apellido) están excluidas. La deuda por las cervezas que tomaron Lindsay y Saray (Ida nos acompaña con inofensiva agüita debido a su enfermedad) está condonada por la simple oblación de su grata compañía.

No me siento nada satisfecho con la idea de partir de este lugar. La posibilidad de incursionar en una covacha atiborrada de luces, estruendo, humo y bailarores folclóricos no me entusiasma. En esos antros ni se puede hablar. La bulla alcanza unos niveles tan altos que quienes tienen la osadía de explorar estos confines se exponen a una sordera precoz; aparte de tener que soportar las exudaciones de desconocidos que bañan las paredes en torrentes acuáticos deleznable y los cristales de las escasas ventanas en vapores de inmundicia derivada de la temporal dicha que les proporciona frotar sus cuerpos simulando que danzan en un acto que es la antesala del coito o que brincan anticipándose a un espasmo eyaculatorio.

¡Definitivamente me quedo con la sencilla tienda de barrio!
¡Allí soy! ¡Allí no debo aparentar! ¡Allí no hay que enmascararse en rituales que persiguen la felicidad! Pero, como un borrego, me adhiero a la voz de la mayoría, al mandato de las tres “mamis”, como diría el Viejales, a la petición aceptada por mis dos secuaces de embriaguez. Cinco contra uno. Nada que hacer. Ni modos. Tengo que agachar cabeza, aceptar la voluntad del pueblo, lanzarme en clavado a los torrentes de la inmundicia.

Como si se tratara de una estrategia de escape paulatino, uno a uno vamos abandonando Los Faraones, siendo yo el último. Le tiendo la mano a don Arce. Le digo que “a las viejas les entró el arrebato, la jodedera de querer bailar”. Me sonrío, con los dientes inferiores salidos, como los de Gamín, un gozque que tuvimos en mi casa cuando yo era muy niño y que se la pasaba (muy independiente y autónomo él) todo

el marrullero día por fuera y llegaba en horas de la noche a rastrillar la puerta con las garras para que lo dejáramos pernoctar.

Me estrecha la mano. Siento la pesadez en cada uno de sus dedos (un puño de este *man* debe ser peor que una trompada de Mike Tyson en sus años mozos). También le sonrío. Le conservo una sincera gratitud (“el cucho es buena papa”, ha expresado varias veces el Gancho).

—Acá los espero mañana, vecinito —me dice—, para el desengayabe, tal vez haya sorpresas.

—¿Sorpresas, don Arce? —inquiero.

—Je, je, je —obtengo como lacónica y extraña respuesta.

Antes de cruzar la puerta, en donde Orellana enciende un nuevo cigarrillo, mientras Medrano y las mujeres se azotan afuera con un viento perverso, sacudo la mano en señal de despedida hacia la mesa de los peliquietos. Gritan mi apodo, como lo hicieran cuando me recibieron unas horas antes. “Cuídate, campeón; por acá los esperamos, primo”. Linda también se despide con su antedicha fórmula de llamarme “papi”. Así lo hace el Viejo Medra en estado de ebriedad.

Salgo. El viento también me ataca. Mi impoluto atuendo, al estilo del cantautor Johnny Cash, sufre una embestida de las corrientes del aire travieso. Me recompongo. Con un cabeceo le hago una señal al grupo para que pongamos nuestros pies a funcionar. Adentro suena una canción de Blades que exalta las bondades de la familia. Nos alejamos, el sonido se va perdiendo, como un eco que pierde fuerza. *Za, za, za.*

La palabra ha penetrado con una broca en mi pensamiento. Miro a Orellana, a sus hermanas. La sensación es más vívida. El mensaje de la canción retorna cual fantasma tozudo que se resiste a largarse y dejar a quienes lo sufren en paz: *familia, familia, familia, familia, familia...*

V. Confusión

La embriaguez no es más que locura voluntaria.

SÉNECA

1

Agujas. Sí, agujas. Se clavan en el cerebro, le inyectan el macabro líquido de la amnesia. Hipodérmicas que sedan los recuerdos, atacan los dos hemisferios; venidas de arriba, de la estratósfera nocturna, enviadas ex profeso para lastimar mi juicio y transformarme en víctima de una exitosa lobotomía.

El viejo mito del sereno o *simiñoco* que cuentan las abuelas: fenómeno noctívago que ataca a los borrachos para despojarlos de la memoria; los envuelve en una nebulosa que se solaza borrando las escenas del peregrinaje ebrio de sus pasos; los deja con un enorme hoyo negro de incertidumbre en la cabeza, ahogados en pozos anticipatorios de un fatal Alzheimer, de una demencia senil que se insinúa como las brumas del libro de Bernlef o la laguna profunda de Collazos.

Mi caso es particular. Puedo parecer consciente ante los demás. Caminar, hablar, desenvolverme con naturalidad, sin dar visos de una embriaguez innegable (incuestionable), sin gagueos y zigzagueos. Puedo ser lacónico en el uso del lenguaje hablado, cediendo el uso de la palabra en la dulce plática del achispamiento a los otros; reservado, austero, como un *gentleman* de mesurados modales, dejando que el pensamiento divague por las ramas, pero sin exteriorizarlo en peroratas monotemáticas. Puedo ser cacofónico en los juegos verbales que minan mi mente mientras mis manos en los bolsillos activan el par de

pulgares en movimientos esquizofrénicos, posesos de una compulsión ansiosa. Sin embargo, de primerazo, es muy difícil que, en esta etapa de la borrachera, los síntomas que la delatan sean del todo evidentes.

A la vista de un observador casual, mi comportamiento no revela que haya sobrepasado los límites de la sobria cordura, salvo si se acerca y, en un auscultamiento exagerado, examina mis pupilas hasta descubrir un rojo inyectado que puede endilgársele a una alergia o a una conjuntivitis mal cuidada.

El problema (el maldito inconveniente, la situación calamitosa) empieza cuando, después de haber bebido, en una dosis que sobrepasa los umbrales de la frugalidad copística, abandono el buen resguardo del techo que funge como un casco antigolpes y expongo mi testa al cielo traidor de la noche. El frío, las estrellas, el viento, la luna, los astros, satélites, planetas, cometas, aerolitos, constelaciones confabulan para crear un castigo trocado en millones de saetas que, clavadas en el occipital, frontal, temporal, parietal, hipnotizan con un efecto retroactivo las andanzas de la víspera.

No sé si atribuirle esta desgracia al exceso de oxigenación noctámbula, a la fragilidad de mi corteza cerebral, a la vulnerabilidad del tálamo y el cerebelo. No sé si la sabiduría popular está en lo cierto cuando mantiene que el origen de esta nebulosa de desmemoria es consecuencia de retar a la naturaleza indómita echándose a andar cual guiñapo en las noches gélidas después de haber mojado (emulando la francachela de don Rin Rin y sus amigotes ratones) el gajnate que estaba como estopa; trastabillando hasta ser absorbido por esa galaxia de periodos muertos y estados comatosos, hasta que el día posterior a la bebete nos cuelga medallas que autentican que somos unos irreflexivos tarambanas.

No sé cuál sea la explicación (insisto). Desconozco si la historia de los ebrios que pasan cerca a quebradas o ríos, y pierden así la sucesión de los hechos posteriores para despertar con un hoyo en sus recuerdos al día siguiente, sea superstición (superchería de ignorantes). No tengo la certidumbre de si la conjunción de los elementos siderales, hídricos y etílicos dan vida a un Frankenstein que apachurra de un manotazo la facultad de la memoria; lo que da excusas, fortísimos empujones de aprobación, a las habladurías que culpan al *simiñoco*, no solo por emprenderla contra los beodos, sino, además, por agredir a aquellos que padecen de migraña o que tienen platinos adheridos a su osamenta con soldadura y tornillos, o que padecen de un intenso dolor de las muelas cordales.

¡Un enigma!...

Superior al de saber si hay vida después de la muerte, al de los ovnis, al del Chupacabras, al de la existencia de Jesús. Una incógnita que no he podido resolver, que me sigue inquietando (sobre todo en mis periodos de abstinencia forzada), cuando estoy entre el limbo de no saber si la sobriedad es peor que la dipsomanía y contemplo el episodio infantil de mi caída desde un camarote, a casi metro y medio de altura, hacia un abismo de piso rústico que recibió mi cabeza con sevicia, como una posible solución al misterio. Esta podría ser una explicación plausible para el fenómeno patológico de mi desmemoria posborrachera. Lo afirmo, sin sentirme del todo categórico en la defensa de mis argumentos. Sé de este suceso de infancia porque me lo contaron, así no tenga su recuerdo vívido.

Quizá desde ese condenado día, en el que ya tenía edad suficiente para tener uso de razón, empezó mi desgracia, al crear un boquete por el que se han colado miles y miles de noches. Tal vez por eso solo recuerdo cuando volví en mí hasta la otra mañana, con un dolor infernal en mi cabeza, con una protuberancia molesta en la frente (como una de las tantas del *Hombre elefante*), viendo a una tía tetona que, alarmada, diligente, me untaba un ungüento en el bulto tumefacto que me hacía ver más macrocefálico de lo que ya me sentía en ese entonces. Me contó que mis papás se habían ido a trabajar, que no debía preocuparme por ir al colegio, además de que era muy probable que me promovieran a segundo de primaria (de primate, suena mejor) por mi buen desempeño escolar.

Yo no entendía nada.

El último recuerdo presente era el de haberme instalado en la parte superior del camarote ese lunes después de ver con mis papás, en el (por fin adquirido) televisor de marca coreana, un dramatizado sobre un sacerdote abnegado que se metía de boxeador *amateur* para ayudar a una comunidad de niños pobres huérfanos. En la noche crucial del encuentro pugilístico, el padrecito resultaba muerto por la golpiza que le daba su adversario (otro miserable muerto de hambre que esa noche pudo llevarle comida a su esquelética esposa y a unos menesterosos hijos). El episodio terminaba con uno de los niños del orfanato escupiendo un cuadro del Sagrado Corazón, al que le había orado antes de la pelea, por fallarle, recriminándole su indiferencia con un grito que mezclaba la rabia, el abatimiento. El gargajo del mocososo se resbalaba por el vidrio. Los créditos empezaron a rodar. De ahí me fui a la cama.

Con la vista clavada en las glándulas mamarias de la hermana de mi padre, escuché toda la explicación, comprendí el porqué de sus cuidados, la razón de las almohadas debajo del colchón, en el borde exterior, a manera de fortín preventivo contra las caídas. (¡Ya para qué hijueputas!, diría el meme de Pacheco). Mi bastantona tía me contó que, en la madrugada, en medio de la oscuridad, se escuchó un estruendo fortísimo que conmocionó el silencio de la noche y despertó a todo el mundo.

Mis padres y mis hermanos mayores corrieron desde sus cuartos, sobrecogidos por la duda, el susto. Al encontrarse entre ellos en el zaguán, supieron que el origen del chichazo provenía de la habitación en donde dormía con mi tía (¡incesto!). Al abrir la puerta, encender la luz, me vieron con la cabeza clavada en el piso, como si estuviera ejecutando un paso temerario de *break dance*, pero sin la admiración que esto suscita, sino, muy al contrario, con un pavor colosal por un posible deceso precoz a causa de un desnucamiento. Mi tía (mis hermanos la apodaban Tetaloca, Tetamix, Supertetas —crueldad infantil—), que dormía en la cama de abajo, aún se encontraba en medio de las cobijas, tapando sus descomunales dispensadores de nata, con la vaguedad de haber escuchado el latigazo, sin la certeza de que la tragedia ocurría allí mismo en sus dominios, no en uno de los cuartos de otro domicilio (el peligro nos respira en el hocico).

Cuando vio a mi familia en pleno, lanzó los edredones a los pies de la cama, saltó impulsada por un resorte instintivo (más fuerte que la carne de sus pochecas). Al verme privado en el piso, con la crisma anclada en el suelo rústico, rodeada de un líquido escarlata, soltó una ráfaga de gritos que convertían el escenario en una película de terror barato.

—¡De por Dios, Señor! ¡Se nos mató el nene (así, sin acento agudo) de la casa! ¡No!, ¡no!, ¡ayyyyy!

Finalmente, alguien se decidió a actuar. Me retiró cual despojo del suelo. No más moverme, supe, según el relato del otro día, empecé a llorar, desconsolado, sin parar, como una catarata que deja fluir la fuerza interior que contiene. Me limpiaron la herida (¡ya para qué hijueputas!), mientras gimoteaba y gimoteaba, y me hablaban para que no me durmiera (no vaya y fuera que les quedara tarado de por vida, gracias a la imprudencia de dejarme escalar una altura para la cual aún no estaba preparado).

Así me tuvieron por más de tres horas, paladeándome, recién aporreado, aplicándome hielo, agua oxigenada, Mertiolate e Isodine, suministrándome un Asawin, cuchicheándome palabras para no de-

jarme secuestrar por el soporífero Morfeo mientras uno de mis hermanos, o mi tía, o mi mamá, o quién fuera, limpiaba la sangre del piso. Yo chillaba, chillaba, como si dentro de mí hubiese una cuerda o un mecanismo de manivela que había sido dispuesto para activar lacrimales sempiternos (de niño berreaba por todo).

Cuando ya lo consideraron prudente, dejaron que me fuera, me aplicaron la eutanasia del sueño. Me acomodaron en la cama de abajo, al lado de Tetaloca, reforzaron las medidas para evitar una nueva caída a menor altura con los almohadones debajo del borde del colchón y apagaron la luz a la espera de que el episodio se internara en una oscuridad momentánea próxima al nuevo amanecer, reparador, purificador, heraldo de buenas nuevas.

De esta historia no recuerdo nada; no recuerdo la caída, el golpe, la sangre, el llanto, las palabras de mis allegados; menos sus rostros acongojados que me rodeaban con las manifestaciones de solidaridad familiar. ¡Nada es nada! No recuerdo haber dormido al lado de mi tía como terapia renovadora.

¡Tampoco recuerdo haber sentido que sus inmensas pechugas rozaran mi cabeza magullada! ¡Tragedia de tragedias!

2

La hipótesis de que mis estados mentales en blanco después de las cogorzas son consecuencia de ese golpe infantil es una de las soluciones tentativas a este misterio. ¡Un misterio solo comparable con las truculentas desapariciones en el Triángulo de las Bermudas!

Es indiscutible que hay una supresión nemotécnica cuando en nuestro organismo se filtran centímetros cúbicos de destilación etílica que minan el sistema nervioso, que carcomen las potestades de las memorias, que aturden el raciocinio, que alteran las funciones cerebrales, que atacan nuestros neurotransmisores, que narcotizan los reflejos sensoriales, que paren alucinaciones, que abolen la coordinación muscular, que provocan trastornos en el sueño, que estimulan depresión, bipolaridad, que birlan la concentración, que esparcen obscuridades en la conciencia.

No obstante el acierto de las anteriores disquisiciones científicas, sigo atribuyéndole un gran porcentaje de mis retorcidas tinieblas de desmemoria a la caída del camarote en los albores de mi vida. Lo afirmo porque en mí esta ceguera es obsesiva, malsana, muy diferente

a la de mis camaradas de copas, que, siempre que hablamos los días ulteriores a las bebetas, sostienen en sus reportes, con una seguridad y confianza en sí mismos connatural de críticos literarios (de la altura cognitiva de Harold Bloom, Plinio Apuleyo Mendoza, Pablo Montoya), que recuerdan íntegra la jornada de despiporre sin que se les escape ni el más ínfimo detalle.

Es más que verídico, entonces, que el batacazo desde el lecho del segundo piso haya abierto ese resquicio por el que legiones de mis recuerdos se han esfumado, como si fueran entidades incorpóreas a las que no les apetece dejar huellas ni vestigios: burlonas, felonas, bataclanas, zungas, meretrices, cínicas, desvergonzadas.

O ¿cómo explicar esos lapsus, cuando ni siquiera le cascaba a la botella, en los que mi familia me sorprendía mirando hacia el cielo nocturno y las estrellas en el patio descubierto de la casa, a medianoche, empapado de cabeza a chancletas por un lapo de agua? Me preguntaban y yo no atinaba a responderles, no porque ocultara algo o quisiera desviar la atención de una posible locura de niño amparándome en el sonambulismo. Simplemente no recordaba cómo había llegado allí, tenía un hueco tan grande en la memoria como el aguacero que soportaba feliz antes de que dieran con mi paradero. O (nuevo misterio) ¿cómo explicar también lo que ocurría antes de que regresara la conciencia y me hallara frente a mis padres en su habitación, ya no bañado en agua, sino en llanto, sin una razón definida que justificara mis lamentos?

“Cosas del Perverso” (“¿no sabes que no existe el diablo? Solo es Dios cuando está borracho”, apuntó Efraim Medina), “vainas del Viruñas”, dijo Alberto, mi tío, “al chino lo están trabajando, quién sabe por qué le querrán hacer la maldad”. Como mi tío estuvo casado con una valluna que era medio pitonisa, le daba crédito a este tipo de explicaciones, arguyendo que Esmeralda, su ex, le contaba cómo amarraban de forma simbólica a las personas a la pata de la cama para encadenar sus almas a los tormentos, o cómo mezclaban tierra de camposanto con daguerrotipos de algún parroquiano para convertir los días del fotografiado en una constante zozobra que lo sumiría en una delgadez mórbida. También le contaba sobre los rituales de introducirse en las casas de las víctimas para dejar regados proyectiles en rincones o zonas de difícil acceso, como los techos de los baños, y crear así una atmósfera de enemistad y disputa entre los habitantes de los dominios que era esparcida con la cizaña de las balas. Estas eran algunas de las muchas prácticas del Mal que Esmeralda le referenciaba al hermano de mi madre (él, con

su carita de Pablo Mármol, culibajito, peinado de medio lado como un papanatas, casado con una señora de tremenda laya).

¡Brujilda!

¡Más que seguro que también se las aplicó a la güeva de Albertico!

Con razón mi tío quedó, después de la separación, igual a un autómatas menoscabado, sumido en un desgano por la vida tan inmenso como la traición misma que la pitonisa fraguó para su desgracia; vuelto un ripio, un fiambre, una cochambre, destrozado en su ego viril, sin ganas de levantarse y bañarse para ir a trabajar, farfullando monosílabos débiles.

Al día de hoy, esta explicación sobrenatural relativa a mis estados de amnesia no me llena. La magia negra no me parece que sea la causa de la enfermedad que taladra en los muros de mi conciencia retentiva.

Aunque, ya lo dijo una canción de Misfits, he visto la cara del demonio, no creo que el problema de mis bloqueos memorísticos sea asunto suyo. Me quedo con la teoría “poscaída del camarote”. Tiene sus vacíos, no es del todo categórica, debe robustecer lo fáctico, parte de principios verticales endebles, antípoda del método científico, lo sé.

Empero, la intuición de tenerme que soportar por casi treinta años, ocupando un pellejo con la polifonía de sus taras (que no son pocas y que podrían convertirse en insumo para la empresa de constituir una enciclopedia de los detritus humanos), me otorga algo de autoridad para inclinarme a señalar con tinta sangre ese día como un lamentable giro de tuerca que abrió insondables y maléficos abismos de fondos nebulosos, únicamente explorables con bienhechoras teas redentoras que, ojalá (amén de la imperfección de vivir en este mundo de absurdos), iluminen las cavernas de mis desventuras y la carestía de los recuerdos, hasta disipar para siempre (en nombre de Funes el memorioso) los remordimientos derivados de las perplejidades vaporosas de la dipsomanía, para gloria, bendición y satisfacción de todos los que padecemos el no saber “qué ocurrió ayer y cómo putas amanecemos aquí”.

Menos mal, las benefactoras luces que han vencido la negrura de la desmemoria han sido las voces de mis compañeros de copas.

Esos mismos que han doblado el codo y humedecido el cogote conmigo (cual miembros de una orden de quebrantados y malogrados) me han ayudado a reconstruir el mapa de mis itinerarios báquicos, la ruta borrada de mis pasos perdidos; no en búsqueda de lo sagrado, como Carpentier, sino de la insidia de vivir en una medianía potenciada con vahos etílicos. Gracias a sus posteriores testimonios, he podido reconstruir las escenas desaparecidas en mi memoria, como un forense que en un viaje retrospectivo construye con tenacidad y disciplina maníática el perfil de un criminal con cada una de las acciones sistemáticas y prolijas, resultado de una conducta contra natura.

¡Cómo olvidar (suena paradójico) las gotas de rocío refrescante, rutilante, revelador, hermenéutico, que han esparcido sus mensajes sobre el maltrecho jardín mental de mis girasoles dopados, mis hortensias insensibilizadas, mis dalias amodorradas, mis tulipanes tiznados! ¡Cómo no agradecer sus testimonios esclarecedores, que respondieron, pregunta por pregunta (¿la cagué, compadre?, ¿me boletió?, ¿no me agarró la intensidad?), un arduo interrogatorio sobre mi comportamiento, mis palabras dichas y acalladas, los gestos, las paradas, las miradas, las cuentas saldadas, las acciones! En este viacrucis del no recuerdo, de transitar por el Triángulo de las Bermudas, sus reportes se han convertido en la esperanza para la resurrección de mi memoria.

¡Aleluya! ¡Salve, compañeros, disipadores de dudas y temores!

De no ser por sus crónicas, hoy día no tendría la noción, en el expediente de mis días, de aquella experiencia en la que caminé por un parque cercano a mi casa y protagonicé una de las tantas caídas con las que he decorado mi prontuario de peas.

El parque estaba siendo remodelado por la alcaldía de ese entonces. Torralba, Cedeño (infaltables camaradas de antaño) y yo, descontentos por la reciente derrota de la Selección Colombia en uno de los cotejos de la eliminatoria del mundial de Corea y Japón, nos agenciamos una buena ráfaga de aguardiente y nos echamos a andar en esos periplos. Supe después, por boca de uno de ellos, que penetramos en el campo de fútbol violando las polisombras que habían dispuesto para alejar a los lugareños y delimitar la zona para el avance de las obras.

Yo, herido en mi ego de futbolista no laureado, empecé a correr por la cancha, a jugar con un balón imaginario, haciendo gambetas, *dribblings*, fintas, cambios de frente que yo mismo paraba con el pecho o con la cabeza (como el zaguero Franco Baresi), durmiéndolo en mi borde externo o muslo, acercándome poco a poco a una de las porte-

rías, con la velocidad de una gacela despavorida, para finalmente chutar y observar cómo la esférica se introducía por uno de los ángulos superiores izquierdos, allí donde solo ponen huevos las arañas, para así enseñarles a los incompetentes delanteros, que ese mismo día habían perdido en tierras argentinas, cómo es que se tiene que definir (palo y a la bolsa), cómo es que se le da comba a una pelota, cómo es que se manda guardar un balón en las vallas ajenas(¡sáquelo, papá!).

Un celador que advertía mis disparates se acercó con un enorme perro Rottweiler, sin bozal, amenazante ante la prohibida presencia nuestra en los terrenos que le adjudicaron para custodiar. Nos gritó, nos conminó a que nos largáramos. Yo (me cuentan, pues la verdad no recuerdo nada de eso) me le acerqué amistoso, echándole el brazo, diciéndole que estaba frente a una gloria no reconocida del deporte nacional, injustamente relegada a las sombras del voraz anonimato, cruel y presente, en un país del tercer mundo como el nuestro, sumido en el atolladero del subdesarrollo, proclive a dejar figurar solo por nepotismo, añadiendo que debía sentirse orgulloso del repentino privilegio de dejarse abrazar por un ídolo, no con pies de barro, sino con una ambidiestra que no perdonaba a su rival a la hora de definir. Matador del área chica, bombardero en las pelotas quietas, gladiador del cabeceo y los pivotes.

Él, hostil, me quitó el brazo, como si me hubiera escapado de un leprocomio, azuzando al perro a atacar en defensa del amo de turno. Según el reporte de mis dos acompañantes (leales Cedeño y Torralba), que permanecían entre expectantes y divertidos por la escena, me hiqué, empecé a consentir a la fiera negra de dentadura asesina con una temeridad tan palmaria que milagrosamente logró apaciguar una posible embestida de sus colmillos en alguno de mis miembros. Luego, me puse de pie, palmeé cariñosamente al vigilante en una de las mejillas, diciéndole que lo único bueno que él tenía era la mascota guardiana, de la cual debía aprender una poca de nobleza.

No sé cómo el guachimán no me disparó, menos sé cómo no fui mordido por la bestia colmilluda de cuello de boxeador ni tampoco sé cómo, cuando ya emprendíamos la salida del parque, mientras mis amigos hablaban de mis bufonadas, de lo afortunado que era, dejé de aparecer en escena.

Cuando me echaron de menos y se percataron de mi intempestiva desaparición, desandaron (reularon, dirían los narradores deportivos) el trayecto y dieron con mi paradero de secuestrado en el fondo de una de las zanjas que habían cavado para el drenaje de la cancha.

Cual bicho de Kafka, movía las patas, apoyado en mi espalda lacerada en la profundidad de ese hueco traidor. Valiéndose de las pocas fuerzas que les permitían las carcajadas y la borrachera, me sacaron de ese socavón como peritos rescatistas, me condujeron a mi casa para salvarme, no solo de más eventuales hoyos en la tierra, sino, además, de los agujeros borrascosos del aturdimiento de la consciencia.

Otro rescate.

De antología en el extenso palmarés de mis *Desmemorias étlicas* (qué buen título para un libro, so pena de las seguras críticas de mis triunfadores y fantoches condiscípulos de estudio). Se corresponde con otro acontecido en el pueblo de la fallecida abuela. Esa vez el que me suministró la reconstrucción de los hechos posborrachera fue Barajas.

Un domingo de vacaciones, previo a lunes festivo de San Pedro, se me encomendó la importante misión de llevar un dinero a ese villorrio ubicado a dos horas de la capital. Como en una misión militar de rápida puesta en escena, de esterilizada ejecución (previo pago de viáticos y auxilio de transporte por parte de mi madre), debía llegar en horas de la mañana en uno de los buses que viajan a ese terruño, sumido en un hueco asfixiante que hace más intolerable la temperatura de casi cuarenta grados centígrados. Instalado en la canícula, el siguiente paso consistía en dirigirme al domicilio de la santa madre de mi madre santa, saludar, acompañarla en esa jornada dominical prodigiosa, entregarle la encomienda pecuniaria y regresarme ese mismo día en horas de la tarde en uno de los mismos cacharros que me habían llevado allí.

Muy obediente, emprendí la travesía a las cinco de la mañana, recién bañado, encopetado, como un prohombre consagrado a los deberes familiares. Llegué a la Calle 13 con Boyacá y, a la primera oferta de uno de los voceadores escandalosos del transporte intermunicipal, abordé un vetusto automotor de color rojo con un letrero que se ajustaba a mis exigencias geomorfológicas con su panorámico cuarteado. El trayecto lo hice al lado de una señora que se la pasó comiendo unas viandas con alto contenido de colesterol, riesgo que se hizo más notorio por el olor que impregnó toda la carrocería del vejestorio con llantas en el que me desplazaba. Después de tres horas (tiempo que sobrepasó el estipulado para el viaje por las fórmulas físicas), el villorrio canicular me recibió haciendo gala de una insoportable temperatura. No más descender por la escalera oxidada del bus, fui recibido, cual si fuera el mismo Papa o un integrante de la monarquía, por una patota que reposaba en La Ceiba de los Tumbones: lugar mítico de esta

población, referente de la vagancia, la inacción, la holgazanería bendita. Sitio fantástico, a propósito, para emborracharse hasta la madre.

La Ceiba de los Tumbones estaba en el centro del pueblo. Bautizaron este legendario punto así porque, recién fundado este terruño, casi dos siglos atrás, sembraron un árbol en un terreno aleatorio que con el tiempo crecería desmesuradamente y que se convertiría en un punto equidistante de todos los extremos de la villa. Allí se reunían las personas, autoproclamados la gleba o patota, para hacer lo que mejor podían: malgastar y quemar las horas de tedio hablando de todo y nada, irrespetando el mandamiento que insta a no levantar falsos testimonios.

Debido a su popularidad creciente, al número de adeptos que allí acudían y a que también terminó erigiéndose como una de las estaciones del hoy desaparecido ferrocarril, alguien tuvo la encumbrada idea de rodear la parte más baja del tronco del árbol con unas plazas para descansar las posaderas. Apuntando hacia los puntos cardinales, se cimentaron igual cantidad de bancas, patrocinio de una colecta entusiasta que tuvo escasos detractores. Cuatro enormes y rectangulares bancos de cemento flanquearon el tronco del arbusto e institucionalizaron lo que se conoce, en nombre del Altísimo Dios del Ocio, desde ese día (venerable, inolvidable, beato) hasta el final de los malditos tiempos, como La Ceiba de los Tumbones. ¡Salve, oh, Maestro del Desparche!

Unos amigos de mi hermano mayor (versados en darle a la jarra desde los albores de su tropical existencia), no bien el bus se marchó después de dejarme allí, me pasaron la primera botella perlada de cerveza. Mi voluntad de pelandusca, debilitada por el clima de esa hora, pereció ante el ofrecimiento de la comitiva. Lo que en un principio era un amable recibimiento, se transfiguró en una repartición de hijas e hijas de la cebada, sin tener que yo poner un peso. Cuando supe que estaba a portas de sobrepasar el umbral de la conciencia, fui hasta la casa de mi abuela y le entregué la encomienda monetaria (no fuera que la despilfarrara con los mastuerzos de la patota en gesto de agradecimiento por su invitación inicial). Ella, al notar mi voz torpe, los ojos rojos, la lengua aletargada y mis intenciones explicativas de retornar al ágape improvisado, comprensiva, sin reproches, me dijo “no aclare que oscurece; vaya y acá lo espero más tarde”. Con la autorización tácita de mi segunda madre santa, regresé y, allí, nuevamente, me sumí en las tinieblas de la desmemoria.

De acuerdo con el reporte de Barajas del día siguiente (no resiste análisis decir que tuve que aplazar mi regreso a la capital), la noche

me sorprendió al lado de la ceiba y la cebada. No solo departí con los amigos de mi hermano mayor, que, cabe aclarar, no estaba en el pueblo, sino, además, con una cantidad emergente de individuos que se unieron a la bacanal. Yo, que suelo ser muy introspectivo, picado por un entusiasmo pasajero, empecé a echar chistes, a hacer imitaciones de personajes públicos, a cantar viejos boleros.

Total, si me hubieras querido...

Como en el caso del episodio borrado de la zanja, el celador, el perro, no recuerdo nada. NADA.

Totaaal...

Extraño me pareció al otro día, lunes festivo, durante mi ritual de recoger los pasos de la jornada anterior, dar con tres señoritas que nunca había visto en mi vida y ver en sus semblantes unas risitas que me parecieron de lo más perturbador. “¿De dónde conozco a estas? —pensé—, ¿a son de qué me pelan el diente?, ¿qué les confiere la confianza para quedarse mirándome y luego entre ellas intercambiar sonrisitas?, ¿qué cojones pasó?...”.

Con estas y muchas otras incógnitas, tomé las de Villadiego y arribé a La Ceiba de los Tumbones buscando el tesoro de las respuestas tranquilizadoras en algunos de los zotes de la patota. Allí, Barajas me estrechó fuerte la mano. Armado de una paciencia admirable, me contó, detalle por detalle, las incidencias (pruebas concluyentes), desde que fui a entregar la plata hasta que me acompañó, buen guardaespaldas, al final de la maratón alcohólica, entrada la madrugada, a donde mi abuela, cerciorándose de mi ingreso a la casa. Le pregunté por las tres mujeres que hacía poco me habían restregado sus mal disimuladas risas (frenesí de muelas). Me sacó del atolladero de la incertidumbre aclarándome que eran unas sobrinas del alcalde que pasaban por ahí a las diez de la noche. Motivadas por la monotonía, tal vez, o por mi imitación de Smeagol (“el precioso, mi precioso”), se adhirieron al grupo de borrachines. Yo, ¡por Dios!, el bufón de la noche. ¡El arlequín beodo!, ¡el burdo imitador, cuentachistes, en un lance de estos!

Las arteras agujas del sereno o *simiñoco* no solo cayeron de la estratósfera y se colaron por la fortaleza de mi testa para siempre

derruida, “poscaída del camarote”, sino que, por si fuera poco, activaron en mi comportamiento una faceta de comediante de feria, lograron que recurriera al humor zafio para agenciarme las miradas de las sobrinas del burgomaestre, que, supongo, más que congraciarse conmigo esa noche, habrán experimentado una conmiseración patética. (“¡Hágame el hijueputa favor!”, decía Esguerra —otro de los tantos con los que estudié que ahora escribe blogs sobre equipos de la Primera B—).

Yo me mesaba la cabeza, desesperado, apenado, como el que más, atrapado por el remordimiento posjartera, al escuchar el reporte de Barajas. Él, extrañado, me decía que me calmara, que no era para tanto, que yo borracho era una “chimba”, que la habíamos pasado bueno, “del recontraputas”, que me había echado al bolsillo a los de la patota por mostrarme transparente, sin máscaras; que le habían gustado muchos de mis chascarrillos, que era una lástima no haber tenido papel, lápiz, para anotarlos, porque solo recordaba el del negrito del Pacífico que estaba en el ejército de soldado raso y un 20 de julio, en el batallón, había sido obligado por un superior a cantar el coro del himno nacional para exaltar los valores patrios. Este, ante la orden insistente del capitán del pelotón de que cantara el coro, “cante el bendito coro, soldado Mosquera”, en vez de entonar el consabido “¡Oh, gloria inmarcesible! ¡Oh, júbilo inmortal!”, empezó a gritar en plena formación “Coroncoro, se murió tu mae”... Las sobrinas del alcalde, quizá por lo estúpido del chiste, porque ya estaban borrachas o por mi sobreactuada imitación del acento del litoral Pacífico (grave, cavernosa, gutural), casi se hacen ahí mismo en los calzones, las tangas, hilos dentales; casi se vuelven a hacer en los cucos al siguiente día cuando me las encontré en mi ruta hacia el frondoso árbol que aloja en sus bancas a los exponentes de la ociosidad.

Qué recuerdos más imprecisos, difusos... Como el de las fotografías que me tomaba Mireya (prima del que tenía caries hasta en el alma) lanzándome desde un puente hacia el río.

Un tío la había animado diciéndole que era la fotógrafa de la casa. Nos íbamos de paseo y ponía a prueba su talento. Yo la secundaba jugando a ser un Tarzán, mostrando mi torso, asumiendo los retos que la jungla me imponía. Cuando revelábamos las obras de arte de Mireyita, salía sin cabeza, o, si aparecía la cabeza, no había piernas, o, si salían los miembros inferiores, el reflejo del sol opacaba el resto de

mi anatomía. Mutilado, desmembrado, amputado (como mi discernimiento cuando bebo, atrapado en mis propias trampas).

4

En esto me he ejercitado: encumbrar el codo, reproducir efemérides revividas por la lengua de terceros. Exponentes de un álgebra enajenada cuyos componentes se asocian para sustraer orgullo, multiplicar vergüenza. Procesos matemáticos que tienen un único resultado. Mínimo común múltiplo de más restas y menos sumas. Locas, descarriadas, ecuaciones.

$$A + C = L.$$

Donde "A" es agujas, pinchos, alfileres, espinas, agujijones, púas, astillas, espínulas, espigas, punzones.

Y "C" equivale a caídas, declives, descensos, bajadas, prolapsos, ocasos, decadencias, porrazos, culadas, costalazos, batacazos, despeñamientos, derrumbes, desplomes, desmoronamientos, descuidos, tropiezos.

La suma de las cuales da como único resultado "L", de lagunas, desmemorias, olvidos, distracciones, idas de luces, osos ultrajantes, lapsus, abstracciones, atolondramientos, ligerezas, tarambanadas, torpezas.

Podría seguir, llenar miles de páginas con operaciones algebraicas que anexaran apéndices técnicos a una nueva e ilimitada versión del libro *Baldor de las jarteras* (verbigracia, la jala que me zampé en las escalinatas de Lourdes, que, luego, misteriosamente, me teletransportó a los alrededores del Campín con una botella de Gato Negro en mis manos).

Aunque también, cuando las taras de la amnesia me acosaran, podría aplicar la regla de que "lo que no recuerdo no pasó", calculando así a favor de mi defensa para dar por zanjado el problema matemático. Para lavarme las manos, desentenderme. ¡Pero mis principios verticales me lo impiden!

Prefiero dar la cara.

He querido, incluso, en pasajeros raptos de optimismo, pasar de sumar reveses a escribir un libro con estas vivencias. Titularlo (en honor a mis grandes maestros Golding y Tolkien) *El señor de las lagunas*. Reuniría en este tomo no solo las historias de mis memorias recuperadas; igualmente incluiría aquellas en las que quedé solo, sin una voz redentora que al día siguiente armara el rompecabezas de mi amnesia. Garganta de lata quedaría pasmado, más asustado que un

burro en canoa, si leyera *Las memorias de mis desmemorias*. Las murgas de la entrega del dinero a mi abuela, así como la de la caída en la zanja del parque remodelado, tan solo serían la punta del iceberg (o la “puntica”, como le dijo el pederasta platudo a una de las niñas de *La vendedora de rosas*) de un esperpéntico vademécum de mis historias (algunas jocosas, otras vergonzosas).

Pese a este impulso, debo reconocer que soy un haragán (exponente de La Ceiba de los Tumbones). Sé con certeza que nunca escribiré ni una página, puesto que no deseo dejar herencia ni descendencia. Menos para los chacales con los que estudio, que, de seguro, acabarían y devorarían mi idea inspiradora con la celeridad de una cagada de paloma. Les parecería banal, sin fondo, sin forma. Ellos, inefables, como casi todos los seres humanos, necesitan de la tragedia, como afirmó Camus, no de una propuesta literaria tan mísera. Un librito de borracheras, lagunas mentales, tramas dipsómanas no comulga con los principios estéticos, con la majestuosidad de la poética, colindante con el Olimpo de la genialidad de sus mentes.

¡No a mí, plaga! ¡*Vade retro!*

5

Una plaga viral de agujas. Sí, agujas..., una mano negra... Vuelan, sobrevuelan, aterrizan. Se clavan en el cerebro..., le inyectan el macabro líquido de la amnesia... Hipodérmicos agujonazos que adormecen los recuerdos, atacan los dos hemisferios. Vienen de arriba, de la estratósfera nocturna..., para lastimar mi juicio ex profeso. Y me transforman en víctima de una exitosa lobotomía...

Lobotomía, mía, mía, ya no recuerdo en qué, para dónde iba...

¿Ah?, ¿cómo?, ¡carajo!, ¡la garchuda que me traje!, ¡excusas noveleras!, ¡qué más da! Este Alzheimer mío no es consecuencia “poscaída del camarote”, tampoco del *simiñoco* de las abuelas, menos de ningún embrujamiento momentáneo ni sino trágico.

¡Fruslerías! ¡Embustes! ¡Monadas!

Teorías enarboladas para justificar fabulaciones infundadas.

¿No es, sencillamente, la embriaguez una locura voluntaria?

VI. Estupor

Yo bebo, luego existo.

W. C. FIELDS

1

—La gente no entendía —decía en cátedra el profesor Moyano (que ya debió correr la misma suerte de Talavera: convertirse en fuente nutricional de los gusanos, las alimañas; devorados también el chalequito color rosa, la corbata lila, obra del subsuelo terroso)—; se tomaban las cabezas desesperados. Algunos abandonaban el recinto contrariados, otros se miraban entre sí sin comprender, manoteaban los más, no se resignaban a partir los menos. No podía estar ocurriendo, no era posible lo que sucedía en el escenario, no era lógico. Los actores, ¿qué diablos estaban maquinando? Era una broma, sí, rampante, densa, insoportable, violaba los cánones, parlamentos ausentes. Por favor, por favor, que terminara pronto, no lo aguantaban, que sonara la música para despertar de la desazón que imperaba y dominaba a los espectadores: mesmerismo infernal, demonios paseantes, orondos, en las tablas, las bancas, el proscenio, el telón. El director permutó su alma, una gloria pasajera, conmoción; una revuelta de sensaciones aceleradas, energúmenas, se movían de un lado a otro, tirando de los cabellos, hurgándose los oídos, palmeando las mejillas, conteniendo los gritos que clamaban por escapar; esquizoide, un maniático que le apostó al delirio, a vivir al límite de su enfermiza locura, entelequias perturbadoras. Los asistentes no lo comprendían, paseantes angustiados, desposeídos, desvalidos, sin criterios, sin un faro que les brindara

algo de alivio con un débil titileo. Seguían hipnotizados, involucrados en una orgía del sinsentido; aullidos que se ahogaban, bufidos que reventaban en compulsivas respiraciones, aneurismas que amenazaban si no se le ponía punto final a este espectáculo siniestro; estalactitas goteantes de demencia, enajenación de la cordura, corrían, corrían; manecillas que formaban ángulos de horcas, salvajes, impías, enclaustraban hasta la asfixia; pesadez, no comprender, no entender, no saber, vivir en la ignorancia, en la barbarie del desconocimiento; ignaros, desfilaban, marchaban, gritaban. Por fin la mano que ultrajaba las gargantas se compadeció, los liberó de la presión paralizadora, bramaron en celo. La potencia de voces heridas, animalescas, salpicó de más entropía el perímetro, el hemicíclo, las cúpulas. No sabían, en ese momento, que asistían, eran testigos, del *teatro del absurdo*...

2

—Yo soy cilantro para cualquier changua —les dice el Viejo a las hermanas de Orellana cuando nos echamos por fin a andar.

(Me pregunto si, cuando tenga esa edad, saldré con esos dichos tan ridículos, jugando a aferrarme a una juventud hace mucho tiempo ida, dándomelas del bacancito que como lema preconiza que el espíritu nunca envejece).

Las tres le sonríen, gesto reluciente que apoya la carga semántica del apunte. ¡Claro que saben que Medrano se le mide a todo! (¿Cómo van a enviar al depósito de los desechos el recuerdo de su reciente baile en la minúscula pista de Los Faraones o la desafinada imitación de José Alfredo Jiménez (esta sí no tan reciente) en una sesión de karaoke en su casa?).

*Por la lejana montaña, va cabalgando un jinete,
vaga solito en el mundo y va deeseando la muerte.
Lleva en su pecho una herida, va con su alma
destrozada,
quisiera perder la vida...*

Al igual que ellas, para mí no hay el menor asomo de duda con respecto a su versatilidad jueguística. Si en este momento violara el código que existe entre amigos (férreo), ventilando para ellas un adelanto, a manera de muestra, del prontuario de nuestros secretos, las

tres hermanitas se aterrarian al saber que al Viejales no solo le gusta bailar, tomar, sino que, por ejemplo, según el grado de afinidad o empatía corporal (así como la disponibilidad monetaria, los honorarios de las acompañantes de la mal llamada vida fácil), goza de concretar repentinas y paradisiacas excursiones extramaritales de fin de semana a Melgar, Girardot, Anapoima, Tocaima. Arrecho, mano, arrecho, diría Campos (un vecino que le apuesta a los gallos).

Orellana camina a mi lado. No se fumó el cigarrillo completo porque su padre putativo lo amonestó, por el riesgo que la nicotina acarrea para el organismo. “Bote eso, mijo —le aconsejó—, no se intoxique, ese veneno es un vicio que no tiene sentido. Tragar humo es de güevones, es como hacer el amor con traje de buzo”. (¡De antología!, otra de las tantas frases que deben eternizarse. No le sobra una palabra. ¡Perfecta! Medrano —al igual que Orellana—, el hacedor de máximas. Ojalá yo tuviera ese *punch*; esa chispa para hacer de lo burdo un arte y alejarme así de la medianía en la que siempre me he movido).

El magarro fue a dar a un charco. Interfiriendo, de momento, con la canción de Blades que habla sobre la familia, y que martilla y martilla (cual vecino hacendoso, molesto en las noches) en las paredes de mi cabeza, se me viene a la mente un fragmento de otra tonada:

*Solamente un buen fuego puede dar muerte a un
cigarro,
pero si muere mojado es igual que si a un hombre lo
mataran colgado...*

¡Absurda muerte la del cigarrillo de Orellana! ¡Absurda amonestación de Medrano! ¡Absurda esta manía de ser asaltado a cada instante (como si no viviera mi vida por cuenta propia, sino por cuenta de otros) por los retazos de lo escrito en libros, canciones! ¡Absurda como la escena descrita por mi antiquísimo profesor Moyano (con hablado de político corrupto, voz nasalizada) en una de las pocas clases de literatura que vi en el pregrado, en una carrera que se explayaba y priorizaba la monótona pedagogía, el predecible inglés, el bujarrón acento francés!

El ascendiente que ejerce Medrano sobre Orellana me hace recordar a mi padre. Debe de estar en estos momentos en la sala de la

casa, dormido, roncando cual cacharro tísico, con la boca de par en par, la cabeza inclinada hacia atrás, apoyada en la parte superior del espaldar del sillón naranja, con el radio sintonizado en el a. m. surtiendo viejas canciones desgarradoras (iguales a las que escuché el primer día que, por cuestiones laborales, me fui a vivir solo a un pueblo no tan lejano hace más de cuatro años: echado en el piso sobre un colchón estampado con dibujos de gatos, rodeado por paredes filtradas por la humedad, con un transistor de pilas como única compañía... *Hola, soledad, no me extraña tu presencia, casi siempre estás conmigo, te saluda un viejo amigo, este encuentro es uno más...*) y el televisor encendido retransmitiendo algún partido del siglo pasado.

Mi madre, en su cuarto, pensando o soñando con mi hermano muerto, vencida, cansada, no solo por los intentos infructuosos de llamar al esposo para que suba a dormir, también por la realidad de saber que de tres hijos ninguno está: uno, exiliado, lejos; otro, arrebatado, más allá de las caliginosas esferas de las penas, los gozos; el último, secuestrado, absorbido por efluvios de la disipación borrachina.

4

Inquina. Ironía. Paradoja. Suena a lugar común, frase elaborada. Desatinada, como dar a entender que un vicio es más perjudicial que otro. Dos males no hacen un bien, aseguró Joyce. Como el lobo de los tres cerditos (en el proceso inverso), en vez de soplar, soplar, he llevado al extremo chupar, chupar.

Glup, glup...

Medrano y las Orellanas siguen a la vanguardia de nuestra caminata nocturna. Cruzamos de nuevo los viejos lugares que han decorado la geografía del barrio. Los párpados del comercio matutino están cerrados. La demanda de la noche ha abierto los ojos superdotados de los depredadores. Pasamos frente a la miscelánea. Está apagada. Rosso, en su condición de hombre virtuoso, estará en el lecho, arropado no solo por tibias y reconfortantes colchas; acaso, además, por la grandeza de un alma sin máculas, sin pesos de conciencia, ligero en la perfección que lo recubre, lo blindo (¡pelmazo!).

Observo a las tres hermanas. A Orellana no parece importarles. Soy recatado en mis contemplaciones (igual, a estas alturas me siento fuera de circulación, chatarrizado). Disimulado. Escueto, como el estado anímico que experimento, como los monosílabos que intercambio

con mi amigo. A veces me ocurre que me bloqueo. Me adentro en un marasmo cenagoso que anquilosa mis entendederas. Enfoco mis sucintos avizoramientos en Ida, Saray, Lindsay. Tres pares de asentaderas lunáticas que pueden convertirse en un nuevo pasadizo a mi infiernillo personal. Con cualquiera de ellas me conformaría (así una esté casada, la otra, ennoviada, la que queda, recién desempacada para la compleja dinámica de las relaciones amorosas). No debo olvidar que soy un malogrado. Hay que tenerlo presente. No me ajustaría. Balbuceante de sandeces peores que las de nuestro presidente.

¡La política!

De eso les debe de estar ahora hablando el ilustrado Medrano mientras su hermano y yo les cubrimos las espaldas en esta marcha que abandonó la fachada de la miscelánea. La experiencia le da el aval para tener en la mente el país, de extremo a extremo, para saber cuál es el norte que debemos seguir, siempre anticipándose; prueba son sus dichos sabios, de un olfato infalible para reconocer cuál tendencia de pensamiento se enruta en una fluida corriente que salve el mierdecero en el que vivimos.

5

Mierda sin ton ni son, a la topa tolondra, volando hacia el balcón, igual a las palabras improcedentes que me contaminan ahora, que no solo asaltan mi cerebro, mis oídos también, provenientes de todos los flancos: la perorata de Medra (que entiendo a medias, se insinúa), las exclamaciones de las hermanas (“¿en serio?, ¡no te lo puedo creer!, ¡oh, no, eso no puede ser cierto!, ¿de dónde salió?, ¿dónde lo escuchaste?, ¿estuviste ahí?”); las preguntas de Orellana, sobre mi ensimismamiento, que pretenden ser graciosas (“¿se siente mal?, ¿le pido un taxi?, ¿salió con desmayos?, ¿le dio culillo?”).

Insoportables.

“Hormiguitas multiplicadas, ladillas reproducibles, liendras infinitesimales”, escribiría una compañera de universidad, la poetisa, si pensara en lo cargantes que pueden llegar a ser las palabras que ahora escucho (me pregunto si, cuando está en la consumación sexual con la pareja, pensará igual a como escribe en sus aritméticos versos).

“... cincuenta mil taladros que perforan tubos galvanizados..., setecientas embestidas de toros Miura resoplantes en la arena del amor..., veintidós ardillas acuciosas muerden cascanueces cubiertas

de sudorosa piel..., ochocientos billones de gotas empapan el manto desértico crispado, dos dromedarios desfogan los centímetros cúbicos encarcelados en las faldas de jorobas excitadas...”

6

Abejitas.

Laboriosas, obcegadas, trabajan con bríos en un panal de mierda. Sobrevuelan. El sonido fastidioso del zumbido cala, se sumerge en el arroyo que el alcohol ha regado hoy en mi conciencia.

Para sustraerme de la charla que me circunda, de la polifonía zumbática orquestada por el Vejete, las tres bellas hermanas más Orellana, empiezo a tararear una sosa canción que utilizaba solo cuatro notas, tributo al lúpulo, y que escribí, cuando aún no conocía la cédula, en una banda que bautizamos con Cedeño y Torralba *Xenofobia* (nombre que sacamos del viejo diccionario de sinónimos de tapas verdes que aún conservo, sin interesarnos en el significado; solo nos pareció que su altisonancia era garante para granjearnos un reconocimiento en la escena musical; éxito que, por supuesto, nunca llegó, justamente porque nuestra falta de tino no solo era para los nombres y las líricas: la falta de talento se les hermanaba).

Álzala, exhibela, brinda y tómala. Si te satura, vas al baño y la expulsas...

—Ajá, mis niñas, esos son los mismos con las mismas. Eso se llama oligarquía, OLIGARQUÍA, grábense esa palabra, anótenla, chinitas. Eso no lo enseñan en las universidades ni en internet...

Es la fiel compañera, hija de la cebada, no pregunta nada, solo me achispa...

—Nuestros presidentes son hijos de expresidentes, nunca han cedido el poder, no lo harán nunca, lo manosean entre ellos. Por eso fue que mataron a Gaitán, una alternativa diferente, del pueblo, levantado a punta de esfuerzo, sin cuna de oro. Los de la rancia oligarquía lo apodaban despectivamente el Indio, el Negro...

Cerveza, cerveza, quiero cerveza; cerveza, cerveza, dame cerveza; cerveza, cerveza, me ahogo en tu espuma; cerveza, cerveza, pasión perfecta...

—Yo por eso es que nunca voto, ¡las güevas!, perdón la palabrota, preciosas, menos para las presidenciales, que coinciden con el Mundial. Por ejemplo, para las pasadas, o era perderme Francia contra Honduras, Suiza contra Ecuador y Bosnia contra Argentina, o era irme a colgar jeta en Corferias y mamarme unas filas para regalarle el voto a una tracalada de jijueputas que nos dan por el ojete durante cuatro años mientras sus hijos estudian en el exterior preparándose para venir a clavarnos después...

Me armaste de valor para ganar algunos besos y otras veces, muchas cachetadas. Cuando te bebo en exceso, las paredes son mis novias, el habla se hace muy pesada, los ojos parecen un infierno, ¡nadie hace eso!...

—Mermelada, eso es con lo que nos dejamos comprar. Yo que viví en el Llano un buen tiempo, mami, me di cuenta de la corrupción. Son descarados, ni hablar de la Costa, el Chocó... Por tamales, por un plato de lechona, por uniformes de equipos de fútbol, por gallinas, por un mercado, por un almuerzo, por un piquete, por un petaco de pola...

Cerveza, cerveza, quiero cerveza; cerveza, cerveza, dame cerveza; cerveza, cerveza, me ahogo en tu espuma; cerveza, cerveza, pasión perfecta...

—Es como darle caviar a un marrano. No aprendemos, no joda. Por más discursos que se hagan en contra de ese cáncer, nada, seguimos siendo borregos: directo a las urnas. Una farsa electoral y después vienen los muertos, porque el que se atreve a no llevarles la corriente aparece con la jeta llena de moscas...

Nunca envejeces, nunca te acabas, llegas donde quieras, juegas con mis amigos, algunos quedan en el piso, otros lloran, varios pelean o se vuelven poetas...

—La godarria, los camanduleros que, escudándose en el Altísimo, arrasaron, descabezaron, a machete limpio. Mi papá me contaba: eran pilas y pilas de cuerpos sin porra, confundiéndose unos con otros, flotando en los ríos ahitos de aire asqueroso, atrayendo a los chulos, que resultaron igual de voraces que los propios criminales políticos...

Te bebe el campesino, te bebe Xenofobia. Te bebe el campesino, te bebe Xenofobia...

7

El mayor de mis hermanos se fue de la casa apenas terminó de estudiar bachillerato. Después del grado —una ceremonia de aire militar en un gran campo deportivo donde los graduandos desfilaron marcialmente al compás de una imponente marcha (como la del Leoncio Prado de Vargas Llosa), al son de redoblantes, timbas, bombos, platillos, liras, trompetas—, llegó a la casa y quemó todos los cuadernos en el patio. Encendió una flama cuyas peligrosas llamas fortalecía con gasolina que, de tanto en tanto, dejaba manar de un envase plástico de Coca-Cola.

Se le veía el placer enfermo que le provocaba alimentar el fuego con las periódicas rociadas de olor penetrante e hiriente. El gozo incrementaba cuando lanzaba, uno a uno, los cuadernos a la hoguera. Veía, relamiéndose, cómo crepitaban las tapas de estos, cubiertas con forros color naranja y con el nombre del colegio y la imagen clásica del Libertador, con su uniforme de campaña, preseas, sable de guerra. Por la mente desfilaban (supongo), una a una, conforme se consumían en las llamas abrasadoras, las jetotas de los profesores déspotas (de los que yo tenía una mínima noción porque mi hermano los mentaba con frecuencia durante su periodo de estudiante no ejemplar).

Mientras el humo se elevaba, lo escuché susurrar palabrotas.

Con este ritual de clausura (más gratificante para él que las precoces ceremonias de grado en donde todos sonríen, son felices, perfectos, iluminados, genios, triunfadores; prestos para salir a devorarse un mundo que hace tiempo los tiene agarrados de las pelotas, sin que ellos se den cuenta, pero que consideran que se postra a sus pies como una esclava sexual que les abre las piernas para una exploración erógena), mi hermano cerraba un ciclo de vida que detestaba.

—Adiós, carechimba profesor Sosa (el mito de la caverna y la filosofía presocrática no aportan nada en una sociedad en la que pensar en abstracciones es como utilizar papel después de cagar); *bye*, postiza, gonorrea *teacher* Vera (los reportes de habla, la voz pasiva, los condicionales solo demuestran que el inglés también sirve para hablar caca); chao, calvete, malparido Villeda (la historia, la geografía, la democracia —así, sin que empiecen en mayúscula— nos enseñan que, desde el comienzo de los tiempos, han existido la farsa, la mentira disfrazada); hasta nunca, maestro pirobo Donoso (las clases de música me han anticipado que las únicas melodías que a las mujeres les gusta tocar son las que van en “Do” sostenido en flauta salada); nos vemos, pichurria Sabogal (los enlaces covalentes, iónicos, la tabla periódica nunca podrán crear una fórmula para que se apacigüen sus safaris anímicos de culo de parranda); vaya con el Putas, gazofia Salamanca (la *Eneida*, *Agamenón*, la *Orestíada*, el *Cantar de los nibelungos* son solo papel que, a lo sumo, servirán para limpiarles las ubres a las vacas); ábrase, percanta ingeniera Pulido (ni los computadores ni las generaciones ni el manejo de las bases de datos ni el dos la sacarán del engaño de vivir en el Logo o las nubes de una falsa existencia detrás de un teclado); hasta la vista, rector gonorriente Urbina (sus grados de teniente, abogado, no lo podrán salvar de la halitosis y la acumulación de saliva en las comisuras de los labios, cual excremento de pichón, gallinaza o almizcle de prepucio). Hasta nunca, Libertador, maricón, lámpara, garbimba, gurrupleta, coscorria, no me va a amargar usted más la vida, chunchurria.

8

Paramos a comer, justo a mitad de camino (si es que son ciertas mis figuraciones sobre el sitio al que nos conduce el analista político Medrano). La mujer abanica, con unos cartones extraídos de una caja de algún electrodoméstico, el fogón donde reposan los embutidos que mitigarán el apetito de los futuros comensales. Al lado, su esposo (un orangután de lomo plateado) recibe el dinero de los clientes satisfechos al terminar la deglución de las viandas nocturnas —angélicas para un estómago bañado en alcohol urgido de grasa—.

La fémina nos interroga sobre nuestra petición alimentaria. El Viejo, siempre un paso adelante de los demás, le manifiesta (sin

escatimar la etiqueta, la galantería para con las hembras) el pedido, que, ¡pero por supuesto!, “chicas”, correría por su cuenta (virtud de la bonanza y la caridad de su bolsillo). Y, aunque ha hablado como el pajarraco Lolo en momentos de excitación narrativa, el hilo de sus acertadas reflexiones queda cortado por la antesala provocada por el olor de los chorizos de la parrilla.

9

Echo de menos los audífonos que me acompañan en mis travesías en el transporte público. No es solo el gusto por la música lo que me motiva a utilizarlos. Es el querer también aislarme de las estulticias que día a día, microsegundo a microsegundo, brotan de las bocotas de los miserables que abarrotan los buses, las calles, las sucursales bancarias, los parques, las plazas y (¡herejía de herejías!) las bibliotecas.

Cada jornada.

Blindarme de las palabras. Protegerme de los discursos, peroratas. Atrincherarme, como el personaje aislado de la novela *Ciudad de cristal*, de Auster.

Algunas veces hablan abiertamente sobre sus problemas o (algo que me enerva) sobre las glorias pasajeras. ¿¡Qué hostias, como dicen los jetisucios españoletes, me importan sus aventuras o desventuras!? ¡Me cago en las historias de subnormales! Otras, les da por hablar en lenguas foráneas, por dárselas, por ejemplo, de angloparlantes, pero con hocico de chibchas (es imaginarse dirigir la Filarmónica de Viena ataviado con botas texanas, ruana, bermudas).

Un despropósito.

Una ofensa para los oídos que solo exigen reposo después de una maquiavélica andanza por esta ciudad antropófaga. ¡La concha de la lora!, dirían los australes y charrúas del Cono Sur si tuvieran que soportar esta tortura en los metros de sus capitales.

Un viernes en la noche —para la muestra, un botón—, de regreso a mi morada (otra de mis didácticas evocaciones), tuve que sufrir la charla de un grupo de cinco señoritas pudientes, estudiantes de Medicina o Enfermería (a la semana de perder el carro y verme obligado a hacer ese viaje flagelante, masacre de mis oídos). Empleaban la locución “marica” indiscriminadamente: vocativa, alusiva, procaz, amistosa, cínica, punitiva, carnal, libidinosa...

¡Cómo extrañé mis audífonos!

—¡Marica, ese *man* la puso a morder almohada! —¡No, marica, pero si ese es un chisgarabís! —Qué *man* tan chisguete, marica. —Qué paila de vieja, marica. —Mucha guisa, marica. —Marica, pero ¿cómo es que esa guaricha se dejó poner las rodillas en las orejas? —Mínimo estaba chapeta, marica. —Pues sí, ¡para que se lo haya soltado tan facilito, marica! —¡Y ese tipo es un gurre, marica! —¡Gas, marica! —¡Le haría el nudo del perro, marica, la arrastraría por toda la casa! —¡No, marica, yo ni por más necesitada que esté se lo doy! —De esos dos, marica, no se saca un trago sencillo de mierda. —¿O será que lo tiene muy grande, marica? —Mínimo lo vio orinado, marica, y se enamoró. —Si es así, marica, ojalá lo tenga de rosca para que se lo preste a mi novio. —¡Ja, ja, ja!, ¿insatisfecha, marica, ganosa? —Algo, marica, ya no me gusta cómo me hace la “tavuel” el pezón de Javier. —*Manes* es lo que hay, marica. —Cancélele los servicios, marica. —Sí, póngalo a sufrir, marica, a que se apriete el ganso a ver si recapacita. —Consígase otro, marica. —Una prima mía, marica, me dijo que, cuando una manda a freír espárragos, a comer mierda, a un tipo, mínimo hay tres a la espera. —No hay nada peor, marica, para un ex que verla a una saliendo con otro. —Les hierva la sangre, marica. —Se enloquecen, marica. —Mándelo pa la porra, marica. —Hay tres, mínimo, que esperan que lo descabecen. —Destrónelo, marica. —Muy de malas usted, marica, si ninguno de esos tres le hace la vuelta canela como Dios manda...

Acongojados, mis oídos, por la ráfaga de insolencias, me pregunté cómo cinco galenas en ciernes (que se supone velan por el bienestar del cuerpo, la mente) operaban de manera tan malsana, perniciosa.

¡Un ataque para la salud auditiva!

Una afrenta para los diccionarios, el buen hablar, el recato público. Una insolencia prostibularia de parte suya, indecorosa. Sodomizaron el uso, reiterativo, del término que sirvió de título para uno de los libros de Burroughs.

¡Marica!

Nada más Juan de Mañozga, el resentido inquisidor del libro de Germán Espinosa, habría apelado a su riqueza verbal, al acervo de su sabiduría, para decirlo de otras formas:

- Invertido
- Bujarrón
- Floro
- Sodomita
- Amadamado

- Fileno
 - Cacorro
 - Afeminado
 - Maricón
 - Bardaje
 - Desviado
 - Mariquita
 - Homosexual
 - Pederasta
 - Garzón
 - Galletón
 - Cacorrón
 - Gay
 - Loca
 - Locota
 - Locomía
 - Waferuda
 - Sarasa
 - Trolo
 - Puto
 - Mariposo
 - Amanerado
 - Amujerado
 - Amariconado
- ¡Cómo maricas extrañé mis maricas audífonos!

Los embutidos los devoramos. Somos hienas que se atafagan con vísceras de cadáver abandonado. Sonrisas malévolas de delectación. Medrano se limpia la boca con una servilleta, manda la mano al bolsillo trasero, le da el dinero al orangután de lomo plateado, glorifica en su discurso el *gourmet* charcutero de la cocinera, recibe el cambio. La miro. Tiene ojos cafés, grandes. Es lo único que se ve hoy. Tiene el pelo recogido en una trenza, cubre su cabeza con una gorra de un equipo de béisbol gringo y lleva un tapabocas que apenas deja insinuar el puente de la nariz. Es robusta, maciza (trozudita, diría el filólogo Orellana). Me gusta. La he visto antes sin los aditamentos del rostro. No es bonita (“¿para qué andar con mujeres buenas —me dijo

una vez mi hermano, el incinerador de cuadernos—, si a la menor oportunidad resultan debajo de otro mecánico?”).

Hay un aspecto que resalta en la cara: el tamaño desmedido del mentón (no hay belleza sin rareza en las proporciones, dijo Poe). La primera vez que reparé en ese detalle de su fisonomía, mi mente (rápida en asociaciones inútiles) proyectó la cumbamba de mi excuñada —novia de mi hermano muerto—: una de las mujeres más antipáticas que he conocido en mi malograda vida. (¡Y no son pocas las mujeres con estas características y comportamiento con las que me he cruzado en este valle de lágrimas! Tanto que siempre me hacen recordar a los dos personajes femeninos de la novela *El baile*, de Irène Némirovsky).

A esa cuñada la apodaba de cuatro maneras: Quequi (¡qué quijada tan hijueputa!), Superman (¡supermandíbula!), Belfast y (el más hermoso, tierno, sublime de todos los remoquetes que mi desocupada mente le endilgaba cuando la veía entrar en los aposentos de mi casa sin ni siquiera dirigirme un hipócrita saludo) la Carracuda. Definitivamente, era irritante, déspota, un hígado con patas, un limón con cara, una ensalada con frutos cáusticos aderezada con Diablo Rojo. Nada que se le parezca a la vendedora de charcutas (excelente nombre para una película), inspiradora de una empatía inusitada.

Medrano, otra vez, hace gala de su fluidez verbal en la galantería. Conmina a las hermanas a que retomen el camino a la discoteca (donde seguro hará un despliegue más espectacular de sus dotes dancísticos). Orellana y yo cerramos la caravana que abandona, casi a las malas, el punto donde aprovisionamos nuestros vientres de los insumos necesarios para continuar con el peregrinaje étlico. Miro a los ojos a la vendedora, de soslayo, con rapidez, para después agradecerle al orangután de lomo plateado el excelente servicio que nos han prestado.

—Qué carramán de vieja —me dice Orellana por lo bajo cuando ya hemos zarpado del puerto alimentario.

—Tiene lo suyo —le respondo.

Orellana se queda un rato pensativo, calibrando una contrarrespuesta a mi apreciación, mirándome de hito en hito.

—El que no gurrea no culea —dice al fin.

11

Después del ritual de la hoguera, les dijo a mis papás que el estudio no era para él. Bastante había tenido con lidiar durante casi

quince años con una carga que no había exigido. Ya había cumplido con graduarse de bachiller, recorriendo unos terrenos que le resultaron odiosos, baldíos.

(Era hora de desterritorializarse, abandonar la zona de confort, dejar de hacer lo que todo el mundo hace —uno de los peores vicios, según Draco Rosa—).

Se fue a vivir al campo. Se empleó en labores distintas: sacar viajes de piedra del río; recoger mango, maracuyá, enguacarlo; atender el billar de mi abuela (soportando a borrachos de domingo a domingo); conducir carros mochileros a las veredas; construir piscinas en las quintas de los ricos; pintar las casas que lo necesitaban; encender el alumbrado público, de poste en poste, con una horqueta de baroque; cavar zanjas; ayudar a amarrar tamales (un oficio en apariencia frívolo, pero que requiere de cierta pericia).

Pasaron los años, en fognazos (semejantes a los relatos de von Schirach, que resumen toda una vida en un renglón), conociendo los sinsabores (suena a canción de trío de cuerda: ... *De prisa, como el viento, van pasando...*) que el rigor del tiempo convierte en impajaritables.

Aunque no se ha desprendido del todo de la casa (pues muy de vez en cuando se pone en contacto con mis padres, en llamadas breves, diplomáticas, casi impersonales), con la muerte de mi otro hermano, más mi comportamiento desencantado por esta ofrenda no pedida llamada existencia (sumado a mi voluntaria entrega a la tentadora botella, su consecuente expiación cantinera y el choque del carro), la relación que mantengo con él es nula.

Una vez que me telefoneó para llamarme la atención sobre mi evidente descarriamiento, recibió un arsenal defensivo (muy ofensivo) con palabras que, supuse, ignoraba, para así hacer patente, no solo su analfabetismo verbal, sino, además, la condición de mi estado actual. Esto nos llevó a no volver a hablarnos. *Never, never, never, in the cochina life.*

Tal vez me concibe como un ser insensible, como un miserable que, a pesar de que sí tomó la ruta del estudio (contrario a su *modus vivendi*), no aprendió nada, despilfarró e hizo despilfarrar dinero y, por si fuera poco, devino en otro peso para mis padres (que, con la muerte de un hijo, deberían darse por bien servidos en este succulento banquete). Un lastre que se formó para profesional, pero que, en últimas, haciendo más paradójica, y pesada, la carga, terminó siendo un pedazo de mierda con pergaminos.

12

Le pregunto a Orellana por qué razón el Vejete nunca incluye a sus hijas en nuestros planes, en el departir derivado de la comunión que fortalece los fuertes nexos entre padres e hijas; por qué a duras penas conocemos al hijo (que las veces que ha tenido que meterse a salvaguardar los tres palos, por lesiones o expulsiones de nuestro portero titular, Loaiza, se ha dejado meter unos goles que podrían llenar una franja de dos maratónicas horas de *bloopers* de los goleros más nerviosos, distraídos, maniflojos e inseguros de la galaxia entera).

Orellana, que tiene un poco más de proximidad con el entorno familiar de Medrano (sin ser del todo íntimo de este clan), recién inyectado el suero de la verdad en Los Faraones, me ilustra sobre la belleza de las damas en cuestión, no solo dando referencias sobre ellas, sino, también, un *bonus track* sobre su progenitora (aprovecha, obvio, que Medrano está lejos del alcance de su alocución, y les ofrece ahora luces a sus hermanitas sobre cómo adaptarse a cualquier situación y entorno que nos depare el destino).

Apelando al excelso uso del lenguaje, a las figuras retóricas, literarias, al conocimiento de los buenos modales de la urbanidad de Carreño, toma aire, después de un eructo asordinado, y dice:

—Esas viejas ya merecen. Por eso es que el cucho no las saca. Tiene miedo de que se les alboroten las plumas y les quede gustando el cuello de pisco, la carne en rollo... Están buenas para el amor, pelao, para el encloche en forma, para darle a la matraca como en Semana Santa.

»La mayor, ¡uy!, tiene unos ojitos como para besarle las tetas. La otra también ya está bien formadita; le hacen falta nalguitas, tiene más culo un pantalón colgado, pero, a cambio, se manda un par de patas que sirven para estrangarlo a uno, que, como dicen, “quisiera ser pirata para encontrar el tesoro que tienes entre pata y pata”; aguanta mandarla en muletas para la casa después de taponearla. Y la mamá, esa es una veterana que en la cara tiene pegado un letrero que dice sexo, sexo, sexo. Esa vieja como que tuvo cuento con mi cuñado, el marido de Ida, cuando trabajaron juntos. Yo me quedé sano, para qué iba a boletearlo con mi hermana. Usted sabe que entre bomberos no nos pisamos las mangueras, y menos si era la cucha la que lo buscaba, porque qué vieja pa jodida, es más puta que las gallinas de Corinto...

»A eso le teme el cucho, a que lleguen dos *manes* bien cagaleras, gonorreas, que sean bien cafres con las hijas, así como él ha sido con las mujeres: jodido, machista, perro, jetón. Usted sabe que todo se

devuelve en esta vida: al que le toca, ni aunque se quite; al que le van a dar, le guardan y, si está frío, le calientan; a cada marrano le llega su nochebuena. Yo, en parte, entiendo por qué Linda le saca el culo cuando lo ve; porque es que el *man*, una noche, todo pasado, pidiéndoselo de frente, diciéndole que “para qué tanto rodeo si al final todas terminaban con las patas pal aire”... Claro, la vieja lo ve y le tiene fastidio porque, al otro día, el Vejete, a saludarla como si nada, de besito, a decirle “qué más, mami, ¿cierto que ayer todo bien?”...

»Yo ahí lo dejo que chimbee con mis hermanas porque ellas ya saben cómo es, están en la juega, están advertidas para que le pasen los chistecitos maricas, la echadera de perros. Saben que es un gusano de guayaba, le tienen paciencia. Además, que no creo que vaya a ser tan malparido de tratarlas como a unas cualesquiera. Ellas no se lo toman en serio, apenas se ríen, saben cómo paladearlo, entienden que uno borracho es la cagada, hace y dice cosas que después ni recuerda...

13

Con razón, Orellana, cuando está en ese estado delirante de excitación emotiva producido por la ingesta de alcohol, me ha dicho que Medrano es su verdadero padre (con los ojos acuosos, arrugando la frente).

—Es mi papá, mi papá, el cuchito, mi papá, mi cucho, no como el zángano que me dejó botado...

Hijo de tigre...

O, mejor, para tirármelas de mamarracho chibcha angloparlante y, de paso, echarme al bolsillo a los cretinos con los que me gradué del pregrado (deben de estar lejos, en otros países, pegándole al ovejo extranjero, probando las mieles del triunfo en otros idiomas):

As fuckin' father as fuckin' son.

14

Llegamos a una esquina. Medrano, en un gesto marcial, aprieta la mano. El puño es una señal para que hagamos un alto en la marcha. (Se nota que ha visto muchas películas de guerra, de plomo. Decía mi hermano, el pirómano: “a mí me gustan son las películas de bala, karate, pata, carros y viejas en bikini; ¡ese cine arte lo entenderá la puta madre del que las dirige!”).

—Niños —nos dice—, acá es.

—¿Esta mierda no es un restaurante? —pregunta Orellana, contrariado, desilusionado.

—De día, cabezón —le responde el Viejales, triunfal, con una sonrisa de superioridad—. En la noche es discoteca, campeón, es la nueva estrategia de *marketing*. Lo que les decía ahorita, niñas —ahora se dirige a las hermanas—, la situación está tan fregada que uno debe buscarse los ingresos por otros lados, hacerle la trampa a la trampa, el quiebre. Yo, por ejemplo, en el local que administro, no solo saco fotocopias, empasto trabajos, también aprovecho para venderles mari-caditas a los chinos, mecatico para que no entren hambriados a clase —“¡ya empecé!”, pienso, extraño de nuevo mis audífonos...—. Es que, mis reinas, esto está jodido, jodido. Pero, si uno se queda cruzado de brazos, se lo come el mundo a uno vivo; no hay que dejarse ver las que sabemos, porque, si no, vean, mis niños, apague y vámonos, tuqui tuqui lulú...

Habla, gesticula, explica. Tiene madera para ser pastor. Dejo que sus palabras atraviesen la noche, saetas invisibles tragadas por la nada.

Un aviso de neón, con varias letras apagadas, análogo a un libro al que le faltan páginas o una sonrisa desdentada (a teclas blancas y negras, intercaladas, de un piano), decora y alumbra con pobreza franciscana la entrada. “Otra puerta que pronto también se cerrará —pienso—, como tantas y tantas (¿apareciste de nuevo, filósofo de folletín?”).

—Vieran cómo me los he ganado —sigue en su discurso de autosuperación, de consejos bursátiles—. Los que estudian Contaduría me preguntan qué es esa joda de las cuentas T, porque, como todo ha cambiado tanto, eso es historia patria para esos culicagados. Era lo que yo manejaba cuando hice un semestre antes de retirarme, con papel y lápiz, echando números a lo legal, sin ayuda de máquinas ni programas de computador. Veán, niños, niñas, solo cacumen. Ahora, hasta para hacer una suma de dos cifras, tienen que coger la verrionda calculadora. ¡No!, ¡qué desconuelo, qué tristeza! Por eso es que a mí nadie me tumba, porque acostumbré la mente a los cálculos, a multiplicar, a dar el resultado en menos de lo que canta un gallo... A ver, Ida, dígame una multiplicación de dos números, cada uno de tres dígitos, y le boto la respuesta antes de que la hagan en sus celulares. A ver, a ver...

Pienso en mi padre. La charla del Viejo Medra lo vuelve a halar, a anclar, a este momento, en la proximidad del aviso de letras apagadas.

De repente, siento el impulso de preguntarle a Medrano cuánto es 365 por 14.

Me contengo. No quiero darle cuerda, ni a él ni a los malos recuerdos. No quiero poner a prueba su mente multiplicadora.

Catorce fueron los años que duré disgustado con mi padre. Contador titulado. Creo que él habrá hecho sus propias cuentas.

Nunca le voy a preguntar el resultado.

15

—Y estos tres descarriados —diría el profesor Moyano resucitado—, parapetados en las fraguas tenebrosas de los alcoholes, siguen su contubernio con la noche, acompañados ahora de igual número de mujeres; desconociendo que, desde palcos y lunetas, los observan fisgones de las miserias humanas, amaestrados actores, pero también conspiradores inadvertidos; dilatando las pisadas, las estrellas como sarpullidos de la vía láctea; sin derrotero, adentrándose en las tablas; no comprenden, no acatan; no lo saben, monigotes, mequetrefes, alfeñiques ignorantes, asistentes, una vez más, del *teatro del absurdo*...

VII. Inconsciencia

*Quise ahogar mis penas en el licor, pero las
condenadas aprendieron a nadar.*

FRIDA KAHLO

1

Miro de nuevo el letrero. Dos colmillos, en cada extremo. En la mitad, una encía enferma, sin ninguna pieza de neón, piorreica. Como lo sospeché, el viejo Medrano nos trajo al lugar que mis raciocinios habían vaticinado. Restaurante de día, discoteca de noche. ¡Un híbrido! ¡Un injerto solo concebible en la mente maquiavélica de un criminal del buen gusto y las reputadas formas!

El argumento bursátil de redoblar la productividad sostenido por Medra, eminencia en la materia (que ahora, para impresionarnos, dice que en el semestre que estudió, tiempo ha, tuvo un sapiente profesor chileno que caló en nuestro país huyendo de la dictadura de Augustico Pinochet), no tiene un ápice de convincente (“creo más en la virginidad de mi abuela”, decía mi hermano quemacuadernos).

Permitimos que se explaye en su cátedra improvisada, sin interrumpirlo (quien se ha atrevido a hacerlo, en previas dilucidaciones sobre otros particulares, ha sido calificado de bisoño e insolente), dejándolo ser: feliz en su monserga, risueño en la cháchara, a sus anchas en los conceptos destilados de la savia de la experiencia.

Orellana y las hermanas lo miran como un elemento más de la noche, adorno que, a pesar de su presencia física, apenas los roza, como el aire que a veces trae olores desagradables a las calles (este

barrio está cimentado sobre un antiguo relleno sanitario), que, en últimas, se troca en una pálida representación de una predecible y desvaída sombra. Un ornato más del decorado.

Yo sigo con la cabeza ladeada, concentrándome en la razón social del establecimiento: un letrero ubicado en el dintel de la puerta al que solo le quedan dos de sus seis letras, justo en cada extremo:

“H . . . S”.

Qué mensaje ocultará este misterioso pictograma. ¿Los cuatro caracteres restantes qué aportarán al desciframiento del conjunto?

A pesar de que llevo bastante en esta barriada, nunca me había dado de frente con este puerto comercial de la gastronomía diurna y la diversión nocturna. El velamen de mi barco ebrio rimbaudiano casi siempre me ha llevado a las costas beodas de Los Faraones; y, si predije que en esta jornada anclaríamos aquí, se debe a que el fin de semana pasado el Vejete estuvo dando una monotemática tabarra sobre un lugar que recién había conocido después de llegar de uno de sus eventos magnos.

—Va a ver, papi, la próxima que vengan las chinas, nos vamos de baile a un punto. Vea, pelao, cuquita, uvita, chimbita, pleno, sabroso. Lo abrieron hace poco, lo descubrí de casualidad porque ese día entré por otro lado de la autopista para que ni mi esposa ni mis hijas se dieran cuenta de que me carnavalesé con mi compadre jugando tejo. Además de que juran que yo le arrastro el ala a la hermana. No, papi, si esa vieja es de Maicao, eso es echarme la sogá al cuello. Esas mujeres son más peligrosas que tener churrias y gripa al mismo tiempo, ni pendejo que fuera. Yo ya pasé la zona de derrumbes como para meterme con hembras vengativas y rencorosas. Eso sí, la vieja está que pide pita como una cometa, pero yo ahí no me meto. No quiero buscarle males al cuerpo, no quiero que ella, el papá o hasta mi mismo compadre me llenen la tripa de plomo...

»El punto queda cerca a la veterinaria donde usted me dijo que le aplicaron la inyección a su perro para sacrificarlo... Tremendo *casting*, puras pollitas, buen ambiente, buena música, gallinitas que le baten las alas a uno, se lo arriman, rico, buenas para el amor, como dice Orellana... Ese día, yo que paso por ahí, en una prenda ni la malparida, usted sabe cómo baja de ron mi compa, más jalao que saco de sordo, y veo esa mierda abierta, de pura casualidad... Me metí de una. Usted sabe, yo desparchado, con ganas de seguirla para evitarme el caldo de lora y las malas jetas en la casa, porque así como hay épocas en las que mi señora no jode, o se hace la que no

es con ella, hay otras en que amanece con el mico al hombro y friega hasta porque uno la paladea y la consiente... Ahí me puse a chupar, a hacer tiempo, para llegar cuando ya todos en la casa estuvieran echaos, para poder entrar disimulado; a ver culitos, a sacar a bailar, a esperar a que surgiera una oportunidad... Usted sabe, padre, que, cuando estemos espichaos, llenos de tierra, de eso no va a haber en la otra vida, en la tumba...

2

Sí, me afirmo, para mí son dos colmillos y una encía desmuele-tada, carente de sus cuatro incisivos, atacada por la piorrea o la periodontitis. Mientras Medrano sigue embelesando a los otros con la clase *in situ* sobre el éxito en los negocios, me entrego a la tarea inofensiva de formar palabras con los espacios restantes, como si se tratara de un crucigrama o un proceso quirúrgico para reemplazar piezas dentales perdidas. Juego con varias posibilidades, arrugo la frente, me recreo escribiendo con mi dedo en el aire, como el matemático loco John Nash, de *Una mente brillante*, que resolvía derivadas, integrales, descifraba códigos ultrasecretos de Estado, mientras movía su mano temblorosa en el éter.

¿Qué mensaje cifrado se esconderá en este letrero? (es un reto para mi mente no tan brillante, que aún conserva un lejano recuerdo de cuando memorizaba palabras raras del viejo diccionario de sinónimos de tapas verdes). Pienso, pienso, señalo, ubico, traslado las letras, como si tuviera la facultad de la telequinesis.

Indefectiblemente, después de la *h* y antes de la *s*, deben ir vocales:

- H o n g o s
- H á b e a s
- H a c h a s
- H o n d o s
- H e c h o s

¡Malaya! Ninguna de las soluciones me convence, no se corresponden con la categoría, con la clase de sitio al que nos trajo el Viejo.

“Piensa, piensa”, me digo, otra vez apergaminando la frente, cerrando los ojos, “piensa, maldito borrachín (que de algo te sirva tanto haber comido libro)”.

— H u r t o s
¡Joder, empiezo a enrutarme por buen camino, seremos nuevas presas si nos descuidamos!

— H o r d a s
¡Eureka, esta sí que me suena, estaremos rodeados de ellas!

— H a m p a s
¡Coño, se presagian en el ambiente!

— H a c h a s
¡Por supuesto, no faltarán donde se huele el peligro, letales, oxidadas!

— H u e c o s
¡Carajo, perfecto, los que nos tienen reservados en el cementerio!, ¿hoy, mañana, de madrugada, en cien años?, ¿qué más da?, ¡da lo mismo, nos esperan!

— H u r í e s
¡No en este moridero!

3

¡Sabotaje!

No, al retrete los eufemismos. Es bienhechor llamar las cosas por su nombre, así “cosas” suene mal, repetitivo. Una de las profesoras de posgrado nos advirtió en una sabia ponencia lingüística sobre el abuso y los peligros de esta palabra (¿“cosismo”, “cositismo”?, como sea que se llame la cosa): “así las cosas”, “piense bien las cosas”, “la cosa está difícil”, “la cosa política” (¿habrase visto cosa más parcializada?), “la cosa está peluda”, “qué cosota” (dirían Medrano y Orellana), “las cosas que hay que ver”, “qué cosa tan jodida”, “qué cosa tan cabrona”, “las cosas de mi Dios”, “mi cosita”, “aclaremos bien las cosas”, “el cosito”, “qué cosas, ¿no?”, “esa cosa no me cuadra”, “son las cosas de la vida”, “¡ya me dio cosa!””, “un pedazo de cosa”, “cosa con ojos”, “vivimos tantas cosas juntos”, “vaya cosa”, “no se dieron las cosas”, “grave la cosa”, “así tenían que suceder las cosas”...

¿Así tenían que suceder las cosas?

¿Cosas del destino?

Se puede decir de otra manera, sin indirectas: bofetada, zancadilla, reverenda marranada.

4

Tres hombres se divierten con las genuflexiones que hago tratando de resolver el código oculto de la encía desdentada y los colmillos de neón. Hasta ahora reparo en su presencia. Están apoyados en un muro cercano a la entrada. Llevan pelo a ras. Dos de ellos fuman. Uno, un guaimarón de piel cenicienta; otro, un petiso con cara aindia-da; el último, un zambo de nariz aguileña. Un trío espantoso, pavoroso, escandaloso, horroroso, “cacofonoso”. Exponentes gráficos de la orgía de cromosomas del mestizaje de siglos atrás, estela de la cópula maniática de antepasados rijosos (blanco con indio, indio con negro, negro con bestia). Se ríen como mongoloides. Mis esfuerzos por hallar el tesoro críptico del letrero les debe parecer un número cómico de circo. Más que a un payaso que realiza movimientos ampulosos para respaldar un chiste predecible, deben ver a un macaco que manotea, señala con los dedos una recompensa alimenticia colgada en ramas invisibles. Sus flagrantes risotadas, secundadas por unas bocotas preñadas de idiotez (idiota es aquel que piensa que todos son idiotas, menos él), me interrumpen en mis indagaciones semióticas.

Regreso a terreno firme, tedioso, llano, aterrizado a la fuerza por sus horrisonas carcajadas. Desvío la mirada, localizo a mis camaradas. Siguen a mis espaldas ejerciendo el solaz arte de hablar y escuchar mierda (otra de las palabras recurrentes de las que hacemos uso indiscriminado —como *vaina*, *hijueputa*, *cagada*—, pero no incluida en la ponencia de la erudita maestra sobre los cuidados en el habla y la escritura).

Me adhiero a su coloquio para sustraerme de la escena que pringó de jocosidad a los tres lelos del muro. Les arqueo las cejas. Ida me mira. Tomo este mohín repentino como una simple cortesía, una diplomacia. “Fantasía para otra ocasión”, escribió Céline. En mi pesimismo congénito no hay espacio para las ilusiones. Los fracasos pretéritos —rotundos, estruendosos— enraízan fieramente las viejas frustraciones, emasculan una posible salvación.

Medrano se toma un respiro, oxigena la cátedra.

—Bueno, chinos —dice—, entremos porque a qué vinimos entonces.

Le obedecemos como si ahora su paternidad putativa se extendiera a todos nosotros (papá Jaime, el de Niños de los Andes). Entramos en caravana por la pequeña puerta. Los tres tarugos nos ven pasar. Procuero no fijarme en sus expresiones. Sé que la aparición de

las tres mujeres se ha convertido en el blanco de sus tabarrones ojos. Mi *show* de gesticulación simiesca ha pasado a un segundo plano.

Segundo: tuvo que ser mi nombre.

5

Un examen de rutina, un cuadro hemático (cbc). En vísperas de Semana Mayor. Se lo ordenaron, como periódicamente lo hacen los médicos para justificarse en su oficio, después de expresar que se sentía débil. La primera lectura no fue favorable. Se hizo una contramuestra en un laboratorio particular, más confiable, más oneroso, en espera de un nuevo análisis que dejara brillar una esperanza.

Vine a enterarme de todo después, porque él siempre fue muy reservado. (Cuando se graduó de antropólogo, no quiso que nadie fuera a la ceremonia en el teatro de la universidad. Cuando fue a presentar las pruebas para convertirse en jugador profesional del Quindío, todos lo ignorábamos —“¿quieres hacer reír a Dios?: cuéntale tus planes”, oí en *Amores perros*—).

Yo lo veía inquieto, con la mirada perdida, mientras en el televisor de la sala emitían un noticiero de mediodía. En la pantalla salía una periodista caderona, sonriente, perteneciente a la exclusiva grey de la gente bella (a la que el hombre mediano aspira a parecerse). Hablaba del tráfico de la ciudad, de las monumentales congestiones vehiculares, de la imperiosa necesidad de implantar un nuevo sistema de transporte, de no aplazar más la construcción del metro. Solté un comentario sobre la ricura que tenía el micrófono en la mano (¡subliminal!). A él no pareció impresionarlo mi agudeza mundana. Me miró de reojo, siguió extraviado en cavilaciones.

Cuando llegó mi mamá de trabajar —antes de que se pensionara como profesora—, a eso de las dos de la tarde, se lanzó a sus brazos, le dijo llorando que él quería que lo enterraran en el pueblo donde yacían los restos de mis abuelos. Me mantuve callado, extrañado, viéndolos a los dos fundirse en un llanto que con el paso del tiempo vine a comprender. Hoy en día recuerdo mi chiste imbécil de la periodista caderona. Me recrimino por dejarme contagiar en esos momentos por el virus del comentario fácil, morboso (cual hocicón Gancho Orellana, cual Viejo verde Medrano). Hubiera hecho un ayuno de la palabra, comulgando con el mutis que lo embargaba por la enfermedad.

Sangre blanca, la llaman.

6

Suena un vallenato (de los de antaño, no los waferudos de ahora) que me gusta. *Como felino, en asechanza, vivo siguiendo tus pasos...* “Por lo menos un buen inicio”, le digo alzando la voz al Viejales. *Me siento esclavo de la noble y sublime intención de tenerte.* No entiende lo que le digo. *Y no te enojés si, por sincero, un día te pido lo deseado.* “Olvidelo”, le grito. *Quiero que sepas, solo al mirarte, la ansiedad loco me vuelve.* Las hermanas y Orellana también son ajenas a mi apreciación sobre la sonata que nos recibe. *Y tú has notado que no es antojo simplemente el que me asiste...*

Mi ensoñación melómana se rompe cuando uno de los meseros, casi a rastras, nos conduce a la barra. El lugar está abarrotado, no hay ninguna mesa disponible. Las hermanitas se desencantan, quieren sentirse integradas en alguno de los cónclaves circundantes a la pista. Medrano contraataca arguyendo que lo importante es bailar, no permanecer sentados. Su defensa liviana no parece convencerlas. Se acomodan, de todas maneras, haciendo pucheros, sintiéndose parias, marginadas de la gran metrópoli rumbera. A mí me parece un favorable golpe de dados poder ubicarme en la barra, habida cuenta de que no pienso bailar (no quiero hacer el ridículo en medio de una caterva de desconocidos). Mi propósito es seguir humedeciendo el gollete.

El mesero (ese mismo gandul que nos trajo como en grúa) se mantiene enhiesto esperando un pedido etílico. “Es hora de pasar de corriente a *diesel*”, dice el Gancho. Tomando la delantera, sin previa consulta con el resto de la cofradía, pido una botella de ron blanco. (Quiero recordar el sabor de antiguas borracheras con Torralba y Cedeño. Por lo demás, el ron negro es más para ser ingerido en casa de meretrices).

En menos de un minuto, un envase con una estampilla roja se posa en la tabla donde apoyamos los codos. El Viejales hace los honores. Sirve cinco tragos. Pide una botella de agua para Ida (¿cuántas llevará esta noche?, ¿cómo contendrá tanta carga líquida para no correr a cada rato al mingitorio?). “Tanda pedida, tanda pagada”, nos advierte el empleado de la discoteca. “Yo invito esta”, les digo, esculcando mi bolsillo lateral del pantalón, corroborando que mis pertenencias siguen a buen resguardo, extrayendo mi billetera, sacando un papel moneda de alta denominación.

—Está largo, está largo —me dice Orellana—, tiene la liga.

Nos mandamos el primer trago, sin concesiones, sintiendo de nuevo ese calor interno que me comunica extrasensorialmente con

la prosapia de los que se envenenan con su propio consentimiento. Tanteo con mis glándulas salivares el drástico cambio que se produce en las paredes bucales e intestinales al pasar de una dosis de un 5 % a un promedio de un 40 % (¿qué tal si fuese vodka, tequila o absenta?). Saray y Lindsay prueban menos de media copa, la rebajan con un sorbo de agua de la botella de la abstemia hermana. “Tenga la amabilidad de servirse otro”, le digo a Medra, quien, muy obsequioso, acata mi noble pedido. “Muy formal, apreciado cofrade de copas”, le digo brindando en el aire.

La canción de mi agrado se extingue como el segundo trago que baja por mi ducto faríngeo herido.

7

Al siguiente día, él y mis papás emprendieron camino hacia la clínica. Lo hospitalizaron de inmediato, medida preventiva. En la sala, antes de que se marcharan, me estrechó la mano. Los dos nos contuvimos para no hacer el drama peor. Lo internaron en la unidad de Oncología, en un gran salón que se dividía en pequeños cubículos separados por paneles de acrílico. Mi madre, tan devota a los oficios religiosos, egresada de una normal de monjas, no asistió ese domingo a la procesión de Ramos.

8

Me conocen, no al dedillo, por supuesto; ignoran muchos de mis secretos, pero no se lo atribuyen a una hosca antipatía de mi parte. Saben que, si no me place lanzarme a la pista, como edecán complaciente, no es por arrogancia o soberbia. Han aprendido a tolerar ese rasgo, así como yo he asimilado convivir con varias de sus manías. Por eso, la amistad entre hombres es más fuerte que los caprichosos y pandos nexos que se crean entre mujeres (hasta nos toleramos las guerras nucleares de esfínteres).

No voy a negar que, una que otra vez, he dado mi brazo a torcer (tan radical no soy) y me he arrojado al escenario del bailoteo (motivado, tal vez, por una euforia pasajera o un trago desinhibidor, potenciador, para brillar hebilla), tomando mi pierna derecha, simulando que es una guitarra eléctrica, desplazándome como Chuck Berry, apoyado

en mi extremidad izquierda, de lado a lado, a lo largo, a lo ancho, y he promovido así cumplidos verbales de los mirones asistentes.

Hoy no.

Mi paso rocanrolero se guardará para nuevas funciones.

9

El lunes lo visité. Nos alternábamos el turno de ingreso con mis papás y mi hermano. Este último llegó a la ciudad la noche anterior (ya se vislumbraban algunos atisbos de nuestra posterior resquebrajada hermandad). Al entrar al cubículo y ver que yo llevaba un libro para pasar las horas de espera en la sala, en las afueras o en la cafetería de la clínica, me preguntó qué leía. Le mostré la carátula. *Doctor Pasavento*, Vila Matas. “He leído buenas referencias tuyas en las *Lecturas Dominicales*”, me dijo.

De ese libro conservo vaguedades mentales (como con la gran mayoría de lecturas que he olvidado). La claridad innegable es que me remonta *ipso facto* a esa malhadada semana. Recuerdo que en la tapa tenía una fotografía en blanco y negro de un señor ataviado con sombrero, gabán. A su lado había una niña, no mayor de cuatro años —le calculo—, de pie, sostenida por una silla para no hacer tan abrumadora y evidente la gran diferencia de estatura de los dos fotografiados (padre e hija, me parece, con un gran riesgo de estar equivocado, o de estar en lo cierto...). Recuerdo también que la historia giraba en torno a la desaparición voluntaria de su protagonista. Nada más. (¡Qué pésima memoria! ¿Será también influjo de la “poscaída del camarote”?: olvidar, ya lo han denunciado mis condiscípulos de posgrado en las clases de Ilustración de la Literatura).

No quise preguntarle nada sobre su estado de salud (“a ver, rey —le dijo una vez Juan Gabriel a un periodista que lo interrogó sobre su condición sexual—, hay cosas tan obvias que no se preguntan”). Hablamos, eso sí, de un documental de Discovery Channel que habían transmitido el año anterior, para esa misma época, sobre las razones médicas que llevaron a Jesucristo a la tumba. Según los peritos, el redentor expiró, no en virtud del castigo romano de la crucifixión, sino por la pela tan tremenda que le dieron antes de colgarlo como un vulgar caco. El organismo colapsó, las deficiencias en los órganos vitales —pulmones, riñones, hígado, páncreas— produjeron un ataque fulminante al corazón (no sé si fue peor no preguntarle nada sobre los

avances de su enfermedad o tratar indirectamente el asunto científico de la muerte del nazareno).

Después, por asociación con la figura del Mesías (con ese también ando peleado ahora), y de la proximidad de un duelo esa semana entre el Real Madrid y el Barcelona, le conté un chiste que trataba de un clásico de fútbol que se había organizado y que enfrentaba al equipo del Infierno contra el del Cielo.

Como un narrador deportivo, le referí las nóminas: Pedro, San Gabriel, Juan Bautista, David, Moisés, Noé, entre otros barbuchas y melenudos, en las huestes del bien; Herodes, Mussolini, Caín, Judas Iscariote, el Mohán, Drácula, Hitler, el hombre lobo, Herman Munster (que de malo no tiene nada, pero por lo feo, y los feos no tienen derecho a ser buenos, lo incluyeron en la escuadra), algunos del séquito del mal.

Le dije que Chucho era el cuidapalos del onceno celestial y que Lucifer estaba en la banca por un esguince de tobillo sufrido durante el entrenamiento previo al cotejo, reservado solo para momentos álgidos provocados por un marcador en contra. El partido se desarrollaba en medio de fricciones, provocaciones, juego sucio. A Jesús lo hacían volar de palo a palo, los delanteros le clavaban el codo en las costillas en los tiros de esquina, lo hacían agitar su esponjosa melena sujetada con una cincha; Lucifer se retorció desesperado en la banca, manoteaba, miraba con rabia a su D. T., Álvaro Uribe, por mantenerlo al margen de las acciones.

Por fin, en una descolgada, Lázaro llega por la banda derecha, lanza un centro letal al punto penal que Salomón, el justo, impacta con la testa, en el momento justo, y manda a reposar el balón al fondo de las redes del Malévolo. ¡Gooooo!, ¡pepo!, ¡golazo!, ¡testazo!, ¡ese no lo agarra ni la Araña Negra!, ¡batacazo!, ¡sáquelo, papá! “¡Vida setentacatretripledoblehijueputa!”, grita Lucifer desde el banco de las reservas, agarrándose los cachos, despidiendo fuego por las ñatas. “¡¿Por qué no me meten?!”. ”

El Barbas, técnico del Cielo, le empieza a dar trámite defensivo a la contienda para mantener la mínima diferencia e irse con los tres puntos a la rueda de prensa. Uribe, impasible, obstinado, terco como una mula montañera, ni miraba a los suplentes. Únicamente se paseaba por la zona técnica agarrándose las gafitas a cada rato, pulsándose el fundillo, los güevitos, como rúbrica de manejo de grupo.

Cuando el cotejo se acercaba al cumplimiento de los noventa minutos reglamentarios, con el 1-0 como seguro resultado final, a Al-

varito le da por echar mano de su delantero estrella lesionado. Es la única carta que le queda. Es el todo por el todo para forzar un alargue o una definición por penales. Llama a Lucifer, le dice que empiece a calentar, que en sus patas de cabra están las esperanzas depositadas de todo un equipo de granujas para que no sigan viviendo en el destierro, abajo, chamuscados, en las llamas. “Calentá, mijo —le dice—, estirá esas pezuñas porque necesitamos que entrés enchufadito para que le clavés un riflazo al desgredado mariguanero que les está porteriando”. “Claro, profe”, le responde.

Se empieza a mover de lado a lado, hace pequeños trotes, ejecuta la calistenia obligatoria, se mete la casaca en la pantaloneta, se ajusta bien las canilleras, da uno, dos brinquitos en el puesto, simulando que cabecea en el aire, se amarra bien los guayos, lleva los brazos al frente, luego a la espalda, vuelve y salta. Las porristas, la princesa Diana y Juana de Arco, se aproximan para anunciar la sustitución. Sale Barrabás. Displicente, se acerca a la lateral. Poco profesional, abandona el campo sin estirarle la mano a su compañero de escuadra, sin desearle suerte, escupiendo al piso, manoteando, mirando a matar. Al sentir que su momento crucial llegaba, la gloria o el cruel olvido, justo antes de ingresar al campo de juego como un bólico, antes de echarse a correr para intentar conseguir la paridad para su equipo, Lucifer mira al cielo, estira las manos y... ¡se santigua! ¡Plof! ¡Desaparece como una caricatura que solo deja una nube polvorienta!

Mi hermano no paraba de reír por el estúpido desenlace del chiste. “¡Qué bruto ese Putas, encomendándose a su rival para que lo ayudara! Mucha bestia. Esa pinche maña que tienen los jugadores de santiguarse como si a Dios le importara un simple partido de fútbol”.

Unas enfermeras nos devoraban con la vista adusta, fruncían el ceño, diciéndonos telepáticamente: “este no es un lugar para risas”. Miré la hora, le dije que me iba, que afuera alguien más quería visitarlo. Nos dimos de nuevo la mano, como el día anterior en la sala de la casa, sin alusiones directas a lo que estaba pasando. Abandoné el cubículo, extendiendo la contemplación visual al resto de cabinas separadas por paneles acrílicos. Camillas y más camillas, ocupadas por muertos sociales a un paso de ser muertos físicos.

Al abandonar el recinto, cual fognazo súbito, inesperado, un cuento de Chejov, *El pabellón n.º 6*, me encandiló.

10

Volvieron a sonreír. No más charlas sobre los principios de economía, los efectos desfavorables del TLC, la invasión nefasta de los productos chinos. No más lecciones de arcos monetarios. Los cinco están en la pista, solazándose, folgando, retozando. El Vejete vuelve a echar mano de su arsenal de danza, con júbilo, más alumbrado, porque, al acabarnos la primera de ron, en gesto de retribución del descorche inicial, invitó una segunda botella. Orellana y las tres hermanas tratan de seguirle el paso. Es el centro de un tiovivo que hace girar a su alrededor caballitos resplandecientes de mar putrefacto.

Los observo desde la barra, me bajo otro trago, achico los ojos, tensiono la frente, hago un barrido visual, activo el detector de emociones. Parecen felices. No solo los cinco, también lo es la concurrencia amorfa que los rodea. Las luces proyectan haces sobre pantalones ajustados, ombligos insinuados, corpiños destapados, cinturas rebosadas, dientes exhibicionistas, cabelleras lisas y en bucles. Son la estopa del diablo, diría Juan Rodríguez Freyle si rondara por estos lares escribiendo sus crónicas sobre las indias neófitas.

Una larga canción que lleva más de diez minutos sonando no extenua los bríos de las divas del baile. Las alborota, exagera los esqueletos cubiertos de fibra musculosa. Alguien escribió que la danza es una inteligencia del cuerpo. ¿O era el deporte? ¿O la gimnasia? Ya no recuerdo. Si he relegado al olvido cuestiones más importantes (mis padres, mis hermanos, mis aspiraciones sociales, la vida propia), ¿por qué he de sentir remordimiento por haber olvidado una estúpida máxima?

Van a ser las dos de la mañana. Las horas se suceden rabonas, cual mujeres déspotas. Ora se comprimen, ora se dilatan, ora se estancan. Voluntariosas, como mis ansias de seguir bebiendo hasta el *delirium tremens*.

¿Se va a acabar la fiesta?

¿Sigue?

¿Fue suficiente?

11

Me enfadan, cual patada en el sieso, pero a su vez me entretienen (como desenguayabar una mañana de sábado en la tienda

clandestina de don Geppetto) las personas que se autoproclaman bebedoras sin serlo. Asumen esta postura (beber no es una pose, para empezar) para proyectar una imagen de bohemios con la cual, quizá, se quieren granjear cierto estatus social de poetas malditos. Interesantes. Publican fotos en las que aparecen sosteniendo botellas, cocteles, copas en la mano; brindando, mojando el pico, con socarronas sonrisas; pasándole el brazo a algún cretino amigo. Cuando llega la hora de la verdad, de introducirle fuego a las entrañas, se descubre que todo es una farsa, que, si acaso, beben como canaritos después de comer alpiste, no sea que pierdan la compostura, el buen nombre, inciten fuerzas indómitas perversas o se les alboroten las plumas.

Está muy bien que dominen al licor y que no sea al contrario, que sean presas de sus zarpazos. Empero, ¿a son de qué hacer aspavientos sobre viajes a profundidades que jamás han explorado? Bien que sean modelos, regio, formidable, excelso; que no sientan remordimiento al ver los comerciales sobre la soledad insalvable a la que conduce el alcoholismo o las consecuencias irreversibles de conducir ebrio. Merecen una medalla que exalte la virtud, la ética, la convivencia, la ejemplar ciudadanía. Deben ser clonados, centuplicados, para hacerle una limpia a esta tierra, para sobre poblar *Un mundo feliz*, el del libro de Huxley, sin la estirpe nociva de los embrutecidos dipsómanos. Pero, por amor a Dionisio, no incurran en la falsedad de las tintas medias. No proyecten una falaz imagen de hombres errantes cómplices de los néctares etílicos. No me hagan recordar más, en nombre de Príapo, a los viajeros (sean hembras o machos) que siempre se están fotografiando al lado de obeliscos, torres, rascacielos, como si tuvieran una fijación fálica. Tomen sus galardones de ejemplaridad. No posen, os lo suplico, como vagabundos cuando siempre han querido ser pulcros y enófbos caballeros.

12

Marranada. Encono. Tara mental. Cambalache. Si alguien debió liar el hato, meterse al horno, largarse de este mundo, que “fue y será una porquería, ya lo sé, en el 506 y en el 2000 también”, tuve que ser yo. Frase manida. Cambalache sentimental. Mientras habitó esta sucia morada, llevó una vida sana, alejada de las disipaciones, los vicios. ¡Ironía! Paradoja. Inquina que me insufla de hostilidad hacia cada despertar. Bofetada. Sopapo. Broma. Refrendación de mi enemidad.

Seguir robando aire, oxígeno, en esta comedia de “valores y doblez”, de “lodo” y “despliegue de maldad”, es un “atropello a la razón”.

13

Regresan, se sientan cerca de la barra. Percibo en las tres mujeres que los ímpetus han amainado. La noche, el cansancio, el desgaste corporal, las parejas de baile. El velamen entusiasta ha replegado las telas que lo impulsaba. Se echan dos tragos sutiles y, como suele suceder con las fémimas cuando toman una decisión intempestiva, anuncian que experimentan el deseo de abandonar la discoteca sin la mínima posibilidad de una negociación que las haga cambiar de parecer. Un aterrizaje de panza. “Qué antichéveres”, dice su hermano. “Qué les disgustó”, secunda Medrano. “Nada, solo que ya estuvo bueno”, toma la vocería Saray. “*La donna e mobile*”, pienso ante su repentino y anticlimático deseo de marcharse (¿cuándo dejaré esta manía ridícula de estar invocando referencias musicales?). De nuevo asalto la mirada de Ida. Levanta los hombros en arrumaco de resignación. Lindsay y la vocera de los derechos de las mujeres extenuadas se acercan, me tienden la mano. Les devuelvo la cortesía. Medra, obsequioso, les chanta un par de besos en cada uno de los carrillos, de nuevo creyéndose un monarca europeo. “Me avisan cuando lleguen, porfa —les conmina su hermano—, háganme una perdida, yo me quedo con ellos otro rato”.

Sin tanto dramatismo abandonan la discoteca. Extraña disposición, más cuando fueron ellas mismas las que nos incitaron a desertar de Los Faraones, terruño nuestro en el que no soy un foráneo, no tengo que descifrar mensajes crípticos en la entrada, no me expongo a las burlas y guasas palurdas de tres atorrantes, no tengo que verme abocado a cambiar la cerveza por un trago de concentración etílica más densa, no hay luces maléficas, no hay una barra con dimensiones de autopista, no hay un gran salón tributario de la soledad, de la impersonalidad, no hay una pista que se posesiona de multitud de piernas estrafalarias, no hay una marea de rostros amorfos, desagradables, risueños, estrambóticos, intimidadores.

Se han ido, como lo han hecho antaño varias en resuelta costumbre, materia prima de obras musicales, teatrales, literarias, de elegía. A mí ya nada me importa. La ingratitud es connatural a la especie, la reviste de un hálito de soberbia llamativa. Orellana y el Viejaes Medra se acodan en la barra (barra, Medra, barra, Medra, barra, Medra)

uno a cada extremo (Dimas y Gestas —alusión bíblica recontraarchiconocida, desgastada, prostituida—).

Nos servimos la última tanda de una tercera botella (auspiciada por las rapaces pilatunas comerciales de Orellana en las bodegas del laboratorio donde le hace de vez en cuando honor a la profesión de los otros dos crucificados en el Gólgota). Hablamos sobre la posibilidad de aprovisionarnos antes de que den las tres de la mañana y cierren la venta abierta, permitida, del elixir que nos vuelve orates. “Nos alcanzamos a beber la otra —apunta el Vejete—, hasta ahora son las y media”. Entre los tres hacemos una azorada colecta para alcanzar el estipendio de una nueva botella de ron blanco, de etiqueta roja, que hasta el momento hemos bebido puro, sin intermediarios sodísticos que sotierren la acerba fragua que destila llamas como un dragón en nuestras vísceras.

Aunque, al igual que las tres Orellana (que, huelga decirlo, ya estarán envueltas en suaves y cálidos cobertores; cervatillos domesticados que, dóciles a las demandas del comprensivo hermano, ya le marcaron en señal de arribo satisfactorio al inmueble domiciliario), varios de los clientes de la disco han emprendido el exilio, aún hay una cantidad oligofrénica de bailarines y alzacosos que se agarran al timón de la noche transitoria.

Medra empieza a abrir la boca y a inhalar, exhalar, gruñir por su abertura (este ya empezó con los síntomas de un hiperventilado). Orellana, en concierto con los ademanes de su padre putón-puto-putativo, chasquea la lengua, bostezo, se frota los ojos con aletargados dedos (no demora en clavar cacho, anclar barco, tensar las amarras del sueño). Los observo uno a uno, como antes lo hiciera en Los Faraones, previa e inoficiosa descripción de sus temperamentos. Yo, en el medio, no como un estibador de agradables fardos. Los comparo con dos carcamales símiles en lo golfos y en la visión pueril de la vida. A Orellana le doy un codazo inofensivo y a Medrano le sirvo la otra. “¿Vamos a chupa...?”, me pregunta Orellana, renaciendo de su tarambanismo. “Vamo'allá”, le contesto con un desagradable acento ibérico.

Cuando entré al cubículo de paneles de acrílico, tuve otro súbito raptó literario al observar la distribución espacial de la unidad de Oncología (*La colmena*, Cela). Lo saludé. Me preguntó si sabía que, hacía

poco, el señor del cuchitril de al lado había muerto. Tenía un espeso bigote como el de Don Ramón. Y, en la última visita, un día atrás, segundos antes de entrar al espacio reservado a mi hermano, lo vi de reojo, recostado, mientras su único hijo le limpiaba la cara y él, con un pijama de franjas rojas, movía el gran mostacho como si sintiera punzadas o cosquillas.

Mi hermano había visto cómo lo habían sacado del semicuarto, hacía menos de diez minutos, cubierto hasta el cuello, los ojos no del todo cerrados y dejando translucir ese blanco lechoso por la rendija que permitían los cadavéricos párpados.

—Un mal presagio —me dijo—, no soportó la punzada en la médula.

—No, no —le argüí—, usted es hombre de ciencia, no se ponga con supercherías, agüeros. Además, era ya un hombre de edad. Es natural que el cuerpo, las defensas, no le hayan ayudado.

Mi consejo (que pretendía ser un envión anímico) siguió su trayectoria. Se perdió en el vacío.

—Este viernes me toman la muestra. Les he preguntado a los médicos. Me dicen que es de las más complicadas. Ojalá no me quede en el camino...

El rostro se le ensombreció. Nunca lo había visto tan derrotado, ni siquiera cuando la Carracuda lo cambió por un pazguato recién conocido del que, en menos de un mes, quedó en estado flagrante de gravidez. (Otra marranada, otra broma pesada de quién sabe qué puño aplastador, oscuro. Él, que llevaba quince años con ella, tuvo que soportar que en menos de un respiro el mundo le diera un vuelco satírico).

—Estas últimas noches nos pusimos a hablar —siguió, con la mirada perdida—, de cuarto a cuarto, estos plásticos no disimulan el sonido. Se llamaba Reinaldo, era relojero, trabajaba en el Centro, en un edificio comercial viejo de la Jiménez. Era viudo. El único hijo que tenía está desempleado. Me dijo que ya no sacan modelos tan buenos, resistentes, como los Orient, sobre todo los de cuerda, como el grandote que había en el billar de mi abuela para llevar el tiempo de los chicos. Ahora solo las casas relojeras le apuestan a lo desechable, a las cáscaras con formas bonitas, colores brillantes. Los Orient. ¿Sí recuerda que mi abuelo para un fin de año nos regaló uno de esa marca? ¿Sí se acuerda de que el mío era amarillo y el suyo, gris con blanco?

15

Se sienta al lado de Medrano. La cara se parece a la de Jodie Foster. Blanca, pelo liso hasta los hombros, rubia. Tiene manos recias, membrudas, detalle inicial que viene a corroborar (al observarla en el taburete) que es ancha de cintura, con piernas gruesas y una gran bodega que le funge de trasero. No más verla, sentirla, las pupilas gustativas, el olfato aturdido por la proximidad de la hecatombe ética, se reactivan, resucitan en el par de buitres. Bebe una cerveza nacional (el precio astronómico de las importadas en estas discotecas debería ser materia de análisis y denuncia en *El boletín del consumidor*). Las uñas, unas manos popochas, están cortadas como las de un hombre, pintadas con un esmalte rosa por el que se ven unas manchas descascaradas. Una blusa negra cubierta por un saco de lana juvenil, negro también. Un *jean* raído, desteñido, termina ajustado antes de las pantorrillas; unos pies cubiertos por unos zapatos cafés, lisos, que no ocultan la blancura de los tobillos.

La observo de reajo, escuetamente. Grabo, con retentiva sorprendente, los detalles en una instantánea lumínica. Medrano le ofrece un trago. Lo rechaza, diplomática. Orellana le lanza una mirada matadora, un guiño, una sonrisa de galán de telenovela venezolana de los ochenta. Lanza un fuerte resoplido de indiferencia. No la miro más. No soy quién, soy un advenedizo en la vida de las mujeres, nunca me he considerado Casanova, menos Juan Tenorio; suelo sentirme como un gusano que se arrastra en sus propias excrecencias. Lo reitero: estoy fuera de circulación.

—Si no te gusta el trago —le pregunta el Viejo—, entonces respóndeme por lo menos si te gustan los hombres maduros. ¿No te parece que son más interesantes?

Se ríe, moderada, toma otro sorbo de cerveza, apoya la botella en la barra, se lleva el puño al mentón para sopesar la respuesta. Nos mira a los tres, alternadamente, para detenerse finalmente en el Viejales, despejar la duda.

—Sí, me gustan, pero que tengan hijos como él —me señala.

Un guantazo, delicado, de seda, en todo el hocico del par de seductores; sentido, por su finura, más como un ramalazo o un pescozón de un oso pardo que como un rechazo exquisito (el agua es más fuerte que una piedra, escribió Hesse). No me trago el cumplido, debe de ser una estrategia para alejar al par de gallinazos, de hienas carroñeras. Al verme callado, sin ínfulas de Adonaí, concentrado en el trago doble que

estaba bebiendo, la copia rolliza de Jodie Foster, debió de tener el chispazo mental de bajarle la caña a los hambrientos (el que demuestra el hambre no come) convirtiéndome en el chivo expiatorio más cercano. Mazazo arsénico aplicado con distinción al dueto de tumbalocas.

Medrano y Orellana me aplican sendos codazos, me hablan al tiempo, no logro diferenciar quién dice qué:

—Aproveche, papi, aproveche, marica, se las botaron toditas, no se las pique ahora de artista, hay que echarle mano a lo que caiga, la vieja está neverita, pero no le hace, recuerde que “den, que van dando”, hágale, papá, porque es que eso de andar a toda hora templándose la carpa hasta la última varilla para jalarse la pita no es negocio, apuñalándose a punta de porno, no, no, hasta peligroso para la próstata, a estas alturas ya es hora de que le pegue al ovejo, de que deje de ser una momia, papi, de que encuentre trinchera, vea que debe de andar con ese tarrao lleno, si sigue guardando las reservas, eso se le va a convertir en formol o en plaguicida, cuando se decida, ya tarde, por metérselo a una vieja, es capaz de que la seca...

16

La charla y el tiempo de los relojes Orient fue lo último que compartimos. Suena a *slogan* publicitario. No sé cómo diablos decirlo de otro modo. Tienen razón mis fatuos compañeros de estudio: el Barroco, Quevedo, Góngora, Lope de Vega siempre me echan mano, pero me asfixian.

El Viernes Santo lo llevaron a la toma de la muestra: un aguijonazo en el nacimiento de la espalda, en el tejido blando, para tantear los atributos de sus leucocitos. El cuerpo no lo soportó. Entró en un estado de debilidad que lo adormeció, las funciones se desvanecieron; un soponcio, que le hizo perder la conciencia, minó las defensas hasta el colapso final. No más detalles. Baste decir que hay guerras que se pierden sin saber que los enemigos ya empezaron a fraguar la caída. Cuando se intenta reaccionar ante los arteros ataques, sus baterías de asalto han adelantado gran parte del trabajo, hundido la máquina mortal, frágil, que, se supone, nos protege.

Acaso no fuera solo el aguijonazo. Acaso también lo fuera el avanzado y traidor estado del que ya no había retorno. Tal vez la predisposición ante la muerte del vecino de cubículo o la entrega vo-

luntaria producida por el hastío hacia la vida. Todo contribuye a una conjura cuando se modelan y edifican zancadillas.

17

Los había perdido de vista, ya no pensaba en ellos, no formaban parte de mis meditaciones, preocupaciones. El episodio de sus risitas mongoloides permanecía hibernando en la conciencia. Se acercan a pagar la cuenta (a ellos no les cobraron por anticipado), acompañados de una mujer con cara de equino. El guaimarón, el petiso y el zambo reúnen una cantidad de billetes para cubrir los gastos de la noche. La mujer se les aparta, se sienta temporalmente al lado de Orellana, esperando que los esperpénticos hombres cancelen la deuda. Medrano, que me ha cedido el puesto para hablar con Laura (Jodie Foster, antes de conocer su verdadero nombre), apoya la cabeza en el hombro de su hijo adoptivo. Ambos sobrepasaron el umbral del discernimiento. El barco ebrio levó anclas. Los amarres se deshilaron. Los dos empiezan a cerrar los ojos. Yo me mantengo en mis trece (a pesar de permanecer atornillado, sin bailar, como un muñeco de maqueta, en el mismo sitio cercano a la barra, lo que supondría una mayor propensión al aletargamiento), involucrado en una impensada charla en la que en un comienzo tuve mis tímidas reservas.

Es de Pensilvania, Caldas. Me dice que las mujeres más hermosas de Colombia se encuentran en ese municipio. Ni las pereiranas ni las caleñas ni las paisas, tan sobrevaloradas, les dan la talla. Su tío es el que administra la discoteca. Viene de vez en cuando, sobre todo en los momentos anteriores al cierre del local. Le ayuda con el arqueo de cuentas. Insiste en que su comentario no fue un chiste para deshacerse del par de gallinazos. Hubo algo en mí que le llamó la atención. Mi silencio, mi prudencia, mi mirada sin alma. Suelto una risa que se asordina con la música que aún suena. Me dice que su tío tiene vara con los tombos, por eso, no obstante que son más de las tres de la madrugada, no han venido a molestar; que nada más uno de ellos está de descanso con sus amigos y novia, que llevan al tío en la buena. Me señala con un mohín de boca al policía que está de día franco.

Es el petiso.

Continúo con la charla, sin crearme el cuento de que se vislumbra una aventura afectuosa. Como principio de amistad, trato de velar por el bienestar de mis dos dormilones compinches. Laura los mira

con un dejo de lástima. “Lo que hacen los tragos”, me dice (si hubiera sabido que soy un redomado borracho, igual o peor que las bellas durmientes, creo que se habría reservado ese comentario).

El peso de la cabezota de Medrano sobre el hombro de Orellana hace que empiecen a inclinarse, como La Torre de Pisa, hacia el lado de la mujer con cara de equino (que, por más referencias suministradas por Laura, vengo a saber es la novia del tomo petiso). Para colmo de la desventura, hábito muy propio de Orellana, siempre que lo sorprende el sueño, semiabre la boca. Empieza a dejar escapar por la oquedad insinuada unos ronquidos escabrosos.

Graffffgggggffggg...

La mujer mira a la pareja de haraganes apoltronados en la sies-ta con rictus de desprecio, de asco. Como respuesta involuntaria a su desdén, Orellana abre más las fauces, suelta un eructo magno y emprende una destilación de saliva por la comisura que colinda con una de las glándulas mamarias de la concubina del policía.

Graffffggggggghhhhhfghfgfgf...

Veo ese hilillo delgado que, poco a poco, va ganando forma, espesor, consistencia, que va desprendiéndose cual estalactita de glaciario antediluviano, paciente, sabia en su concepción, translúcida, bella como una lágrima de virgen, despaciosa, perfecta, alargada hasta una dimensión geométrica que supera los siete centímetros, prodigio de prodigios, robustecida por un nuevo chasquido de su creador.

Clic.

Se desprende,
se desgaja,
se desliga,
bailarina tersa,
cae,
aterrizza,
coqueta,
grácil,
volante,
victoriosa,
presumida,
cadenciosa,
en la teta de una yegua de dos patas.

18

Brinca del taburete. Da un alarido lobuno de indignación. Un relincho de contrariedad. Se siente ultrajada por el esputo. La babaza en su seno es una mancha que nunca podrá borrar, una letra escarlata, una afrenta al templo corporal.

—¡Qué asco! —grita ofuscada mientras se limpia con una servilleta—. Me escupió en la tetica, papi, haz algo, haz algo, mi tetica, mi tetica...

¡Profanación!

Orellana, inconsciente de la pericia de sus ganglios salivares, abre los ojos ante el berrinche, frunce la nariz, la mira extrañado, suelta un largo suspiro al unísono con un nuevo eructo (que deja ver que una naciente flema se empieza a formar, graffffffggggggghhhhhf-gfgfgf...), chasquea, busca la copa cercana para regresar a la realidad. Se manda un trago a medio servir. Se vuelve a dormir. El Viejales sigue apoltronado en su hombro, como un chiquillo, ajeno al sainete de los conflictos de la adultez. Él, más vetusto, quien debería ayudar con su vasta experiencia a solventar este dislate, este malentendido de la expectoración orellanuda, ni se inmuta por los alaridos de la agraviada. Laura me mira. Suelta una monumental carcajada.

—¡Muy buena esta mierda, muy buena, nunca había visto algo así! —dice llevándose las manos al vientre, que se agita como en una conmoción telúrica—. Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja...

El petiso se acerca a la cara de equino, le pregunta qué es lo que pasa. “¿Cuál es el rollo, mami? Dime, conejita, dime, mi quesito, mi pollita, mi angelito, mi bebé, mi castorcita...”

—Me escupió en la tetica, papi, en la tetica que es solo tuyita y de los hijitos que vamos a tener...

—¿Quién? ¡Dime! ¡Dime, ratoncita, que yo lo mato! ¡¿Quién fue el abusivo, el sapo marica, el hijo de mil volquetadas de putas para rellenarlo a plomo?!... Acá tengo el tote. Dime que yo pelo a esa gonorra, por algo soy ley, ando enfierrado. No me voy a dejar ver las güevas de cualquier malparido que se las quiera tirar de abeja, de cualquier avión parido por el culo de la perra que lo trajo...

Laura sigue entregada a una risa diabólica, compulsiva, posesa, repitiendo, frenética, sin que le importe la reacción de la pareja ultrajada. “Mirá, quién lo iba a pensar, la chorrearon con lecherita, delante de todos, en las pochecas, ja, ja, ja, ja, ja...”

Impávido, la ausculto con una mirada que no tiene ni tintes recriminatorios ni de complicidad. Mi gesto solemne no cala en la intención muda de advertirle que sea más prudente, no sea que el novio ofendido la emprenda contra ella.

Me da un manotazo en la espalda, de chabacanería. Me sacude. Me hace regar el trago que me iba a tomar.

—Relajate, disfrutá —me dice en un paroxismo gozoso—. Mirá, parece, que ahora sí me cayeron bien tu hermano, tu cucho. Genios, jodidos, putos, macanudos, avispaos. Celebrá, reíte de lo bueno que la estamos pasando, mijo. ¿Dónde estaban metidos? ¡Cuánto diera por haberlos conocido antes! ¡Qué visaje, qué distrabe, qué percha de plan! ¡Qué peye, paila, esa vieja, dando alharaca! También es que chilla por nada, mojigata. ¡Como si nunca un *mancito* se le hubiera venido en las tetas!

VIII. Paranoia

*El alcohol puede ser el peor enemigo del hombre.
Pero en la Biblia dice que ames a tu enemigo.*

FRANK SINATRA

1

“Concédeme la serenidad, el valor y la sabiduría para que esta reunión de servicio esté totalmente a salvo, especialmente de nosotros mismos”.

La plegaria está sobre un papel rugoso, pegada a la pared, con los bordes cercenados, ahumados, como los que, en el colegio, la profesora Paula nos mandaba a hacer a los niñitos de transición con una vela para elaborar las tarjetas del Día de la Madre. Aunque era ella quien terminaba realizando casi la totalidad del trabajo manual (mi torpeza para el adiestramiento de la motricidad fina proviene de los albores de mi ciclo educativo), de cuando en vez nos facilitaba las tijeras de punta roma para ejecutar los cortes de alta finura artística sobre las ofrendas dirigidas posteriormente a nuestras venerables progenitoras.

Al lado derecho de la oración, hay un vetusto crucifijo con la cara y la melena del nazareno azotado (tal vez merced a la indiferencia de los eventuales visitantes, quizá en virtud de las ansias de redimirse), fustigado por los estragos de los años clavado, sujeto, en el castigo del sedentarismo.

Justo al otro extremo, hay otra plegaria, ya no escrita sobre una textura arrugada y en caracteres cursivos, sino sobre una lisa cuartilla evadida de una resma de papel, con una fuente textual de un moderno

ordenador (el hijo de Dios en medio de la caligrafía antigua y la era líquida). Aunque el contenido de las rogativas de los dos extremos puede confundirse en un primer vistazo superficial, poco avizor, hay algunas palabras que se diferencian, que me hacen recordar esas revistas de pasatiempos que les compraba en los buses de la carrera 10.^a a vendedores más vaciados que yo, en las que era menester hallar diferencias entre dos gráficas.

El segundo texto dice:

“Dios, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las que sí puedo y sabiduría para reconocer la diferencia”.

Ante la ausencia de un ser que me extienda la cortesía de darle una tregua al cansancio de mi coxis, observo alternadamente los tres referentes visuales inmediatos (cual experto de arte en la galería de un museo), sin tomar asiento en una de las escasas sillas de plástico (de estas mismas tenía mi abuela en el billar para ofrecer efímero descanso a las posaderas de los beodos): la primera oración, escrita a mano, Jesús en la cruz y la segunda plegaria, impresa a computador. De nuevo, la primera: desleída pero aún entendible; el crucificado: INRI humano; la segunda: hija de los cartuchos, el láser, mal parida por una prostituida impresora.

¡Qué tríada!

¡Una trenza vikinga pagana!

Por fin alguien descorre la puerta. Asoma primero una nariz chata (como la de nuestra antigua gloria pugilística Antonio Cervantes, el Kid Pambelé), luego una sonrisa que pretende ser amistosa, distensionadora (si no le sonrío de buenas a primeras a viejos camaradas, que este no espere que le pele las muelas a un advenedizo). Remata su debut en el escenario (un cuarto que no supera los tres metros cuadrados) con un “¿ej la primera vej que vienej, cierto, *brother?*”.

Afirmo con la cabeza.

Me invita a que me siente.

“Hay que sé muy valiente, muy valiente, compita, no solo pa vení, sino pa reconócelo”, me dice, sentándose él también. (Ahora noto más al dedillo el resto del conjunto: hebra crespada con un mes de no pasarse por una peluquería; una camisa de colores de marimonda que puede pertenecer a su hermano menor y que, ex profeso, le marca unos brazos con algo de trabajo frente a un espejo en el gimnasio; unos pantalones ajustados, rotos en las rodillas, con una riata de

exagerada hebilla; unos zapatos sin cordones que, para realzar más su prosapia descomplicada del litoral, porta sin medias).

—Ajá, mi niño —complementa—, erej muy valiente, no muchoj reconocen que están llevaos, en la mala, no se pillan la jugaa.

2

El petiso no sabe a quién dirigir sus truculentas miradas. Por una parte, Medra y Orellana siguen en ese estado de ensoñación ingenua que lo ofusca más (quisiera que estuvieran en sus sentidos para írseles a trompadadón certero, a plumazo salvaje para descerrararles la tapa de los sesos). Por otra, están las risotadas de Laura, que demuestran que sus serotonininas y endorfinas están a tope, sin la mínima opción providencial de que su sistema nervioso excrete la hormona de la dopamina y funja de polo a tierra para ponerle una camisa de fuerza conveniente a la felicidad, a la euforia, a las carcajadas impúdicas del clon rollizo de Jodie Foster.

—¡En las tetas! —dice, agarrándose la panza, que le tiembla como los michelines de las estaciones de gasolina cuando los zarandea el viento.

Opta por írsele encima al más güevón, al que no tiene velas en el entierro, al paganini por antonomasia (me tiene ganas el cabrón). Me intimida con la mirada, me pega una patada en la espinilla, me pecha, me empuja. Espera una respuesta de igual tenor. Me mantengo firme. No respondo a las provocaciones.

Mi indiferencia lo aparta. Se les acerca de nuevo a los dormilones. No reaccionan. Luego se desplaza junto a su concubina.

Si no son ellos los que tratan de darle un manejo diplomático a este asunto, que se puede desmadrar, pasar de castaño a oscuro (más sabiendo que el cónyuge de la mujer con cara de equino resultó también gendarme, como Rosso), seré yo el que intermedie como un réferi pacífico, para que las fuerzas encontradas de este momento no choquen y le den origen a un monstruo mefistofélico engendrado por un puñetero malentendido de borrachos. “Así que, con su permiso, Laura —le digo—, voy a tratar de hablar con el dúo de ofendidos”.

Me les acerco poco a poco, con ánimos conciliatorios, sin sonreír, tampoco con gesto adusto, cual garante de la Cruz Roja en conflictos álgidos, como un Alonso Quijano sin armadura en tiempos mo-

ernos, cual canciller en confrontaciones territoriales, análogo a un benévolo jerarca de la paz en una reyerta vecinal de egos.

—Disculpe usted, buen hombre —le digo cuando lo tengo de frente, mientras le agarra la glándula mamaria a su consorte y se la limpia con un pañuelo arrugado que humedece con lengua gatuna (felina, feroz)—, quiero que sepa que no es impertinencia de mis camaradas, más concretamente del más joven de ellos, que no es hermano mío (ni el más experimentado es mi patriarca), el haber mancillado el templo corporal de su amada (que se ve que lo tiene en muy alta estima por sus virtudes, por los compromisos en la extensión de los lazos del enamoramiento). Entienda que él simplemente fue víctima del aletargamiento que nos inocular el alcohol en la sangre. Sepa disculparlo por no contener el sueño y dejar que de su boca emanara ese líquido que llegó a su impoluto seno sin una planeación previa, sin saña premeditada, sin intenciones oscuras, sin propósitos dobles...

Me sigue matando con la mirada.

—Usted, mi estimada dama (la miro obsequioso), tenga también ese gesto de perdonar a quien afrentó la perfección de su institución corporal. Demuestren ambos la grandeza que he percibido en la conjunción de sus almas. No reparen, se los imploro, en el error de mi amigo, echen al olvido este *impasse*, este mal giro del destino, este desaguisado, producto del consumo de altas concentraciones étlicas. Háganlo por el amor a sus familias, piensen en sus futuros hijos, que, sin proponérselo, pueden verse involucrados en un dislate como el que hoy, más para bien que para mal, protagonizamos. Aprendamos que, como lo dijo Duque Linares en sus sabias ponencias, en sus excelso tratados del proyecto de vida, de cada situación se puede extraer una enseñanza, una lección que deja marcas positivas. Sigamos también las prédicas de nuestro salvador en la cruz perdonándonos unos a los otros, sin inquinas, sin rencores, sin revivir los rescoldos de viejas y dañinas disputas. Atemperémonos. Guardemos, condenemos al olvido, los malos sentimientos, la venganza, el desquite. Censuremos ese adagio tan perverso de “ojo por ojo”. Sepultémoslo, para que aflore de nuestro genuino espíritu esa condición tan sublime que nos hermana como miembros de una sola familia, sin importar las desavenencias, los conatos de furia: démonos la paz, hermanos.

Laura (en un comienzo creí que iba a respaldar mi discurso pacifista, ignorando, ojalá, la plusvalía de su risa) aumentó los ímpetus de sus sonoros carcajeos.

Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja...

Se sigue agarrando la panza.

—¡Lo que hacía falta! —dice—. ¡Esto es lo que me hacía falta, alguien que me hiciera jugar de risa! Creo que me voy a mear en los calzones. ¡Anotá mi número, porfa! En lo que estoy estudiando, hay un cucho al que le gusta es que uno le hable mierda de la buena en los trabajos escritos, pura palabrería, que no signifique nada... Vos me servirías, te juro que me servirías...

3

Entra otro desgraciado (“¡que pase el desgraciado!”, decían en un programa peruano). Este, con más cara de maniaco. La nariz la tiene roja, como la del reno homosexual que lleva a San Nicolás a repartirle felicidad efímera a los desvalidos chamaquines y mocosos desamparados. Pide permiso. Se sienta al lado del de nariz de Pambe-lé. Me felicita por asistir, por dar ese paso siendo tan joven, por querer renunciar al veneno con cara de agua bendita. Me invita a que me ponga de pie (¡otra vez!, ¡¡¡no llevaba más de dos minutos sentado!!!). Me introduce diciéndome que, sea cual sea el credo personal, cada sesión empieza con una oración. Tanto el de nariz de boxeador como el de nariz de pimpón entrecruzan las manos a nivel del cinto. Cierran los ojos, rezan las consabidas fórmulas católicas que nos enseñan en la casa, el colegio, las iglesias, en nuestro peregrinaje hacia la salvación (esa que solo se alcanza cuando estemos metidos en un catafalco, en una sala donde todos ponen cara de acontecimiento filosófico). Yo me llevo las manos atrás, en signo de respeto. Los miro orar. Parecen dos gigantes haciendo votos de contrición en una caverna (la sala es tan pequeña que, si acaso, cabrán siete personas mal distribuidas).

Cuando terminan, me invitan a que me siente y, si es de mi elección, a que les cuente mi vida de tropezones. Me limito a mentarles mi nombre, sin apellidos, escueto. Me comunican que entienden que el primer encuentro sea intimidante, que, por eso, somos anónimos, que tranquilo, que lo que se charla ahí no va a ser reproducido en ninguna otra parte. Me mantengo en mis trece arguyéndoles que prefiero escucharlos a ellos primero.

—Ajá —dice el de la nariz chata—, pa eso estamoj acá, pa abri-garnoj en nuestro testimonio, pa brindarnoj fuerza... de voluntá, eche.

Si te sive oírnoj como prime, paso yo mientraj tú cogej confianza. Dale, mi cuadro... Créeme que te entiendo, porque, la primera vej que yo vine aquí, eso fue supermamonudo, jodido, mi compa, bravo, bravo, fregao, tronco de pena... Abrísele uno a un extraño ej de lo maj complicaio; que sepan que uno anda etraviao, friquimondi, bien caío, guindado sin pillarse ná; que la única felicidad ej andá detrás de algo que en últimaj noj hace maj daño... Además, que casi todos llegamoj acá ej cuando hemoj recibido una buena paliza de garnatadas, cuando hemoj tocado fondo, cuando hemoj perdido todo... —el de la nariz de Rodolfo asiente una y otra y otra y otra vez (supongo que de tanto escuchar este *cipote rollo* entiende la jerigonza de su colega)—. ¡Nombre, esa vaina es fregaa, mi pana, vale mía! Vivir encuellao, etrellao, sin poder cerrarle la pluma a la botella, ¡no me joñe!

4

—Este sapo hijueputa, qué es lo que le pasa —me encara el petiso. El zambo y el guaimarón lo agarran de las solapas.

—Suéltenme, suéltenme —prorrumpe en gritos—. No ven que, tras de que los amigos cogieron de visaje a mi nena, ahora llega este cabrón a cogerme de bate. ¿Qué dijo, gonogarnupia, navidad? Lo voy es a pelar, lo voy es a bajar por burletero, para que sepa que con la ley no se juega, marica y sapo.

Yo lo dejo hacer, lo dejo ser, que se sienta el superhombre precognizado por el bigotón Friedrich. Laura, por fin, le pone freno de mano a sus risotadas, como previendo y previniendo una colisión inevitable a más de 130 km por hora.

—Si no querés que a tu nena —le dice— la miren ni la toquen, en la veterinaria que queda acá al lado venden collares para perra.

¡Lo que me hacía falta!: Orellana y Medrano aún atolondrados, con restos de babazas, de lagañas; y ahora Laura insufándole más determinación al petiso para que extraiga su Smith and Wesson o una Pietro Berreta y me vuele la masa encefálica (y con ese disparo mi egregio vocabulario se pierda para siempre) o rellene de pólvora alguno de mis órganos vitales. (Por ejemplo, mi hígado, acostumbrado a batallas más cruentas que las de las Termópilas y al que la ingesta excesiva del alcohol no ha minado aún con sus vaporosos ataques; ni, mucho menos, los discursos de dos conversos abstemios que recibí en mi única visita a A. A., cuando —en un arrebató posestrellada, en una

seminoches de jueves, al pasar por un centro comercial de Chapinero en donde solía sentarme en las escalinatas a leer a Tolstoi— descubrí una oficina minúscula de esta sociedad y me aventuré a traspasar sus umbrales, para dejar de una vez y para siempre ese mal y falso amigo líquido al que le adjudiqué la pérdida total del coche de casa convertido en una bicoca).

Giro. Miro a Laura. Le hago un arqueo sutil de cejas para que, así como controló sus risas, ahora amaine en su totalidad el sarcasmo de los embates verbales. Para júbilo del dios de la concordia, accede a mis peticiones. Me le acerco al par de bellas durmientes (aún con el riesgo latente de la proximidad amenazante del petiso), los tomo fuerte de sus chaquetas. “Vámonos”, los conmino. Como sonámbulos, acatan, los llevo empujándolos por la espalda.

—Cobarde —me grita la voz humillada del petiso—, pichurria, plagamafurbia, nena hijueputa, venga y le sueño los mocos, marica, sapo, gonorrea, malparida loca, sea hombrecito, dé la jeta, nenita.

Volteo a mirarlo, como acto instintivo. Aún sigue siendo sujetado por los dos compinches (resultaron más sensatos que su cofrade revoltoso). De paso, observo a la cara de equino, le reitero unas sentidas disculpas por el dislate de la babaza en el seno. Su silencio parece confirmar que mis escuetas palabras finales de desagravio han sido aceptadas (¿acaso las yeguas no saben lo que es la baba?).

—Yo lo mato, lo mato, hijueputa, déjenme que yo lo quiebro, yo le saco las tripas a esa gonorrea —siguen los improprios a mis espaldas.

Por fin logro salir a la calle. Hay un taxi parqueado. Parece irónico que, estando en el mismo barrio donde habitamos, quiera hacer uso de este medio de transporte. Le extiendo la mano (¿un lapsus?). La puerta trasera se abre. Empujo a las dos bellas motosas al fondo. Cuando me voy a subir a complementar el trío de huidizos, una mano me toca en el hombro. Volteo. Laura me pasa, en un papel recortado de cuaderno cuadriculado, un número de nueve cifras.

—Me llamas cuando podás.

“Yo lo paso al papayo, perro jijueputa”, se sigue escuchando al fondo de la discoteca. Parece como si las palabras emergieran del letrero de encía desdentada. “La mamá que lo parió por el orto, no salga corriendo como una loquita, bocón, sapo hijueputa, pedazo de mierda...”.

Me subo al taxi.

5

—Mientras noj escuchas, porfa, amigo, lee la información de este folleto. Ej tuyo, llévatelo para tu casa; allá lo releej con maj calma, reflexiona, aprende, ve qué ej lo que maj te perjudica, hace el debé de cambiá, vuelve a la charla y te noj unej.

Es un plegable de carátula azul que contiene la información general sobre el grupo. Además, en el respaldo, están todas las direcciones de las sucursales a las que el que quiera dejar la vida de disipaciones puede ir (“¡Pare de sufrir!”, “¡Salve su vida!”, “¡Nunca es tarde para renacer!”). En todo el interior del cuadernillo hay un cuestionario de quince preguntas (recuerdo que, al consultar alguna vez por internet, solo había doce).

“¡Joder!”, tres justificaciones más para sentirme un puto culpable. Empiezo a leer (“¡salve su vida!...”).

6

Leer.

En voz alta. El ritual de cada clase. ¡Qué presunción!

—¿Cuál es el título del cuento? —pregunta la profesora.

—“¿Está rica el agua?” —contesto.

Mis sabios condiscípulos murmuran. Les daré más motivos para que me sigan vapuleando con las críticas.

“¡Qué nombre tan pecueco!”, imagino que piensan (incluida la maestra).

—Adelante —me conminan.

Empiezo con la farsa hecha palabra.

7

Milagro de milagros. Medra ha vuelto en sí. No más escuchar la pregunta del taxista sobre nuestro próximo destino, saltó de la silla, como impulsado por un alfiler clavado en el desemboque del aparato digestivo, con los ojos de par en par, abriendo la bocota, reluciente la sonrisa:

—Para donde las niñas, mi veci...

8

“1) ¿Has pensado alguna vez que tienes un problema con el alcohol?”

“¡El problema es que haya ley seca!”

9

—El mundo en el que yo me muevo ej muy dado a que el alcohol aparejca, compa. No te ejtoy mamando gallo, cuadro. Soy cantante de un grupo vallenato. Tú sabej que, cuando uno ofrece una parranda, la gente ejtá chapetiada, tronco de borrachera en la que andan, no le importa maj ná. Entoncej, en esa emoción, mientraj uno le va soltando *Loj sabanalej*, *El mocoso* o *La plata*, la gente se emociona, recocha y, para congraciajse con uno, le empiezan a botar ron a lo loco, *brother*. A mí esa joda me empezó a gustá. Mientraj maj cantaba, maj me le pegaba a la botella. Llegó un punto en el que yo al otro día ni recordaba cómo había ejtado la fiejta. Qué vergüenza, mi hermano: no saber cómo llegajte a la casa, si se te olvidaron las canciones o, bueno, si no se te fue la letra, no recordar si por ahí desafinajte. No, no. Jodido andá así en tronco de peas, sin recordar en dónde joñes dejajte lo que te pagaron, sin biyuyo, amaneciendo al lado de una babilla sin un puto peso, con los bolsilloj en cero. No, no, barro. Uno no puede cogejla con suavena ni con pitillo, ajá y qué. Sé un mamarrón no ej un orgullo...

10

“2) ¿Algún amigo te hizo notar que bebes demasiado?”

“Sí, Orellana y Medrano”.

¡Plop!

11

De nuevo el inframundo. Ya sé a qué va todo esto. Sitios clandestinos, mujeres que buscan el quiebre para introducir al cliente en un laberinto. Mientras la marcha del taxi continúa, empiezo a notar

que Medrano experimenta una repentina recuperación que me hace dudar de su estado orfeástico reciente.

¿No quiso involucrarse en defensa de su hijo? ¿Le dio miedo el petiso? ¿Se hizo el sedado? ¿Acaso la experiencia sea eso?: ¿no enfrentarse a las situaciones adversas, resguardarse en los pliegues convenientes de una pantomima que salvaguarde los años que, como cuentas de ábaco, cada vez se contrarrestan?

12

“3) ¿Tomas alcohol durante las mañanas?”

“¿No lo he dicho mil veces? ¿Hay algo que supere el recibir la luz de un nuevo día con una cerveza desenguayabadora, matando al perro que nos mordió la víspera con uno de sus mismos pelos?”

13

—Esto le ocurrió a uno de mis hermanos. Es el protagonista del presente microrrelato por la causa sencilla de que el fútbol está inmiscuido. De los tres varones que mamá parió, el de la mitad fue el más próximo a ganarse la vida practicando balompié a escala profesional. Su talento, disciplina y entrega nos rebasaban a los otros dos, jugadores normales, nada descollantes en este deporte. Su saltabilidad era impresionante, sus dos piernas parecían impulsadas por mecanismos propulsores que le hacían ganar los balones aéreos con fuertes testarazos, sin importar la talla de sus rivales ni la elevación de la pelota. Perfectamente podía superar, gracias a los resortes de sus extremidades inferiores, a negros macizos y gigantones, a los que les sacaba medio cuerpo de diferencia en los saques de meta, despejes defensivos, centros de costado o tiros de esquina. La fuerza con la que su cabeza atacaba el balón y el movimiento simétrico de su figura en el aire me recordaban a un feroz animal volador que caza a una presa frágil. Verlo imponente, remontando las alturas, invencible, como si en un brinco depositara toda la fe de su existencia, era todo un acontecimiento estremecedor que aún hoy en día me hace sentir orgulloso de que por mi cuerpo corra su misma sangre. Y, a pesar de que actualmente se haya alejado para siempre de las canchas, me precio de decir que es uno de los mejores jugadores con los que he compartido experiencias futbolísticas, más allá de que

pertenezca a mi círculo filial y afectivo y de que, además, por giros del destino no haya probado el profesionalismo...

Silencio. La palabra fútbol de entrada los puso una vez más en mi contra, a la defensiva. Lo consideran un deporte de iletrados, de gente que no sabe expresarse.

Me gustaría verlos parar con el pecho un balón aéreo. Seguro que gritarían, al verlo aproximarse, como si un meteorito les quisiera aplastar la docta cabeza.

14

—Hoy ya completo un año sin bebé, mompi, a pesá de la primera recaída, a pesá de que la tentación cuando canto ej muy jodida, mamonuda. Ej que, compa, todo el mundo bailando, gozando, añoñi, todoj en la recocha severa, chapetelis, y uno aguante el burro... Aunque la sensación de regocijo y victoria al otro día es de lo mejó, eche..., porque acá la promesa que hacemoj no ej que nunca maj volvamoj a tomá. Eso ej imposible, eso vale mondá. El que ej alcohólico lo ej pa toda la vida, así como tú lo oyej, PARA TODA LA VIDA... Lo único que podemoj hacé ej prometernoj que, por el día que etamoj viviendo, noj vamoj a alejá del trago, maj ná podemoj hacé. Con cada despertar, con cada día que superemoj esa pequeña prueba, ganamoj un montón. Esa ej la consigna, si superaj la veinticuatro horaj sin darle al chupe, te puedej sentir un campeón, puedej volar el papagayo lo maj alto que se te dé la gana...

15

“4) ¿Tomas para relajarte o para aliviar ansiedades?”

“Sí, ¿para eso no fueron hechos los jarabes?”

16

Tras media hora de recorrido, nos adentramos en un sector donde la fiesta aún bulle. Hay una calle llena de luces, parlantes, voceadores. Orellana abandonó su estado soporífero. Está en consonancia con las palabras de su padre chuloputativo: irse de putas es adelanto

del paraíso. El taxi nos deja en toda una bocacalle que se encuentra flanqueada por un CAI de la policía. Al parecer hoy es el día de la gendarmería: Rosso, el petiso (¡vaya uno a saber si alguno de los otros dos de civil también estaban en día franco!), este CAI en pleno sector rumbero. ¿Son un karma que nos recuerda la necesidad humana de andar siempre vigilados? ¿Los portadores de los estandartes honoríficos nacieron para restregarnos con la suela de sus botas la autoridad de la que están revestidos?

¡Pamplinadas!

¡Pavadas!, dirían los argentinos.

Botón, botón, botón, botón, botón, botón, botón...

17

“5) ¿Sientes que tomas más de lo que tienes planeado?”

“El tiempo al lado la botella se comprime como un milagro”.

18

—Hoy día puedo mirá a la geejtarmecara, saludarla sobrio, no vivij con la sensación angujtiosa de ejtarme formulando cuestionarioj que me azaran:

“¿Me porté bien?”. “¿No armé boroló?”. “¿No me puse jorro?”. “¿No me entró la fregantina?”. “¿A loj bollitoj que había no me dio por echarlej loj perroj?”. “¿No me dio por cantar champeta?”.

19

“6) ¿Desperdiciaste oportunidades importantes, profesionales, sociales o familiares por estar alcoholizado?”

“Sí, he desechado la puta vida entera, que es de las bandidas más profesionales”.

20

—¿Las razones? Prefirió estudiar, dedicarse a varias carreras sin culminar ninguna; desechó así, de tajo, la oferta de un equipo del eje

cafetero que pretendía sus servicios de defensa central y que, no lo dudo un instante, le habría servido de plataforma para un traspaso a un plantel de mayor abolengo. Las universidades lo raptaron de ese futuro promisorio y lo pusieron, en cambio, a competir en torneos de poca monta en los que, más que el talento, brillaban la arrogancia y la fantochada de estúpidos universitarios que se creían figuras superdotadas solo por poseer un par de guayos de elevado precio, en contra-peso de sus limitaciones deportivas...

21

Justo cuando vamos a buscar el lupanar, se nos atraviesan dos hombres. Nos invitan una copa de aguardiente, en plena calle. Así, de cortesía. Dos desconocidos que fraternizaron nada más vernos. Medrano les acepta la copa; Orellana, cual hijo que imita las ejemplares conductas del hombre que escupió su savia en el vacío para crearlo, acepta también, sin remilgos. Más por diplomacia que por convicción, termino recibiendo el pequeño envase desechable. Nos sentamos en un andén cercano al CAI. Detallo sus rostros. Uno lleva una herida reciente que le nace en el pómulo derecho y va a dar cerca al nacimiento del labio superior. *Chagualudo*. El otro tiene la cara llena de pecas sobre una piel horriblemente blanca que avergonzaría al Tercer Reich. *Plato de lentejas*.

Nos preguntan para dónde vamos (obvio que esa esporádica camaradería es producto de la conjunción de la noche con el licor bendito). Medra les refiere nuestro necesario escape del amado barrio donde vivimos. Me señala, les cuenta en detalle la proximidad al conato de golpiza (o ¡asesinato!) del que casi soy víctima (comidilla de un buen titular en alguno de los periódicos de corte amarillista). Mientras escuchan el relato, secundando risotadas por el episodio de la baba-za en la tetica de la equina, nos sirven aguardiente tras aguardiente. Cuando les llega el turno, el Chagualudo nos pone al tanto de su reciente cicatriz. “Una puta —cuenta— me acabó de clavar las uñas en el chochal, al parecer, al que ustedes iban”. No me sorprende. Orellana y Medrano, en cambio, agradecen a la Providencia por habernos puesto al frente a este par de bellezas que, Padre y Dios Santo, nos han evitado traspasar las puertas de un infierno solo comparable con el libro de Díaz Granados. “De la que nos salvamos”, dicen, mientras reciben el último trago de un litro depositado en una caja de cartón con etiquetas de la Licorera de Antioquia.

—Uf, nos salvaron el jopo de esas malparidas pecadoras —añade agradecido el Viejo Medrano.

22

“7) ¿Se afectan tus relaciones de pareja por tomar?”

“Sí, pero aún quedan mis manos parejas para alzar la botella y otras cositas que se hacen a solas”.

23

El de la nariz roja, con una voz escabrosa, gangosa, con la lengua anquilosada, como si tuviera un ataque de epilepsia (una mal amada mía que ahora cuida viejitos en un pueblito de Francia sufría de esto) y se la mordiera. Es más lacónico que el mamaburra vallenatero.

—Mijo —me dice mirándome—, ser alcohólico no es tomar todos los días, no es andar de fiesta en fiesta.

Tiene un acento de bogotano como el mío. Su testimonio me perturba. Su estampa es como la de un fenómeno de circo que deprime a la concurrencia.

—Yo tomaba sólo en ocasiones especiales —sigue—, que el Día del Padre, que la Navidad, que el cumpleaños... No sentía que estuviera haciendo algo malo. Al contrario, para mí, eso eran justas recompensas. El problema estaba en que, a pesar de ampararme en excusas, cada vez que bebía, perdía el control, ya fuera solo una vez al año. Me enloquecía, agarraba todo a las patadas, despilfarraba mi sueldo, trataba mal a mis hijas y a mi señora. Tanta fue la locura que un día se fueron, no volvieron, hicieron su vida sin mí. Me quedé solo como un perro miserable de la calle. Vine aquí no para recuperarlas, porque, al fin y al cabo, soy y seré un alcohólico hasta que me llegue el día, hasta que me estén cafeteando en un velorio... Vine aquí por mí mismo, por nadie más...

»Ya llevo casi ocho meses asistiendo todos los días, a las seis de la tarde. Lástima que entre semana seamos muy pocos los que nos asomamos a la terapia, debe de ser por las obligaciones, porque el tráfico es muy denso, porque entre semana la gente es prisionera de un mundo inventado para rendirle culto a la productividad.

»Con el costeño somos los dos infaltables. Espero que se una al grupo. Nos tomamos un café aquí, dentro de esta charla, hablamos, nos brindamos apoyo. Esta es la única familia a la que puedo aspirar, en este pequeño espacio. Es una familia que, por respeto, debemos mantener en secreto, porque acá nadie sale a hablar del otro. Tenemos como regla general no encontrarnos en el mundo de allá afuera, porque sabemos que implicamos un peligro, un riesgo, para los demás; sabemos que las tentaciones se potencian cuando llevamos nuestra vida de a pie. Solo en esta salita es donde nos encontramos. Si, por casualidad, nos vemos accidentalmente en una calle cercana al lugar de la reunión, no nos saludamos, no nos miramos; le damos ese lugar al otro de respeto, un anónimo del que el resto del mundo no tiene que conocer sus flaquezas, no tiene que saber que la dignidad se le extravió desde el día que vio en el licor una salvación.

24

“8) ¿Te prometiste a ti o a otros que vas a dejar de tomar y después descubriste que no lo puedes cumplir?”

“Solo prometo cuando bebo”.

25

En gesto de hermandad, el Viejales Medrano invita un nuevo cartón de aguardiente. Va a una tienda cercana, regresa con el nuevo botín. Empieza a dar un discurso sobre nuestro gran error al entrar a una discoteca (¿cómo?, ¿de qué habla?, ¿no recuerda su persistencia para darle gusto a las hermanas Orellana?).

El de la cara de plato de lentejas y el de la chaguala lo apoyan, tanto que, por cada una de sus genialidades verbales, entrechocan las copas. “Buena, cucho —le dicen—, usted sí sabe cómo se hacen las cosas”. Triunfante, les corrobora el antiguo adagio de que “maña vieja no es resabio” y que “si se quiere llegar a anciano, hay que seguir consejos”. En todo el rato que hemos permanecido allí, no he soltado ni un vocablo. Sin embargo, para evitar nuevos líos, no lanzo miradas fúricas a los inteligentes interlocutores. La charla floja de los cuatro hace que piense en Laura. ¿Qué habrá hecho después de nuestra partida? ¿Habría sido

muy osado invitarla a que nos acompañara? ¿Estáramos ahora enfrascados en una plática sobre la inseguridad noctámbula bogotana?

Sacudo la cabeza ante preguntas tan inoficiosas.

“Dejá tu cretinada”, me diría uno de los peliquietos de Los Farraones.

26

Estos folletos agobian. Despacharé las siguientes preguntas con la rapidez con la que leo la revista *Carrusel* o los artículos de Germán Santamaría en la revista *Diners*:

“9) ¿Sientes que estás gastando mucho dinero en tu hábito de tomar?”

“Repito las palabras de mi ausente camarada Cedeño: ‘de algún culo saldrá sangre’”.

27

—Yo iba a verlo jugar, porque me invitaba a varios de sus cotejos. Pero me invadía un desconsuelo colosal observarlo malgastar sus energías en esos potreros enlodados, rodeado de pazguatos que consideraban al fútbol como una moda o un pretexto ideal para practicarse peinados homosexuales mientras sus novias los miraban desde las gradas. Al mismo tiempo, no me explicaba, no entendía, no me ajustaba en el caletre, que él se desperdiciara y quemara allí, en los campos de la Universidad Nacional o del Parque Simón Bolívar, mientras que cagones de trece años como yo estábamos a punto de ser llevados a probarnos en las inferiores de uno de los clubes de la capital. Y, mucho menos, asimilaba que, habida cuenta de su superlativo nivel, desechara sus años con tipejos que no servían ni para ponerle las canilleras.

»Pero así era él, noble hasta el espinazo, sencillo y servicial, humilde. Y, si decidía participar en competencias interuniversitarias, lo hacía porque pensaba exclusivamente en el amor al balompié; algo que es incondicional y que quienes lo llevan en el alma lo entienden a cabalidad, no obstante las condiciones de la cancha, la baja calidad de los compañeros de onceno, los pésimos arbitrajes aficionados, el desfogue climático y los irrisorios estímulos que ofrecen los organizadores de los torneos...

28

“10) ¿Fuiste acusado, conducido o detenido por alguna situación o accidente relacionado con tu hábito?”

“Estoy ahora en uno de los peores sitios penitenciarios: el olimpo de los conversos”.

29

—Justamente, después de uno de esos anónimos encuentros, un sábado de octubre, en los campos terrosos y anegados de la mentada Universidad Nacional, mi hermano terminó, como se dice vulgarmente, embarrado hasta la conciencia. Las tempestades de esa época del año no daban tregua; empero, no eran impedimento para que él corriera leal a sus partidos de los fines de semana y sustrajera sus pensamientos de la abúlica cotidianidad semanal y académica. Jugó y finalizó sus noventa minutos pringado de barro por todo el cuerpo. Ante la suciedad, una imperiosa necesidad aséptica lo embargó y, por ello, se dirigió raudo a las duchas del estadio, sin atender las reacciones de cierre de partido de sus camaradas de equipo, que, como era de esperar, no movieron ni una pestaña durante el transcurso del choque por temor a ensuciarse y estropear el *manicure* que planeaban exhibir más tarde en las fiestas de esa noche.

»Lo vi alejarse con su morral al hombro, con lodo hasta en el pelo y una mixtura de pasto y tierra en la cara, con su uniforme hecho una miseria. Lo miré a él y a sus compañeros alternadamente y pensé *ipso facto*: “¡qué parrandada de locotas con las que juega mi hermano!”

»Decidí esperarlo mientras me refugiaba en una casetita, porque todavía llovía, y contemplé al resto de la gente alejarse hacia los parqueaderos. No tardé en sentirme solo, así como tampoco tardó en aparecer mi hermano, corriendo y a medio vestir. Me extrañé por la premura con la que venía y porque, a pesar del chaparrón que azotaba a la universidad, más semejaba con sus atuendos a un turista en tierras veraniegas. Descamisado, con el pelo alborotado, sin zapatos ni medias; a duras penas lo cubría la pantaloneta húmeda de su uniforme. Se acercó a la caseta y extrajo de su maleta unas prendas con las que se atavió precipitadamente, así como un par de tenis que calzó sin amarrar; se limpió la cara con uno de sus inseparables pañuelos y dijo que nos fuéramos rápido...

30

“11) Después de beber, ¿te sentiste culpable o arrepentido de lo que hiciste?”.

“No estaría acá aguantándome la charla redentora de los dos especímenes de la nariz, más grotescos que el personaje de Gógol”.

31

—Acepté su solicitud, al fin y al cabo, yo era un niño y veía en él una figura de autoridad a la que había que obedecer. Con todo, su expresión no era tranquilizadora y se notaba que algo lo perturbaba y aprehendía. Esa inquietud no desapareció sino hasta que arribamos a casa, luego de subirnos a una cafetera inmensa en la Carrera 30 que nos depositó, a la hora, en el barrio donde habitábamos.

»Durante el recorrido no cruzamos ninguna palabra. Me tuve que tragar las ganas de decirle que, me disculpara, pero que, eso sí, con todo respeto, los *mancitos* con los que jugaba eran unos petardos que no servían ni para ofrecerse a echarnos un aventón, porque la demora fue que el árbitro pitara y ya estaban encaramados en sus cacharos lujosos, muy pulcritos los mariquetas, listos para largarse sin el gesto de despedirse...

32

“12) ¿Fuiste asistido médicamente por razones que están ligadas a tu forma de tomar?”.

“La bebida es mi remedio. Me lo automedico como manda el juramento hipocrático”.

33

—Horas más tarde, lucía más sereno y, al brindarle el ineludible reporte del partido a mi papá, siempre interesado en saber cómo nos iba en nuestras jornadas, entendí el porqué de su despavorida huida.

»Resultó que, al dirigirse a las duchas para sacarse toda la inmundicia, se encontró con un ambiente solitario que le permitió se-

midesnudarse frente al espejo de aquellas instalaciones. Por pudor, y aunque se sabía solo, no se quitó la pantaloneta; optó por bañarse así. El pequeño espacio destinado a su ducha no poseía puerta y, ya cuando iba a abrir la llave, notó que una cara entre ridícula y curiosa asomaba al cuarto. En un principio, lo tomó como algo normal, tal vez se trataba de un eventual deportista cuyo destino era otro que las duchas. Pero, cuando el mismo rostro apareció y desapareció por segunda ocasión, empezó a paniquearse.

»Mi hermano proyectó una nueva mirada, de soslayo, a la entrada del cuarto de duchas y, allí, por tercera vez, vislumbró con mayor claridad la estampa de un hombre de mediana estatura y edad, con la boca abiertota y, al tiempo, con una sonrisa de güevón dibujada en ella. Contrario a sus dos anteriores apariciones, en la tercera se quedó plantado en el umbral, clavando unos ojos de idiota pervertido en mi hermano, y le lanzó, con una voz entre infantil y babosa, la siguiente formulación: “¿está rica el agua?”. Con su diplomacia habitual, mi hermano le contestó que no sabía, que hasta ahora se iba a bañar...

34

“13) ¿Se vio afectada alguna vez tu productividad por estar alcoholizado?”.

“Para mí es más cuesta arriba ir a trabajar sin beber el día anterior”.

35

—El tipejo desapareció nuevamente; y, justo al disponerse a girar el grifo, para ver si por fin se podía enjuagar, un hombre gordo de cabello largo y con huellas en su cara, vestigio claro de un serio problema de acné, irrumpió abrupta y atropelladamente al cuarto y se desplazó a la ducha adyacente. Este nuevo sujeto no reparó en nada; su mirada era distante y ni advirtió que había alguien más allí. La suspicacia aumentó en mi hermano, pero su suciedad era tal que aplazar el baño no se encontraba dentro de sus posibilidades. Por fin abrió la llave y el agua empezó a caer.

»Apenas sintió el corrientazo del frío chorro sobre la cabeza, una nueva sensación acompañó este contacto líquido. Un olor a yerba,

proveniente del habitáculo del obeso de jeta arruinada, atrajo la atención de sus narices. No le extrañó este suceso, ya que mucha gente visitaba esa universidad para darse en la cabeza, y el gordo mechudo cara de piña por lo menos había tenido la decencia de trabarse furtivamente. Así que siguió bañándose desatendiendo el rito extrasensorial que se oficiaba al lado y del que era separado por una delgada pared, cuando, en esas, el desmirriado de rostro de imbécil reapareció en la entrada del cuarto...

36

“14) Cuándo bebes, ¿se te olvida parte de lo que hiciste?”

“¡Hemos llegado a lo mío! ¡Mi karma! Espera que te escriba y te rinda un tributo, teoría ‘poscaída del camarote’, con mi debut literario en la próxima Feria del Libro: *El señor de las lagunas*”.

37

—Como en las ocasiones anteriores, abrió su boca de par en par para interrogar: “¿está rica el agua?”. Mi hermano evitó la pregunta, incómodo ya en esas instancias. El tipejo no entendió, o se hizo el que no entendía, y contraatacó, “¿está rica el agua?”.

»La situación era desesperante, incluso para el más paciente. Por eso, no aguardó más, cerró el grifo y tomó el morral que estaba en el suelo. Se lo terció y se dispuso a abandonar el lugar. El preguntón se plantó en toda la entrada y, episodio y reacción inesperada, cambió el tono de su delicada voz de marica, así como su discurso. Con entonación más varonil, lo previno sobre la gente rara que frecuentaba ese campus. “¡Pilas —le dijo— con ratas como esa que acabó de entrar, un verdadero peligro andante!”. Mi hermano se limitó a dar las gracias por tan atinados consejos. Pero, mientras ganaba la salida, como si le hubieran movido internamente un botón, la voz y la actitud del consejero retornaron a su configuración inicial. “¿Está rica el agua?”, insistió con su hilillo de voz aniñada mientras le apretaba el brazo.

»No soportándolo más, al borde de la exasperación, mi hermano se libró del tipejo mediante un empujón alevoso, poco acorde con su carácter cortés, que lo apartó de la entrada del cuarto. De allí salió corriendo, sobresaltado por el incidente y con la voz del invertido re-

botando una y otra vez en su pensamiento, como alarido de cotorra demente: “¿está rica el agua?”, “¿está rica el agua?”, “¿está rica el agua?” “¿está rica el agua?”, “¿está rica el agua?”...

»Finalmente, llegó adonde yo estaba...

38

“15). ¿Has buscado ayuda para resolver este problema?”.

“Ahora busco ayuda para salir del cuartucho donde tres mamarrachos horrendos nos miramos sin oficio ni beneficio”.

39

—El relato no dejó de causarle gracia a mi papá, quien, en un furor didáctico, no vaciló en instar a mi hermano a que abandonara ese equipo de troncos: que eso le pasaba por correr al culo de garrotes que, más que jugadores, querían ser modelitos vanidosos, que el encuentro con el espécimen de las duchas era un efecto inevitable de las rarezas que hay en el fútbol y que, si en un futuro quería que experiencia tan descabellada no le volviese a ocurrir, lo mejor, lo más sensato, era no dejar el alma en la cancha y no recurrir a esfuerzos vanos por un equipo de compañeros amotros y afeminados que no ensuciaban su camiseta por temor a mancharse el corazón universitario.

40

—Hay una fiesta —dice el de la chaguala—. Ustedes verán si nos acompañan. ¿O se les hace achí?

Vamos por la tercera caja de aguardiente. Sumidos siempre en las charlas que no llevan a ningún lugar. Miro a mis dos camaradas. Con gesto disimulado les expreso que ya estuvo bueno (como lo hicieran las tres hermanitas cuando nos abandonaron). El Gancho Orellana y el Vejete Medrano no parecen atender a mis consejos.

—Allá nos están esperando unos amigos, nosotros pagamos el taxi.

(Otra vez un taxi).

Terminan accediendo. Voluntad de fufurufas.

El de la cara de plato de lentejas sirve la última, bota la caja en una caneca circundante. Me adhiero al plan por esa maldita manía de no dejar botados a los amigos. Cuando uno de ellos extiende la mano para parar al bicho amarillo, comprendo que el destino también se personifica en cuerpo humano.

41

Mi cuentico no les gustó ni pite, ni un ápice (y eso que tomé su consejo de restringir el uso de palabras barrocas). Lo dicho, le dieron palo de lo lindo. Desde el título hasta el cierre reflexivo del padre del narrador, lo catalogaron como una soberana porquería. Me criticaron por el uso reiterativo de la conjunción *y*. Los desocupados se tomaron el trabajo de contabilizar las veces que la escribí. ¡Sesenta y seis veces! ¡Me culiaron! ¡Tres más y me hacen el 69! Me recriminaron, además, como si se tratara de un delito, la repetición enfermiza de las palabras *me, su, ya, como, todo, sus, que, se*. También reprocharon la manía de escribir insistentemente “mi hermano” aquí, “mi hermano” allá. “Para eso existen los pronombres”, me aconsejó una compañera.

¿Los entenderé algún día?

¡Que el voyerismo en *sus* orgías *se* replique cada vez que *se* mojen *y se* les pare!

42

Así que soy un alcohólico. Ya me lo habían dicho, gritado, diagnosticado. Necesitaba de un soporte científico para corroborarlo. De las quince preguntas, todas son positivas, afirmativas. Puntaje perfecto. Campeón de campeones. No soy un mediocre.

El mamaburra extrae de un mueble diminuto una caja de madera con una ranura en la lisa parte superior. Alcancía, sin tanta palabrería. Empieza a hacer una recolecta, como si estuviera recogiendo la limosna en la iglesia. Me dice que al final de cada encuentro los participantes dan una cuota voluntaria. Me escarbo los bolsillos. Doy con un billete estampado con la cara de Silva (“el vate suicida”, escribió Bolaño). Hacemos una oración como la que dio apertura a la reunión,

nos ofrendamos la mano. “Acá te ejperamoj mañana, mi cuadro”, me dice. “Ánimo, que dijte un paso tremendo, vale mía”. Miro al anciano de nariz roja, que dice una vez más “sí” con la cabeza. Me deprimó. No quiero llegar a viejo, ser un cordero arrepentido.

Salgo. Bajo por las escalinatas en donde me entregaba a leer *Resurrección*, de Tolstoi. ¿Será este día el inicio de mis jaculatorias? ¿Habrá nacido un nuevo y sobrio hombre después de este encuentro que no alcanzó a cumplir la hora? ¿Habrá resucitado un individuo exitoso? ¿Por fin el escritor habrá enterrado a los demonios para entregarse a la creación de cuentos que no sufran los sanguinarios embates de sus discípulos? El licor, el fútbol, la calle, lo mundano, ¿serán parte de un pasado vergonzoso que no aporta nada a la poética a la que aspiran los elegidos?

Me calo los audífonos, me mando la mano al bolsillo derecho. ¡El vate suicida muerto no solo por un balazo que él mismo se disparó directo al corazón, sino también por una colecta depresiva en un cuartucho donde dos lagrimones y un lambón acaban de malgastar los minutos!

¡Joder, Baco! ¡Mandaj cájcara, Joselito Carnaval!

¡Me habría alcanzado para tomarme dos Coronitas!

IX. Remordimiento

*Para no ser los esclavos martirizados del tiempo,
embriagaos, embriagaos sin cesar.*

CHARLES BAUDELAIRE

1

Golpecitos. En la espalda. “Buena elección”, dice el primero. “Somos inmunes”, secunda el compinche. “Primero jartamos cerca de la tumba, ¿pasó algo, nos dijeron algo los pirobos?”. “Esos cacorros ni se inmutaron, nos pasaban por el ladito sin atreverse a buscarnos la mirada”. “Cabroncitos”. “Nadie nos molestó, nadie nos jodió”. Cuando se juntan almas perdidas, perversas, pareciera que el mundo no reparara en ellas. ¿Para qué? Se lava las manos, tal conjura a la inversa; como una conspiración del mutismo que siguiera uno a uno los compases en una partitura que, en vez de clave, estuviera orquestada por la batuta de Pilatos en un largo e inalterable silencio:



“¿Somos amigos eternos?”. “¡Claro!” (claro cagan los patos). Reticencia, se las mostré, hablándoles por lo bajito, activados los sensores del peligro (esos mismos que me han fallado antaño cuando me he medido donde no debía). Aceptaron cual bataclanas, sin voluntad, obnubilados por la palabrería de que a la vida no hay que meterle tanta mente; libaciones espontáneas respaldadas por golpecitos en la espalda.

Toc, toc, cual puerta trasera, pasadizo a un sótano. *Toc, toc*. La escalera de los arruinados. *Toc, toc*. “Buena elección, parceros, hay que seguir la parranda en otro lugar, así a su amiguito como que no le sue- ne la flauta”. *Toc, toc*. Los goznes ceden más. Una aldaba corroída que solo responde a sus llamados.

Claro que he visto la cara del demonio, claro (como cagan los patos) que pertenezco a la laya de los ángeles descendentes, caídos, que se han adentrado en la oscuridad; que caminan entre las calles, porque la vida mortal es breve; guardianes de la noche, que permanecen a su lado. *Toc, toc*, una vez más, una vez más, tras las sombras, antes de que nos trague la soledad y estemos cojonuda, puñetera, putamente, solos. Una vez más, una vez más, con la perfecta reprobación del silencio de la partitura de nuestro sino burlón:



“¡¿No hay nada que hacer en otros lados?!”, les digo sin decirles (!!), moviendo los ojos como en los cuadros misteriosos de las mansiones abandonadas. A ellos no les importan mis mudas advertencias, se creyeron el cuento de la inmunidad, ignoran que los invitaron un par de ignorantes que toda la noche se la han pasado ignorando mi prontuario de cagadas ignoradas que ha exacerbado mi olfato detector de latentes amenazas...

Un perro viejo cazador olisquea: *sssni*ooooooooo, *sssni*ooooooooo; no en busca de una presa, sino para evitar meter las garras en trampas metálicas. *Toc, toc, toc, toc, toc*. Los llamo a la puerta delantera... No atienden, están enajenados con los golpes de la entrada trasera. *Toc, toc*, en la espalda, tiquetes falsos, desleales, golpecitos zalameros, *toc, toc*, como los dados por Dalila a Sansón, Madame Bovary al insípido Charles, Lady Chatterley al aristocrático Clifford, Helena al garrudo Menelao..., *toc, toc, sssni*ooooooooo, *sssni*ooooooooo, *sssni*ooooooooo...

Se huele, debí plantarles cara, enfrentarlos, no subir a este taxi. No quiero ver al cancerbero custodiando los portalones de un nuevo infierno. No me place rodar en la profundidad, a un millón de millas lejos, soledad criminal, dosis heroica, *alien*, mano negra, oasis de años desperdiciados por una nena azul; Jesús americano, comandante de buitres que sobrevuelan caballos sin nombre que tienen el mal hábito de correr contra sí mismos sin importar el rival, un círculo perfecto que calzará nuestro cuello pasivo, sumiso. *Toc, toc*, les golpeo con los ojos en el retrovisor. *Sssni*ooooooooo, *sssni*ooooooooo.

“¡Abran, so maricas!”, les diría, si es que así me entendieran, ahorrándome misticismos visuales, sensaciones olfatorias, exudaciones nerviosas...

Nada que hacer, los golpecitos rastreros, como los que le propinó la concubina de Atila antes de matarlo y que evitaron que conquistara el Imperio romano ya decadente. Los sedan, son caricias de amo en el erógeno lomo perruno, gatuno, lobuno, *auuuuuuuu, auuuuuuuu*.

Golpecitos, *toc, toc*. “Parceros, para allá vamos —dicen—, una chimbita, una rumbita, hasta a ese le va a sonar la trompeta”:



2

Escribí un cuento (para varios no superó la simple anécdota) que hablaba de un tipejo que viajaba en el tiempo (idea que de primerazo les pareció un *lugar común* a mis sabios condiscípulos) y se buscaba a sí mismo cuando estaba en la panza de su mamá, más o menos en el séptimo mes de gestación. Luego de varios interrogatorios, rastreos, de una sesuda, amplia, labor investigativa (cual Pepe Carvalho, Philip Marlowe o Jonh Spade), daba con el paradero de su progenitora (una humilde maestra de escuela en el sector rural que mostraba en su rostro que no la estaba pasando nada bien) y se daba a boca jarro con el engendro oculto en el vientre de su madre, que era él mismo. La intención era impedir (medianamente parecido a la primera parte de la saga de *Terminator*) el nacimiento del esperpento en germen que aún nadaba en líquido amniótico.

Mientras leía (¡otra vez!) en público mi remedo de cuento, los susurros de varios de mis compañeros no pugnaron por ser contenidos. En su elevada concepción de la literatura, una historia (si es que se le podía llamar así) como esta no pasaba de ser un bicho amorfo peor al que se amparaba en la barriga de la maestra demacrada de escuelita. “Eso parece es una película de bajo presupuesto —escuchaba—, una copia burda de *La máquina del tiempo*”. La poetisa de la aritmética no atajaba su desgano, hastío, ante una historia tan mal escrita, pobre en imágenes, exigua en altura metafórica. Los otros la apoyaban con referencias cinematográficas, mencionando, por ejemplo, *El bebé de Rosemary*, solazándose en su superioridad artística, en la plasticidad rizomática de la poética de cada uno de ellos.

En ese claustro universitario, se habían alineado (¡y alienado!) casi todas las fuerzas siderales para que se creara una galaxia de genios de las letras. Ensayistas, poetas, cuentistas, novelistas, cronistas, indefectibles representantes de la inteligencia hecha pluma. Goteantes tintas estilográficas que cambiarían el rumbo de las letras nacionales. Herederos de una voz superlativa que clamaba por gritarles a las esferas, a las órbitas, que la concepción de una obra magna estaba por explotar en una sacudida eyaculatoria de páginas tras páginas de prolijidad creativa.

Big Bang.

Sus comentarios (el león cree que todos son de su condición) no me impidieron seguir con la historia del viajero del tiempo enfrentado a su propio feto.

Valiéndose de un tacto que reflejó un amor genuino hacia su madre, pero un odio visceral dirigido a la acémila que llevaba en las entrañas, el protagonista decidió emprender su paradójica autodestrucción de un modo soslayado que no comprometiera en últimas la vida de la progenitora (a quien amaba como más).

En un comienzo contempló la idea macabra de agarrar a bate limpio, como Mark McGwire, el globo que se ocultaba bajo las blusas de maternidad de la maestra. Este método le pareció que se correspondía con la sevicia con la que deseaba aniquilar lo que era él mismo, pero implicaría graves riesgos para la salud de la gestante. Lo descartó por este agravante. También se le insinuó una posible cesárea, previo letargo de la madre con una sustancia sedante, para extraer el monstruo en potencia del útero y lanzarlo en un baldío o en un terreno cenagoso hasta dejar que la inmundicia expirara (si es que nacía con vida) y apagara los remanentes latidos de un corazón pútrido. La crueldad del procedimiento, sumada a la posterior inconsciencia de la víctima (cuyo bienestar era su obsesión), lo hizo descartar de tajo este plan maquiavélico.

Finalmente, habida cuenta de que contaba con un tiempo límite para ejecutar la pérfida misión, opta por una estratagema sencilla (recuerda *La guerra de los mundos*, de Wells, en cuyo epílogo los humanos derrotan a los foráneos intergalácticos con el arma letal —evidente, pero en un comienzo ignorada— de los virus, las bacterias). En dosis moderadas, le empieza a suministrar un líquido corrosivo (como ricino) que, con el avance del “tratamiento”, exterminará gradualmente —sin notarlo, sin efectos colaterales ni daños definitivos para la madre— a su *alter ego* nonato. Cuando el plazo de permanencia en el pasado

acaba, el asesino de su propio yo se embarca en el viaje al presente, dándole un fuerte abrazo al pretérito de su madre y conteniendo el llanto, porque (si el plan funciona) no la volverá a ver y ese yo viejo se disolverá, al igual que el embrión, en una nada que lo tragará en un no existir irreversible.

Como siempre, mis adláteres de posgrado (con el conocimiento narcisista en las fuentes hidrográficas de sus brillantes crismas) me cañonearon, hostigaron, con preguntas que tenían que ver con la composición química de la sustancia aplicada al engendro, con el final abierto de la historia, con la falta de convicción y coherencia de mi remedo de cuento. La profesora, secuaz de sus ataques, fue de igual parecer, respaldó una a una las inquietudes. No me extrañó. Dejé que, más que indagarán sobre el fondo del relato, se hartaran como buitres sobre un fiambre de carroña nauseabunda. Ignoraban, que más que un relato de ficción, lo que pretendía era proyectar el propio deseo de querer autodestruirme.

Su profunda inteligencia (veterana en las lides de la inferencia literaria) no les ayudó a sumergirse en una trama panda en la que el propio creador consuma una catarsis suicida.

¡Los muy sabios!

—¿Qué es lo que lo tiene tan pensativo, parece? —me pregunta el de la chaguala—. Está ido, miijo, en otra galaxia —remata.

3

Era siete de julio. Viernes (día que en el imaginario colectivo es el pasadizo para entrar a los nefandos terrenos de la francachela del fin de semana). Me cité con mi hermano a la altura de la Autopista Norte, más allá de la Calle 127. El punto de encuentro era una clínica privada (quién iba a pensar que al poco tiempo él iba a estar debatiéndose por esos mismos lares contra la sangre blanca). Los trámites los habían efectuado junto con mi madre la semana previa. Tan solo correspondía ir a firmar unos papeles, hacer el *checking*, recibir las llaves.

Invertido el dicho popular: “¡prenda y vámonos!”.

La misma vendedora que nos acompañó desde el comienzo en la adquisición de la ilusión con ruedas (ahora ataviada con una camiseta de la selección Colombia porque ese día había eliminatoria mundialista) nos recibió con una sonrisa que se justificaba por la garantía

de haber salvado las finanzas del mes prematuramente. “Hola chicos”, nos dijo, mascando ostentosamente un chicle que se paseaba por la enorme boca de dientes de paleta, lengua azarosa. Nos invitó a sentarnos. Mandó a pedir dos cafés (lo recibí y consumí por cortesía, porque su textura de grano molido me obstruye la faringe durante todo un día). Firmamos los papeles. Nos dirigimos al garaje cercano.

Era negro, con la forma de un cucarroncito tierno. Estaba decorado con bombas del tricolor nacional (no se escapaba del influjo del deporte de los pataduras, que solo sirven para dar patadas en un país de patanes). En un rápido chequeo nos mostró su interior (cuyo olor a nuevo me alcanzó a marear), su exterior (plagado de cables, piezas mecánicas robóticas más enredadas, embarulladas, retorcidas, que mi vida actual) y, momento de momentos, culminó con la entrega de los documentos de propiedad más las llaves. Estas últimas las sostuvo en su mano (como una novia obsequiosa que le muestra juguetona los calzones que recién se quitó al amante para alborotarle la libido). Nos sonrió, una vez más. Remató diciendo: “Disfrútenlo, chicos, cerca de la 116 hay una bomba para que le echen un poco de gasolina porque prácticamente está andando con el olor”.

170 | Mi hermano se puso al volante. Salimos sigilosos. Al primer giro que hicimos le pedí que parara. Abrí la puerta, saqué de mi billetera un clip con el que compilaba unos carnés viejos del seguro médico que nunca había plastificado. Le alteré la forma, como un alambre microscópico, en un dedo torcido, con la punta afilada. Una a una, empecé a deshacerme de las bombas. Amarillo, azul, rojo. Amarillo, azul, rojo... Costado delantero derecho, izquierdo... Trasero, izquierdo, derecho... Capó, baúl... Amarillo, azul, rojo. Paf, paf, paf... Paf, paf, paf... La totazón de los globos divertía a mi hermano. Paf, paf, paf. Terminé. Me subí al carro. Arrancamos en busca de la estación de gasolina.

¡Quién iba a imaginar que años después el cucarroncito negro se convertiría en un gran globo que también yo destruiría y mataría! Paf, paf, paf...

4

El taxi va cuesta arriba. Estoy desubicado. Hace un buen rato perdí la noción espacial. ¿La temporal? En el celular son casi las cinco y treinta de la mañana. ¿Fiestas a estas alturas? ¿Un domingo en la madrugada? Sí, es muy normal. Los vecinos míos me han dado lata

hasta algunos lunes, a esta misma hora, que no son festivos (como el que se avecina y nos permitirá experimentar, vivir, este domingo naciente como un sábado más).

Cinco guaimarones metidos en un carromato amarillo. Seis con el piloto. Como en lata de sardinas (“qué símil tan cliché, escaso de altura poética”, “qué imagen tan palurda”, me enrostrarían mis narcisos literatos, compañeros de estudio sabatino). El del pómulo cortado y el de la cara de plato de lentejas siguen rotando las copas con el aguardiente (hasta el momento, no sé cómo me he mantenido pasmado, he de adjudicárselo al censor interno que detecta las amenazas en el aire). Medrano y Orellana, como dos fufas que se venden al mejor postor (anótenme otro cliché en el largo e infinito registro de mis descalabros comparativos, egregios compas de estudio, estén donde estén, leyendo lo que estén leyendo, soñando con lo que estén soñando en esta alba de domingo —recibiendo el premio Seix Barral, por ejemplo—), mojan el gaznate, celebran igualmente las chacotas verbales de los dos nuevos amigos.

Yo renuncié al intento infructuoso de llamar a la puerta de su prudencia. Dejé de lanzarles miradas en código morse por el espejo retrovisor. Lo único que atino a hacer es a soportar el peso del Viejo Medrano a mi lado, casi arrumado contra uno de los costados de la silla trasera. Miro de reojo por la ventana y trato de referenciar el mapa geográfico en el que nos estamos moviendo, arácnidos que escalan un muro de noventa grados. El motor ruge, la palanca de cambios, siempre en primera marcha, un rosario sujeto al espejo de la indiferencia que pendula como si observara un juego de tenis de Federer y Djokovic, entre las risotadas de cara cortada y compañía.

¿Qué hay más allá de la ventana? Casas. Más casas. Ratoneras, guaridas, madrigueras. Nidos en obra gris. Postes de fluido eléctrico agarrados como garrapatas a suelos deformes, corroídos por las invasiones. Cerca de los grandes y amorfos ventanales de las segundas plantas, el cableado de la electricidad se extiende siendo una telaraña que quisiera atrapar a niños y ancianos fisgones e ignorantes; a palomas extraviadas de la impronta comunal de la bandada.

Feo. Es un barrio jodida, asquerosa, puñeteramente feo. Feo como el bufido del taxi que sube halando de seis marionetas que, por su condición denigrante, están alejadas de recibir el aura dominical en los brazos de una hembra bastantona, sobándose a su lado, toda piernamen, culamen, tetamen, caderamen... Feo como el rostro del de la chaguala; feo como el cutis lechoso del de la cara de plato de lente-

jas. Feas calles, feas dentaduras, feas maquinaciones de la madrugada, feas aspiraciones, feas comunicaciones de un villorrio de la montaña, feas posturas para lograr que cuatro cuerpos quepan en la silla trasera de este carromato amarillento, palúdico, desvaído, marchito.

Bufa, bufa. Bufff, bufff, bufff.

La palanca anquilosada en la primera velocidad, la de la fuerza, la que siento que a veces me abandona, me voltea la cara con desdén, como la de la Señora Muerte, la de la Catrina, solo coqueteos, besitos a lo lejos, calavera garbancera que solo cacarea.

5

El primer indicio revelador lo obtuve en las navidades. Nunca venía a pasar un 24 de diciembre con nosotros. ¡Extraño! Aprovechaba que mis hermanos, recién salían a vacaciones de su academia militar en noviembre, alistaban maletas y se instalaban durante casi tres meses en el pueblo de mi abuela. Yo, el menor, el consentido, prefería quedarme en la casa acompañando a mi madre.

Conforme se fueron sucediendo estas fechas, ratificaba esta conducta. Llegaba en la Pascua, temprano, con algún regalo, por lo general un carro de juguete o un muñeco guerrero. Tal vez pensaba que con eso distraía mi atención, que me obnubilaba, que mi mente de mocosito de siete años no estaba al alcance de entender la fiera dinámica de las deslealtades adultas.

¡Imbécil!

Después, más grandecito, en un paseo a una zaherida isla del país (viaje anhelado, soñado como un paraíso, por la clase media y baja de nuestra amada idiosincrasia; no solo por entrar en contacto marítimo lejano, también por la posibilidad de montarse a un enorme pajarraco mecánico de plumaje de latas —símbolo de la superación de las fronteras—), el hombrecito me dio otra gran pista. Fue una Semana Santa. Solo a mí me trasteó en esa salida de trabajo. Mis hermanos: donde mi abuela. Mi mamá: que se jodiera.

Ya no me compró un muñequito musculoso lleno de armas, ni un carro a escala de las grandes casas automotrices. Esta vez fue una consola de videojuegos. Lo curioso es que, en el bicho mecánico de alas de lata, cuando ya regresábamos con el cuero rostizado, en la parte del equipaje, aparte de la caja de mi consola, había una gemela, marcada con su mismo nombre. Que supiera, con uno de estos *atrapa-*

mentes infantiles era suficiente para la casa. ¿Para qué dos de esos aparatejos? ¿Quizá pensó que mis hermanos necesitaban uno para solo ellos? No, nunca sucumbieron a la felicidad producida por estar opri-
miendo botones en un control mientras animaciones estúpidas daban salticos homosexuales para librarse de una caída, como la del libro de Camus, en abismos, barrancos, cascadas y otras trampas mortales. ¿Para quién era, entonces, el otro dispositivo? ¿Para algún compañero que, por exceso de peso en el equipaje, tuvo que recurrir a su gentil ayuda? Tatatatán...

Después de llegar a Bogotá y entregarme al estreno de mi regalo (qué padre, llevar a su hijo tan niño a pasear y, fuera de eso, regalarle un “atari”, eso solo es de almas grandes), dejé de reparar en el asunto de la caja gemela. Este aparente error se archivó en mi memoria, quedó guardadito, como una señal que, después, al atar algunos de los cabos sueltos dejados por su cinismo, encendió, en un viaje retrospectivo, un faro que fue iluminando, una tras otra, las trazas de las falsas pisadas.

6

Tan escrupuloso era que, siempre que veía un pájaro en la carretera, paraba, no fuera que las pérfidas llantas lo arrollaran. Disminuía la velocidad si notaba a la vera del camino perros esperando a lanzarse y ladrarle a las gomas en rápido movimiento centrífugo (acto que nunca he podido comprender por su cariz de inmolución).

Cuando lo bendijeron, un jueves, en Bojacá, repartiendo el presbítero agua bendita a lo loco con el hisopo a las afueras de la iglesia, mojando las llaves, la carta de propiedad, el soxt, el seguro todo riesgos, escapularios, cadenitas, me santigüé, rito devoto que no realizaba con fe desde la primera comunión (precisamente en esa misma capilla, cuando tenía diez años y le confesé al sacerdote español de la época —un tío de Emilio Butragueño, el icónico jugador madridista— que, a veces, le decía mentiritas blancas a mi mamá, que sospechaba que mi papá era un traidor y que a mi hermano mayor, cuando peleábamos, con el pensamiento le deseaba que se largara).

Por su color, los rayones no demoraron en aparecer. Trataba de disimularlos con marcadores Sharpie, ingenuo, albergando la vana esperanza de que la negrura de las latas supiera absorber los estragos infaltables del tiempo.

¡Iluso!

Un viernes, noche de mayo, en la que algún habitante de calle, en la carrera 30 con 2.^a, me robó el espejo derecho, quise bajarme del cucarroncito (con más cicatrices, producidas por el polvo, los refregones en garajes estrechos, el barro, los trapos rasposos de lavaderos) para molerlo a golpes e insultarlo sin eufemismos, darle en la entrepierna hasta hacerle polvo las verijas, quitarle el botín del hurto, escupirlo con desprecio. Nada de esto ocurrió. Me quedé resignado en el asiento, viendo cómo el hideputa culebreaba corriendo por la avenida.

Pasado un tiempo, escribí un remedo (término acuñado según la prosapia de mis compañeros que, de tanto escuchárselo, ya empleo sin reparos) de cuento que hablaba sobre el pecado capital de la ira. Me sirvió de materia prima el episodio del robo para llevar al plano de la ficción la venganza que en la vida real no me atreví a cristalizar. De las casi diez páginas del pseudorrelato, un noventa por ciento era carnicería verbal y física. La víctima del espejo hurtado, junto con un amigo demente, cazaban al ladronzuelo en una calleja apartada, maloliente. Lo insultaban y golpeaban hasta dejarlo casi muerto, revolcándose en sus propias heces sanguinolentas, sin ninguna pieza dental, con la cara tumefacta, los ojos acuosos, al borde de salirse de las cuencas.

Mi compañera, la geómetra de la poesía, en el *feedback*, dijo que escucharme leer en voz alta era cada vez de peor gusto, una flagelación a sus milimétricos oídos. Apuntó que el cuasicuento del viajero en el tiempo que se exterminaba a sí mismo era ya una aberración escrita y que, Dios Santo, esta nueva entrega, culto a la sevicia, era una antesala a historias más macabras que, raro no sería, incluirían descripciones zoofílicas, pederastas, parafílicas.

Cuando decidí irme a trabajar fuera de la casa, aprovechaba que no estaba tan lejos de la ciudad y lo pedía prestado, ocasionalmente, para facilitar mi desplazamiento al “laburo”, como dirían los modestos argentinos. No todas las semanas lo llevaba conmigo; solo en aquellas oportunidades en las que había la garantía de que lo iban a mantener agazapado en el garaje de mi hogar de lunes a viernes sin recurrir a sus servicios.

¡De haber sabido que a finales de octubre lo iba a reventar como a un gran globo negro con el tirano alambre de mi imprudencia!...

De haberlo sabido...

“El indio siempre acata a los ocho días”, diría de nuevo el papá de Cedeño.

7

—¿Su amigo por qué es que no habla? —dice el de la cara con el araño.

—Es un tieso. Él es así —se adelanta Medra—. Hay que tenerle calma, papi, es un buen muchacho, calmado. Estudia algo de artes (¿?) los sábados, le toca madrugar, demás que está cansado. Ténganle paciencia al chino, papis, no es mala persona, solo un poco reservado. Yo quiero a este par como mis hijos —ya viene, ya viene la renovada paternidad ética—. Son unos jugadorazos. Lo sé porque yo tengo un equipo de fútbol en el barrio. Cuando quieran, saquen un combito, nos echamos un picao, donde ustedes digan; nada más es que me contacten y los detalles de la logística corren por mi cuenta, por algo soy el profe. Si quieren, hasta podemos alquilar El Campín, ¿sí o no, Orellana? Con el parche que tenemos montado, hemos jugado en El Olaya, en Techo, Atahualpa, El Jazmín, La Alquería, nos hemos paseado por varios de los campos del Distrito, papá. Estos niños estuvieron a un paso de la profesional, simplemente no se les dieron las habas. Usted sabe que hay algo también de suerte, así digan que es puro talento. No, no. ¿O por qué creen que uno ve jugadores tan malos en equipos de renombre?... Porque contaron con padrino, con palanca. Hasta culo les toca dar a unos para que los pasen de las reservas al equipo profesional. ¿No hay dizque un técnico que es marica? El *man* estuvo dirigiendo en una época el Tolima, en la cara se le nota lo carrón. Eso por ese lado, porque hay otros a los que les toca dar plata para que los vayan ascendiendo de división en división...

El de la cara con el zarpazo de la puta clavado en el pómulo me calibra con la mirada mientras Medra sigue con la monserga sobre la odisea que tiene que vivir un jugador para hacerse un nombre en el fútbol. Me ofrece una nueva copa del anís. Se la recibo e inclino la cabeza como gesto de agradecimiento. Su compinche, que va de copiloto, tararea una canción que bota el estéreo del taxi:

*Si usted pregunta quién yo soy,
yo mismo a veces no lo sé...*

Miro a Orellana, por enésima, en esta transición de noche a día.
¿Con este cuántos amaneceres hemos recibido?

*... yo nací de espaldas,
no me importa la autoridad,
cada quien con su cada cual...*

No hay vestigios en sus labios de la babaza, motivo de la discordia unas horas antes. El aguardiente arrasó la saliva de las comisuras.

*... y si quiere que le explique,
pues voy a meter el diente,
yo no robo por robar,
mire, yo soy un pillo buena gente,
buena gente...*

—A mí por poco me ficha el Bucaramanga. Corría como endemoniado por toda la punta izquierda. De esos laterales no se ve hoy en día. Están es más pendientes de la maricadita..., que el aretico, que el peinado, que el tatuaje con el nombre de la novia, que las licras debajo del uniforme, que los rayitos, las iluminaciones en el copete, que las trencitas. Olvidaron lo importante, jugar a la pelotica, en vez de comprarse carros lujosos, salir en revistas para niñas, dando entrevistas rosa... A algunos hasta les ha dado por tirárselas de cantantes. No, ¡qué desconsuelo! ¿Ustedes creen que eso se veía en mi época, papá? No, ni imaginarlo, eso era deporte de varoncitos, sin tanta moda ni tanta afeminada. El baloncito era el que mandaba, no las chequeras de los magnates, de los jeques, que por puro pasatiempo se compran un equipo como si fuera su último juguete...

Buena gente...

8

Para el 24 de diciembre del mismo año del paseo de Semana Santa, mis sospechas se confirmaron. ¡Vaya regalo navideño! ¡Vaya aguinaldo, sumercé! Mi mamá tenía una cajita de música con una bailarina que giraba en una diminuta pista de espejo mientras sonaba *Para Elisa*, de Beethoven (a algún genio se le ocurriría después incluir esta pieza magistral en el recorrido que hacían los carritos de los helados en los barrios populares). Cuando terminaba de sonar, levantaba la caja, le renovaba la melodía con una cuerda que estaba al fondo.

Como ya era tradición, en la casa solo estábamos los dos. Mis hermanos estarían en La Ceiba de los Tumbones, lejos, en el pueblo de la abuela, viendo la quema de castillos que, como un ritual, engalanaba las festividades para esa época. Eran algo más de la once de la noche. En vísperas del desenfreno de las campanadas, la pólvora.

Sin advertir mi presencia, dejaba resbalar unos lagrimones colosales por cada una de las mejillas. Con pulsión giraba la cuerda, como si la sonata fungiera de cámara de ecos de una antigua congoja. Gimoteaba, sollozaba, se limpiaba los goterones con el dorso de la mano. La bailarina continuaba con su desplazamiento uniforme, solitario, en una pista que reflejaba el rostro de una mujer acorralada por un temporal desamparo.

No seguí con el juego del escondrijo. Me manifesté cual espíritu al que no se le había invocado. La miré directo, inquisidor, con los arrestos suficientes para darle la confianza para que abriera el torrente amargoso que contenían sus vulnerables ojos. Tal vez no fuera más que un arripiezo de doce años, vestido con largas pantalonetas, holgadas casacas de algún equipo de fútbol, pero ya me las olía desde que era una nigua de seis años. Por ventura, acaso la melodía de Beethoven, reproducida con megalomanía, sedujo las capas de mis sentidos, sin que yo fuera un forofó de los clásicos. O, quizá, todo confabuló (sin tanto misticismo novelesco) para que llegara a la habitación en la que una mujer que rebasaba la treintena lloraba con desconsuelo frente a una cajita musical de cuerda (¿la caja de Pandora?).

Ya lo intuía, sabía a qué iba esto. Ni las festividades de los años anteriores ni los regalos chantajistas me convertirían en cómplice, esclavo de una mentira. Al farsante con su comedia lo tenía rodeado.

9

El celular (alimaña despreciable) volvió a sonar. En la pantalla: "Ibáñez" (es mi regla en el manejo de la información telefónica guardar los números por apellidos, incluso el de mi mamá). Era la cuarta vez que me marcaba. Desde la mañana me había lanzado la invitación a que nos "tomáramos algoito". Le argüí que a mitad de semana no era muy saludable emborracharse, que ese "algoito" (conociéndonos de sobra) terminaría edificando una torre babilónica de perdición y, por si fuera poco, al día siguiente, jueves, nuestros horarios de trabajo coincidían en una carga molesta que aumentaría la solidez fastidiosa

si le metíamos al cuerpo alcohol. No le convencieron mis blandos argumentos, le sonaron a excusas de tabarrón, de santurrón converso que niega una parte esencial de su propia condición (como las mujeres que suelen renegar de su pasado sentimental).

Durante toda la jornada me estuvo insistiendo, utilizando el diminutivo de mi nombre (en esa parte de la tierra no me conocían por el mote que me acompaña desde adolescente en mi barrio), jurando que iban a ser unas *poquiticas*, *poquititicas*, unas *suavecitas*, solo para mitigar la sed, para desahogarse de la difícil situación que estaba atravesando con su pareja sentimental, de los intrincados laberintos de la convivencia emocional, las desavenencias, las discrepancias, los conatos de separación definitiva, los altercados verbales, que, a medida que se iban sucediendo las jornadas maritales, eran los únicos nexos orales que se dirigían para tensar unos puentes filiales cada vez más maltrechos por las pisadas de la rutina, la cotidianidad.

Como un talentoso de la finta, le hice gambeta a sus invitaciones a lo largo de la jornada laboral, sabiendo de antemano que mi perenne vacío emocional, más el estar lejos de la casa (ya cumplía tres vueltas al calendario en esos periplos), me hacía más proclive a dejarme atrapar por la ingesta irrefrenable del alcohol (“hay que evitar, hay que saber decir ‘no’”, me aconsejaba mi mamá cada vez que podía acercarse a mi cueva o cuarto de anacoreta irredento).

En la tarde, ya en mi cuarto, rodeado por una humedad enfermiza (me había ido a un gélido pueblo cercano de la Sabana a trabajar dizque de profesor), mientras lavaba el plato en el que me había servido carne de hamburguesa (al vivir solo descuidé mucho mi alimentación; el metabolismo me las cobró) creí que las invitaciones de Ibáñez, a que lo acompañara en el trance amoroso de su marcesible unión libre, estarían escarmentadas por el tirano olvido.

Una vez más, estaba equivocado.

El bicho maldito ululaba, ululaba, ululaba. “Ibáñez”, “Ibáñez”, “Ibáñez”, centelleaba en la pantalla azul, vibrante. Me quité los guantes de caucho de los menesteres domésticos, dubitativo, dilemático, parado justo en la línea de una frontera que separaba dos territorios antagónicos. ¿Le contesto diplomático? ¿Me reafirmo, como lo hice en la mañana, en mis intenciones sensatas de no querer invocar a los demonios de la borrachera y la resaca? ¿Sigo ignorando las vibraciones malsanas de este bicho maldito que se agita como una hetera en celo en el mesón de mi paupérrima alacena? ¿Accedo a su llamada telefónica? ¿Lo acompaño solo por un momento, escuchando, a lo sumo

una hora, el relato de sus desventuras conyugales como un confidente comprensivo que nunca faltaría a un ruego de alguien que necesita del bálsamo de la escucha consolativa? ¿Dejo que la bestia que brama encima del mesón ahogue los horrisonos chillidos con tan solo presionar el botón de apagado para el día de mañana justificarme con la coartada consabida de que no respondí a sus llamados merced a que el móvil expiró en su carga alimenticia?

Con un trapo absorbí los restos de agua perlada que cubrían el plato en el que comí (¿se le puede llamar comida a un fiambre de hamburguesa refrigerada?). Lo ubiqué en una ranura del platero, al lado de recipientes cóncavos y pocillos plásticos de varios colores.

El celular había descansado de sus convulsiones por más de un minuto.

Arremetió de nuevo (le había salido un competidor en intensidad líquida a Orellana). Me pasé el antebrazo por la frente y, ¡mancillando mi “férrea” voluntad!, lo tomé. Presioné el botón verde como si me sentara ante la tabla *ouija*.

10

Mutis. Circunspección. Observo, pienso. Ellos siguen intercambiando chistes, chabacanería. Guasas. Son burdos, patéticos. Las callejuelas desconocidas por las que nos internamos, estrechas, llenas de domicilios disformes, en ladrillo rústico, han sido diseñadas por egresados de la Academia Paciolo. No hablo. Mi palabrería bulle en la mente, pero le pongo amarras. Esto les incomoda. ¿Por qué ese afán de querer que los otros se desbanden en verba? ¿Desbordarse en locuacidad es un requisito de aceptación social?

Recibo clase con una profesora a la que le exacerba mi silencio en las cátedras. Mientras que los demás (siempre tan proactivos, propositivos, con una capacidad analítica encomiable en los debates de su materia) se descamisan por enseñarle a los otros que su cabeza es un estanque diseminado con las semillas de la oratoria, yo permanezco impertérrito en mi silla, con el puño de mi mano derecha sosteniendo mi mejilla, bailoteando mis ojos como si jugara *ping-pong* con las palabras sopesadas de cada uno de los genios que me acompañan en esos tediosos módulos de teoría literaria.

La maestra (que a lo sumo tendrá dos años más que yo) se queda mirándome cuando los debates alcanzan un punto álgido en las

apreciaciones. Pensará: “esta charla tan buena y este ni se mosquea”. Como moscardones, los dardos de sus miradas de reprobación no dan en el blanco, siguen su trayectoria rasgando el aire sin enterrar la filosa punta conminatoria. Su experiencia en el mundo, sus viajes a toda la Europa intelectual, su posgrado en una *alma mater* de primer nivel no han servido para que me haga entrar en la dinámica de las disquisiciones grupales.

A veces pienso que debe de tener algo de reserva con respecto a mi obstinada mudez. Otras, pienso que solo me ve como un bolonio sin capacidad crítica, con un pensamiento de impúber, subnormal, colado en la universidad, igual que esos fenómenos incómodos que toca soportar en una comunidad académica. Aunque no lo diga, se nota a leguas que me ve como un ser que se nivela por lo bajo, una suerte de tarado que las únicas veces que ha abierto el pico es para farfullar sandeces, opiniones que ni un niño en su fase de aprendizaje de un idioma se atrevería a escupir de las subdesarrolladas fauces. Quizá, también, me perciba como un individuo perturbador, amenazador, ¿por qué no?, capaz, el día menos pensado, de pasar a mejor vida a los bocazas con los que estudia (ella incluida); como los *spree killers* de los Estados Unidos que, en un arrebato, instantáneo, certero, macabro, llenan las aulas de un campus universitario con occisos en cantidades seriales, acribillados a rafagazos de plomo o a rasgaduras de dientes prolijos de arma blanca.

Sí, mi silencio la perturba, la saca de las vestiduras. Ella, enjuta, con sus moñitas de niña de dos años, con su pintica de *hippie* alternativa para demostrar que la intelectualidad supera a lo material (contrario a lo que dijera Wilde), que la esencia supera a las apariencias (como en el coro de la canción de los Aterciopelados —“Mira la esencia, no las apariencias”—), con un dejo de acento francés deliberado o inconsciente —¡vaya usted a saber!— (requesón intelectual de una escala en el país de los acicalados franchutes), me mira con resquemor, pensando que soy un bruto peligroso, misterioso, taciturno; mientras que, en el resto del mapamundi literato de la cátedra, los condiscípulos reman, bogan, vuelan, corren, viajan, navegan, en la excelencia de meditaciones y juicios materializados en palabras; producen conocimiento, arte, conceptos; se transportan en trasatlánticos que surcan los mares del gracejo; se abren, nudo náutico tras nudo náutico, un espacio en el vasto océano que les pertenece (por ser genios, naturalezas engendradas por las musas, fatuas respuestas a pre-

guntas no dichas, no formuladas); vuelan como tábanos alrededor de la bosta de mi ignorancia.

Les aturde, sí, mi silencio, mientras voy apoyado en la ventana del cacharro, que parece que nunca terminará el pujante ascenso, como en un parto que les rasgara el perineo más de lo indicado por los galenos.

No lo soportan. No entienden el voto del silencio.

11

Guagua. Lo comprendí de cabo a rabo. Fue más fácil porque lo sospechaba. “Todos somos unos verdaderos hijos de puta”, diría Cedeño años después. “Nadie se salva”. Lloré por verla a ella llorar (como en el sentimiento de comunión que describe Cerati en *Té para tres*: “Te vi que llorabas, te vi que llorabas, por él”). Él. No se merecía ninguna canción. Ni una de esas rabaleras de cantina de mala muerte. Nada. Ni siquiera una del petardo de Andrés Cepea (así: Cepea).

Me contó, después de que accediera a guardar la caja musical de Pandora, que, justo en el momento en que yo era un embrión de unos siete meses, descubrió su vida paralela. Los dos meses restantes del embarazo fueron angustiantes, tristes, de pesadumbre. Me pedía perdón, sabía que a la larga ese sufrimiento lo iba a llevar el resto de mi vida. Sin quererlo, se sentía responsable por transmitirme una desesperanza, una herencia de dolor que me traería momentos aciaigos hasta que muriera. Seguía con él por conservar las formas, por no despojarnos a mí y a mis hermanos de una figura paterna (¡vaya pretexto!). La abracé. Dejé que se desahogara (ya tendría yo el resto de mis días para lidiar con la mala nueva).

Mi mamá conocía a la amante, una mujer provinciana de alguno de los tantos municipios que conforman el Santander. No reparé tanto en esos detalles. No me interesaron nunca. No les he dedicado ni un ápice de mis cavilaciones. Tampoco me ha interesado conocer al medio hermano, que tiene mi misma edad. Me concentré exclusivamente en odiar al farsante de mi papá (es la única persona a la que he odiado en este puñetero mundo, así esté plagado de hijos de puta, como lo asegura Cedeño). Desde los doce hasta los veintiséis, le profesé una animadversión inocultable que se adentraba en los pliegues de mi ojeriza, día a día, por felón, por considerarnos a todos un hato de estúpidos incapaces de descubrir su atorrante vida paralela.

Empecé a releer, casi con la obsesión que experimentaba Mark Chapman por *El guardián entre el centeno*, *El club de los parricidas*. Cada uno de sus relatos era para mí una victoria sobre esa figura odiada a la que solo estaba dispuesto a aniquilar en el plano de los libros. Cuando, por alguna eventualidad de la postiza vida social (grados, fiestas familiares), tenía que posar a su lado para ser captado por una lente fisgona, lo hacía de mala gana, ponía mi peor gesto, el más adusto de los que pudiera, no fuera a creer que una sonrisa diplomática era una señal inequívoca de una absolución que no merecía.

12

A las seis nos encontramos en el bar (el único en ese malhadado pueblo). También convocó a un compañero nuevo de trabajo que provenía de Cartagena. Ibáñez se había salido con la suya (a él no le botaría tanto teléfono). Persistente, me insistió, minó mis defensas con el cuento novelero de querer salirse, aunque fuera por un ratico, de la atmósfera malsana del hogar nupcial.

Le extendí la mano a Viloría (el costeño que renegaba de serlo: no le gustaba bailar, detestaba los vallenatos, hablaba mal de sus paisanos, denigraba de la práctica zoofílica de “comer burrita”, proclamaba que las putillas de Getsemaní eran de lo más ruin, expresaba que en Bocagrande solo habitaba una gleba abyecta). Procedí a sentarme a su misma mesa. Ibáñez empezó a pedir como un desesperado cerveza tras cerveza, para incumplir así su promesa de tomarnos unas “suavecitas”, “unas poquititititicas”. Al parecer, su mujer lo tenía tan aburrido que quería desfogar en una breve escapada el tornado que se había robustecido con los vientos huracanados del hastío.

En menos de dos horas ya me sentía achispado. Las cervezas eran extranjeras (como es bien sabido, tienen más grados de alcohol). Los envases de color verde, como una marea de mar glauco, extendieron su vistosidad, hasta llamar la atención de los que pasaban esporádicamente por allí. Al ver nuestro regocijo y evolucionado estado etílico, los dueños del bar encendieron las pistas de karaoke, para que nos sumergiéramos más en esa onda tibia del bienestar mental. Viloría cantó (con voz gutural, con marcado acento del litoral) una canción de Amanda Miguel.

... Señor, tú, que estás en los cielos,
que eres tan bueno,

*que no quede huella
en mi piel de sus dedos...*

Al escuchar al costeño pegar unos alaridos que pretendían imitar los falsetes en punta de la canción de la mujer engañada, unos perros callejeros que se paseaban por allí —al igual que los escasos caminantes de esa hora en esa friolenta población— entablaron un coloquio de aullidos. Aullaban como si escucharan un instrumento de viento que lastimara sus perrunos oídos.

Auuuuuuuuuu, Auuuuuuuuu...

Ibáñez no paraba de reír, con unos mohines nada disimulados que le cambiaron por completo su semblante de hombre compungido por las reyertas fruto de la sagrada institución de la familia.

Cuando fue mi turno, canté una de Negrete. Las sombras implícitas de las líricas que leía en la pantalla del gran televisor también se paseaban a nuestro alrededor, como en un poema escrito con mano temblorosa.

Los perros no aúllan.

La luz de nuestra cabina musical es la única que parpadea.

A Ibáñez, la ira de Dios, no se le nota la congoja.

Viloria vomita en el baño la cerveza extranjera.

El frío se cuele por las prendas.

Bordean las once.

La restricción de cierre se avecina.

Las suavécitas se me subieron a la testa.

¡Vaya chambonada lírica!

13

Carta al padre reafirmó mis principios innegociables.

14

Hay situaciones que, a pesar de los largos preámbulos, del largo historial que las antecede, ocurren en un santiamén; rápidas cual pescozón inesperado; sorpresivas como el paso de un bombazo que

arrastra cuanto se le atraviesa a su paso; desenfrenadas, semejantes a un encuentro pugilístico que se resuelve en el primer asalto, antes de que el cronómetro dé cinco segundos, derribando, no solo al títere más débil, sino de paso a toda una preparación de meses, de cuidados, privaciones alimenticias.

El sonido de la campana de inicio es el mismo que anuncia el final de la contienda.

Tin, tin, tin, tin, tin.

Un chasquear de dedos.

Un lanzamiento de dados.

Un balazo en la sien.

Un raponazo en la calle.

Un pastelazo en la cara.

Un adiós inesperado.

Un orgasmo de ave.

Una colisión automovilística.

15

Arribamos a una casa de la que emerge una bulla aborrecible. Nos apeamos del taxi. Uno de los dos anfitriones paga la carrera. El taxi se pierde dando reversa en un descenso raudo que nos deja frente a la mansión edénica que nos prometieron (mujeres, trago, sonrisas, nuevos amigos, futuros romances al fragor de las copas). En la entrada hay un par de tipos que nos miran de hito en hito. No hay que ser un experto observador para entender que nuestra presencia, más que inesperada, es incómoda.

(“Se lo dije con la mirada —toc, toc, toc—, puto Orellana, cacorro Medra, acá no tenemos nada que hacer”).

El de la cara rayada nos introduce al aposento. Estrambótico. Gestos adustos de una fauna humana de mediana edad. No disimulan su encono por la visita de sopetón de tres foráneos. La sala a reventar hace una pausa para vernos desfilan en medio de la caterva artera, malmirada, que nos aclara que no estamos en consonancia con ese ambiente.

Medrano (muy inteligente, audaz, sabueso viejo) decide abandonar este primer piso abarrotado de especímenes hoscos de ambos sexos (me recuerdan a varios de los personajes de las películas de Tarantino). Sale, fingiendo un pretexto inaudible, sin esperarnos (el

muy buen padre, pendiente, preocupado por el bienestar de nosotros, sus hijos favorecidos). Se ubica al lado de un carro estacionado en la acera más cercana, donde todavía puedo verlo por estar el portón de par en par. Nos deja a la buena de Dios, a Orellana, el impertinente por antonomasia; a mí, el silencioso por patología.

Con Orellana emprendemos un recorrido de reconocimiento por la estancia farrera. (Si las calles, antes de llegar a esta morada de la desproporción monstruosa, invención de algunas manos leprosas de ser humano, me parecieron antesala de uno de los bosques malditos de los cuentos de Jacobito y Guillermito Grimm, ¿qué he de decir de este averno a mínima escala en donde sátrapas de ambos géneros nos rodean con bocas babeantes de fieras hambrientas!).

La parquedad es perceptible. Hay caras de hígado en los lugareños. Fastidio en los semblantes. Le toco el hombro a Orellana (que, iluso el tarambana, espera a que alguno de los endriagos que nos rodea con la mano crispada nos haga sentir como en casa ofreciéndonos una copa de bienvenida).

Me entiende.

Enfilamos hacia la salida. “Mala idea haber venido”, me reafirmo en mis elucubraciones, sin exteriorizar mi pensamiento, clavando la mirada en el piso, sin dirigírsela directamente a alguno de los depredadores que salivan ante el olor del miedo. Medrano sigue apoyado en un destartalado Renault 9 plateado, propiedad, sin duda, de uno de los concurrentes a este festejo en la *Montaña mierdágica*.

Orellana y yo seguimos buscando la salida de esta casa horripilante, con paredes descascaradas, rodeados de ojos famélicos, de hocicos ávidos de un pretexto ante las presencias que consideran de otra ralea, de otra esfera.

El perro Medrano, viejo, sabueso, que late echado, sigue apoyado en la cafetera plateada. Debe de estar sintiéndose una ficha de parkés que se ubica en uno de los seguros del tablero; un asistente voyerista a los sanfermines ubicado detrás de uno de los muros que rodean a los empedrados por los que los corredores agitan su adrenalina al sentir a escasos centímetros los pitones de los negros miura. El Renault 9 es su burladero.

Ladino.

“Que los otros corran —pensará—; el riesgo no es lo mío. Allá los maricas que son felices y lo quieren asumir”.

16

En las circunstancias coyunturales de la vida, la amistad muestra su lado frágil. Son pocos los que acompañan en las desventuras a los miserables, a los desvalidos, a los menesterosos.

Falso proceder, real descubrimiento.

Oxímoron.

17

“Es un muerto bien muerto”, escribió Bukowski al referirse al deceso de su padre en una de sus narraciones.

Cerré el libro. Aprobé su antipanegírica línea dándole un puño al viento.

18

Sigo sin entender cómo salí indemne. A ciento treinta por hora. Sé que es una de las tantas frases majaderas, manidas, con las que uno manifiesta el desconcierto (“¿por qué sigo con vida?”, “¿cómo sobreviví?”, “es una segunda oportunidad”, “es como volver a nacer”). Podría expresarlo con más elegancia literaria, con refinamiento enciclopédico griego:

“Las parcas desviaron las hoces de la mortal humanidad, merced a la colosal intervención de una deidad providencial que le renovó el contrato de sus andanzas por los mares de la vida una tempestad más”.

Bahhh.

Me salvé, eso es lo que cuenta; más como un castigo, porque no hay amanecer penitente en el que no me pregunte por qué no estoy encerrado en una cárcel o, ¡recompensa! (¿por qué no?), pudriéndome en una bóveda anónima de un camposanto.

El carro asumió el impacto íntegro, dando tumbos, comprimiendo sus negras latas en todos los costados.

Pérdida total.

El seguro no respondió porque una de las cláusulas de la póliza reza así: “si el piloto se encuentra bajo los efectos del alcohol o de sustancias psicotrópicas, la compañía no se hará responsable por los daños causados”.

Punto.

A los de la aseguradora qué diantres les va a interesar que, después de dejar a Viloría y a Ibáñez en sus casas (serví de mediador esa misma noche en mi breve estancia en la sala de este último, mientras me tomaba un vodka, para que su concubina y mi compañero de trabajo dirimieran sus diferencias esponsalicias), me largué a mi domicilio *picao, inicio, animao, prendo*, con ganas de todo, menos de llegar a encerrarme a mirar el techo. Sabía que me esperaba una noche en vela, que me martirizaría con varios de los nefastos episodios de mi penumbrosa existencia. Fui a la cocina y me di cuenta de que, en la nevera, aparte de una lonja de fría hamburguesa y un pedazo de salchichón viejo, había dos huevos rotos. "Maj ná", diría el costeño anticosteño Viloría. La garganta solicitaba a gritos más fogonazos etílicos, más bombardeos de ambrosía, aunque fueran unas cervecitas nacionales que me supieran a meaos después de haber bajado la exquisitez de las botellas verdes holandesas.

Sopesé las opciones, barrunté las posibilidades, tomé la decisión —error de errores— de caminar hasta la mesita de noche, extraer las llaves del fiero cucarrón negro. Tendría que manejar unos catorce kilómetros hasta llegar al oasis y clamar por el líquido que saciara al siti-bundo y aprovisionara al huérfano refrigerador. El coche estaba aparcado en una bahía cercana. Lo saqué en reversa. Empecé la marcha final. Encendí la radio, le conecté una USB en la que había más de quinientas canciones almacenadas. Mientras conducía (con la pasmosa tranquilidad de un nulo encuentro con la policía, por conocer de pe a pa la soledad de esas carreteras), cantaba a grito herido, imbuido en una euforia que después se trocaría en cruel arrepentimiento:

*... Soy un enfermo,
deshonesto,
poco hombre para ti, poco hombre para ti.
Pero soy listo y conservo
lo que yo espero de mí, lo que yo espero de mí...
No estoy tan cuerdo ni tan ciego,
no es una cuestión de religión,
tampoco ambición.
Yo sé que existes,
y no es que no me importe el mundo...*

Llegué al pueblo más cercano, frío como una prostituta desencantada. Conté con el mismo panorama desolador del paisaje visual en el que trabajaba. Ni los gozques se paseaban a su libre albedrío por las callejuelas solitarias. Decidí aventurarme un pueblo más allá, sin los temores sobrios de un retén policial con su subsecuente prueba de alcoholimetría. Nada. Desierto. Carreteras vacías en las que lo más parecido a un ser viviente eran las líneas amarillas que servían de guía en la conducción nocturna.

Cuando me aproximé al último pueblo, antes de llegar al peaje que separa a los departamentos de Cundinamarca y Boyacá (tras haber intentado infructuosamente encontrar una tienda abierta para aprovisionarme, después de esa maratón automotriz, en cuatro pueblos, a cuatro ruedas), me dije que era suficiente. Seca resignación.

Tal vez un fin de semana hubiese logrado mi cometido.

Pero un miércoles...

Desanduve en tiempo récord la distancia del camino de vuelta; mirando a lado y lado los atisbos de una vegetación muerta; echando una ojeada a cada tanto al espejo retrovisor para abrir los ojos, agitar las cejas; cantando, cantando:

*Y sé que siempre consigo dinero
pa drogas, alcohol y pal putiadero,
y sé que siempre me lleva la fiesta semanas enteras,
y no me suelta...*

Me quedaban menos de dos minutos para regresar al pueblo donde llevaba poco más de tres años trabajando. Me confié. Bien lo decía Ricardo Piglia “un momento de debilidad y la vida de un hombre pierde todo su sentido”. Aceleré a fondo para salvar la distancia que convertiría este arrebato en una historia más de las que no dejan consecuencias. El tacómetro alcanzó a marcar los 130 km; el motor rugió obediente, animal que delira en una cacería.

Parpadeé...

Una,

dos,

tres veces...

Al volver a abrir los ojos, sentí un vértigo que aumentó con las sacudidas de los botes. El sonido de la vibración y de las latas constreñidas se silenció definitivamente cuando el carro fue a dar en una profunda zanja que se lo tragó como si fuera una planta carnívora.

No había música, solo funcionaba cuando el cucarrón estaba encendido. Intenté salir por las dos puertas delanteras. Primero, por la del piloto. Ambas estaban bloqueadas por la masa compacta en la que el carro se había sumergido. Salté a la parte trasera y, bajando uno de los vidrios manualmente, logré salirme serpenteando por la abertura de la puerta derecha. Escalé hasta la cima el hueco en el que enterraba una parte del patrimonio de mi familia.

Un raspón en el lóbulo de la oreja izquierda. Eso fue todo.

Absurdo. Ridículo.

Me eché a andar por la carretera mientras el viento oreaba la herida minúscula de la oreja.

Detrás, una serpiente de maleza se tragaba la cabeza de un cucarrón azabache que no sacudiría más las patas agonizantes.

19

No se puede ir sin dejar bailando en la uña el trompo de sus chorradas. Deslenguado, inoportuno (¿quién soy para recriminarlo?). No se mide cuando tiene que abrir (o, mejor, cerrar) la bocota. Es uno de los rasgos de la personalidad que le ha granjeado simpatías. ¡Pero este no es el momento para que suelte una de sus bombas! Es gente desconocida, lejos de nuestra zona de confort, de nuestro ecosistema ético (Los Faraones, los extraño). Hay bestias marinas que nos quieren embuchar por la menor tontería. La bebida le ha embotado los sentidos. Que el de la prudencia siga intacto. También el de la autoconservación. Mis súplicas mentales no encuentran eco. Lo escucho susurrar, mientras caminamos hacia la esplendorosa salida: “Para qué lo hacen venir a uno a un rancho donde todo el mundo tiene cara de culo, de ñero. Mejor me hubiera largado para la casa con mis hermanas o hubiera seguido chupando en el barrio... Lo hacen perder a uno tiempo”.

—Cállese, mariconcete —le digo, afanándolo, empujándolo, para ganar la salvación de la puerta.

Me manotea, me dice que no coma de pinta, que el hermano policía lo defiende. Hago mutis, para evitar que el orgullo herido de una contrarrespuesta centuple sus barrabasadas. Medra sigue afuera, con la mirada clavada en las últimas estaciones de nuestro viacrucis.

De un momento a otro, Orellana, el mituano con ínfulas cariocas, recuerda que el portugués le ha servido muchas veces para hablar

en clave delante de intrusos (verbigracia: suripantas, los visitantes del matadero en Los Faraones, rivales de los partidos de fútbol) y salvar guardar los secretos íntimos del grupo selecto. Sin asordinar la voz, imponiéndola sobre la huraña concurrencia, casi a gritos pedantes, fanfarrones, empieza a gesticular con acento grácil, coqueto, pero indignado, a la vez:

—*Festa horrível, mulheres feias, elas não são garotas de Ipanema, não são garotas.*

Le abro los ojos, recriminándolo, suplico mentalmente para que se guarde el numerito bilingüe de circo para una ocasión más propicia.

—*Elas não são garotas, não são garotas* —repite como su pajarraco Lolo.

Los aludidos (que de la lengua lusitana saben lo que yo de paternidad) no soportan más la provocación. Se sienten burlados en su propio terreno. Que un adventicio les venga a pintar la cara, hablándoles como a mongoloides ignaros, no tiene justificación para su mancillado ego de comunidad hermanada. Se le van directo a lastimarlo. La primera que lo golpea es una mujer con un manojo de llaves. “Pirobo tan lámpara”, le grita. “*Uma mulher muito feia*”, habría dicho el lenguaraz Orellana si la hubiera visto de frente y no lo hubiera atacado a mansalva. Lo impacta justo debajo de la oreja derecha. “Pichurria tan llamao”, le complementa. El tramacazo lo saca a la calle con la celeridad con la que yo no pude hacerlo en mi previo intento de escape. Veo cómo trastabilla hasta dar con el asfalto que lo recibe cuando pierde el equilibrio. Las acciones son tan rápidas que la golpiza en montonera me hace recordar las polvaredas que grafican en las viñetas de las tiras cómicas cuando hay una reyerta. Lo atacan directamente. No reparan en mí. Es un intempestivo ajusticiamiento cuyo blanco directo es el bufón que los tomó como unos idiotas de los cuales podía hacer befa en sus propias narizotas. Más de diez jayanes lo acribillan hasta llevarlo a la mitad de la calle. Veo que el de la chaguala y el de la cara de plato de lentejas forman parte del séquito golpetero.

Medrano, justo enfrente, recostado en su burladero plateado, para evitarse complicaciones (vaya padre que entrega su hijo a la lapidación masiva), empieza a exagerar la borrachera desmadejándose al lado del Renault 9.

Se desgonza.

“Puto cobarde —pienso—, tanto discursito sobre los lazos de la amistad para al final salir con este numerito en el que se desmaya”.

Se escurre.

Pantalón de payaso.

20

El indulto se lo tributé catorce años después. No sé qué me motivó a hacerlo. Creo que fue el desgano, el cansancio, el querer no darle más importancia a gente que no lo vale. No fue madurez ni una conversión cristiana. No fueron diálogos de tregua con intermediarios interinos. No fueron lecturas de Walter Riso o Coelho.

Simplemente, de buenas a primeras, me hastié. Me focalicé en mis caídas, empecé a vivir en función de ellas (¡a la mierda las cagadas ajenas, son de más valía las mías!). Como una iluminación que se concentra en los lunares de la vida, quité el foco acusador de mis juicios de sobre mi ascendencia y empecé a fiscalizar el prontuario de mis propios torcidos pasos.

¡Que el dedo acusador me señale por haber nacido! ¡Que la letra escarlata sea marcada en mi frente por las decisiones mal tomadas! ¡Que el odio proyectado hacia mi progenitor en esos catorce años se desmonte y rearme su ingeniería en la base de unos planos fotocopiados que ahora están tatuados en mi cuerpo!

Padre nuestro...

21

En el grupo que azota hay otras dos mujeres, aparte de la que inauguró el sacrificio con el manojo de llaves. Reacciono. No van más de diez segundos de tunda colectiva. Sin saber cómo (tal vez esta temeridad se ha filtrado en mis actos inconscientemente al estar tan cerca de la muerte, acaso mi vida me importe una minucia —un culo, sin eufemismos—), salgo de una zancada a la calle. Del afán me resbalo. Me deslizo como un rescatista profesional y llego justo al meollo de la paliza comprometiendo mi integridad. Es una vorágine, un vulturno de beligerancia desbocada. Yo también llevo del bulto. Muerdo

el polvo. ¡Por sapo! Debí ser inteligente, hacer las de Medrano, tomar las de Villadiego, hacerme el desgonzado. Me zurren de costado. El objetivo principal es el bocón de Orellana. Cuando me libro de mi castigo imprevisto, dando rollos milicianos que me apartan de la hecatombe, tomo a Orellana de las solapas de su chaqueta. Lo extraigo de la furrusca hacia un costado, lo lanzo como un fardo embarazoso para eximirlo de la matanza. Suena presuntuoso, pero, si no es por mi relampagueante intervención, a este flaco lo habrían destripado, linchado, desnucado.

Miro hacia la mancha plateada del Renault 9. El sapiente Medrano sigue en la pantomima, haciéndose el güevón, el caído, el desmayado, el desfalleciente que no está en este barrio, en esta loma, en esta calle, en esta montaña, en esta tierra de farsa.

Estoy de pie frente a los mercenarios, cara a cara con los verdugos.

Comprenden que mi intención es pacifista. Apaciguan sus bríos de sevicia, observan al apaleado hecho un guñapo a un costado de la acera. Yo me les planto enfrente, no sea que quieran rematarlo en el piso. Levanto las manos, los conmino a que se calmen. Son diez (incluida la mujercita del manojito de llaves y los dos zotes que nos trajeron hasta acá —supuestos nuevos mejores amigos del par de borrachines cofrades míos).

—A las locas eso les pasa por boconas —me dicen—. Enséñele a la lámpara de su amigo a cuidar la lengua. Él no es nadie en estas tierras para venirnos a humillar, por más peinado y ropa de gomelo que tenga.

—En la buena, parces —les contesto, muy quedo, sin ser zalamero, ajustando mi registro verbal al código de la calle, hablándoles según su costumbre, obviando un protocolo lingüístico que los ofendería más (como pasó con el petiso cuando quise arreglar el asunto de la baba en la teta de su amada)—. A lo bien, mis perritos —sigo—, esta bandera tacó burro con ustedes. Se dio garra. El petardo está torcido, yuca, frito. Pásenle esta. Se puso a jartar como percanta, y ustedes saben, mis peces, que uno llevao es la cagada, es severa boleta. De verdad que no queríamos venir a alborotarles el visaje, a tirárnosle la farra. Nosotros ya nos abrimos del parche para que esta nota no se agrande, se caliente más, se alebreste. Dejemos las cosas de este tamaño, paremos la vuelta, que no haya más tropeles...

¡No lo puedo creer! ¿Fui yo el que habló? ¿Qué pensarían los de la universidad si me escucharan en este recital de la ñampirería?

Se calman, resoplan después del esfuerzo físico del golpeo colectivo. Algunos se entran a la casa; otros permanecen estáticos mirándome.

—Parcerito —me dice el de la chaguala, más calmado—, usted resultó ser el único legal... Tanto que lo jodimos en el taxi de venida y nos mostró que fue el que más probó finura. A los callaos hay que dejarlos “sánchez”, quietos. Cuidarle el culo al par de locotas que tiene de amigos es de paraos... Mis respetos, parece. Con usted no hay lío, en la juega. Perdón si le dimos, pero la cascada suya sí fue sin culpa, perro.

—Sisas —le contesto—, pero ya arreglamos a lo elegante, todo bien que esas no son penas, llave.

El hombre me saluda con el puño. Chocamos nuestros nudillos. Gesto de virilidad, respeto. Me duele la mano. Me despido. Levanto del piso al inconsciente Orellana. Sangra profusamente. Lo apoyo en mi hombro izquierdo. Camino en busca de Medrano. Mi hombro vacante le sirve de almohadón a su supuesta cabeza embotada por el alcohol (no sabía que era tan buen actor). Los cargo igual que a un par de convalecientes de guerra: uno, exánime por una atroz azotaina, una cruenta batalla en la que casi lo matan; el otro, apaleado por la comedia, la vergüenza, la conveniencia, la deslealtad. Abandono la cuadra descendiendo por esa calle de malas formas. Trasteo dos cargas. Más pesada mi existencia.

Aparece un nuevo taxi en escena. Le chiflo al no poder extender ninguno de mis dos brazos. Para. La puerta de atrás se abre. Descargo los dos fardos en la silla trasera.

“¡Bultos de mierda!”, les gritaría mi abuelo.

X. Olvido

*Vino, enséñame el arte de ver mi propia historia
como si esta ya fuera ceniza en la memoria.*

JORGE LUIS BORGES

1

—¿Qué carajos les picó para meterse en esa casa? —pregunta el nuevo taxista (con este ya van tres del gremio en una calamitosa maratón etílica plagada de sorpresas no deseadas).

Tiene un mostachito, exiguo, como el que se les insinúa a los adolescentes (“bozo de lulo” se le denomina chabacanamente, y brota en ese estadio de la vida cuando aún las torpes hormonas solo concentran las nacientes fuerzas en los impulsos manuales de la autocomplacencia —¡salve, oh, maestro Onán!—).

—No es la primera vez que en ese rancho hay barullo —continúa—. Yo vivo cerca, sé cómo es el visaje, sé cómo son vueltas. Las fiestas que organizan ahí son de cacos, matones, putillas, gente pesadita. No rebajan escándalo. Creo que hasta un fin de semana hubo morraco, le dieron chumbimba. Yo me pillé toda la trilla que le dieron a su socio, a usted de paso, por sapo.

“Paso sapo, sapo paso, paso sapo”. Me mira por el retrovisor, hace pucheros de lástima, compasión. Apaleados.

—¡Qué tunda tan hijueputa! Yo que voy sacando mi carrito del garaje pa cumplir con la cuota y de *one* me las huelo. Se les fueron encima en racimo, ¡montoneros los cabrones! ¡Hasta una pichurria que, según cuentan, cosquillea en el Centro resultó tirándolos a matar con

ganas de velorio! ¡Sádica la malparida! ¡De buenas que no les pelaron chuzo, papá, porque esa es la otra, vaya plaga pa tener mañas!

Toma aire. Exhala. Va de nuevo.

—Definitivamente, con todo respeto, ustedes son muy maricas, meterse en ese antro, a la boca del lobo. Se nota a leguas que no son de por acá, que pecaron de giles, de inocentes, ¡güevones!, de buscar lo que no se les ha perdido.

“¿Cómo rebatirlo?”, pienso. A pesar de su singular habla lumpen (atiborrada de palabrotas de alto, ofensivo, calibre semántico), el del bigote exiguo tiene la condenada razón. No debimos asomar nuestras horripilantes carotas por estos lares. Tanto el Vejete como el Gancho se equivocaron al extender la empatía borracha a dos ignotos compañeros con cara de malandros. Los dos extraños nos introdujeron en una jungla en la que los papeles se invirtieron: nos trocamos en foráneas criaturas, presas asequibles a las fieras agazapadas en sus propias guaridas.

Medrano empieza “a volver en sí”. Comienza a frotarse los párpados, a emitir unos bostezos de felino hambriento de circo pobre, a sacudir la cabeza como un avestruz inquieto, a palmearse las mejillas cual simio adiestrado para provocar risa con sus monerías. Pregunta “¿qué pasó?”, por qué sus hijos predilectos están golpeados (¡el muy payasete!). Con diplomacia, evitando el contacto visual, con soberbia actuación teatral, le digo que los nuevos “amigos” y conocidos resultaron ser una pandilla de criminales asesinos.

—Por pendejos —mete la cucharada el taxi *driver* de bigotico de señorita—. Eso les pasa por güevardos. Como le decía ahorita al chino, se pusieron a buscarle males al cuerpo innecesarios y ¡tenga! Patrón —mira al más veterano de nosotros por el espejo, como diciéndole telepáticamente “entre grandes nos entendemos”—, la gente de esa casa es de la peor calaña, andan siempre en gavilla, con plata mal habida, con unas pintas que meten miedo, unos malpariditos. Yo cuando les paso por el lado siento culillo. No me han hecho nada porque saben que soy del barrio. ¿Y una de las mujercitas esas que repartían golpes como machos? ¡Una coscorria la bandida!

Me miro la camisa mientras los dos adultos nos adoctrinan con su experiencia discursiva. Llena de líquido escarlata. Cuando apoyé a Orellana en mi pecho, para salvaguardarlo de un inevitable linchamiento, de que fuera el Juan Roa Sierra de este nuevo milenio, me bañó con la erosión de las heridas. Lo contemplo. Menea la cabeza con los ojos entreabiertos, entrecerrados, ¡como sea!, blanqueando la

mirada como la niña de *El exorcista* en sus frenéticos ataques demoniacos. La frente la tiene empapada, una mixtura de aguamizcle con vestigios de sangre y tierra adherida del asfalto que lo recibió cuando lo noquearon. Se parece a un recién parido al que no hace mucho le han retirado los restos de la gelatinosa placenta de la cara. Salvaje en su fealdad, como todos los bebés recién nacidos (a pesar de que los familiares expresen que son lo más bello del mundo), con las huellas del viaje traumático del que acaban de llegar. Esputados desde las cavernas utéricas para ser recibidos por una corriente de aire malévolamente anticipatoria de un mundo hostil, de inmundicia, de nauseabundas sensaciones, de sangre, mierda, flujos, reflujos, cagadas. Feos como lo habría sido el bebé que Orellana le hizo abortar a Moniquita años atrás, como la plaga gavillera que nos dio en la jeta, en la mula, en la crisma, en la porra, en la testa, en el trasero, en el traspuntín, en el culo, en el jopo, en el orto, en las cachas, en el tafanario. ¡Nos zurriaron de lo lindo y en forma!

El Gancho se queja, solloza, gimotea, balanceando la cabeza, pendulándola, abriendo la bocota (que nunca sabe mantener cerrada), dejando escapar unos patéticos, ridículos, lamentos, primero en crescendo, luego en extinguido, apagado lloriqueo. *AHHHHHHHHH, AYYYYYYYYY, AHHHHHHHHH, AYYYYYYYYY, ahhhhhhh, ayyyyy, ayayay, uyuyuyuyyy...*

El del bocito de lulo me regala unos pañuelos clínex que sustrae de la guantera. “Es un ángel —pienso—, metiche, chismoso, grosero, pero ángel, al fin y al cabo”. De no mediar su providencial aparición, tal vez yo seguiría cargando a mis dos compinchotes, no ya solo con la camisa negra salpicada, sino con mi íntegro atuendo Johnny Cash chorreando líquido carmesí; trastabillando cuesta abajo, en vertiginoso descenso, por las lomas que la imprudencia de mis dos camaradas nos ayudó a escalar (todo lo que sube tiene que bajar, dice una cancioncita de salsa sodomita); despeñándome con los fardos hasta la falda, doblegado; inmolándome con los dos tacos de dinamita que me puso el destino como amigos. (¡No saben cómo los echo de menos, Torralba, Cedeño!). Sí, un ángel que hace el trabajo de un dios que nos abandonó tiempo ha. ¿Le importarán al señor barbudo que nos pintan como el Mandamás los borrachines? ¿Será cierto el adagio de que cuida de ellos? ¿Estaré siendo un malagradecido que, en vez de levantar la mirada y brazos al firmamento, en señal de eterna gratitud por salvarnos el pellejo en tierras extranjeras, despotrica a diestra y siniestra, acusándolo de inexistente, vacío, traidor?

Me doy cuenta de que el vituperado Orellana tiene una oreja colgando cuando le limpio esa parte del rostro. El lóbulo le cuelga como si fuera una rama marchita que desea emanciparse del tronco, como un clítoris alebrestado (¡vaya comparación tan de mal gusto!). Los chillidos no son entonces pantomima. Le dieron duro, parejo, con la fiereza de quien quiere ver desintegrada a una otredad que odia. El golpe de la mujer con el grueso manojito de llaves se me plantea como el primer cincelado de la escultura en ruinas que es ahora la oreja de mi acribillado amigo de parranda.

Orellana, Orellanita, cascabelera, cinco mazazos y una trillera. Orellana, Orellanita, cascabelera, cinco golpazos, te quitan la oreja, la vieja pendeja nos dio en la jeta...

Ante el panorama, el taxista nos sugiere que cambiemos de destino (apenas largó la marcha, después de botar al par de bultos en la silla trasera y acomodármeles al lado, le indiqué el nombre de nuestro barrio). Es perentorio, según él, llevar a los maltrechos a una clínica, hospital, centro asistencial.

—No, no —dice el resucitado Medrano—. Si nos ven así los de la clínica, están en la obligación de llamar a la Policía. Eso es para más problemas, hasta la Fiscalía nos pueden echar encima. Empiezan a preguntarnos que qué pasó, que quiénes nos golpearon, quiénes nos dieron en la cabeza —¿a él?, ¡ja!—, que les demos la dirección, que les describamos a los atacantes, que los demandemos por lesiones personales... Eso es para más líos, campeón. No, no, cortemos por lo sano, dejemos así las güevonadas. Yo no quiero meterme en camisa de once varas. Lo qué pasó pasó —qué profundidad de pensamiento, podría ser el nuevo compositor de las elaboradas líricas de un reguetón—. Dejémoslo de ese tamaño, que no salga de nosotros, hagamos ese pacto, como caballeros que somos, no le busquemos más males al cuerpo —¡claro, como a él no le sonaron los mocos como al par de imbéciles cascados que lo acompañan escurridos en la silla trasera!—.

La desfachatez con la que nos presenta las sesudas opiniones me mueve entre la alternancia límbica de los extremos (¿pleonasmos?). No sé si meterle un sopapo con mis nudillos lastimados en su hocico bufón, charlatán, o hacerme ahí mismo en las bragas de la risa por sus dotes de histrión. La idea de soslayar la asistencia a un centro de salud parece que estuviera respaldada por lecturas previas de

Dashiell Hammett en las que los interrogatorios policíacos ocupan páginas de prosa detectivesca, pero ¿habrá leído Medra al autor de *El halcón maltés*? ¡Ja! Ese ni le habrá arrastrado los ojos a la sección de “Juan sin Miedo” (nada que ver con la leyenda italiana) de ese pasquín amarillista llamado *El Espacio*, ni siquiera para morbosearle las tetas a las greñudas de las fotos que acompañaban tan clásica publicación.

Elijo sustraerme de la plática que sostienen los dos adultos —el uno, a favor de correr de inmediato a un sanatorio; el otro, en la innegociable elección de evitarnos el escarnio judicial que implicaría ir en busca de ayuda profesional para sanar las heridas—. Me concentro en la limpieza de los vestigios macabros de mi propia golpiza. ¡Un chivo expiatorio!, ¡lo sostengo! Eso es lo que soy. Un mastuerzo sacrificado, condenado, crucificado por la prole de los que se quedan de brazos cruzados (¡la puta que te parió, Viejo Medrano!)

¡Me lesionaron la ceja derecha!

Me repaso con frenesí —como si fuera una fregona de pisos obsesiva de la asepsia casera— el pañuelo por la herida. Me duelen talmente las traiciones de taimería putesca de las que he sido una y otra vez víctima.

El escozor en carne viva semeja a la marca del ganado con hierros que arden cual volcán en celo. ¡Estos hideputas me la estropearon de veras! La miro en el espejo retrovisor sin que los otros reparen en el gesto narcisista. Noto que ese rasgo tan marcado de mi horrendo rostro está devastado. Debió de ser una patada con una de esas botas de punta acerada con suela de plataforma. Alguno de esos malvivientes que le lanzaban coces al bocón de Orellana apuntó a darle en el vientre bajo y se encontró con mi poblada ceja. Como si hubiese tomado un depilador, le rapó el extremo más fino, una buena parte de su geografía peluda. ¡Me cago en el dios de los invertidos estilistas! ¿Ahora cómo hago para que me vuelva a nacer vello allí, tras la hecatombe que arrasó con ese fragmento de la flora que enmarca mi cara, única herencia de la cascarrabias de mi abuela paterna?

Los pómulos (no tanto como los del pobre guiñapo de Orellana) tienen también sus secuelas (castigo maldito, no divino, por burlarme de la mácula que le dejó la prostituta anónima al que bauticé “el de la chaguala”). Paseo mi lengua por los dientes. ¡Una victoria! Sería el colmo que, aparte de ser un “descejado”, fuera también un futuro desdentado. La mandíbula, aunque duele, está en su lugar. Como es obvio, los brazos, las piernas, el tronco fueron atacados con salvajismo. Cualquiera que sea el lugar que palpen mis laceradas manos, un

reflejo de molestia se manifiesta en respuesta al autoexamen posterior a la huida del campo de batalla. Si no fuera por los ropajes negros que cubren mi martirizado cuerpo, un triste paisaje de hematomas distribuidos a lo largo y ancho del territorio carnal de mi corporeidad se ofrecería para ser fotografiado desde el techo del taxi como un nuevo Chernóbil. ¡Hasta en los pelotines me dieron! ¡Oh, mis dolientes gónadas! ¡Dolor infinito, maltratados yarboclos! (Paternidad, materia que me es cada vez más ajena).

Si bien suena a frágil consuelo de tontos, al flacucho de Orellana le fue peor. No solo casi le arrancan la oreja —también derecha (que sigue colgando como si pendiera de un alfiler en una tabla de disección)— y le volaron una buena parte de un mechón de la cresta gomela. Además —alcanzo a determinarlo por la abertura de la boca que, en rictus compungido, los chillidos de mujer recién desflorada le dibujan—, una pieza dental le falta.

Lo más verosímil es que el diente en cuestión ya forme parte de los trofeos de los malhechores que dejamos atrás. Lo deben estar portando en alguno de los collares que atan de su cuello para jactarse de la hegemonía y fortaleza. Como los negros raperos que, en un complejo de raza vilipendiada durante parte de la historia, meten sus cuellos y manos en gruesa joyería para demostrarles a los antiguos captores que ellos también son capaces de conseguir riquezas. Estos pillastres que nos azotaron tendrán en su haber orejas, dientes, ojos, dedos y, ¡cualquier atrocidad es posible!, testículos de sus víctimas ensartados en hilillos tremebundos de orfebrería carnicera. ¡De buenas que ninguno de mis miembros forma parte de colección tan macabra!

No obstante, ¡el extremo de mi ceja, mi bienamada ceja!...

Quando chequeo el resto de la fachada carnal del vapuleado, al tantear superficialmente varios de sus exteriores, noto que es posible que tenga una costilla sumida, el fémur izquierdo fracturado, la tibia y el peroné arruinados. Por no saber mantener la bocota cerrada casi lo pican en pedacitos. Mi dictamen como galeno inexperto puede incurrir en un margen de error que, sin embargo, se encauza por la acertada ruta de que al damnificado tiraron a quebrarlo arrojándolo con rafagazos limpios de manotazos y puntapiés que no excluyeron ninguna de las partes de su ahora lacerado y vulnerable cuerpo. ¡Qué pela!

¡Lo bueno es que ya tiene una excusa más contundente y verídica para justificar su retiro del fútbol!

El debate llega a su fin. El Viejales se impone: el conductor tiene que seguir enfilando hacia el barrio. ¡Qué poder de convicción! Mien-

tras avanzamos, le sostengo la oreja colgante al lesionado con mi lastimado dedo pulgar. De vez en cuando le limpió las heridas de la cara. El taxista y nuestro benévolo, sacrificado, padre putativo se enfrascan ahora en una charla sobre el alza de la gasolina. Hablan de cifras, de petróleo, de oleoductos, de precios comparativos con las patrias vecinas. Mi estado de pasmosidad, en la que los grados de alcohol bajaron con la creciente adrenalina debida a la golpiza (no la llamaré pelea porque en ningún momento respondimos a los ataques), hace que me desentienda por completo de las apreciaciones de la sobretasa y los impuestos que sostienen los dos más viejos. Me concentro en la paupérrima y flagelada estampa de mi amigo. Creo que este evento, de haber sucedido en otra etapa de mi vida, me habría extendido la mano en la composición lírica de otro de mis proyectos musicales naufragados.

2

Después de advertir que nuestras preocupaciones artísticas con Xenofobia no tenían eco en la escena roquera, que las canciones que versaban sobre la idolatría a la cerveza, el rechazo de las mujeres, la sociedad putrefacta, el desbarajuste del sistema educativo nacional, el estigma de ser un paria (¿redundancia?), la desesperanza suicida de vivir en un país tercermundista no hacían mella, tuve el cabezazo de darle un viraje a nuestro proyecto musical.

Como buenos escuderos, Torralba y Cedeño apoyaron mi idea. No solo la mudanza en las líricas a temas más complejos formaba parte de la iniciativa. También le íbamos a imprimir más pesadez a la composición rítmica. Era tanto el deseo de borrar nuestra antigua identidad que cambiamos también el nombre de la banda por uno que se acomodara a la naciente temática de las letras: Juventud Geriátrica. Desde el primer ensayo con nuestra nueva razón social, empecé a llevarles manifiestos líricos de mi propia pluma que hablaban de la decadencia que va absorbiendo poco a poco lo que llamamos cuerpo. Llegué a componer más de treinta canciones de tintes *gore* y contenido explícito en un breve periodo. Es una lástima que no me acuerde de todos los títulos. Por ahora, mi memoria me trae en fognazos algunos de ellos:

Chancro molar, Diarrea nasal, Insubordinación intestinal, Prolapso dental, Menarquia perenne, Es-

permatozoides seniles, Hernia hemorroidal, Seborrea podológica, Reumatismo prostático, Emasculación óptica, Frenocomio retrógnata, Emancipación úrica, Alzheimer venéreo...

La regla de que el nombre de las canciones no excediera las dos palabras fue otra de las improntas que quise constituir como fuerza creadora de la nueva identidad grupal. ¿Lo instrumental? Torralba tocaba la guitarra (chan, chan, chan), Cedeño la batería (tupa, tupa, tupa) y yo el bajo (bon, bon, bon). Asimismo, me encargaba de la parte vocal.

Las ocasiones en las que tuvimos el hado de tocar ante un público (universitario en su mayoría), fuimos abucheados por adolescentes con el cerebro atrofiado por las tendencias prostibularias de la época. Luego, mis dos amigos se aburrieron (como era de esperar) de seguir secundándome en los destellos de entusiasmo melódico que me embargaban. De su mente fueron desmantelando, pieza por pieza, la fantasía juvenil de creerse estrellas del metal. Tomaron los bártulos de un nuevo fracaso (Torralba, su palo con cuerdas; Cedeño, sus tarros y platos) y se exiliaron en remotos periplos. Uno agarró a probar suerte indigente en Europa, hospedándose de primerazo en la casa de una tía; el otro pegó para el Cono Sur a treparse en torres eléctricas.

3

De continuar todavía con Juventud Geriátrica, después de observar a Orellana maltrecho, añadiría a la prolífica lista de mis composiciones de la época títulos tales como *Alopecia bizarra, Frigidez fálica, Ninfomanía purulenta, Entelequias gimoteantes*.

El canchereo verbal entre el taxista y Medrano no concluye. El conductor le dice que, a él, que apenas estudió, que “a duras penas terminó el bachillerato por radio”, no le faltó ir a una universidad para aprenderse los vericuetos por los que los sabios transitan. “Así se habla, mijo —le secunda el Viejo—. Para qué tanto estudio si a la final los cartones ya ni de adorno sirven”. “Tanto comer libro atrofia”, respalda el taxista.

Mi pensamiento no los rebate en su filosofía popular. Mi mente de recién golpeado me transporta a una época en la que conocí personas que se consideraban superiores a los demás (una antesala a mis apreciados condiscípulos). Cuestionaban a los otros por leer o no leer.

Por estudiar o no estudiar. Para ellos, aquel que no tuviera un libro sobre su mesa de noche, no como simple epicentro decorativo de polvo, merecía ser catalogado de subnormal. Anotaban cuanta palabra nueva encontraban en sus aliadas lecturas. Transcribían frases, sentencias, que, citadas en el momento adecuado, ante el interlocutor apropiado, les garantizarían la llave maestra de las puertas de simpatías ajenas y suspiros de féminas hechizadas. Se convertían, proponiéndoselo, en caricaturas arrogantes, convencidas de que el hada de la genialidad las había tocado con una varita exclusiva, mágica. Ciegos, déspotas, descalificaban, humillaban, a cuantos consideraban que no estaban a su altura. Memorizaban fechas, sitios, títulos de obras. Nadie, nadie, les daría la talla. El resto, la masa amorfa, maleable, no era de su misma ralea. Con gestos socarrones, respaldados por sus inteligencias supremas, les carcajeaban, les recordaban a los demás sus deficiencias. Algunos de los humillados soportaban. Otros abandonaban. Luego, la vida, con sus malditas sorpresas, les dio una gran lección a los déspotas. Los encontró. Les destruyó ese falso trono que su ingeniería mental de ensoñaciones había edificado. ¡Tengan!

Orellana respira por la boca, en un susurro, muy quedito, dirían los mexicanos. El “ayyy” le ha cedido temporalmente el lugar a un bisbeo aparentemente tranquilizador. Parece en avenencia consigo, con los victimarios. Remanso de placidez. En fantasmagorías estará estrechando la mano de la miriada que nos flageló. Como en el ritual romano de la homilía, declarará, hablando bajito, “démonos fraternalmente el saludo de la paz”, mientras, en las entelequias que se superponen a la bruma de la borrachera y la azotaina, figuras edénicas lo rodean en un abrazo reconciliador.

Sigo sosteniendo su oreja derecha e introduciéndole tapones improvisados hechos con pañuelos clínex que contengan la casi cesante hemorragia que se filtra por los orificios nasales. Sé que también llevé lo mío, me dieron una linda somanta, por anfibio; pero el estado de inconsciencia del herido no puede ser medido con la misma vara que mis magulladuras y secuelas lacerantes. Al Gancho lo iban a matar. A mí solo me dieron de refilón, por sapo, en una acción fortuita. Es cierto, se llevaron una parte de mi apreciada ceja, me acariciaron la carota, me dejaron recuerditos en el resto del cuerpo. Sentiré las consecuencias más adelante, al agacharme, al moverme de un lado para otro en mi lecho cuando el insomnio de nuevo se aparezca. Lo sé con certeza. Pero, si he de pensar en lo que se le avecina a Orellana,

virtud de su mal contenida vocinglería, debo darme por bien servido. La he sacado barata, diría Homero después de que Flanders lo putiara.

El terreno baldío que sirve como una de las vías de acceso al barrio se vislumbra en el panorámico del cacharro que nos lleva como si fuera una ambulancia emergente. Hay poco tráfico. Son las siete de la mañana, anuncia la locutora de la emisora que sintoniza el taxista. Él y Medrano no han cesado en los bríos discursivos. Ambos tienen aspiraciones políticas, quieren ser los próximos ediles de sus respectivas localidades.

Antes de tomar la variante que conecta con la barriada, el Veje te le dice al profesional del volante que anote su número (¡un nuevo amigo!), que no hay que perder contacto, que las cosas pasan por algo, que no se arrepentía de haber ido a la casa del horror donde *casi nos matan* (¿a él?, ¡habrase visto insolencia parecida!), porque el destino le tenía reservado conocer a un líder comunitario que le podrá echar una mano en su futuro plan de gobierno. Aprovechando el rojo de un semáforo antes de hacer el desvío, el hombre del bigotico saca un esfero de la guantera y un pedazo de papel mal perfilado. Lo rasga en dos, como si fuera uno de esos dijes compuesto por las dos caras del sol que se ofrendan los enamorados en el momento más ciego de la traga. Le dice que también apunte el suyo. Se dictan los correspondientes contactos numéricos, los guardan en los bolsillos (solo faltó que le dieran un besito al papel).

—A mí toca es que me marque —dice el del bigote exiguo—, porque yo no tengo instalada esa mierda de *saguay* en el celular.

—Usted es de los míos —le responde eufórico Medrano—. Esos que utilizan ese *guasar* se vuelven idiotas. Por eso es que los chinos de ahora son más bestias. Lo único que ponen a funcionar son los dedos en esos cacharros, y, usted sabe, papi, que con los deditos se pueden hacer cositas más interesantes, je, je, je...

De no ser porque estamos llegando a nuestro paradero, estos dos pensantes se sumergirían ahora en un enriquecedor debate sobre la enajenación mediática como anzuelo para arruinar mentes juveniles. Estas infalibles apreciaciones me serían de vital ayuda para preparar una exposición que me tocó hacer (¡sí!, ¡tocó!, porque nadie quiso ese tema, se lo achacaron al más pendejo), para el próximo sábado,

sobre un texto crítico que hizo Pierre Bourdieu sobre la sociedad contemporánea. Recuerdo que desde el mismo título todo es intrincado. Claro, cuando por escrito pusieron en consideración los temas en el tablero, los compañeros, al igual que en el lanzamiento de un nuevo iPhone, se deschirajaron para lograr hablar sobre la poética de Franco, Gamboa, Mendoza, Medina, Vásquez, Faciolince, Sanín, Restrepo, Bonnett. A mí, en una descontextualización que aún no entiendo, la profesora de las moñitas de Pebbles Picapiedra me asignó, mediante dedocracia, la conferencia tipografiada del francés (que colgó los guayos no más transcurrir escasos años de este nuevo siglo). Para colmo, soy yo quien debe abrir este ciclo de exposiciones y preparar una ponencia de mínimo dos horas a partir de un material que ayer al mediodía fotocopié, escruté, en la cafetería de la universidad, mientras tomaba unos tentempiés y gracias al cual, merced a su embarullada jerga académica, sé que me van a zarandear cuando pase al paredón porque volveré a hablar con arcaísmos.

Buena maniobra la de la profesora. Cruzarse de brazos mientras me desgañito tratando de explicar teorías abstrusas. La entiendo. No la juzgo. Aplaudo su sagacidad. Yo hacía algo parecido, antes de renunciar a mi último empleo (en gesto ético por el suceso de mi choque automovilístico): dejaba que los impúberes a los que adoctrinaba en clases improvisadas de Religión se saturaran con maratones fílmicas de *Los supercampeones*, *Los caballeros del zodiaco* y *El chavo del ocho*. Así transcurrían las horas. El tedio se consumía. Ni ellos me jodían la vida ni yo se las jodía.

¡Qué viva la pedagogía!

5

Nos apeamos del carro de la fórmula política de Medrano (¡de la gente para la gente!) a una cuadra al sur de mi casa. Mis papás debieron de madrugar. Si no se ha presentado algún contratiempo de último minuto, deben de estar llegando al pueblo para más tarde asistir a la misa de tres años de fallecida de mi abuela. Según lo último que hablamos, regresarían hasta el martes temprano. Un lío menos. De momento, lo que me inquieta es el tratamiento que se le debe dar al zurrado del Orellana. ¿Qué manejo darle a situación tan embarazosa?

—¿Lo llevamos a su casa?

—¡Ni por el putas! —contesta el sabio Medra.

—¿Paramos otro carro y reconsideramos la idea inicial del taxista para que reciba ayuda de expertos, le suturen la oreja, le hagan una limpia?

—No, no —insiste el precavido viejo.

—¿Nos lo llevamos para su casa?

—No, no, mi mujer me capa.

Al parecer, no hay otra alternativa más que darle albergue en mi domicilio. Beneficiarnos de la ausencia de mis padres. A Medrano (experto en lavarse las manos) le parece formidable la propuesta. “¡Fooooormidable!”, dice. Supongo que las indicaciones que le dio a su recién conocido nuevo “mejor amigo”, para que nos internáramos por las vías paralelas del barrio, y nos desviáramos de la avenida principal, tenían su razón de ser: evitar el encuentro con alguien inoportuno, y, de paso, desentenderse de la carga de su hijo “predilecto” en algún lugar que no fuera su hogar, “dulce hogar”.

Con los pies en tierra, cojeando, jorobado, machacado, fregado, dirijo la marcha. El Vejete, por fin, apoya en el hombro al zaherido. Estamos a menos de treinta segundos de la casa. Nos desviamos de la ruta que conecta con el parque para evadir la presencia de ñoños deportistas que todavía no se han percatado de su condición de atletas fracasados. La tienda de don Geppetto (uno de mis sitios favoritos en el mundo porque es un paraíso del desenguayabe) está abierta. El Viejo la mira, se le hace agua la boca. Se relame.

—No vende antes de las diez —le digo—. Por estos lados hay muchas casas fiscales, el cucho no quiere que lo sapeen. Una vez lo aventaron. Desde ese día, hasta que no dé la hora permitida, solo vende gaseosa, juguitos, para los maricones que se las tiran de zanahorios después de trotar, jugar baloncesto o voleibol.

Pasamos de largo. No se ve a nadie adentro, solo unas rejas interiores que protegen los congeladores, la caja registradora, las vitrinas de las galguerías. Ni siquiera ha puesto las diminutas mesas y sillitas donde me he sentido como un monarca que atisba en lontananza los dominios alucinantes de la resaca.

—Otro día será —insisto.

—¿Por qué no hoy? —pregunta Medrano con una sonrisa.

—¿Por qué no hoy? —lo secunda Orellana desde *el más allá*, como si fuera un muñeco de ventrilocuo.

Lo miro, incrédulo, pero me es imposible atajar un esbozo de sonrisa. ¿Qué tal estos *manes* con las que salen? Continuamos hasta

llegar al portón negro de mi casa. Antes de extraer las llaves de uno de los bolsillos del pantalón, reviso la pantalla del celular y veo que hay un mensaje de texto:

“Hijo, en la cocina le queda desayuno. En la parte del clóset donde guarda las camisas le dejamos plata para que almuerce y coma”.

Enviado desde el móvil de mi mamá. Gano un poco de tranquilidad. Esto ratifica que se fueron. Tengo la casa para mí solo. Seré hospitalario.

Cuando voy a introducir la llave en la ranura, tres señoras enfundadas en largos faldones y chales, más un hombre ataviado con un horrible traje marrón con corbata naranja, zapatos azules, nos interpellan. Ven nuestro aspecto con ojos compadecientes, sobre todo el de Orellana y el mío. Llevan, además, en sus manos, sombrillas, revistas, biblias. Conozco a los de esta estirpe. Me sé de cabo a rabo lo que pregonan. Son como una plaga. Les hago un gesto de excusas con la mano, dándoles a entender que “hoy no”. Procedo a abrir.

—El que ignora al Señor en la puerta de su hogar —dice el badulaque del vestido de paño— está condenado a vagar en el infierno de su propia perdición.

—Miren lo que les pasa —secunda una de las enchaletadas—. Por andar descarriados, por estar lejos del redil, el maligno los ha enredado en sus ardidés.

—¡Vean cómo los han dejado, señor! —interviene de nuevo el de corbata naranja (me da náuseas) mirando a Medrano—. Ayude a sus hijos, se ve que andan por mal camino. Nada raro que haya tenido que irlos a sacar de algún antro virulento para evitar que los mataran. Seguro se fueron sin su permiso y usted, como buen padre que se ve, tuvo que irlos a sacar de apuros. Acérquelos a la salvación, aproveche nuestra presencia para que les sirvamos de guía. Uno solo no puede con todas las cargas y pruebas. Hay hijos que han enderezado los pasos. Que el Padre celestial, bienamado Jehová, los unja, si es que deciden abrirnos los corazones, las puertas de su casa. Haga caso a este llamado, señor, póngalos en nuestras manos, en las del Padre omnipotente. Se ve que ya tocaron fondo. Pero es ahí donde radica el valor de salvar las almas perdidas, las ovejas que, por andar atolondradas, confundidas, desviaron los torpes ojos hacia las malas prácticas. Eso no es vida. Dios nos creó para que seamos felices. La felicidad no está en el alcohol, en la noche, en lo mundano. Son coartadas del diablo. Él es astuto, se vale de triquiñuelas sucias para hacer que caigamos en el pecado, para manchar nuestra consciencia con alegrías pasaje-

ras. Miren a su alrededor. La verdadera dicha del ser humano está en interactuar sanamente con el prójimo, con los representantes de las causas justas. Está en despertarse cada jornada y agradecerle a Él por regalarnos un día más de vida, de salud, con techo, con familia, para poder viajar, conocer las maravillas que ha plantado en este mundo tan infinito, bello, rebosante de corazones puros que no nos negarían un abrazo, una palabra de consuelo, un consejo ante las adversidades. Hay que acercarse a los que nos dan paz. Alejarnos de los que nos contaminan. Hágalos recapacitar, póngalos en sus manos. Si quiere, ahora mismo elevamos una plegaria. Nuestro Padre no ignora al que lo busca con fe. Eso sí, tiene que hacerlos renunciar a ese estilo infame de vivir. Sé que no es fácil, los sacrificios nunca lo son, más cuando se les nota que están consumidos por los estragos que el maligno, con sus redes, les ha provocado. Fuerza. Si se ora con el espíritu dispuesto a aceptar las bendiciones, nada es imposible, eso se lo garantizamos. Nada. Sus hijos, señor, se lo agradecerán...

¡Qué latosos!

Me toco la parte ausente de la ceja. Orellana les sonrío, mostrándoles el hueco del diente extraviado, la oreja colgante. Se tambalea. Una de las beatas no aguanta la visión esperpéntica de las dos almas atrapadas por los garfios de Satán. Agacha la mirada, finge leer algún artículo de la revista. Abro, de una vez por todas, el portón. Le digo al Viejales que me deje subir al cuarto “junto con mi hermano”.

—Papá —continúo después de recibir al apaleado nuevamente en mi hombro—, déjanos retirar a nuestras recámaras para que reflexionemos sobre los actos concupiscentes, terrenales. Mientras, a causa del pésimo comportamiento que hemos demostrado, tú, abnegado padre, sigue hablando con estas buenas damas y este portento de hombre para que, mañana mismo, empecemos la limpieza de nuestras almas.

Antes de que haya alguna réplica o respuesta, de que pueda colarse Medrano con nosotros, les cierro la puerta en las narizotas. Me largo a reír tal chiquillo alebrestado. Los canarios del garaje me miran extrañados. Creo que mis carcajadas se escuchan en toda la cuadra. Si no estuviera trasladando al herido en mi hombro, me lanzaría al piso del garaje y me revolcaría como un enano pletórico de placer estúpido, ridículo, sinsentido, mientras me desternillo de la risa por el solo hecho de imaginarme a nuestro excelso “padre” al otro lado de la puerta recibiendo más consejos espirituales.

Las tres santurronas y el titino de corbata naranja (otra vez siento ganas de regurgitar) lo deben de estar masacrando con una monserga salvadora. Le dirán que se aprenda pasajes de la Biblia, que se lea la revista que regalan, que les dé su número de teléfono para mantener el contacto vivo, que San Agustín también fue un mal hijo, pero que, gracias a la intervención mancomunada de su madre con el Redentor, fue rescatado de las pérfidas pezuñas del Leviatán.

6

El timbre empieza a sonar. Primero, de manera moderada.

Tin... tun.

Las voces de los rescatistas de ánimas oscuras siguen en colquio unilateral, mientras que Medrano empieza a susurrar mi apodo, a rogar para que le abra.

Tin... tun.

La única respuesta que obtiene son mis carcajeos mal disimulados. Luego se pega a timbrar como si lo estuviera atacando una apoplejía anal.

Tintún, tintún, tintún, tintún, tintún...

—Señor, cálmese —le indica el de la corbata chillona—. Hay un salmo que dice que no hay que desesperar, que el Espíritu Santo transformará nuestro corazón y nuestra mente. Él es el guía en el sendero, la lámpara para nuestros pasos.

Espero dos minutos.

Tintún, tintún, tintún, tintún, tintún...

Para evitar que me inutilice el timbre, que lo malogre, le abro al fin. Entra por el pequeño resquicio que le permiten mis altruistas manos al sostener el portón. “¿Cómo te fue, padre santo?”. Le guiño un ojo, le digo que la coja suave, que no era mi intención botarlo de la casa. “No, papi, eso no se les hace a los mayores, menos dejarme en

medio de esa gentuza que nos trató de pecadores. Me masacraron". Se explaya en una larga reflexión que defiende a los borrachines. Para él, estos servidores de Dios se creen con el derecho a escarmentar a los que tomamos con cualquier castigo por ser lo que somos. ¡Bien merecido nos lo tenemos!

Aquí, entonces, se hace comprobable que lo que dijo tiempo ha un dipsomaniaco escritor es cierto y va de la mano con la nueva perorata del Vejete: "siempre que estés borracho, serás culpable".

—Por eso —me dice sentimental, casi limpiándose los mocos— es que la gente se cree con el derecho a mirarlo a uno mal, a juzgarlo, papi, a verlo como uno de los peores pecadores de este puto mundo, como una alimaña asquerosa, una chunchurria, que debe ser apartada del resto del rebaño para no corromperlo. Por eso es que las personas se ríen, hablan mal de uno, a las espaldas, papi, no, no. Por eso es que ellos lo señalan, le juegan bromas pesadas, no hay derecho.

¡Otro latoso!

Palabras más, palabras menos, lo parafraseo, Medrano dice que es por tal razón que lo discriminan y excluyen, "mijito", simplemente por eso: porque parece que el mayor defecto es ser un borrachito.

—Lo que no saben estos seres virtuosos, íntegros, hijos de una virgen, es que el borracho es honesto, sincero, de una sola pieza, y no necesita refugiarse en sermoncitos, canciones espirituales, para ocultar la pobreza del alma, no, no. ¿De qué le sirven a la gente la sobriedad y los juicios de amonestación, si ellos esconden enfermedades, aberraciones, peores, los cafres? Ellos ocultan que son mentirosos, cobardes, ladrones, timadores, chismosos, idiotas, calumniadores, egoístas, malos padres, malos hermanos, malos hijos, insensibles, pedantes, pendencieros, misántropos, infieles y, en fin, ridículas criaturas que ven en todo a Satanás, a la perdición, al infierno, a la imperfección, papi. ¿De qué les sirve su religiosidad? Toda la aparente buena conducta les vale simplemente para decir "culpemos al primero, más fácil de acusar". ¡Y claro!, ahí está, ahí está el más obvio: el borracho, el hijo de su gran puta madre, el jarto. A ese no hay que desenmascararlo, papi, ese la pone de papayita, ese no es un farsante, un impostor; ese muestra, sin que se escarbe demasiado, el lado débil, los miedos; ese es el más cómodo de descalificar, es el que le da la oportunidad a los demás de decir "nosotros somos sanos, somos personas superiores, correctas; nosotros no estamos contaminados por lo mundano, merecemos la buena vida, la gloria de las glorias".

"¡Qué tristeza!", remata el Viejales el discurso.

Para Medrano, en su rapto de inspiración en defensa de las almas beodas, el consejo para todas esas buenas almas de Dios, “mijo”, y para las que se dejan embaucar por las mismas, “padrecito”, consiste en que la mejor religión que puede existir es la de no involucrarse con nadie. Sencillo, fácil, económico. El borracho, aparte de su organismo (algo que es voluntario y a lo que nadie lo obliga), no se mete con nadie más. Sus actos lo perjudican única y exclusivamente a él, los demonios le atañen solo a su embolatada existencia. Él no necesita aplicar esa vieja consigna que tanto le gusta a la mayoría: “júzgaos los unos a los otros”. Él no necesita hablar mal de los congéneres, ponerlos en la picota pública, así como tampoco le urge ir a orar a abarrotados templos para rogar por la hermandad, la salvación de la humanidad. El borracho no se las da del policía del mundo. El simple acto de no joderle la vida al resto es elogiabile, a pesar de que él mismo esté destruyendo la suya.

¡Guau! ¡Guau! ¡Guauguau!

¿Por qué diablos no activé la grabadora de sonidos del celular y registré la fantástica alocución que el Viejo se fajó con el ego herido por la broma que le jugué (al dejarlo con los místicos a las afueras de mi sagrado recinto familiar)? Para que siga con estos racionios de honda profundidad, siento el deseo de dejar que los hermanos testigos, que aún siento traspasando el portón con sus susurros, ingresen a mi domicilio y provoquen una nueva dilucidación teológica en Medrano. ¡Sería interesantísimo verlo en una de sus tantas facetas de amiguero esporádico!

Hago un cambio de tercio. Le digo que se calme, que voy a llevar a mi cuarto a Orellana. Entre los dos lo subimos por las escaleras. El Viejales se sigue quejando. “Fue una broma pecueca —le espeto—, una güevonada, no se estrese por eso. Preocúpese mejor por este *man*”.

La casa en penumbra me gusta. Todas las cortinas de la segunda planta están cerradas. Las habitaciones que eran de mis hermanos y la de mis papás tienen las puertas de par en par. Sin embargo, la gruesa tela del cortinaje mantiene las sombras del ocaso. Odio eso rayos de sol filtrados por las ventanas que atacan a los que nos desmadramos la noche anterior.

Miro a Orellana cuando lo acomodo en mi cama (también las cortinas de mi cuarto están echadas). Creo que, si tuviera fracturas, estaría dando unos alaridos infernales. El dolor lo tendría revolcándose como una hormiga en ají. Sin el consentimiento del padre abnegado, lo siento en la cabecera, le empiezo a quitar la ropa. “Esta

mierda hay que lavarla”, le digo. “Hágale”, masculla desde el más allá. Sobreviviente.

Lo despojo con cautela —no sea que le termine de arrancar la oreja— de la chaqueta y la camisa ensangrentadas. Le digo a Medra que se encargue de los zapatos y el pantalón. En ropa interior parece un faquir. Corro al patio, en el primer piso, echo el hato en la lavadora. Antes de ponerla a funcionar, de aplicarle jabón en polvo y detergente líquido para ropa de color, me empeloto ahí mismito, sacando mis pertenencias y las del apaleado: billetera, celular, llaves, monedero de abuelo. Lanzo las prendas al fondo de la caverna junto con las de Orellana. Mi atuendo Johnny Cash también necesita limpiar las impurezas, las marcas escarlatas que ha dejado la cruenta correría. Presiono un par de botones en el tablero electrónico para delegarle el resto del trabajo a la máquina lavatrónica. Al pasar al lado de la alberca, hundo la cabeza en el agua por más de diez segundos. Después de retirarla, me agito, como los perros, para sacarme el agua. Chispazos.

Camino hacia la cocina circundante, también en penumbra. En la estufa hay una olleta con chocolate. La calentaré para darle al par de monigotes de arriba un poco de bebida humeante. A mí me place algo frío. Abro la nevera. En un recipiente hay una masa que semeja ser gelatina. Morada, compacta, como una cúpula de lisa superficie. Sin modales de etiqueta, tomo la vasija, me la llevo directo a la boca.

¡Puaj! ¡Es hígado crudo! Escupo en el vertedero, pero el salobre gustillo no se aleja de mis voraces fauces. ¡Por garoso!, diría mi hermano incinerador de cuadernos. No es la primera vez que confundo alimentos. En una previa borrachera, cuando la sed de madrugada me empezó a atormentar para que recuperara algo de las sales metabólicas perdidas en la juerga, bajé a esta misma cocina y, en vez de consumir lo que creí limonada, me zampé una sanguaza de sábila que alguien había depositado en el refrigerador para un remedio casero. ¡O qué decir de la vez que confundí la mermelada con pasta de tomate para lasaña!

Como me sucedió con la corbata naranja del papanatas espiritual, el sabor del hígado crudo me provoca sucesivas arcadas. Corro a la alberca. Repito la operación de sumergir la cabeza y parte de mis hombros en el agua curativa. ¡Ah! Sacudo de nuevo mi testamen, me limpio con un trapo mojado el resto del cuerpamen. Reparo en la casa de madera del perro, al que se le practicó la eutanasia en mayo pasado. Otro del que no queda más que el borroso recuerdo en mi memo-

ria de los miaditos que soltó cuando le aplicaron la inyección en una de las patas delanteras. Se fue desvaneciendo hasta desplomarse para siempre. Como los orines, un lagrimón también se le desprendió.

Les subo el chocolate. Lo desprecian. Medrano es categórico al afirmar que lo que necesita el cuerpo es más chupe. “No jodás”, le digo con una nueva sonrisa (he de aceptar que, si el guiñapo de mi amigo no hubiera sido vapuleado hasta la postración, yo mismo estaría trayendo unas cervecitas de contrabando de la tienda de Geppetto).

—Hay es que mirar cómo medio curamos a este pendejo —reconvengo—. Yo puedo lidiar con la tunda que me dieron. Al fin y al cabo, no siento nada roto, no me dejaron mueco. Eso sí, me bajaron parte de la ceja. La inflamación de la nariz, los pómulos, bajaré poco a poco con hielo. Las marcas de las piernas, la barriga, la espalda, los brazos también las capoteo. ¿Pero el pedazo de oreja ese que le cuelga a este chino qué?! ¿Cómo le hacemos?!

—Eso no son problemas —ataja Medrano—. Búsquese en el botiquín de la casa unas gasas, esparadrapo y, si tiene de casualidad y encuentra ahí mismito, tráigase unas tableticas de Acetaminofén o Ibuprofeno, da lo mismo, son la misma mierda, pero de diferente culo —¿volvió al estado natural después de la magistral exposición sobre el estigma que nos acompaña a los borrachos?—. Ahí le cuadramos mientras tanto la oreja, porque, si nos vamos para urgencias, nada nos garantiza que nos atiendan de una. Usted sabe, mijito lindo, que el sistema de salud en este país de ladronzuelos anda de capa caída. Más gana uno quedándose en la casa a punta de remedios caseros, curitas en la jeta, que yendo a perder el tiempo en una sala de espera con el gran riesgo de regresarse con el rabo entre las piernas y la piedra de haber desperdiciado las horas. Hágame caso, papi, vea que ahorita, mientras usted estaba abajo, noté que Orellanita ya se está mejorando. Hasta me dijo que quería echarse alquito a la garganta, porque la tiene seca. Lo del diente, ¡pues ni modo! He conocido gente que ha perdido ojos o que les han amputado piernas, brazos o se han bajado dedos trabajando en fábricas manufactureras. ¿Adivine? Ahí siguen vivos, sin quejarse, echaos pa'lante, como la del Joe Arroyo. Ahora, ¿cómo no va a poder un culicagado mandarse a poner un implante? Preocúpense cuando pierdan el entusiasmo por esta vida, que es tan bacancita... ¿Pero, por un diente, un pinche diente?

No sé si aplaudirlo, mandarlo a la porra, darle un hijo, derramarle el chocolate en la cabezota o decirle “choque esas cinco, papi”. Me parece paradójico que haya armado tremendo berrinche de mujer

odiosa por la bromita inofensiva de dejarlo cara a cara con los evangelizadores, hasta el punto de soltarme el discursito mamerto sobre los ataques de que somos víctimas los dipsomaniacos, y que, ahora, al tener al frente a dos zurrados en calzoncillos, calcetines, el uno más ajusticiado que el otro, pero al fin al cabo cascados hasta en el alma blenorragica, pretenda juzgar que no hay que sobredimensionar algo que es normal convirtiéndolo en un drama que acapare tanto pensamiento. “Un pinche diente”, repite. “Problemas chiches”, remata.

—Lo primero que le sugiero, pelaito —me dice—, es que baje esa mierda de chocolate a la cocina. Luego búsquese algo de ropa y préstele también unos chiritos aquí a mi amigo querido. Hacemos una vaquita sabrosa, plena. Usted se busca en el botiquín lo que le dije. Y yo, mientras, voy a la tiendita, le digo al veci que nos venda unas cochitas, así disimulado, por debajo de cuerda. Usted sabe que es viejito pero fregao, no sería la primera que nos alcahuetea. Yo regreso en menos de cinco. Sé que usted, a esas alturas, ya ha conseguido las vendas, las gasas, el esparadrapo, los antibióticos, el agua oxigenada, el Mertiolate, las tijeras, mejor dicho, lo que se pueda... Hacemos la curación, dejamos que descanse y le hacemos la esperita, sitico, tomándonos unas poquiticas, padrecito.

Lo miro. Un gorjeo divertido se escapa de mi garganta. No sé cuál de los dos tiene más hambre. Cínicos. Si él, por pretender reducirlo todo a un nuevo pretexto para seguir jartando, o yo, porque creo que su plan no es del todo descabellado (me suena, me suena).

¿Acaso, si nos abstenemos de echarnos unas suavécitas, a Orellana le va a volver a crecer el diente, el ratoncito Pérez se lo va a dejar debajo de mi almohada? ¿Será que con no mojar la gargantúa, ávida de un refresquito dominguero, la oreja colgante va a sanar por arte de magia? ¿El no ir adonde Geppetto, a adquirir unas hijotas de la cebada, será una terapia para que los hematomas se esfumen como las quimeras de los prestidigitadores? ¿El dejar de hacer algo en el presente borra lo que ya no tiene cambio en el pasado? “¿Por qué no podemos beber para siempre?”, dice una canción de Tool.

“¡A güevo!”, gritarían los zapatistas. “¡Vale chimba y media!”, los uribistas. “¡Me importa verga!”, los castrochavistas. “¡Qué chingones!”, el Pancho Villa. “¡A por la jodida cerveza!”, los chapetones.

7

Del libro de mi camarada bigotón Friedrich *Más allá del bien y el mal*, que tengo relegado en un rincón de mi escritorio, saco un billete de los grandes (si esto ocurriera unos años atrás, cuando reputaba a la literatura como una deidad omnipotente, ubicua, le apuntaría a Medrano que se diera cuenta de cómo en los libros está el poder, las respuestas a todo). Le paso el dinero al Viejo, le digo que ahí va lo de Orellana y lo mío. Sale raudo de la habitación, como si le acabara de dar una entrada al estadio para ver a Millitos o le concediera papel moneda para ir a un prostíbulo. Al sentir que baja la escalera, le grito: “¡Que estén bien frías, no vaya a traer meaos de conejo!”.

Lanzo el libro de Nietzsche al rincón del que lo sustraje. Recuerdo que es el único vestigio que me queda de mi pasada vida de lector rumiante. Uno entre la cantidad abrumadora que poseía. Lo conservé porque es una edición clásica de tapa dura azul, inscrita en letras doradas, que consiguió mi hermano en una librería del Centro. Allí guardo el dinero que no cargo en la billetera para gastos emergentes, como este de supervisar la recuperación del malherido Orellana. Los demás volúmenes de mi antigua colección de depredador de letras los regalé, otros se pudrieron en una caja en la terraza después de un lapo de agua tremendo, varios se malograron en las quemadas de los basureros, algunos me los dejé robar adrede, como los de la colección de Dostoievski, que, en cada clase, uno por uno, en un aparente descuido de torpeza, dejaba en la parrilla de los pupitres. Así se fueron extinguiendo mis insumos bibliográficos. ¡Hasta me deshice de *La conjura de los necios* en una cantina!

Ahora, cuando leo, solo lo que me obligan en mi entusiasta posgrado sabatino, recorro a fotocopias o al servicio de préstamo externo de las bibliotecas. Si no hay más vías que la compra del material, indefectible, procuro conseguirlo pirata en las aceras para que, después de leído con desgano, termine siendo abandonado en las escalinatas de una plaza o en las bancas de algún parque concurrido.

8

En el anticuado botiquín, empotrado casi a ras de piso en el baño de la primera planta, encuentro una caja vencida de Doxiciclina de 100 mg, un frasco manchado de Isodine, unas gasas empolvadas y

un rollo a medio usar de esparadrapo. Con esto nos la apañaremos. El chocolate se fue por el vertedero. El Vejete está arriba esperando mi domicilio de aditamentos médicos. Él ya cumplió con el suyo. Antes de que regresara, me vestí a las carreras con una larga pantaloneta marcada con el número cinco que me hace parecer un surfista de las costas hawaianas, unos tenis viejos (me encanta utilizar zapatillas desgastadas, peladas, por el tiempo), una camiseta manga sisa negra estampada con la cara de un niño sonriente con gafas y gorra de cuero de piloto de la Primera Guerra Mundial.

Con Orellana no tuve tanta suerte. Por no ser de mi misma talla, recurrí a una visita sorpresa al dormitorio de mi hermano fallecido. Es (¡era!, coño) de la misma estatura del azotado. En una rápida inspección (no quise escudriñar por respeto y escrúpulo sus pertenencias huérfanas), encontré una bolsa de Farmatodo que contenía un (¿una?, de nuevo, ¡coño!) pijama que nunca estrenó. Mi papá y yo se lo compramos de afán en la droguería más cercana a la clínica cuando estaba hospitalizado. No nos fijamos en el diseño, preocupados solo por adquirir el tallaje que mamá nos había indicado.

El pantalón azul no representa ninguna barbaridad en las tendencias de la moda pijamística. El grito en el cielo lo pondrían los maniflojos diseñadores de moda si vieran el camisón: “¡De por Dios, Señor! —bramarían con esa vocecita molesta que, a pesar de querer parecer femenina, deja colar disfonías masculinas—. ¡Qué es lo que mis ojos están viendo, qué es este adefesio! ¡Fo! ¡Sácate de aquí! ¡Chite, chite!”. El fondo es rojo y en todo él hay diseminados dibujitos de carritos de madera, zanahorias, caras de payasos alegres, balones de fútbol del Mundial de México 70, pelotas Molten de baloncesto, bates de las grandes ligas, raquetas Wilson, palos de golf Cleveland. Un sancocho, diría mi mamá. Un zaperoco, mi papá. Con razón nunca fue estrenada. Por muy enfermo que estuvo mi hermano, tuvo la dignidad de no vestir este mosaico. “Es lo único que le queda”, le digo a Medra al advertir su incrédulo y jocoso gesto.

9

La bolsa de basura (de las gigantes, ultrarresistente) con las treinta botellas en el interior reposa en uno de los costados del dormitorio (tocó traerlas camufladas, como un ropavejero, porque cargar con el petaco plástico resultaría muy evidente cuando todavía no son

las diez de la mañana). Con una cuchara, haciendo palanca, las destapamos y las vamos agenciando al buche. Medrano le embute tres píldoras del antibiótico vencido a Orellana. Se las hace bajar con un largo sorbo de cerveza.

—Tome, padrecito —ahora es nuestro hijo, ¡bah!—, que esto lo va a poner sano. Usted y yo, que trabajamos en laboratorios, sabemos que no hay lío cuando se pasan de la fecha. Son estrategias que utilizan los verriondos para que la gente les compre más pastillas cuando las botan a la basura, creyendo que no sirven de nada. ¡Las guacas! Por eso es que esos mercenarios de la salud andan pichos en plata. ¡A mí con cuenticos de píldoritas pasadas, las recontraquacas!, ¡la madre!, ¡creen que uno nació ayer!

Después de administrada la dosis (con terapia de lenguaje motivador incluida), Medrano me pide que le sostenga la cabeza al paciente a efectos de realizar la cirugía plástica de la oreja. Con una toalla húmeda le limpio de nuevo el rostro, mientras le sostengo la testa con mis dos pulgares reteniendo las sienes. Como un especialista de la instrumentación quirúrgica, Medrano toma a dos manos gasa, Isodine, tijeras, mientras que entre los dientes sostiene la cinta colgante del esparadrapo. Susurra solo moviendo los labios. Los dientes apretados con la tirilla adhesiva. A manera de mantra protector dice: “A mí nada me queda grande, no me voy a dejar ver las güevas de esta”. Con la rapidez atlética de un velocista de los cien metros, reacomoda el lóbulo, la concha, el hélix, vierte Isodine encima, sobrepone en la zona cuatro rectángulos de gasa, estira la cinta del esparadrapo con el dedo índice izquierdo, la hace girar tres veces por la cabeza hasta que casi el contenido se agota, toma las tijeras y, como un matador que acierta en la estocada, corta la tirilla. ¡Olé! ¡Bravo! ¡Bravo! “A mí nada me gana, puta vida, con cuenticos chinos a otro”.

—Listo, mijo —dice sacudiéndose las manos, triunfante, restregándose las, cual si acabara de despachar un asunto que le clavara el alma en el asfalto—. Ahora hay que dejarlo descansar, cubrirle la cabeza con algo más para que el vendaje no se le zafe.

En mi armario, muy al fondo, escarbando como minero chileno, cincel, pica, encuentro un gorrito de lana peruano que me trajo a manera de *souvenir* una innombrable zutana de uno de sus tantos viajes alrededor del mundo, durante los cuales interactuaba con gente de mejor casta que la mía en francés, inglés, portugués, holandés, finlandés, cantonés, japonés, danés. A las pocas semanas de darme el obsequio limeño, me mandó al traste diciéndome, en españolés, que

mi visión de mundo era tan limitada que las únicas metrópolis que podría visitar en la vida serían la tienda de Geppetto, Los Faraones y mi cuarto. De esos tres lugares no saldría, con mi falta de aspiraciones, con mi renuncia a un mapamundi lleno para ella de maravillas. (“No hay nada como follar y que la dejen a una bien cogida, tío, en otros países”, sentenció). También me indicó que, si yo aspiraba algún día a tener una descendencia, primero debería ir a donde un especialista a que me limpiara el organismo de tanto alcohol y, de paso, me desintoxicara el semen con sondas clóricas.

¡Ha llegado la oportunidad de deshacerme del políglota gorrito peruano!

Tiene una borla horrible (similar al pelo de Beto, el de Plaza Sésamo, amigo de Enrique) que corona los espantosos colores verde y violeta distribuidos en franjas desiguales. De las dos orejeras cuelgan unas trenzas hiladas que rematan en otras dos borlas, más diminutas que la primera.

¡Un accesorio escatológico!

Con delicadeza se lo pongo en la cabeza a Orellana. Le digo que se lo regalo, que es suyo, que lo conserve; que vea esas orejeras, ni mandadas a hacer para disimular la lesión mientras cicatriza; que los colores están una *uvita*; que las bolitas que parecen asteriscos, más las trenzas que cuelgan de las orejeras, son un tributo a las agallas de los incas; y que, no hace mucho, había visto en una entrevista en Fox Sports a Paolo Guerrero con uno igualitico. “Una chimbita, mano, una cuquita, hermanolo”.

Dejamos que se recueste. Nos aplicamos a lo nuestro. Cada uno se ha bajado por la cañería faríngea de a siete u ocho cervezas. Hay momentos en los que noto que Medrano empieza a parpadear más de lo normal. Microsueño. Sé lo que significa, con creces. Lo bueno es que él no va manejando. Está sentado en una silla que le traje del comedor, al lado de la cama del durmiente de la oreja damnificada; justo en medio del escritorio y del armario, que le llamó insólitamente la atención, cuando lo abrí para buscar el gorro con el que le cubrí la cabeza al paciente que ocupa ahora mi lecho, por la manera enfermiza, según él, como organizo mis atuendos. Los apilo como en una obra de

perfecta simetría. Por colores, tamaños, parte del cuerpo para la que fueron confeccionados.

Enciendo el portátil y el televisor al mismo tiempo. En un canal nacional sale un presentador estúpido que está mojando pantalla a toda hora. Lo he visto dándose las de chef con cucharones de palo probando sopa, de futbolista haciendo la veintiuna, de cantante tocando la guitarra acústica, de juglar improvisando coplas. Un mastuerzo que se las tira de bacán. Creo que nos parecemos en lo perdedores.

A los segundos, silencio el televisor con la tecla de Mute. Cambio de canal. Se ve la imagen de las gradas de un soberbio estadio italiano en las que la gente gesticula cánticos, eleva pendones, salta, brinca, desfoga energía. En el portátil abro un navegador, hago clic en el historial, borro uno a uno los *links* de las páginas porno (¡no quiero que descubran mi pervertido secreto!) e ingreso luego a YouTube. La primera que programo le pincha los ojos al Viejales. Los abre, sacude la cabeza. “Eso, sí, lo que hacía falta era musiquita”, dice.

Vamos de nuevo.

*Licor bendito, que quitas los pesares,
que alegras corazones y matas el dolor,
te necesito, cuando me encuentro triste.
Eres fiel compañero en mi soledad.*

—Ni mandada a hacer —expresa pidiendo que le destape una nueva—. ¡Qué más podemos pedir: fútbol, amigos, música! ¡Pa qué más! ¡Qué más da! Mientras tengamos estos tres salvavidas, podemos ponerle cara a la vida, que es bien puta —¿no que era muy “bacancita”, como hace poco dijo?—, porque sí que es fregada la malparada. Niño, sin temor a estar equivocado, pienso que lo único que vale la pena es mojar la garganta, mamar ron, como dice mi compadre, escuchar una buena canción y ver o jugar fútbol. Ni las maricas viejas valen la pena: vea cómo le dieron al chino por culpa de una de ellas.

(¿No estaba dormido, recostado en el Renault 9, cuando la vieja del manajo de llaves inauguró a Orellana? ¿Cómo sabe que una fémina fue la que empezó la trifulca?).

En fin.

Noto que de uno de sus bolsillos sobresale lo que quedó del esparadrapo. Con un gesto le indico que me lo pase. Tomo la pequeña tira, la rasgo. Los dos fragmentos me los pego verticalmente en la parte perdida de la ceja. Debo parecer un ñámpiro de Las Cruces (el barrio

en donde he visto a los mejores jugadores de microfútbol y en el que a otro amigo editor, que se ha diluido en el tiempo, lo fulminaron con la mirada cuando entró a pedir un Marlboro en una tienda popular).

En la revisión de los bolsillos para pasarme la tirilla adhesiva, Medra encontró su celular y el papelito que le dio el taxista. Me pide que le registre el contacto porque a él esos cachivaches le siguen “mamando gallo”. Al devolvérselo, nota que la carga del bicho está en vía de extinción. En un enchufe multitoma lo conecto para renovarle la energía.

Haciendo memoria, recuerdo que el dispositivo móvil de Orellana y el mío quedaron en la mesa de planchar, al lado de la lavadora, cuando los extraje de la ropa y los posé ahí para lanzar las prendas a la gruta burbujeante que las purificaría. Deben de estar descargados. Mejor así. Alguna de las hermanas debe estar marcándole o escribiéndole al apaleado. Peor si es el gendarme del Rosso el que lo esté requiriendo. El muy pazguato, preocupado por el paradero del santificado hermano. ¡Que se jodan! Por suerte no saben en dónde vivo. En cuanto a mi celular, lo más seguro es que nadie haya tratado de entablar contacto telefónico conmigo. Ya ni mis papás me llaman. ¡Mejor! Espero que estén orando por el alma de la abuela, no por la mía. A mi madre le bastó con un escueto mensaje para avisarme que había un chocolate, que boté en el lavaplatos, y un dinero, que ya deposité en el libro del bigotón del Friedrich. Esa suma la voy a conservar para lo que fue dejada. Si toca seguir escurriendo chela por el guargüero, lo haré con mis propios ahorros. Creo que es lo único que conservo de decencia: no tirarme lo de la comida en jartazanga.

Medrano bota el papelito con el número de su próximo escudero político en la caneca que tengo al lado del televisor. “Ya está guardado en el cacharro —dice—, ¿para qué llenar los bolsillos con basura?”.

¡A mí también me dieron un papelito, joder! Hasta ahora caigo en la cojonuda cuenta. Con el tejemaneje posterior de nuestros pasos borrachos, más la furrusca en el barrio de las lomas de ñoña, había echado al olvido este detallito. “Me has echado al olvido”, canta José Feliciano. ¡Claro!

*Laurita consentida, colgada de la barra,
con ese cuerpo gordito que puso el licor,
para que aplastaras con tus carcajadas
a este su gran valedor.*

Laurita de mis cuitas, de tetas pequeñitas...

El papelito debió de haberse caído cuando me zurraron. (¡No voy a regresar a esas calles en cuesta para que me terminen de emparejar las cejas! ¡Ni loco!). O, de contar con el infortunio de haber seguido a mi lado, se habrá ido en alguno de los bolsillos de mi camisa o del pantalón negro. Tengo la certeza de que, de ser así, el ciclo del lavado ya habrá borrado los números trazados con afán por la mano corpulenta de Laura antes de que me perdiera de vista en el taxi en el que nos escapamos del barrio. ¡Ni modos! Tampoco me voy a exponer a visitarla en la discoteca del letrero desdentado, donde el petiso me deseó la muerte por el malentendido con la cara de caballo. ¡No!

Es una lástima, porque la Jodie Foster rolliza de Pensilvania parecía sincera en la empatía que, paradójicamente, le suscité. Me cayó en gracia con sus chacotas con acento paisa. Empero, el no poder contactarla tiene sus ventajas. Fijo terminaríamos hablando del petiso y sus secuaces. Ese tipo de personas estúpidas que se ofenden fácilmente. Gente que solo debemos ver una vez en la vida. También hay gente que vimos infinitos días y que, sin embargo, no debimos conocer nunca.

¡Por el orto la velada pasada! ¡Aquí no pasó nada! ¡A lo pasado pisado! ¡A Jodie la seguiré viendo eternamente esbelta cada vez que pasen *El silencio de los inocentes* por el Movie Channel!

Orellana se despierta. Durmió más de tres horas. Parejo, seguido, al hillo. Nos dice que quiere ir al baño. Apenas lo ayudamos a incorporarse de mi camastro —los pies forrados en unos ridículos calcetines con dibujos del perro Droopy (que, junto con los bóxeres de caucho destemplado, son las únicas prendas de su atavío que conserva del atuendo original de la víspera)—, se estrella con las botellas vacías que hemos ido dejando en el piso el Viejo y yo. “¿Eso quién pidió? —dice, mostrándonos el hueco de la dentadura—. Me extraña que no me hayan compartido. Yo soy su pinza máxima”. Se concentra en nuestras caras, cerciorándose de que las hipodérmicas etílicas les han inyectado viveza a nuestros ánimos.

Aunque camina rengo, se nota que en algo el sueño lo reparó.

Al regresar, se sienta al borde de la cama. Recibe el jarabe de lúpulo que su padre putativo le destapa con la cuchara. Se la baja enterita, en menos de diez segundos. Pide que la dosis del potaje líquido sea aumentada para acelerar el poder curativo del tratamiento.

—De nuevo los tres en pie de lucha —dice Medrano—. Hemos sacado la casta.

“Este y sus máximas”, pienso. “¿No se cansará de rebuznar?”.

A Orellana no parece importarle el nuevo atuendo. Su única preocupación es ponerse al día con la ingesta de la medicina curativa. Aunque se duele de cuando en vez (yo, en cambio, me trago en silencio los estragos de la somanta; ya no me importan: ¿a son de qué las quejas en un mundo del que nada hay que esperar?), ha entrado en la dinámica beoda que nos ha caracterizado en antiguos itinerarios juerguísticos. Ríe, tararea, intenta silbar. No habla con la misma soltura que le conocemos, pero se esfuerza por hacernos recordar al flaco de cresta de gallo al que una oreja lastimada, un diente extraviado y un cuerpo abollado le parecerían bromas, quilombos baladíes de la burletera vida. ¡No mames! ¡No manches!

La música (única palabra leal antecedida por el artículo femenino) no se extingue. Los partidos silenciados en el televisor siguen el ciclo rotativo. Joder, es domingo. No importa la hora. Durante todo el puñetero día hay fútbol. ¡Bendito sea! “Es lo más lindo, lo más hermoso, lo más bello”, dice Medra con el ojo aguado. “Bundesliga”, “Calcio”, “La Liga”, “La Premier”, “Primeira Liga”, “La Ligue 1”, “Eredivisie”, “Brasileirão”, “Superliga”, “Liga Águila”. Todo un menú para lamerse las patas. ¡Bendito sea, de nuevo, catálogo tan supremo!

El problema se divisa con el inevitable fin del líquido de las botellas de la bolsa negra. Morgue. Le hemos escurrido como motobombas el caudal a la cebada. Hasta el zaherido Orellana contribuyó, trocándose en un alambique más que evaporó el brebaje de las botellas.

Cuando noto que el Viejo va a proponer una nueva colecta, después de vaciada la botella treinta, suena su celular. Lo desconecta del enchufe multitoma con parsimonia, como quien no quiere la cosa. (De pronto es la mujer para la rendición de cuentas correspondiente. ¿Alguna de las hijas que ha tomado la vocería en pro de las familias abandonadas? ¿Clamarán por sus derechos? ¿Algún funcionario de la Comisaría de Familia que ha sacrificado el domingo y le quiere hacer un llamado a las dos de la tarde para expresarle su preocupación por la vida disoluta y el consecuente desamparo al que tiene condenados a los seres queridos?). Observa la pantalla con desgano, de lejitos, como cuando se toma en las manos algo que huele maluco. ¡Guácala! Agranda, achica, los ojos como si no lo pudiera creer. El bicho ulula vibrando, reproduciendo una canción infame.

*Watanegui consup,
 lupipatí, lupipatí,
 Wuli wani wanagá.
 Watanegui consup,
 lupipatí, lupipatí,
 Wuli wani wanagá...*

Acerca, aleja, el celular de los ojos, cual cámara de ecos ópticos. Inaudito. Esboza una de las sonrisas más arteras que he visto en mi malhadada existencia. Malicia. Se frota las manos haciéndole sándwich al celular. La boca le babea, los ojos quisieran salirse de las cuencas, las piernas le tiemblan, los brazos se agitan cual aspas de molino arrebatado, camina de un lado a otro de mi cuarto. De nuevo arrima el celular a los ojos. Prodigioso. ¡No te lo puedo creer! Pide que hagamos silencio. Contesta.

—Buenas tardes, Linda. No sabe cómo me alegra el día... Ajá, ajá... Sí, sí... Mmm, mmm... Claro, claro... ¿En serio?... ¡Qué buena noticia!... Con todos los juguetes entonces... Va pa esa... Ajá, ajá... Ah, ah... Ni que estuviéramos bravos... Con razón... Es para mí un honor... Allá nos veremos... Pa ayer es tarde, madre...

Cuelga.

Sonrisa de oreja a oreja.

“¡Lo sabía!”, nos dice mientras suena una canción del humorista argentino Yayo que programé en el computador (con la típica entonación grave en el tuteo:

*Te quiero, te quiero, te quierooo, te quiero... cuartear
 el ojete... Besame, besame, besameee, besame... la
 punta del choto. Y, ya que andás por ahí abajo, plan-
 chame la bolsa del escroto...).*

—Tarde o temprano iba a caer. Ninguna se salva. Se las dan de refinaditas, de imposibles. ¡Ayer cómo me hacía fieros con los negros! La difícil. Por eso fue que yo apoyé la idea de sus hermanas de que nos abriéramos de ahí, Orellana. Ya estaba mamado de que me diera casquillo con los niches. Ni me acordaba, si no es porque llama... Adivinen para qué... Dizque don Arce está botando la casa por la ventana. Está de reinauguración, hasta con música en vivo. Le pidió el favor a Linda de que me marcara porque su nuevo teléfono, Orellana, no lo tiene y —me mira—, pa, le ha estado intentando al suyo, pero se va a

buzón. A mí me late que son pretextos, porque yo alguna vez también le pasé mi número al cucho Arce, si mal no recuerdo. Excusas de esa vieja porque está arrepentida. Ya la tengo de una alita. Claro, apenas vio que nos fuimos, ahí sí le entró la preocupadera por mí. Lo que estaba esperando era un pretexto, un cuento reforzado para llamarme. Así son. Lo pueden tener a uno a un palmo de narices y se desentienden; pero, no más uno se da su lugar, se dice que uno vale y alza vuelo, lo quieren recuperar... ¡Muchas cagaleras, chinos!

No hay que consultarlo, debatirlo, deliberarlo. Sería una torpeza. ¡Regresamos a Los Faraones! “¡Pegamos pa allá fijo!”, dice Orellana. El buen hijo vuelve a casa. Nunca debimos salirnos de ahí. Jamás debimos buscarle males al cuerpo, como nos lo dijo el taxista del mostachito de niña. Aunque para qué quejarse. ¡Carece de sentido! ¡En la vida volveremos a alejarnos de nuestro sacro seno familiar! Don Arce es nuestro verdadero Dios. Uno de los mandamientos reza que hay que santificar las fiestas.

Con presteza demoníaca, llevo a cabo varios menesteres domésticos antes de largarme de nuevo. El tiempo ha entrado, una vez más, gracias a la dinamizadora bebida, merced a Dionisio, en ese estado perfecto en que todo se comprime como en un pestañeo.

Ahora quien toma el mando de la operación éxodo soy yo. *It's me*, dirían los gringos en los refritos americanos. Renovados los ánimos. Hinchido de energía ética. Recojo las treinta botellas vacías, las deposito como cadáveres en la bolsa negra; traigo un trapero, limpio con él las huellas circulares de las botellas que quedaron en el enchapado; con papel absorbente, froto la superficie del escritorio; apago el televisor, cierro las puertas del armario, le ordeno al Vejete que le devuelva la bolsa de la basura con el envase a Geppetto y que le transmita el mensaje de agradecimiento, indicándole que, después, la volveremos a llenar; le ayudo a amarrar los tenis a Orellana, le reacomodo el gorrito peruano; entro al baño, desbebo, descomo, me lavo los dientes, me echo agua en el hocico, me miro al espejo —¡vaya, qué feo!—; rehago la cama de mi habitación, apago el computador, desciendo a la cocina, lavo la olleta del chocolate, me dirijo al patio, saco las prendas de la lavadora, las cuelgo en la cuerda; miro la luz que se filtra por el tejado, ruego para que las actividades de coima no sean succionadas por la amnesia; le abro a Medrano, que lleva unos dos minutos timbrando: *tintún, tintún, tintún*; reviso que la jaula de los canarios —que, antes de irse, mis papás dejaron semidescubierta, con alpiste, nabo y agua— conserve fuentes alimenticias para los pajarracos, les traigo

de la despensa un pedazo de ponqué Gala de coco, les silbo, abro la puertecilla e introduzco la vianda, les silbo de nuevo, me despido de ellos; regreso al patio, tomo los dos celulares de la mesa de planchado, corro escaleras arriba, le lanzo el dispositivo móvil a Orellana, le digo que en Los Faraones le regalan carga, en cuanto al mío, pienso que es infructuoso lidiar con un bicho que no más ver la hora ya se descarga, lo guardo en una gaveta; le pregunto a Medrano: “cómo le fue con Geppetto”, “todo de maravilla, todo sobre ruedas”, le palmeo el cachete, le digo: “siempre tan diligente”, “para eso estamos, mijito, soy buena gente”, me responde; les indico que se vayan adelantando, que me esperen en el garaje, emprenden la bajada, escucho sus pasos en la escalera (lentos, muy lentos); saco de *Más allá del bien y el mal* una buena cantidad de guita sin tocar el fondo alimentario que me dejó mi madre; hago una ronda por las habitaciones de la segunda planta: las camas tendidas, las cortinas echadas, las ventanas cerradas, los armarios incólumes, sin ninguna pista de que hayan sido violados; voy al baño, reviso los grifos, la cadena del sanitario, cierro las puertas; desciendo, inspecciono que el registro del gas esté cerrado, desconecto la máquina lavadora; corro al garaje, examino mis bolsillos: billetera, monedero, llaves; abro la puerta, salimos, aseguro los pasadores.

Está hecho. ¡Soy un portento! ¡Un arquetipo! ¡Una bestia productiva! ¡Una mucama que cualquier cadena hotelera quisiera para sus filas! Ejemplar. ¡Desde que me paguen con martinis en el bar!

12

Los tres hijos de puta salimos muy tiesos, muy majos. Paganos en busca de valquirias embotelladas. El mismo recorrido de ayer. Acompañados. Que el Triángulo de las Bermudas no nos trague en los tornados de la desmemoria. A Orellana le valen un higo su pijama, gorrito, el caminar rengo; Medrano saca la panza con orgullo, queriendo descollar para llegar a donde Linda. La camiseta sisa con la cara del niño piloto, la pantaloneta de surfista, los tenis clásicos desgastados son mi nueva armadura. El atuendo Johnny Cash descansa: se colgó de la cuerda (¡!). A lo sumo, son tres minutos y moneda los que nos gastaremos para que el oasis, en su renacimiento, nos abduzca a la vía láctea ebria.

Paramos donde el paisa que vende arepas, justo a escasos metros de la entrada. La música nos llama. Nos alimentamos porque, contrario al chocolate humeante, el menú de la harina de maíz rosti-

zada con capas de mantequilla y sal no nos rompe el buche. Medrano le paga con un billete; le dice que cuando termine las ventas allá lo espera, que por las vueltas no se preocupe. Le pica el ojo, chocan los puños. Hace un mohín con la boca. Reemprendemos la marcha.

Hay bombas, luces (así sean las tres de la tarde), serpentinas, confetis desparramados, cabezas, mesas, estantes, barra. Dos grandes cabinas de sonido se ubican en cada uno de los dos extremos del portón de salida. Al lado, cuatro hombrecillos con sombreros e instrumentos musicales flanquean la entrada. Batería, bajo, guitarra, teclado. Dos micrófonos calados en sendas bases completan el arsenal melódico.

¡Voilà!

“¡Qué viva la música!”, escribió Caicedo. “Música para camaleones”, Capote.

13

¡Armaré una nueva banda! Tengo dos posibles nombres: Vulgar Marriage (será probar con la lengua sajona) o Semper Idem (¿por qué no recordar el latín?). Me inclino más por el segundo. Así se llama un cuento de Jack London (que me gusta —aunque no tanto como “Un buen bistec”—) que habla sobre los círculos viciosos en los que somos eternamente felices.

¡Ni mandado a hacer el nombrecito!

Aunque Torralba esté viviendo en Argentina, encaramándose a postes, torres, para ampliar la cobertura de redes telefónicas con cables al hombro, vestido todo el pelotudo día en el laburo con un overol que le queda grande (hace poco hablé con él, ya se le pegó el acentico), y Cedeño haya tenido que emigrar a España, para ser un peón de la construcción (¡vamos, tío!, ¡me cago en la patria y en Dios!), sé que hallaré a dos secuaces que me sigan la nota, no con la misma afinidad, ¡obvio!, no con la misma empatía, compenetración, comunión, pero, vaya, algunos chavales, hostia, algunos pibes, che, encontraré.

¿Y si no?

Haré la de solista, como el mariquita de Juanes.

Que Xenofobia y Juventud Geriátrica sean historia. Semper Idem me llama en lontananza.

Adiós también a estar tocando como músico prostituido en fiestas familiares, despedidas de soltero. Como la del siete de diciembre del año pasado. Todo glamur, felicidad, caras sonrientes, adornos navi-

deños, villancicos. ¡Dos fiestas en una! Día de las velitas y antesala de casorio. Yo, ¡válgame el que me traje!, en medio de los fiesteros, con mi bajo color natural, madera, tocando cancioncitas de enamorados mientras, en el fondo, me sentía vuelto miseria porque ese mismo día, en la mañana, había descubierto a otra mengana innombrable, a la que todavía le vivía duelo, saliendo de la casa de un vecino: ambos coloraditos, con los cachetes del color del pipí de mi perro cuando se autocomplacía con las almohadas, el pelito mojado, recién bañaditos, sonrientes, agarraditos de la mano, con la traza evidente en los ojos de la alegría de la víspera.

¡Tomates fornicadores!

Cuando terminamos con la farsa de la presentación, pasada la medianoche, el tecladista (que fue el que me llevó a esa comedia navideña fusionada con “adiós a la soltería” y que conocía a medias) me dio cien mil pesos por colaborarle en tan tétrico *show*. Sin proponérmelo, congenié con el baterista (otro incauto que conocí en esa ridícula jornada y que, por las cien barras, cayó allí en la trampa de tocar algo que no le gustaba) y nos los tiramos en dos botellas de whisky y en cervezas que compramos en un supermercado cercano. Nos hicimos en las afueras del salón comunal, en un andén, al que fuimos a parar para tocar bazofias, esperpentos. Convenimos en que hay situaciones para las que uno no está hecho, pero que uno se tiene que mamar, tragar, digerir, engullir, a las malas, con los dientes apretados; que se atorán en la garganta, que requieren de un líquido más fuerte que las agüitas, los cafecitos, los juguitos, los capuchinos, los batiditos, para poder pasarlas, evacuarlas, expulsarlas, desterrarlas.

¡Salud!

¡A la porra ese pasado de prostituciones musicales vergonzoso!
¡Que se vayan a la ñoña las chisgas!

14

El hombrecito de la batería les da la entrada con las baquetas a sus camaradas sombrerones. *Un, do, tre, cua*. Tocan una que me pone a viajar en el tiempo, me recuerda a un sastre de pelo engominado que iba a tomar al billar de mi abuela. Pedía cien pesos (de los de aquel entonces) en monedas de veinte (esas doradas que tenían un poporo con el que nuestros aborígenes mambeaban la coca) y se las clavaba a la radiola para programar cinco veces la misma canción.

*Todo el mundo me aconseja que te olvide,
que tu amor es mi fracaso y nada más,
pero, a pesar de todo, yo te quiero.
¿Qué me importa lo que digan los demás?*

El del bajo, que es el más joven, toca con desgano. Se nota que está allí por compromiso. Pasa que muchos de estos grupos *animalocales* están conformados por familiares. Viéndolos en detalle, los cuatro se parecen. Mi teoría no es rebatible. El cantante es el más anciano. Toca la guitarra. Lo apoya en los coros el del teclado, que parece su hermano. El de la batería y el bajista deben de ser hijos de uno de los dos veteranos. Todos tienen el mismo tono de piel mestizo; el mismo hocico de ratones acuciadores cobrizos. ¡Los Roedores del Ritmo!, así los llamaría si me permitieran ser su *manager*.

*Tè quiero y qué.
Tè quiero, aunque tú seas mi fracaso.
Y, aunque destroces mi alma en mil pedazos,
la dicha de mi vida está en tu amor...*

Sin querer disimularlo, violando los principios éticos del músico (eso ni yo en la fiesta del día de las velitas), el careniño lampiño del bajo suelta un bostezo que casi nos traga a todos. Su padre (o tío, como sea) sigue cantando, entrecerrando los ojos, marcando los acordes en la guitarra, sintiendo el poder lírico de la sonata que tanto le gustaba al sastrecillo valiente que iba a emborracharse al billar de mi abuela, que derrochaba de a cinco poporos indígenas para escucharla. De ser yo el líder de esta banda, hace mucho tiempo lo habría desterrado, por irrespetar a sus colegas filarmónicos y al público. Así sea de mi misma sangre. Es un código que se debe reverenciar, incluso en las fiestas que no son de nuestra predilección musical.

¡Fuera! ¡Fuera, dandi déspota!

Sin embargo, los demás integrantes no parecen notar esta falta de respeto para con la vocación, para con los previos y arduos ensayos a los que tuvieron que aplicarse antes de asumir esta presentación.

¡Allá ellos!

Ni siquiera un metacho, que alguna vez un compañero de estudio me presentó, salía con estas conductas descorteses frente al auditorio. El *mancito* decía que tocaba en bandas de *death*, en grupos de *heavy* o de *jazz*, y que el *grunge*, el *punk*, eran para mediocres, que no

se bajaba de interpretar a Yngwie Malmsteen, Joe Satriani, Jason Becker. Un día, de esos que usted no planea, lo descubrí tocando la guacharaca en una parranda vallenata (¿justicia poética?) cerca de una universidad ubicada en Teusaquillo. Pelaba las muelas de lo contento, de lo sabroso que la estaba pasando; movía el trasero como un Papá Noel de pilas, agitaba la pelada (hacia poco se había cortado las greñas metaleras), cual rolón frenético, sacudía las piernas como marimonda arrecha. Cuando tuvo tiempo para descansar, en un intermedio de las tandas, nos saludamos, me dijo que su papá era el del acordeón, que eso “había que hacerle a lo que fuera, comerse lo que se moviera, probar de todo”.

*... y, si el mundo es un juez, que me condene,
en tus brazos hallaré mi salvación.
Tran, tran.*

El del bajo suelta un nuevo bostezo. El guitarrista anuncia un descanso. Para la próxima tanda nos deleitarán con algo de carranga y norteña, anuncia limpiándose el sudor. ¿Carranga? ¡No tienen los instrumentos que se requieren! Presumo que improvisarán con pistas grabadas en la organeta mientras los demás acompañan, adaptan las versiones. No sería la primera vez que lo hacen. Veremos cómo les sale el experimento.

A este propósito, vale decirlo, otra de mis teorías reza que la carranga le sirvió de base rítmica a la música electrónica. Si uno oye con atención, manejan el mismo tempo. Nada extraño que uno de esos desocupados europeos haya plagiado el compás, el pulso, el acento de esta muestra artística de la idiosincrasia campesina en un viaje que consideraría exótico a tierras boyacenses. ¡Claro! El muy usurpador escucharía la cadencia del tiple y el requinto y se los trastearía a su continente para, luego, forrarse en plata en festivales en donde el que más pasito se da en la cabeza lo hace con metanfetamina.

¡Pirata, ladronzuelo, corsario, filibustero!

El receso musical nos permite tomarnos un respiro en este Woodstock a pequeña escala. Todos mis correigionarios han asistido. Don Arce, el promotor de este fastuoso evento, está detrás de la barra, contento, con las muelas de perro pequinés, callado (tienen más fluidez verbal James Rodríguez o Jorge Barón). Sé que, en algún lugar de la trastienda, o en el segundo piso de la casa, estará su mujer enferma, lidiando con un cáncer estomacal, pensando que los ambientes fes-

tivos no se hicieron para que la gente sea más feliz, sino para hacer más infelices a los infelices, como las Navidades, los Días del Padre, los Años Nuevos y todas esas chorradas que van en hilillo, como los rosarios que le rinden tributo a los Viacrucis. Medrano, Orellana y yo ocupamos una mesa que colinda con la de Linda y los peliquietos. Veo cómo el Viejales alardea, cancherea, contándoles los pormenores de la paliza. Al igual que el payasete de Rosso, supongo que se las estará tirando del héroe, del salvador. Hace sombras boxísticas en el aire: un *jab* por acá, un *uppercut* por allá, un *crochet* en el hígado, un *hook* en el mentón. Linda y los negroides están alelados con el relato, las bocotas de par en par. Nos miran a los dos combatientes convalecientes. Sonríen. Sin disimulo. Resoplan.

15

La tarde amenaza con acabar. ¿No reza una frase pueril que todo final es un nuevo comienzo? ¿No es esta máxima de la misma ralea de aquella que dice que nuestros verdaderos amigos y amores son los que nos hacen la vida mejor? ¡Pamplinadas! ¡Barrabasadas! ¡No siento inclinación por los emperifollados perfectos! ¡Prefiero hacer yunta con el gremio de los comemierda!

Una vez más, las botellas se vuelven cadáveres que reclaman unas dignas exequias en las bóvedas plásticas. Medrano ya no está paniqueado porque su familia le envíe la brigada de rescate de padres secuestrados. Le preocupa más que el envase sea retirado. Hay que conservar las apariencias (¡como si no fuéramos a completar casi las 24 horas dándole parejo!).

Orellana, orondo con el gorro que disimula los apósitos de la cirugía plástica y el camisón rojo infestado de matachos infantiles, parece ni pensar en los verdugos que nos flagelaron. El de la chaguala, el de la cara de plato de lentejas, la guarra que lo aseguró con el manajo de llaves y, en general, la caterva gavillera son unas fichas sueltas de un rompecabezas que no vale la pena armar.

Antes de que los cuatro hombrecitos de los sombreros ataquen con una nueva tanda ratonesca, repaso la fauna aglomerada. Los del matadero con las botas de caucho amarillas, las batas ensangrentadas. Chucho, el latonero, hartándose de cerveza para poder soportar que tenga una mujer más fea que los carros chocados, abollados, que le llevan para que les saque los golpes. El catano que se parece a Faulkner

que siempre bebe con la hija. El profesor de sociales pensionado que dice que militó en el M-19. Linda más su retoño, que le hace justicia al nombre de la mamacita. Los peliquietos embambaos, hermanados, que sumados formarían una selección de fútbol completa de alguna nación africana. El gordito opita que, sea el día que sea, visita encorbatado este paraíso sucursal de Las Vegas y que, a medida que se deja agarrar del traguito, empieza a hablar disfónico y a inventar canciones. El vendedor de aguacates con dientes de conejo que deja la carretilla afuera con su producto, sin importar que se la roben. Don Pablo, igualítico al humorista “Weird Al” Yankovic. El señor Ramiro, profesor de Administración de Empresas en una universidad de garaje. Míster Raúl, que manifiesta que, cuando se ha topado de frente con Piedad Córdoba en el Centro, la ha puteado por vendepatria, guerrillera. El infaltable Hernando, que proclama que, cuando se le venga en gana, se le antoje, puede ponerle una bomba a este barrio. “*Boom*. Todos pa la mierda”. El tartufo del Medrano. El bocazas de Orellana. Yo, el fracasado, insurrecto demediado, creador de epítetos sin clase.

La crema y nata se ha reunido para este festín reinagural. Los clientes exclusivos fuimos convocados. Los VIP, dijo una vez el Viejo *sin saber lo que esa joda significa*. Ninguno de nosotros es el dueño de la verdad absoluta. Esa está afuera, en las dumas del desierto del Sahara.

Nos traen más lúpulo. Cebada. La cuenta aumenta. ¡De algún culo saldrá sangre! Aunque he escuchado que la cerveza es el néctar de los ignorantes, también he oído que el pudor y la incorruptibilidad de los que se creen superiores moralmente, poderosos, se disuelven en el dinero. No sé qué es peor.

Los temas de esa hondura psicológica me abruma, a esta hora, en estos festivos momentos. Prefiero dejarlos de lado, como las dificultades, tomarme una nueva polita, permitirle que baje por el tracto faríngeo, sentir ese calorcito reconfortante del que tanto hablo, que me hermana con los desgraciados. Pensar en la canción de un grupo gringo que se estrelló en un avión y que dice “los problemas vendrán y pasarán”. ¡Ah!, cavilar sobre el *slang* “shit happens”; consumiéndome, aturdiéndome con vinos de plasma, mientras brindo a la distancia con Orellana, Linda, los peliquietos; libando, degustando, levantando la botella, acercando mi ojo a su pico, soplándolo, echándome un nuevo rafagazo al colete. Don Arce, sonriente, a pesar de las dificultades; Medrano, aparentando; yo, pegándome una trama de las mil maravillas, observando las bombitas, las serpentinas, los confetis: el cónclave de los malogrados dipsomaniacos.

¡Qué importa que mañana no recuerde nada gracias al malévolo y arrasador Triángulo de las Bermudas que se complace con mi desmemoria! Es una celebración, joder, puta, coño, ñoña, demontres, la que nos trajo, un convite, ¡no joda!, un ágape rutilante. Vale la pena correr de nuevo el riesgo de la amnesia. ¡Al cuerno la exposición de Bourdieu, mis clases de los sábados, el garrote despiadado que mis infalibles compañeros y maestros le dan a lo que escribo! ¡Al diablo el remordimiento del carro estrellado, la imposibilidad de viajar al pasado para evitar lo que hice! ¡A la mierda las fulanas que no más me abandonaron, encontraron rapidito quién les calmara las ansias porque les picaba la cucaracha! ¡Que se coma el marrano a los que nos cascaron en esa loma, habiendo seducido a mis inocentes cofrades con la ilusión de una aventura imponderable! ¡Que el recuerdo de mi hermano no me mortifique! ¡Ya descansa, ya duerme! ¡Los que nos quedamos vivos seguimos pudriéndonos con nuestras viejas cicatrices! ¡A la porra el felón de mi padre, que me contaminó de vida! ¡Que todo se envuelva en un gran paquete que debe ser arrojado a las cañerías, en aquella mentira que es la literatura: la redención, el perdón, las ansias de abandonar la marginalidad! Sin reformas. Decadencia. ¡Los créditos! ¡Que rueden!, ¡que rueden los condenados!, ¡que rueden los créditos!, ¡que rueden los cojonudos, putos y rameros créditos! ¡Que rueden! ¡Ahora! ¡Ya!

Antes de que el hombrecillo con cara de roedor y sombrero les dé la entrada a sus compadres con las baquetas, el gordo opita, improvisador de canciones, que siempre va de paño, pide la palabra. Ya tiene la voz afectada, rota, cascada, averiada, distorsionada. Aguardamos su interlocución. Le pasan uno de los micrófonos. Se lanza con otra de sus inventadas cantinelas, disfónico, como si hubiera tragado clavos de carpintería:

*Yo canto para divertirme
y no para divertir a nadie.
El que quiera que lo divierta...
¡que lo divierta su madre!*

Silencio.

Breve.

Se rompe. Estallan los aplausos. Los confetis vuelan. Las bombas explotan. Las risotadas no se contienen. Se desata una algarabía de padre y señor mío. Todos gritamos. Euforia colectiva. Somos la cas-

ta irreflexiva. No pensante. Eso nos cupo en suerte. Sin conversión. Presas fáciles de lo mundano, del chiste barato. Brindamos de pie. “Capo, capo”, oigo que le gritan al gordo de paño. Miro a Orellana, que aplaude, carcajea. Chocamos la cerveza, con fuerza. Medrano y Linda, a pesar de la cercanía de los negros, se ofrendan un abrazo. Los otros siguen celebrando la ocurrencia del obeso encorbatado con vítores, palmas, chiflidos. Le lanzan más confetis. Sin pensarlo, el opita sigue tomando la vocería. Los demás lo secundamos:

*Yo canto para divertirme
y no para divertir a nadie.
El que quiera que lo divierta...
¡que lo divierta su madre!*

Mágicamente, el carnaval repercute e impregna más a la concurrencia. Juerga colectiva. Reafirmación del arrebatado. Le hacemos eco a la tonadilla. El de la voz disfónica no suelta la batuta. Todo el puñetero público de Los Faraones repite, oligofrénico, su estribillo inventado. Una y otra vez. Nos abrazamos, brincamos, saltamos, como si perteneciéramos a una cofradía que anima a unos ídolos que se nutren de la energía de un himno. Institucionalizado. Hasta el de la batería se anima, nos acompaña con el pedal del bombo.

*Tan, tan, tan, tan...
... ¡Que lo divierta su madre!
... ¡Que lo divierta su madre!*

Miro al desmirriado del bajo. Si vuelve a bostezar, yo mismo lo agarro a trompada limpia, lo juro por Baco, así termine de estropear-me los nudillos, heridos por la batalla de la mañana en las lomas.

Cómo quisiera que los badulaques sabiondos con los que estudio estuvieran también acá para gritarles que yo escribo *para divertirme, burlarme, mamar gallo*: a mí mismo, sobre todo, a ellos, a la jodida existencia, al mundo, al pasado, a las caídas, exabruptos, cagadas, a mi familia, a las palabras reforzadas. No hay que tomarse tan en serio eso de creerse una figurita de las letras. Un prócer. Escribir bien, o mal (como ellos me lo gritan), en últimas, no sirve de nada en momentos cruciales. ¿Muy errado? Si no están de acuerdo, pues *que los distraiga su musa, que los entretenga su numen*.

Perdón por mancharlos, impolutos literatos, con anatemas verbales y chistes sin clase.

Cuando se nos extinguen las voces, después de casi tres minutos, y la euforia colectiva amaina para tomar un respiro, el de la batería (cómplice de la algarabía) le pone freno al acompañamiento. Deja la patica quieta.

Nuevo silencio.

El líder se acerca al micrófono, que el gordo le ha devuelto poniéndolo en la base. Lo palmea en la espalda. Sonríe. Nos guiña un ojo. Se cala el sombrero. Estira las manos. Aplauda la antesala telonera que le hicimos a la banda. ¡Bravo!

“Acá vamos, una vez más, no pierdan el impulso, camaradas”, dice entusiasmado, dispuesto a tocar un sol en la guitarra. Saluda al veterano del teclado tocándose el ala del sombrero. Clint Eastwood cara de rata. Recibe un trago que alguien del público le ofrece. Se lo baja sin pudores. Mira al secuaz rítmico de la batería, que está presto a dar una nueva entrada. Las baquetas sonarán. En reposo está el pie que atacó segundos antes el pedal del bombo. ¡Que se alcen los codos! ¡ Los Roedores del Ritmo vuelven a las andadas, harán de las suyas, nadie los parará! Como buen público, no nos quedaremos atrás. Responderemos a este tenor. Perfecta comunión.

Un, do, tre, cua...

Ensayo
Zigzagueos de tres
odres sin Virgilio

Antesala: el paraíso rechazado

Tres años atrás, para esta misma época en el calendario, una encopetada institución universitaria del Opus Dei reafirmó en mí la sensación de considerarme un paria, un villano. La reputada y beatífica universidad, en un convenio sin ánimo de lucro con el Estado (¡!), becó a una colectividad de siete miembros de mi trabajo para cursar una maestría en Pedagogía. Dentro de ese grupo de bendecidos e iluminados figuraba mi nombre. En vez de recibir esta dádiva como un espaldarazo formativo, un guiño coqueto del destino, la selección, por la que debí sentirme halagado, me causó insomnio, perturbaciones anímicas, dilemas vocacionales.

Al pasar revista a los nombres de las asignaturas del programa, un resuello de pavor, mezclado con apatía sudorosa, me embargaba, me hacía concebir cátedras en las que sería más infeliz de lo que ya era. Imaginarme dos años atrapado en lecturas y demandas de escritos sobre tratados pedagógicos, teorías, paradigmas, modelos educativos, prácticas *in situ*, postulados didácticos no era nada consolador. Además, como era de suponer, la benefactora universidad condicionaba la estadia de los becados en su pénsum académico con rigurosas medidas. La letra menuda no es excluyente de los ámbitos educativos. Con reprobar una materia, ¡una sola!, el glorificado estudiante perdía la condición de becario, asumiendo íntegro el precio de toda la maestría. ¡Y los precios que manejan los del Opus Dei son tan elevados como sus buenas intenciones sobre esta tierra!

Al sopesar las posibilidades, el panorama era para mí poco motivador: una deuda inminente que no podría condonar, seguramente.

Decidí declinar el rayo lumínico de la beca. Mis compañeros, por lo bajo, claro está, no me bajaron de subnormal, como el par de hermanos mongoloides del libro de Gustavo Álvarez Gardeazábal *El bazar de los idiotas*. ¡Dejar pasar una oportunidad como esas solo era de hombres sin aspiraciones, sin pretensiones de superación, sin visión triunfal!

Las críticas, más que calar en mi ánimo dubitativo, llevaron a cuestionarme sobre mis verdaderos intereses formativos. Así corrierá el riesgo de fracasar, me decía, debía cursar estudios de maestría en un campo en el que sintiera empatía por las materias de conocimiento. La literatura, la escritura, la lectura siempre se me habían insinuado como periplos en los que mis intereses se ajustaban a esta honesta exigencia, por más que tuviera que emprender la travesía en la soledad propia de quienes asumen esta ruta, aunque el peregrinaje estuviera plagado de baches, rodeos e incertidumbres.

Las almas de los excomulgados: el purgatorio aceptado

Sin tantos dilemas vocacionales, di el siguiente paso. ¿Sería falso? ¿Un tanteo en la oscuridad? ¿Se hundiría en pantanos cenagosos? De ser así, me sostendría en la tabla salvadora y consolativa de saber que zozobraba en un viaje voluntario, no impuesto por las circunstancias de la conveniencia, consciente de la no descartada posibilidad de un naufragio: estudiar Creación Literaria.

La escritura ha formado parte de mis secretas aventuras. Desde hace un buen tiempo, en silencio, sin pretensiones de fama, he escrito cuentos que no han salido de los cerrojos inviolables de mi ordenador. Ya sea por falta de confianza o por una inclinación soterrada a permanecer retirado, como lo haría Salinger en vida (guardando las proporciones), mis engendros escriturales no se los compartía a nadie. Así que, de golpe, desde el mismo día de la entrevista hasta la culminación de los módulos en cuarto semestre, me vi abocado a navegar en una chalupa en la que, a lado y lado de las aguas, estaba expuesto a miradas de terceros. Sufrimiento. Padecimiento para un alma tímida.

Las prácticas de comentar y ser comentado en los ejercicios de escritura, conforme corrían los semestres de esta maestría, contribuyeron a que ese principio aparentemente innegociable de condenar al mutis las propias creaciones fuera dejando caer los escrúpulos que lo sostenían. Las acotaciones de los maestros y compañeros de estudio,

bien intencionadas en su mayoría, me ayudaron a perfilar mi estilo, a encontrar mi voz, a experimentar otros registros, a salirme, extraviarme de la zona de confort a la que solía aferrarme al no hacer partícipes a los demás de mis invenciones narrativas.

Yerros hubo, en demasía. Los seguirá habiendo. Porque quien se atreve a escribir, sabe que no solo se expone a que lo elogien, sino que, es lo más común, a que le señalen las flaquezas. Así, al final de esta dinámica de escritura, de escuchar y poner, a su vez, en la picota las propias creaciones —con un paso alarmante del tiempo y las clases—, me vi enfrentado a ese titán que, lo confieso sin rubores, me intimidaba aún más por la proximidad de tener que abrirme a los demás: el Proyecto de Creación.

Llegada al primer rellano: un manojo de espinos

Escribir no es fácil. No hago ningún descubrimiento. Los mismos escritores que pertenecen a los niveles que no corresponden a este mundo, como Gabo, expresaron que eran impedidos para ello:

En mi caso, ser escritor es un mérito descomunal, porque soy muy bruto para escribir. He tenido que someterme a una disciplina atroz para terminar media página en ocho horas de trabajo; peleó a trompadas con cada palabra y casi siempre sale ella ganando... (García Márquez, citado en Flórez 7)

¿No le ocurrió a Rimbaud que, desesperado frente a una hoja en blanco, daba alaridos de impotencia por sus bloqueos creativos? ¿De ese estancamiento no surgió el poema en prosa *Lo imposible*?

Con la plena conciencia de esta quijotesca tarea, afronté un nuevo escollo en mi viaje voluntario. En un principio, cuando, en segundo semestre, se nos conminó a llevar ideas para el proyecto de escritura, la posibilidad de crear una novela estaba ubicada en el último lugar de la fila. La antecedieron intenciones de inclinarme por la redacción de un texto de relatos. Los coqueteos que había realizado con la escritura se habían concentrado en ese ámbito. Para ser sincero, la cuestión la daba por zanjada porque se trataba, además, de un camino más expedito. Me decía: hago una compilación sencilla de cuentos, unos diez a lo sumo, echo mano de algunas ideas que tengo, las pulo, soy cuidadoso con la ortografía y sanseacabó. Tenía

ideas que, por no estar aterrizadas, por rayar en una pluralidad inarticulada de temáticas, fueron descartadas. Por ejemplo, quería hablar de profesores fracasados, de las inmundicias del cuerpo humano, de hombres que solo viven en las páginas de los libros mientras su terrenal vida es un vacío que los atropella y anula. También se me pasó en mientes inventarme un librito de historias separadas que tuvieran como epicentro a Bogotá.

Ante la disparidad de las ideas, la última opción que se insinuaba en mi lista de posibles proyectos fue la que pareció tener más cuerpo, viabilidad. Como esos estudiantes tímidos que, cuando levantan la mano, lo hacen sin personalidad, la opción de una novela, sin la certeza de que se convertiría en mi nueva ruta, terminó finalmente imponiéndose sobre las múltiples vías del cuento.

Cuando decidí embarcarme en ese proyecto, más que entusiasmo, me embargó un colosal miedo, un pesimismo burlón. Tal cual me ha ocurrido en muchas situaciones de la vida, terminé en un lugar impensado. Mentiría si afirmara que mi impulso inicial era inclinarme por esta opción. Sería un cínico, creador de embustes y fabulaciones, peor que mi contradictorio narrador.

Hacer un alto para llevarse las manos en forma de visera y realizar una inspección del proceso, de la decisión tomada, cuando esta no pareció concebida como una panacea, un impulso iniciático, supone un grado de sinceridad que no se puede soslayar. Insisto, nunca imaginé, ni en broma, que mi proyecto hollara este sendero.

El giro, la decisión de escribir una novela, obedeció en gran medida a los consejos que me dio mi primera asesora, que me persuadió de que la escritura de una novela no implicaría tanta dificultad como la de crear un universo aparte, independiente, único, para cada uno de los relatos, si es que esa era mi elección. Finalmente, me convencí de que ese era el destino de mi proyecto, a mediados del tercer semestre. Era eso o echarme para atrás, replantear uno nuevo, arrancar de cero. Gracias a la profesora Alejandra Jaramillo, di ese paso, del que me vine a apropiar con entera convicción cuando la propuesta fue sustentada y puesta en consideración por los jurados.

Como se puede inferir, los consejos surtieron efecto y heme aquí interactuando con un paciente lector sobre la poética de mi novela concluida.

La orilla del Leteo: la pila bautismal

En un principio, el título no lo tenía definido para referirse a la idea de narrar el transcurso de una noche de tragos de tres seres imperfectos, en la que la muerte socarrona les hace guiños entre periodos frenéticos y otros parsimoniosos. Se me venían a la cabeza, por ejemplo, en raptos endebles imaginativos, ideas tan poco altisonantes como “Tres beodos perdidos”, “Tres jodidos borrachos”, “Tres malditos borrachines”. Sentía inconformidad con mi inventiva. Un domingo, al fin, en una misa televisiva tempranera que observé por casualidad, escuché la parábola de los odres viejos y los odres nuevos (aparece como un epígrafe al comienzo de la novela). La asocié a uno de los divertidos capítulos del Quijote en el que el garrudo y huesudo caballero andante se va lanza en ristre contra los cueros que guardaban los vinos creyéndolos enemigos en una posada típica española de la época. Me dije: “aquí hay un mejor título”.

Los tres protagonistas se ajustaban a la perfección al parangón de los odres o cueros: viejos, deformes, desagradables, pero, eso sí, con una capacidad delirante e ilimitada para que les cupieran cantidades ingentes de alcohol. De los títulos abortados tenía claro que el número de los amigos de parranda tenía que permanecer. Este, más el hallazgo de la homilía dominical, formaron el binomio con el que, finalmente, esta novela llega a las manos del jurado lector.

La divina selva: itinerario sin pisadas

Tres odres, en un inicio, contemplaba no superar las cien páginas. Admirador de obras cortas como *Luna caliente* (Giardinelli), *El baile* (Némirovsky), *El destino de un hombre* (Shólojov), *Aura* (Fuentes), *Mi amigo el pintor* (Bojunga), *De ratones y hombres* (Steinbeck), *Bartleby, el escribiente* (Melville), entre muchas otras, creía que, para ser una creación iniciática, bastaría con ver que estos y otros sublimes espejos de la novela breve no desestiman la economía verbal.

También, en un principio, la estructuré en doce capítulos que llevarían como título cada uno de los lugares en los que los tres amigos de copas van trazando su itinerario ebrio. “Casa”, “Calle”, “Taxi”, “CAI”, “Loma” fueron algunas de las ideas iniciales. A fin de lograr una mayor correspondencia con el hábito de beber, decidí descartar estos títulos en favor de unos que correspondieran a los estados ambivalentes en

los que se fluctúa cuando el alcohol se apodera de los sentidos y la conciencia. El número, asimismo, se redujo. Al final fueron diez capítulos, cifra menor a la que aparece en el proyecto, empezando por la lucidez y finalizando con el olvido. Ese espacio intermedio entre estos dos estados fue acaparado por las oscilaciones eufóricas o anticlimáticas de la borrachera.

A nivel interno, dentro de cada uno de los capítulos también se dieron cambios. Para el mes de septiembre de 2017, aproximadamente, a mis manos llegó un libro llamado *El jardín de las delicias*, de un escritor colombiano llamado Guillermo Cardona. Aunque ya había visto este recurso en otras obras, me llamó la atención cómo subdividía los capítulos de su novela. Utilizaba el recurso sencillo de numerar las secciones dentro de ellos. Noté que esta estrategia le daba una sana oxigenación a lo narrativo y que, además, permitía hacer cambios de tema, voces, perspectivas, sin caer en una brusquedad arbitraria por parte del autor. Adopté esa estrategia y advertí que creaba una atmósfera narrativa más fluida.

Algunos de los numerales de *Tres odres* son realmente muy breves. Otros acaparan varias páginas. En las tutorías de la profesora Aleyda Gutiérrez, además, y como parte de sus consejos, se me dio vía libre, como creador, para que dejara fluir la pluma o la dactilografía con digresiones propias de los bebedores. Por tal razón, la novela fue superando el tope que en la presentación del proyecto me planteé. De las ochenta o cien páginas —con las que me daba por bien servido para pagar la deuda con este mundo que, según la sabiduría popular, se condona si un hombre antes de morir escribe un libro—, la cifra de las cuartillas de la obra llegó a rozar las doscientas ochenta páginas. Un incremento drástico. Las digresiones y la inclusión de personajes esporádicos cooperaron para que el trasegar de los tres dipsómanos casi se triplicara.

He de admitir, dubitativo, que el incremento en la cantidad de páginas estimadas me ha llevado a sentir dos cosas. Por una parte, un asombro, que no colinda con el narcisismo, por sobrepasar unos límites imaginativos que se me plantearon como un reto personal al emprender la ejecución del proyecto. Por otra, un temor innegable de que el lector de la novela sienta un hastío displicente al tener en sus manos una obra de un desconocido que, en un primer impulso creativo de novelar, parió casi trescientas cuartillas.

Multitud de almas: los esperpentos

Sobre los personajes protagónicos me parece necesario aclarar que, en el proyecto escrito sustentado en tercer semestre, aparecen unos nombres que se transformaron y reemplazaron. Así, para evitar confusiones, he de aclarar que Larrarte devino en Medrano y Luna se trocó en Orellana.

Estos personajes, en el desarrollo de la novela, fueron adquiriendo un perfil más definido a causa de la alternancia de sus voces en el transcurso de la noche de sábado al inicio de la noche del día siguiente. En estas casi veinticuatro horas, en las que el hilo conductor se va hacia el pasado, retoma el presente, se trastoca en evocaciones familiares y anécdotas pasajeras, Medrano y Orellana se apropian de una voz.

En un principio, quería darle todo el peso narrativo al amigo de estos —del que nunca se menciona un nombre o apellido; y, aunque tiene un apodo, este no se revela en la versión final de la novela (sí aparece en el proyecto)—. Es decir, quería valerme por completo de su voz y sus paráfrasis para expresar las voces de Medrano y Orellana.

Sin embargo, pronto consideré que era una realidad injusta privarlos de sus propias intervenciones, por lo cual esa idea inicial fue desechada en el proceso de escritura: que hablaran de manera directa, sin intermediarios ni citas. Gracias a esta licencia, podemos percibir la disparidad de caracteres entre, por un lado, Orellana y Medrano y, por otro, el narrador, que tiene un nivel educativo más alto que estos dos señores y nos ofrece desde el comienzo su visión desencantada de la vida, pero, a la vez, compleja: es un cínico, un resentido, un músico fracasado, un futbolista malogrado, un misógino, un remedo de ateo, un hombre triste, arrepentido, un amigo leal, un criticón de la vida académica, un escritor pésimo.

Las anteriores fluctuaciones pueden despistar al lector o crearle una sensación de falsedad. No fue un error o una falta de coherencia por parte mía crear este perfil del narrador. Con total premeditación, lo revestí de estas capas que, según su estado anímico, y ayudado en gran parte por el consumo de alcohol, puede manifestar.

Contrarios son los caracteres de sus dos amigotes. En su aparente llaneza y mirada descomplicada ante la vida, nunca entran en reflexiones nihilistas ni pesimistas. Para ellos, lo básico es la regla.

Pero, de esa supuesta llaneza, se desprenden elementos joviales; por ejemplo, en las incidencias en las que el más viejo de ellos, Medrano, se siente con la propiedad, que le otorgan los años, de hablar de cuanto tema va surgiendo en la charla borracha: el matrimonio, las mujeres, la política, el atolondramiento de las nuevas generaciones por la tecnología, la economía, la visión en los negocios, etc.

Sobre estos tres personajes no quisiera ahondar más. En el proyecto existe una descripción pormenorizada de cada uno de ellos. Al escribir el tercer capítulo, cuando el narrador principia a sentirse borracho, y los empieza a detallar uno a uno, en un flujo de consciencia que abarca varias hojas, tomé buenos fragmentos de la descripción en cuestión. Retomé el trabajo hecho en aquel entonces porque me pareció digno de figurar dentro de la novela, además de ser muy acorde con la voz hilarante del narrador.

Personajes secundarios aparecieron a su vez. He de aceptar, de nuevo, que, en el impulso inicial de la novela, no los tenía en mente. Salvo los pillastres que los golpean en el noveno capítulo, que estaban fijos en mi plan de acción narrativa, los demás hombres y mujeres fueron surgiendo poco a poco, hasta tornarse en referentes que, de una u otra manera, aportaron una cuota en la novela. La familia del narrador, conformada por padre, madre y dos hermanos. El seno familiar de Orellana, constituido por tres hermanas lindas, un hermano fante de policía, una mamá que se menciona muy poco y un padrastro. La familia de Medrano: dos hijas que son blanco de un discurso lujurioso por parte de Orellana, su mujer y un hijo, que es un pésimo portero de fútbol. Estos personajes conformaron la periferia que rodeaba a estos tres núcleos individuales.

Si bien en algunos casos las menciones son meramente evocativas, por ejemplo, en el caso de las hijas de Medrano, que en ningún momento se aparecen en la jornada, mas sí en la mente de uno de los protagonistas, el lector puede formarse una idea adecuada de los personajes que no son protagónicos.

Además, como es natural, se crea todo un entramado de personajes que son habituales de bares, calles, discotecas y que, valiéndome de unas breves intervenciones, son como fugaces fotografías cuya presencia es necesaria: la actriz que acapara la portada de una revista rosa, los negros del pacífico, los tenderos de barrio, el taxista charlatán, la mujer solitaria de la barra, los matarifes que se escapan a tomar cerveza, los petulantes compañeros de posgrado, los dos ausentes mejores amigos de infancia del narrador, el argentino que despótica del

fútbol de su país, la profesora alternativa que viajó a Europa, el loro que purga una condena en una jaula extrañamente ubicada al lado del reloj de la sala, la perrita que limpiaba el suelo con las orejas, el negro del gabán que quiere ser alcalde de su municipio...

Ruido de truenos: los rebuznos destemplados

La novela está narrada en primera persona. Como apelé a una historia que ubico en el año 2015, se me ocurrió inicialmente escribirla en pasado. Pero, para hacerla más vívida, como se puede notar en la lectura, el tiempo finalmente empleado al remitir lo acaecido es el presente. Este es otro cambio que se dio sobre la marcha.

Una buena decisión, considero. Se ajusta al tránsito de un día que se entrega a su fin y otro que nace. Hay diversidad en los registros y las voces. Es claro que el narrador utiliza un vocabulario en ocasiones altisonante, rimbombante, barroco, arcaico. Tomé el riesgo de poner estas palabras en su boca, no obstante las opiniones encontradas que, desde la misma concepción del proyecto, aparecieron.

Como se trataba de una novela ubicada en la contemporaneidad de esta década, corta para más señas en ese entonces, era más viable revestirla con un lenguaje directo, sin acartonamientos, directo; suprimir en lo posible las subordinaciones, las coordinaciones, el lenguaje farragoso. Al comienzo, esta apreciación me pareció pertinente: no contar una historia sencilla de tres borrachos con el lenguaje de Quevedo o Góngora. Pero, otro consejo por parte de la profesora Aleyda Gutiérrez, me hizo pensar que, conforme la voz del narrador ganara consistencia y personalidad, este tipo de glosario *rebuscado* se podía convertir en una impronta narrativa. Creo que así fue.

No le afirmo al lector que esta elección demandó un esfuerzo supremo de mi parte. Esto de escribir con palabras no tan comunes se me da. Tal vez la admiración que siento por varios libros del genial Germán Espinosa, entre ellos, *Los cortejos del diablo*, me han ayudado a este fin.

Verbigracia:

Infieles sabihondos de tamaña estofa la revolían la atrabilis. (Espinosa 73)

O el pasaje en el que el narrador se desgaja en una enumeración descendente de los sinónimos de la palabra “marica”, otra de las técnicas que usé en este libro.

Por ejemplo:

... *pendangas*,
perendecas,
basagas,
hetairas,
suripantas... (Espinosa 172)

Y no debo ser injusto y olvidar a Alejo Carpentier:

[...] con sus canteros empavesados de términos latinos [...]; sus Victoriarregias abiertas sobre aguas dormidas, entre malangas gigantes, moteadas de luces frías... (Carpentier 83)

Así fue como, con una confianza entusiasta que a veces nos sacaba risas, en las tutorías con la profesora Aleyda decidimos jugarla por esa voz narrativa.

En ningún momento hubo la intención de apelar a la palabra complicada para enredar o hacer pesada la lectura. Lo que pretendí fue darle más carácter y consistencia al personaje narrativo, que, muy a su modo, nos va contando la historia, apelando no solo a un lenguaje ostentoso, sino, además, a la dilación, al uso de paréntesis y guiones que dejaran advertir de manera más notable las divagaciones. También aquí, en otro guiño literario, quise rendirle un humilde tributo al inolvidable y parlanchín Ignatius Reilly, de *La conjura de los necios*:

Esta ciudad es famosa por sus jugadores, prostitutas, exhibicionistas, anticristos, alcohólicos, sodomitas, drogadictos, fetichistas, onanistas, pornógrafos, estafadores, mujerzuelas, por la gente que tira la basura a la calle, por sus lesbianas... (Kennedy Toole 17)

Como la palabra es cedida en algunas ocasiones de modo directo a los dos cofrades del narrador, quienes no dominan tanto el lenguaje culto y sí transgreden la norma lingüística, hubo una articulación con expresiones del contexto de la calle. Hay pasajes de la obra que no tienen censura en el uso de barbarismos, dichos, expresiones coloquiales, guasas verbales, onomatopeyas, vulgaridades, cacofonías

conscientes, expresiones lumpen. En la inclusión de estos registros, que pueden crear un contraste ilógico con las entradas refinadas a las que usualmente recurre el narrador (que, muy a su pesar, también se deja influenciar por la boca sucia del entorno), encontré una riqueza que, más que mostrar los extremos del habla, enseñan la diversidad que hay en un barrio de clase media.

Sin ser pretencioso, claro está, sin tener la colosal intención de formar una lista tan prolija como la de *La colmena*, de José Camilo Cela, a las anteriores voces se sumaron otras que, en menor o mayor medida —a veces bastó con una breve intervención—, alimentaron la narración de los tres borrachos protagónicos.

Aparecen, para la prueba, un discurso de un profesor obsesionado con el teatro del absurdo; un costeño que preside charlas en Alcohólicos Anónimos; un novio ofendido que insta a la pelea; unos negros de un municipio del Chocó que hablan de la iniciación sexual en las mujeres, de fútbol; una caldense jocosa; un taxista que congenia con Medrano; un policía que se cree el héroe del mundo; una poetisa que compone versos como si fueran ecuaciones aritméticas; unos pastores que se compadecen de la vida mundana de los borrachos...

Por otra parte, esta lista puede dar la falsa impresión de que, en vez de centrarse en la voz narrativa del protagonista, se conformó una vorágine de registros que confundirán al lector. He de aclarar que este temor ha de ser desterrado. Las intervenciones entran y salen sin brusquedad, de manera evocativa, como suele hacerse cuando se está bebiendo y la parla se eleva como una cometa para que, luego de varias ondulaciones en el aire, vuelva a aterrizar o sea recogida por las manos que la lanzaron al éter.

Garantizo que no se enredará en las cuerdas.

Las caprichosas damas: chillidos de las chotacabras

En esta cadena, que han ido formando los personajes y la narración, aparece un nuevo elemento que me parece digno de mención. Los diálogos. Aquí también, entre el punto de partida y el de llegada, se presentaron cambios. En el proyecto había establecido recurrir al estilo indirecto libre. Si bien el apreciado lector puede estar frunciendo el ceño, porque considera este estilo más propio de mencionar en lo tocante al narrador, he de argüir en mi defensa que cito este parti-

cular para dilucidar y exponer las variantes utilizadas en las conversaciones. Como he señalado, mi intención en un comienzo, cuando alguien que no fuese el narrador quisiese entrar en la dinámica de la interlocución, era acudir a la vía de “él dijo”, “me dijo ella”, “pregunta su hermana”, etc. Este recurso lo utilicé, he de admitirlo, mas no fue el único.

A medida que escribía la novela, adopté varias de las posibilidades que se despliegan en la inclusión de conversaciones. Utilicé incisos, como lo hace Franz Kafka en *El proceso*:

“Pero no debe faltar a su palabra”, dijo el pintor, que no le había seguido, “de lo contrario iré al banco a preguntarle yo mismo”. (Kafka 167)

Guiones largos, en menor medida, como Hemingway:

—¿Contento? —El Sordo sonrió—. Traje esta noche con informaciones. (Hemingway 172)

En algún fragmento me valí de iniciar cada una de las intervenciones con mayúsculas y separarlas con comas para dar a entender que hay un cambio de voces cada vez que aparece la letra capital, como lo hace Saramago:

Pretendo salir el próximo lunes, Permítame que fotocopie su tarjeta de crédito, No la he traído conmigo, pero puedo pagar ya, por adelantado, si quiere, Ah, no, no es necesario, dijo el recepcionista. (Saramago 250)

Utilicé letra cursiva para darle la palabra a alguno de los esporádicos conversadores, cambié el tipo de fuente, entre otras modalidades más libres.

La licencia de jugar con esas variaciones, sin casarse y poniéndole los cuernos a cada una de ellas, alentó en mi proceso creativo una mirada más amplia que me hizo observar con más detenimiento las formas en las que, en las obras, los autores introducen los diálogos de sus personajes. Resulta interesante constatar que no hay una única forma. La distancia entre margen y margen, permite acudir a

un menú recursivo que, de ser utilizado con asepsia, no despistará al lector en el juego y la alternancia de las voces que intervienen.

Castigo de los iracundos: las manchas en los espejos

Del tema de la bebida se ha hablado y se hablará en la literatura en todos los tiempos. Idos, venideros. Cadáver exquisito. Baudelaire, Poe, Verlaine, Green, Chandler, Capote, Bukowski, Durrel son una mínima porción humana de las “víctimas” de este influjo maquiavélico. A todos ellos les debo una gratitud porque, consciente o indirectamente, me prestaron algo de su propia vida y escritura para que mis tres borrachos entraran en las páginas de una modesta novela no formativa cuyo eje y dínamo es la infaltable bebida.

Los personajes desarraigados de Gorki o de Dostoievski, la imagen barbuda y sonriente, a pesar de ser maniacodepresivo, de Hemingway, la mirada torva de Rubén Darío son insumos de los que me valí para lanzarme a la ejecución de *Tres odres*.

No importa cómo hayamos vivido [...]: moriremos todos de la misma manera. Ese es el objeto de la vida [...], créanme [...], porque el hombre vive para morir [...], y muere [...]; y si es así [...], ¿no es indiferente por qué y cómo muera y cómo ha vivido? ¿No es cierto, Martianov? Entonces [...], bebamos [...], bebamos todavía hasta que tengamos vida... (Gorki 105)

Otro referente fue Eduardo Caballero Calderón, con su libro *El buen salvaje*: la historia del estudiante colombiano que vive en París, que en su cabeza de fracasado sudaca tiene miles de proyectos sin llegar a la concreción de ninguno de ellos, que va de descalabro en descalabro dando tumbos, me ayudó a darle más convicción a la voz narrativa.

Voy a dialogar otra vez. Relatar me aburre y me fatiga. ¿No estaré dilapidando un talento teatral que me rezuma, con la tinta, por los picos del estilógrafo? (Caballero Calderón 62-63)

A lo largo de la novela, mi narrador cita escritores, a pesar de que se burla de sus compañeros de clase por hacer lo mismo, manifiesta que ha escrito cuentos que son despreciados en el ámbito aca-

démico en el que se mueve, concibe proyectos musicales, sueña con abolir las tendencias prostibularias de la música que se impone, señala que es una gloria extraviada del balompié nacional.

Es tanto lo que preconiza que, en últimas, no queda en nada. Vive en el aire. Por eso, esta es una novela no formativa. Y, por eso, con la profesora Aleyda, solo entre nosotros, le dimos cariñosamente ese subtítulo: *Tres odres: novela de no formación*. Solo palabrería, sermones iracundos de un hombre que vive en la proyección de intenciones que nunca llegan a repercutir, salvo en la inmediatez y el entusiasmo pasajero que le es insuflado por el alcohol.

Última purificación: expiación

La profesora Marta Orrantia, una de las docentes de los módulos que cursamos durante la maestría, afirmó espontáneamente en una de las clases que escribir dolía más que un parto. Consumar un libro es parir. Desconozco si esta aseveración es de ella o si la habrá sacado de uno de los tantos libros que en el peregrinaje con las letras ha encontrado en el camino. Ignoro también si recuerda el momento en el que nos expresó ese pensamiento en la cátedra. Tal vez ya lo habrá olvidado. Lo que quiero decir es que, en el proceso de escritura, con los desvíos, los bloqueos, los temores, corroboré que, si bien nunca sabré el dolor al que se enfrentan las gestantes al dar a luz, la sensación de sufrimiento es verídica.

Al iniciar la escritura del capítulo seis, para la muestra, un ramalazo de zozobra me embargó. No fluían las ideas. No sabía qué escribir. Para destrabar la situación, abandonar el estancamiento, resolví darle la voz a una clase delirante que conocí de oídas, mediante el testimonio de un amigo. Me imaginé la alocución del maestro mientras este se desplazaba de lado a lado del aula, alterando las entonaciones, subiendo y bajando la voz, dando alaridos, susurrando después.

Gracias a la intromisión de este inesperado personaje, con el que el capítulo también cierra, pude lograr un ensamble que conectara el peregrinaje absurdo que, como bebedores de palabras, a veces emprendemos: yendo de un lado a otro, desplazándonos sin sentido, sin una brújula que guíe las mecánicas pisadas de una ruta sin sentido.

Igualmente, en los vaivenes sobre qué lenguaje utilizar, sentí punzadas que laceraron mi seguridad. Después de realizar un ejercicio de escritura sugerido en otra materia (que consistía en hacer hablar a

dos de los personajes de mi proyecto mientras estos presenciaban un atraco, para ubicarlos así en una escena y contexto diferentes), al notar que usaba palabras no tan comunes, y sí ampulosas, se me aconsejó, con la mejor de las intenciones, que abandonara ese estilo narrativo.

Se me recomendó, como ya lo mencioné antes, que escribiera más directo, a lo Fonseca, sin prosa barroca. En principio, me pareció adecuado, habida cuenta de que la novela transcurriría en tiempos contemporáneos, con personajillos de este nuevo milenio, atravesados por el lenguaje mediático, las redes sociales, internet. Lo alcancé a meditar por unos días. Sin embargo, algo dentro de mí me decía que el narrador tenía que conservar una voz que ondulara entre la medianía y la elevación, por tratarse de un parlanchín que no sabe diferenciar e incurre en decir lo pueril con majestuosidad y lo sublime con chabacanería. Como ya lo anoté, mi tutora me ayudó con la elección final.

Cuando estas y otras talanqueras fueron superadas, sumadas, a su vez, a los raptos en los que la pluma fluyó, una impresión de bienestar, de calor regocijante, como el producido por un whisky o brandy cuando nos azota el frío, me poseyó.

Es cierto que nunca he sido una persona optimista, dada a la alegría por esta vida, a largos periodos de regocijo. Podría decir, incluso, sin el ánimo de que esto parezca una pose o una confesión en una terapia psicológica, que tengo una predisposición patológica a la tristeza, a la desesperanza. Pero la aplicación a una disciplina diaria de escritura provocó en mí satisfacción. Le di vía libre, luz verde, al consejo de la profesora Aleyda de que dejara que la pluma se deschavetara en el primer borrador, que anotara cuanto se me ocurriera sin censuras, amarras, límites. Puse así en práctica el pilar propuesto por Calvino: la multiplicidad.

La excesiva ambición de propósitos puede ser reprobable en muchos campos de actividad, no en literatura. La literatura solo vive si se propone objetivos desmesurados. (Calvino 127)

También dice:

¿Qué somos, qué es cada uno de nosotros, sino una combinatoria de experiencias, de informaciones, de lecturas, de imaginaciones? Cada vida es una enciclopedia, una biblioteca, un muestrario de estilos donde todo se puede mezclar continuamente y reordenar de todas las formas posibles. (Calvino 137-138)

Este método me ayudó bastante, a pesar de que, en las posteriores lecturas de corrección, me diera de narices con errores de digitación, coherencia, mal uso de las preposiciones, muletillas, pleonasmos, palabras que no se ajustaban, párrafos que debieron estructurarse, situaciones por replantear.

Por fortuna, en cada asesoría contaba con un esfero para rayar, señalar, agregar, tachar. La implementación de estas redes discursivas, que iban, por ejemplo, de una referencia musical (materia de la que eché bastante mano en la composición de la obra usando un número considerable de géneros) a un recuerdo familiar o a una ensoñación, creó tentáculos que apuntaron en varias direcciones, que saltaron de una temática a otra.

De esta manera, el acto de la escritura, a medida que avanzaba la novela, se afianzó y fluyó con más solvencia. Me permitió, además, valerme de las letras y del ejercicio creativo para recrear escenas de humor, desasosiego, así como para perfilar los tres personajes protagónicos, que, soslayadamente, pueden poseer rasgos y préstamos personales, que tomaron consistencia y solidez conforme avanzaban los capítulos.

Por lo tanto, quiero hacer hincapié en que considero que logré erigir una configuración de mundo en el que pululan seres que beben no por simple divertimento. Centrarme en el proceder de tres borrachos tuvo su justificación en que las historias protagonizadas por personajes no ejemplares, que confirman la paradoja de vivir en un mundo absurdo, son de mi predilección. Me generan empatía. Genuina. No me veo escribiendo sobre recorridos al paraíso ni interacciones humanas con finales esperanzadores ni moralizantes. No por ahora. Lo nocivo me atrapa más.

El sinsentido de ser un obcecado, arraigado en un círculo vicioso, en el que la posibilidad de transformación es una utopía, responde más a mis intereses narrativos. Creo que en las páginas de mi novela no formativa los tres protagonistas no me contradicen en ello. Mi pluma, por su parte, también les fue fiel a estos tres miserables.

El valle deleitoso: los elegidos

Antes de que los beneficiados de la beca otorgada por los del Opus Dei se graduaran, los vi penando porque, como uno de los re-

quisitos de grado, tenían que escribir un artículo. Seis almas atormentadas porque no sabían qué rumbo darle al texto. Los entendí. Empezar cualquier proyecto que demande escribir, en este caso, sobre pedagogía, presenta no solo dificultades iniciales, sino durante todo el proceso. Cuando, de manera bien intencionada, les pregunté si todos los artículos iban a ser publicados en una revista indexada, me aclararon que el artículo era uno solo escrito entre los seis. (¡!)

De nuevo me sentí arrojado, osado, por tomar la ruta más escabrosa, larga, en soledad.

Bibliografía

- Alighieri, Dante. *La divina comedia*. Bogotá: Editorial Sol 90, 2000. Impreso.
- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *El bazar de los idiotas*. Bogotá: Plaza y Janés Editores, 1974. Impreso.
- Auster, Paul. *La historia de mi máquina de escribir*. Barcelona: Anagrama, 2002. Impreso.
- Bojunga Nunes, Lygia. *Mi amigo el pintor*. Bogotá, Barcelona: Norma, 1998. Impreso.
- Bukowski, Charles. *La senda del perdedor*. Barcelona: Anagrama, 1996. Impreso.
- Bulgákov, Mijaíl Alfanásievich. *Morfina*. Barcelona: Anagrama, 1991. Impreso.
- Burgess, Anthony. *La naranja mecánica*. Barcelona: Minotauro, 2002. Impreso.
- Burroughs, William. *El almuerzo desnudo*. Barcelona: Bruguera, 1980. Impreso.
- Caballero Calderón, Eduardo. *El buen salvaje*. Valencia: Círculo de Lectores, 1975. Impreso.
- Calvino, Italo. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Siruela, 1989. Impreso.
- Cardona, Guillermo. *El jardín de las delicias*. Bogotá: Planeta, 2005. Impreso.

- Carpentier, Alejo. *El acoso*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1966. Impreso.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha, tomo 1*. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo, 2001. Impreso.
- Chaparro Madiedo, Rafael. *Opio en las nubes*. Bogotá: Colcultura, 1992. Impreso.
- Díaz Granados, José Luis. *Las puertas del infierno*. Bogotá: Espasa, 1999. Impreso.
- Dostoievski, Fedor. *El jugador*. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo, 2002. Impreso.
- Espinosa, Germán. *Los cortejos del diablo*. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo, 2003. Impreso.
- Fante, John. *La cofradía de la uva*. Barcelona: Ultramar Editores, 1990. Impreso.
- Flórez G., Miguel Ángel. *Análisis de El coronel no tiene quién le escriba*. Bogotá: Voluntad, 1991. Impreso.
- Fuentes, Carlos. *Aura*. Madrid: Alianza, 1994. Impreso.
- Giardinelli, Mempo. *Luna caliente*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2015. Impreso.
- Gorki, Máximo. *Los ex hombres*. Medellín: Bedout, 1977. Impreso.
- Hemingway, Ernest. *Por quién doblan las campanas*. Valencia: Círculo de Lectores, 1979. Impreso.
- Ingenieros, José. *El hombre mediocre*. México: Porrúa, 1980. Impreso.
- Kafka, Franz. *El proceso*. Madrid: Alianza, 2000. Impreso.
- Kennedy Toole, John. *La conjura de los necios*. Barcelona: Anagrama, 1992. Impreso.
- Kerouac, Jack. *Los subterráneos*. Barcelona: Anagrama, 1993. Impreso.
- King, Stephen. *Mientras escribo*. Barcelona: Editorial Plaza y Janés, 2001. Impreso.
- Melville, Herman. *Bartleby, el escribiente*. Barcelona: Mondadori, 2000. Impreso.

- Némirovsky, Irène. *El baile*. Barcelona: Ediciones Salamandra, 2010. Impreso.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm. *Así habló Zaratustra*: Madrid, Alianza, 1980. Impreso.
- Peña Gutiérrez, Isaías. *El universo de la creación narrativa*. Bogotá: Ediciones El Huaro, 2010. Impreso.
- Salinger, Jerome David. *El guardián entre el centeno*. Madrid: Alianza, 2007. Impreso.
- Saramago, José. *Las intermitencias de la muerte*. Bogotá: Alfaguara, 2005. Impreso.
- Shólojov, Mijaíl. *El destino de un hombre*. Bogotá: Panamericana Editorial, 1995. Impreso.
- Steinbeck, John. *De ratones y hombres*. Barcelona: Edhasa, 2002. Impreso.
- Ungar, Antonio. *Zanahorias voladoras*. Bogotá: Alfaguara, 2004. Impreso.
- Vargas Llosa, Mario. *Historia secreta de una novela*. Barcelona: Tusquets, 1971. Impreso.

Índice

I. Lucidez.....	9
II. Regocijo.....	25
III. Euforia.....	37
IV. Excitación.....	55
V. Confusión.....	75
VI. Estupor.....	93
VII. Inconsciencia.....	113
VIII. Paranoia.....	137
IX. Remordimiento.....	163
X. Olvido.....	195
Ensayo: Zigzagueos de tres odres sin Virgilio.....	237



La preparación editorial
de *Tres odres* estuvo a cargo
de Ediciones Universidad Central.

En la composición del texto se utilizaron
fuentes rrc Veljovic srb, Goudy Old Style
y Helvetica Neue rr srb. Se publicó en diciembre
de 2020, en la ciudad de Bogotá.

En una noche pasan muchas cosas. Un amigo llama. Dos amigos esperan. Tres amigos vuelven a verse para repetir por enésima vez el ritual de los brebajes espirituosos. En una noche tres odres se colman poco a poco, mientras uno de ellos cuenta la historia de cómo cada uno ha decidido lidiar con lo que la vida les ha dado desde siempre para colmarse. En una noche pasa toda una vida. O tres.

Fluyendo, al estilo del Quijote, entre lo popular y lo libresco, esta novela de Diego Javier Quiroga León se acerca a tres vidas medianas, sin revestimientos de heroísmo o tragedia, con un humor no desprovisto de crueldad y una prosa que monologa torrencialmente, sin dejar caer la atención del lector en esas historias reunidas en la noche alrededor de una mesa cualquiera.

Tres odres obtuvo una mención meritoria en la Maestría de Creación Literaria de la Universidad Central.